

Raza chilena

Nicolas Palacios

- Recuerdos íntimos
- Prólogo
- Capítulo I
 - Etnogenia. Orígenes de la sangre chilena. Nacimiento
- Capítulo II
 - La verdad histórica
- Capítulo III
 - El pueblo chileno y su lengua. En defensa de la raza
- Capítulo IV
 - Lenguaje
- Capítulo V
 - Continuación, generalidades
- Capítulo VI
 - Etnografía. Las razas progenitoras
- Capítulo VII
 - El mestizo
- Capítulo VIII
 - Algunos rasgos de psicología chilena
- Capítulo IX
 - Criminalidad. Moralidad. Estadística criminal
- Capítulo X
 - Algunas ideas sobre moral, concepto jurídico y social étnicos

Recuerdos íntimos

Nació el autor de *Raza chilena* el año 1854, en Santa Cruz, aldea colchaguina, y fueron sus padres don Faustino Palacios y doña Jesús Navarro, ambos chilenos, siendo Nicolás el mayor de seis hermanos, tres de ellos mujeres.

Cobijó su cuna un modesto hogar donde cantaba el grillo en el dulce sosiego de una mansión campesina. Pero era digna de respeto la casa paterna y grande como un solar antiguo, con un delicioso huerto a orillas del estero Guirivilo.

Su padre se dedicaba al comercio y trabajos agrícolas de escasa importancia, cultivando su viña y su potrero de siembra.

Fue un niño sano y muy rubio, cuyos bucles de oro conservó una de sus tías, mostrándolos, años después, a los que dudaban viéndole su pelo negrísimo como el ala de un cóndor de nuestras montañas. Era el predominio racial en su primera infancia de la herencia paterna, de estirpe goda casi pura. Más tarde comenzó a predominar en él la herencia materna, más rica en sangre araucana. Representaba, por consiguiente, el tipo netamente chileno, mestizo, producto étnico de la fusión de dos razas, la conquistadora con la conquistada.

A los diez años (y de esa edad lo veo a través de mis recuerdos más remotos) descollaba por su gentil apostura y una precoz inteligencia. Con desbordante alegría de niño travieso y sin miedo se entregaba a mil ejercicios temerarios, saltando acequias, trepándose a los árboles más altos, montando potrillos indómitos o toreando vacas bravías, con grave peligro y riéndose a toda boca. A veces a campo traviesa rompiendo cercos y corriendo por los potreros, llegaba a los márgenes del caudaloso Colchagua, y desnudándose en un instante, se arrojaba desde algún barranco a lo más profundo y ancho para cruzarlo a nado.

Aquella vida libre como el viento, en pleno ambiente campesino, desarrolló su temperamento vigoroso, haciendo germinar en su alma juvenil un amor entusiasta por las bellezas de su propia tierra, a las que tributó enseguida ese culto noble y grande que los hombres de sentimiento rinden a la naturaleza trocándose más tarde en amor fanático a su patria.

Su imaginación inquieta le arrastraba a oír con gran interés, expresando la más viva emoción en el semblante, los cuentos que se contaban alrededor del brasero, gustando más de aquellas relaciones estupendas en que aparecía la Calchona, Pedro Urdemales o el Diablo.

Aprendió el silabario e hizo sus primeras letras en la escuela del pueblo, saliendo siempre victorioso en aquellas famosas luchas entre «Roma y Cartago». Durante los recreos nadie jugaba mejor a la chueca, en cuyo ejercicio era diestro como un araucano, ni nadie daba un salto más atrevido, una carrera más rápida, ni una bofetada más fuerte...

Por esa época murió nuestra madre, tan dulce y tan buena, dejando a sus hijos en una semiorfandad; circunstancia que influyó poderosamente en la educación de Nicolás, privándole del calor del regazo materno, de la mirada amante de infinita dulzura y del

beso en la frente, de toda esa influencia femenina, en suma, que pone una nota de poesía en las dichas del hogar. Falto de aquella influencia bienhechora, se resintió toda la vida de cierta rudeza varonil. Contribuyó poderosamente a ello el quedar desde entonces bajo la exclusiva dirección del padre, que siendo hombre dominante y severísimo, educado a la antigua, y del tiempo en que los hijos trataban de su merced al propio padre, besándole la mano en señal de vasallaje, excluía del trato familiar las intimidades cariñosas, creyéndolas halagos mujeriles, propias tan sólo para afeminar el carácter y exigía, en cambio, una obediencia y un respeto absolutos. No obstante, sus hijos vivían seguros de su cariño, viéndolo palpitar en el fondo de sus pequeños y penetrantes ojos zarcos cuando en silencio se detenía a contemplarlos. Por lo demás era persona instruida y gustaba por las noches explicar a Nicolás el movimiento de los astros, enseñándole (en latín, como lo aprendiera en la Recoleta Dominicana donde hizo sus estudios) el nombre de las constelaciones y acostumbrándole desde niño a leer en ese gran libro del firmamento, que desarrolla sus páginas como un grandioso cinematógrafo en el silencio solemne de la noche. A su lado y bajo ese régimen comenzó Nicolás a ejercitar la atención, elevando su pensamiento en meditaciones de un orden superior, y acentuándose su energía moral y su independencia altiva, demasiado altiva quizás, pues era soberbio y levantisco a veces, por cuyo motivo su padre, a fin de domarlo, le propinó más de un zurriagazo.

Llegó por fin el día en que fue necesario mandarle a estudiar a Santiago. Entraba en sus 14 años de edad y había aprendido en la escuela cuanto ahí podían enseñarle. Ese viaje fue la realización de un deseo largo tiempo acariciado por aquel muchacho impresionable, que partió a la capital como a un mundo maravilloso, lleno de alegría, pero llevándose en el alma el cariño de los suyos y en el fondo de sus ojos la risueña imagen de su pueblo. La casa quedó como vacía con su ausencia.

Ingresó de externo al Instituto Nacional, regentado a la fecha por don Diego Barros Araña, el famoso e inolvidable Palote, tan querido y respetado de sus discípulos. Desde el primer día sentó plaza de guapo, poniendo a raya, gracias a sus puños, a los muchachos diablos que intentaron tomarle la oreja, al verle el pelo de la dehesa colchaguina.

Cuando regresó por vacaciones trayendo los certificados de sus exámenes, fue grande el gusto que tuvo mi padre al estrecharlo entre sus brazos, no fue menor el nuestro, sus hermanos; pero más grande fue la alegría ruidosa de Nicolás al verse entre los suyos, respirando a pulmones llenos el aire del terruño. A nuestras preguntas de cómo era Santiago, se puso a contarnos cosas prodigiosas, diciéndonos que la torre de San Francisco era más alta que un álamo (cosa que nosotros pusimos en duda) y que el Portal Sierra Bella era una casa más grande que la Plaza de Santa Cruz (lo que no creímos jamás).

¡Qué vacaciones aquéllas y todas las de su adolescencia dichosa! Con cuánta alegría regresaba cada año, divisando a la distancia los cerros de la comarca y el viejo campanario de la iglesia confundido con los álamos, y el río y las casas del pueblo con sus huertas, todo alumbrado por un radiante sol, todos amigos; y qué repique de alborozo en el corazón al ver los pañuelitos blancos de las hermanas, agitados desde lejos en señal de bienvenida cariñosa!

Por esa época, comenzó a dar señales de una cosa inusitada en él, de un mal extraño. Su alegría locuaz se trocaba por instantes en silencioso recogimiento, y como la imagen de la melancolía, quedaba mustio y pensativo, mirando el suelo. O bien, se

detenía a mirar, entre risueño y triste, a Teresa, una jovencita vecina nuestra, siguiéndola embelesado con la vista. Un día, a la caída de la tarde, les vi con las manos enlazadas. Otra vez le sorprendí abrazándola debajo de los naranjos, y al notar mi presencia, ella huyó veloz llena de vergüenza, y él me miró con enojo. En otra ocasión le encontré sólo en la viña, tumbado de espaldas sobre el césped, las manos cruzadas bajo la cabeza y mirando en silencio el cielo inmenso.

-¿Qué tienes? -le pregunté, cuando sigilosamente estuve a su lado.

-¡Na, hombre, na! -me contestó. Y poniéndose de pie de un salto me tomó de la mano y nos fuimos corriendo a ver el lazo que para cazar pájaros tenía armado bajo los manzanos.

Aquello que a mí me parecía un mal extraño, llenándome de una especie de terror, era inquietud del adolescente al sentir los primeros ensueños de amor, que como implacable ley de la naturaleza lo atormentaba de un anhelo confuso y del más grande y poderoso atractivo que iba a tener la vida para él durante su juventud.

Por la misma época se le despertó el gusto por los libros de imaginación, devorando cuanto encontraba a mano y lo que pudo conseguir en la Biblioteca Nacional de Santiago, burlando la mirada escrutadora y vigilante del director (don Briche), fiscal autoritario que sólo quería permitir a los jóvenes la lectura de obras ejemplares, recomendando al efecto la vida de los santos y el Año Cristiano. Un día que Nicolás pidió *Las Ruinas de Palmira*, le fue negado el libro y se lo tuvo por un joven peligroso.

Ruidosa fue su vida de estudiante en el Instituto, establecimiento que tuvo influencia grande y perdurable en su educación. Ahí adquirió cierto espíritu positivo y científico, y bebió el germen de un escepticismo religioso que hizo de él un libre pensador, sin que nunca, empero, fuese un sectario, porque ya de hombre se inclinó siempre respetuoso ante las creencias ajenas.

No fue de esos alumnos regalones o distinguidos que se llevaban los premios. Impedíasele aquella su altivez casi montaraz que no le permitía adular, ni le cuadraba tampoco el sistema de castigos brutales que los profesores practicaban como un *sport*, sacándole los pedazos de las manos a los alumnos, como único medio de estimularlos. Una vez que un profesor le dio un coschazo, le arrojó el libro a la cara acompañado de un insulto, y salió indignado puerta afuera.

Era arrebatado en sus actos y temerario en sus palabras. Desde muchacho quiso tener la independencia de un hombre, sin más guía que la voz vigilante de su conciencia, ni nunca fue experto en el arte de adular a los poderosos, lo que le cerró más tarde las puertas de la fortuna fácil; ni cedía jamás a lo que creyera una injusticia, ni fue intrigante, ni sabía de dobleces y disimulos, desconociendo ese don de gentes que no supo asimilarse, ni quiso aprender tampoco, despreciándolo como un don de esclavitud.

En cambio, era de ver el entusiasmo con que asistía a las riñas y bofetadas que se trababan entre bandos de colegios rivales. Se le encendía toda la sangre araucana que llevaba en las venas, esa sangre del roto belicoso y guerrero que bulle a borbotones cuando tocan a pelea. No le tenía miedo a nada ni a nadie. No era díscolo ni pendenciero, más, le seducían por temperamento de raza aquellas luchas que aquilatan las fuerzas y el coraje de los hombres.

Sus compañeros le idolatraban y juntos hacían la cimarra, largándose en alegres excursiones por los alrededores de Santiago, a Renca, Apoquindo, El Resbalón o San Bernardo, haciendo mil diabluras, escalando tapias y merodeando huertos.

No perdían fiesta pública, cívica o religiosa. En las del 18 eran de los primeros en llegar al Campo de Marte el día del fogeo de las tropas. Se enardecía Nicolás con el estruendo de las armas, el olor a pólvora y el fiero aspecto de los soldados rompiendo cartuchos con los dientes; y se sentía electrizado con la famosa carga de caballería que daban los Paperos, quienes arrancaban chivateando como los araucanos, blandiendo sus largas lanzas de coligüe, ornadas en la punta de rojas banderolas y haciendo retemblar el suelo.

-¡Viva Chile! ¡Viva la Patria! -gritaban los colegiales lanzando sus gorras al aire.

En la procesión del Viernes Santo, acompañaban las andas llevando velas encendidas y rezando con voz gangosa y lastimera las oraciones del Señor de la Agonía.

A los 18 años de edad era un arrogante mozo de espaciosa frente reflexiva y escaso bigote negro, siendo el rasgo dominante la amplitud y firmeza de su mandíbula, signo de una voluntad enérgica casi impulsiva. Cursaba sus últimos años de humanidades haciendo vida de estudiante en casa de pensionistas, jóvenes provincianos como él y sus compañeros de estudios, diversiones, amoríos y de polémicas acaloradísimas que armaban por cualquier motivo, discutiendo, con la exageración propia de la edad sobre la ciencia, religión, política, artes, gritando mucho y arrebatándose la palabra.

Nicolás terciaba en ellas con su vehemencia acostumbrada. Nunca fue hombre de fácil palabra ni capaz de improvisar medianamente en público, supliendo su falta de elocuencia con el gesto enérgico, la expresión mordaz y el acopio de ideas de que tenía bien nutrido su cerebro.

Casi todos eran libres pensadores, discípulos de las ideas democráticas de Bilbao en política y de Darwin en ciencias naturales, cuyos apóstoles militantes en Santiago eran el Patriarca Matta y don Diego Barros Araña. Algunos se hicieron espiritistas con Basterrica o positivistas con Lastarria. Mi hermano pasó por todas esas evoluciones antes que su poderosa mentalidad encontrara su verdadero camino.

En ese tiempo comenzó a ejercitarse en las letras, escribiendo verso y prosa, producción que destruyó por parecerle desposeída de mérito literario.

En 1874 obtuvo su título de bachiller en humanidades, acontecimiento al cual se daba gran importancia, creyéndose que aquel pomposo título abría las puertas poco menos que a la celebridad.

Conforme a las ideas de esa época, quiso mi padre que siguiese una carrera profesional, dejándole libertad de elección. Optó por la de médico. No pudo cometer error más grande. No encontró en la medicina la verdad científica y exacta que se había imaginado, como en las matemáticas, siendo, como era en esos años, empírica y rutinaria, con muchas de las añejeces y aforismos en latín del tiempo de Galeno, tan ridiculizados por Le Sage en el *Gil Blas* y por Molière en *El Médico a Palos*. La nueva escuela bacteriológica no había echado aún las bases verdaderamente científicas de la medicina del porvenir, y de la cual la cirugía y la higiene moderna son ramas del saber que honran a la humanidad.

A medida que se afirmaba la madurez de su talento iba seleccionando las obras de su lectura. Las ideas atrevidas de Darwin sobre el origen de las especies lo apasionaron de un modo indecible. *El Quijote*, que celebra con grandes carcajadas, se lo sabía casi de memoria. De *La Araucana* recitaba en alta voz las estrofas viriles que cantan los hechos heroicos de la raza indomable.

La Academia Literaria, de la que no perdía sesión, organizó certámenes literarios en los cuales obtuvo Nicolás varios premios, siendo uno de ellos en el tema: «Una novela científica» género literario puesto en boga por Julio Verne.

Su actividad era asombrosa: estudios de medicina, lecturas interminables, pintura, escultura, trabajos literarios en prosa y en verso y partidas de ajedrez y de billar en el que llegó a ser una notabilidad; y sus amores... que fueron infinitos como las estrellas del cielo, siempre apasionado jamás cautivo, pues no se casó nunca.

Era el hombre más desarreglado para vivir, haciéndolo todo a escape o a la diablo. Se rapaba en medio minuto, de dos pasadas rápidas de la navaja (tenía pocos pelos, es cierto) muchas veces sin jabón, y en seco, le daba lo mismo. Iguales eran sus hábitos en el arreglo de su persona, pues jamás iba a la moda, ni uso cadena de reloj, corbata vistosa, ni chirimbolo de ninguna suerte.

Tampoco era de los que llevan cuenta prolija del dinero que invierten, y gastaba con mano abierta a la generosidad lo poco que tenía. Caballeroso siempre, solía usar formas delicadísimas y originales para ayudar con dinero a sus amigos. Uno de éstos, joven muy pobre y pundonoroso, andaba en grandes apuros. Lo supo mi hermano y en el acto se fue a verlo y le dijo:

-¿Podría prestarme unos 20 pesos, compañero?

El otro clavó los ojos al cielo y con cara de lástima y algún sonrojo le confesó que no tenía ni para cigarros, pero que si los tuviera, gustoso se los prestaría.

-Acéptemelos entonces a mí, porque ando en fondos -le dijo sonriendo, y le pasó el dinero.

Así era él. La avaricia y la cobardía fueron los vicios que más detestó.

Una desgracia de familia, la muerte de una hermana en la primavera de la vida, lo hizo pasar por una terrible crisis de dolor que puso de relieve la sensibilidad de su alma, dejándole en un estado vecino al sonambulismo. Era una sombra y el pobre andaba ocultándose para llorar. Mi padre, temeroso de una doble desgracia, se lo llevó a Santa Cruz.

Se aproximaba el año de 1879, y pronto estalló la guerra del Pacífico, sacudiendo a Chile entero en una explosión de patriotismo que corrió de uno a otro extremo como un reguero de fuego, encendiendo el alma nacional en un ardor bélico, que bien pronto se tradujo en una campaña memorable.

Nada puede dar una idea de la emoción profunda que produjo aquella noticia inesperada, ni de la excitación creciente a medida que los acontecimientos se desarrollaban. Era una efervescencia que tenía algo de locura, rumores recogidos y comentados por un público impaciente, nervioso, gente que interrogaba ansiosa, personas que se arrebatában los diarios, la población entera en las calles, una multitud

enorme pechando frente a los balcones de la Moneda y a las puertas de los cuarteles, pidiendo las gloriosas banderas.

Nicolás, enfermo y débil, asistía al espectáculo conmovedor de la nación levantada en guerra, oía los toques del clarín llamando a los chilenos y vio partir de Santiago a las primeras tropas que a tambor batiente desfilaron por la Alameda en medio de una multitud delirante, en su mayoría gente del pueblo, que acompañándolas les daban sus adioses diciéndoles:

-¡Hasta luego, hermanitos, de atrás nos vamos nosotros!

Quiso Nicolás partir de los primeros, más, se lo impidió mi padre, viéndole aún tan enfermo.

En el episodio que voy a referir hay algo que mi padre calificó siempre de providencial por la forma en que mi hermano me salvó la vida. Y al relatarlo, pido excusas por verme obligado a hablar de mi persona.

Partí a la guerra sin avisarlo a mi familia, sabiéndolo sólo cuando desde el campamento escribí que formaba parte del batallón Atacama, ya famoso. Poco faltaba para que se diese la batalla de Tacna y vivía mi padre con la ansiedad consiguiente, pensando en la suerte que pudiera correr el menor de sus hijos. Lo instaba Nicolás a fin de que lo dejara partir y se oponía él aduciendo toda suerte de razonamientos para hacerlo desistir, hasta llegar a decirle un día, medio en serio, medio en broma, ambos paseándose en los corredores de nuestra casa de campo:

-¡Qué vas a hacer tú a la guerra, allá no necesitan tísicos!...

A lo que respondió Nicolás, deteniéndose y mirándole fijamente a los ojos:

-¿Y si hieren a Senén, quién lo cuidará?

Palideció mi padre, y en silencio se puso a liar un cigarrillo, muy trémulo de manos, lo que se notó (según me contaron los de casa) al tratar de encenderlo. Dio enseguida, pausadamente, algunos paseos por el corredor, pensativo, mirando al suelo. Bruscamente, arrojó el cigarro, se detuvo frente a mi hermano, que observaba atentamente las tribulaciones del pobre viejo, y le dijo con voz rápida y tono persuasivo:

-Mañana mismo te vas, el corazón me avisa que has de llegar a tiempo...

Partió Nicolás a mediados de mayo. El 26 se dio la batalla de Tacna contra todas las fuerzas reunidas de la Alianza Perú-boliviana, y una hora después de empezada, una bala me hirió en la mitad del pecho, dejándome atravesado de parte a parte y tendido de espaldas en la arena. Y ahí quedé todo el día entre numerosos muertos y heridos, muy cerca de uno que intentaba incorporarse apoyándose fatigosamente en una mano, para caer muerto con la cabeza hundida en la arena, mientras ruidosos vivas anunciaban la toma de un reducto y el triunfo de los nuestros.

Y ahí pasé toda la noche en un silencio pavoroso y habría exhalado mi último aliento si no me socorre y auxilia oportuna y misericordiosamente mi hermano. Quién, llegado la víspera misma de la batalla, toma parte en ella como cirujano de «Cazadores del Desierto», y terminada la acción y cumplido sus deberes profesionales con los heridos de su regimiento, corre al vivac del Atacama, ya cerrada la noche. Sabe mi mala suerte por el comandante del cuerpo, el bravo coronel Martínez (que llora la pérdida de

sus dos únicos hijos, muertos en la batalla). Prorrumpe en gritos de dolor mi pobre hermano y murmurando palabras que nadie puede comprender, sale en mi busca desatentado y resuelto a encontrarme en aquella noche oscura, envuelto en las tinieblas de su espesa camanchaca, que como un sudario de muerte cubría aquel extenso campo de batalla. Llámame por mi nombre en altas y desesperadas voces, y oye estertores de agonía y va tropezando a cada instante con los muertos, extraviado y perdido, pero resuelto a encontrarme a toda costa y siempre llamándome a gritos por mi nombre. Y así anduvo toda la noche, sin encontrar más que muertos, muertos y más muertos, ya medio enloquecido pensando quizás en la cuenta que irá a dar al pobre viejo abandonado, que sin duda no duerme allá lejos meditando en sus amantes hijos.

Empezaron, entre tanto, a disiparse las tinieblas de aquella tristísima noche y apareció por fin radiante el sol del nuevo día. Pero más radiante y hermoso que el esplendor del cielo azul me pareció el rostro de mi hermano y fue más grande y luminosa mi alegría cuando ambos con el aliento suspendido en silencio nos miramos un instante.

Me sería imposible referir aquella escena y nuestra emoción intensa, en mí la dicha, en él la dicha también, pero velada por la sorpresa, la duda y cierto espanto al ver mi rostro desfigurado por una máscara de sangre; duda disipada al fin cuando con cariñosa voz lo nombré por su nombre y alcé mis brazos para echárselos al cuello.

Recuerdos ya tan lejanos palpitan vivos en mi corazón, donde mi reconocimiento consagra un culto casi sagrado a la memoria de mi hermano.

Después de recogerme en una camilla y de prestarme por varios meses los cuidados que sólo las madres prodigan a sus hijos, se embarcó conmigo hacia el sur, entregándome en los brazos de mi padre, como se lo tenía prometido.

Cumplida su misión regresa al norte, toma parte en las batallas de Chorrillos y Miraflores y entra a la capital del país vencido a celebrar el triunfo, gozándolo con locuras juveniles.

Terminada la guerra, volvió a Chile con el ejército victorioso, el que hizo su entrada triunfal por la Alameda de Santiago, conduciendo en alto los estandartes de la patria, testigos elocuentes de la bravura de los soldados, porque las gloriosas insignias venían acribilladas a balazos y teñidas con su sangre; atronando el aire con los bronces sonoros y las músicas guerreras, en medio de una multitud inmensa que, llorando de alegría, arrojaba flores a su paso, bombardeándolo de rosas desde las tribunas tendidas a lo largo de la Alameda, desde los balcones de las casas y hasta de los tejados, donde una concurrencia pintoresca y loca de entusiasmo agitaba sombreros y pañuelos.

Siguió para Nicolás un largo período de dos o tres años, durante el cual, quizás cansancio o falta de un aliciente poderoso, parecía como hastiado de la vida y era su humor sombrío, viviendo de recuerdos, con crisis de tristezas y sin ánimos ni para terminar sus estudios de medicina.

Así siguió hasta el año de 1886, fecha en que un amigo minero le propuso que se fuese de médico al mineral de «Las Condes». Aceptó el puesto, y como aquel servicio era muy extenso para un solo médico, me habló a mí para que fuésemos juntos. Y una hermosa mañana de noviembre nos largamos de a caballo cuesta arriba a ejercer la profesión en plena cordillera, a 4.000 metros de altura, seguro de ganarnos una fortuna,

según nos afirmaban. Aquella vida llena de peligros entre nevascas y vendavales y abismos que daban miedo, fue como un latigazo que despertó el alma adormecida de mi hermano. Pronto se acostumbró a ella y le fue tomando gusto a la minería. Yo aguanté un año aquella vida de perros, y él se quedó cuatro, haciéndose, por último, un minero en toda regla y dueño de una pertenencia que explotó con las ilusiones del minero, creyendo hacerse millonario con un buen golpe de suerte.

De regreso a Santiago en 1890, pobre y desengañado, consintió, a instancias de mi padre, en recibirse de médico. Mas, no quiso ejercer su profesión y volvieron para él los días de abatimiento, tanto más sombríos cuanto que comenzaba a declinar su juventud, contando a la fecha 36 años de edad.

Y aunque a la mitad de la carrera de la vida y en el vigor de sus fuerzas físicas y la plenitud de su talento, andaba, no obstante, sin rumbo fijo, como extraviado caminante que busca su camino, sin que de nada le sirvieran su experiencia, el claro juicio y su cordura. Alma que no sabía doblegarse a las exigencias de un convencionalismo práctico, no formaba parte de ninguna sociedad, logia o agrupación humana, con cuyo apoyo saben abrirse paso tan fácilmente las mediocridades audaces. Buscaba o esperaba no sé qué, algo desconocido y más allá del mundo real en que vivía, quizás soñaba en algún ideal elevado y noble, forjado con el poder de ilusiones de que era rica su fantasía. Leía mucho, meditaba más aún y fue adquiriendo un gran caudal de cultura intelectual y el sello peculiar a los hombres de vida interior. De esa época data su admiración por el filósofo Spencer, autor que tuvo influencia poderosa en la orientación de sus ideas, haciéndole un convencido individualista, enemigo del socialismo, al que condenó siempre.

No obstante, por estimar que la supervivencia de los más aptos es la ley fundamental biológica del progreso humano, se sentía arrastrado hacia las clases proletarias, interesándose por la suerte y el destino de los desheredados de la fortuna. Eran los síntomas de un nuevo amor que iría creciendo con el tiempo y echando raíces muy hondas, el cual se exteriorizaba en forma dolorosa o irritable cuando le tocaban un punto muy sensible que simultáneamente fue apareciendo en su alma: la triste condición del pueblo, en el que creía encontrar las más grandes cualidades y virtudes. Pudiera referir numerosos hechos que comprueban este sentimiento. Citaré uno.

Al recogernos a casa una noche fría de invierno encontramos refugiado en la puerta de calle al policial del punto. Condolido de la infeliz suerte de aquel pobre roto, que mal vestido y que tal vez con hambre, estaba ahí defendiéndonos vida y hogar, mi hermano le puso cariñosamente una mano en el hombro, preguntándole si tenía frío:

-Un algo, porque está helando -contestó el Paco.

-¿No te vendría mal, entonces, comerte un buen bocado?

-¡Me pareuse! -contestó sonriéndose el policial.

-¿Y un trago de vino también?

Creyendo que esta vez querían burlarse de él, un representante de la autoridad, se puso serio el Paco, y sacando un largo pito de hueso, que se metió en la boca por entre los bigotes hechos unos carámbanos en deshielo, largo; inflando mucho las mejillas, un pitazo agudo y lastimero, terminándolo en un requiebro, a fin de hacerse presente a su cabo. Como intentara irse, le detuvo mi hermano, diciéndole que se esperara un

momento; y entró a casa, volviendo luego con cuanta cosa de comer y de beber encontró a mano. Quiso también pasarle un poncho que el policial dijo no podía aceptar, dando las gracias por lo demás.

En este estado de ánimo, lo encontraron los trastornos políticos del 91. Desde el primer día hizo causa común con los revolucionarios, convencido de que en aquella lucha de principios la razón y el bien público estaban de parte de quienes luchaban por los ideales de un gobierno parlamentario y la libertad electoral, base de toda democracia. No pudo embarcarse para el Norte, pero trabajó para levantar la opinión pública en Santiago, exponiéndose en más de una ocasión a ser víctima de su imprudencia temeraria. Una noche que en la estación tomaban el tren tropas del gobierno, custodiadas por numerosos agentes de la Dictadura, lanzó un sonoro: «¡Viva la revolución!», que heló de espanto a las personas que lo rodeaban. Triunfante el partido del Congreso volvió a sus lecturas favoritas, encerrado en su cuarto. Él no era hombre para sacar partido de aquella lucha entre hermanos que habían ensangrentado el suelo de la patria.

Pero iba a franquear una nueva etapa en el camino de la vida, donde dejaría un hondo surco y el rastro luminoso de su nombre. Cerca de 40 años contaba de edad cuando abandonó la vida estrecha y sedentaria de Santiago, yéndose de médico a las oficinas salitreras, con residencia en el Alto de Junín. Aquella nueva vida, en un medio social de aspecto exótico y cuyo escenario era un desierto, exigiendo una salud de fierro, la afrontó con un entusiasmo que recordaba sus mejores días. Trabajar es vivir, es la fuerza que lo engendra todo en el deseo ardiente de subir, de ir más allá y más lejos.

Con el alba, obscuro a veces, ya estaba en pie tomando su caballo para la abrumadora jornada diaria, visitando las oficinas salitreras a su cargo, ubicadas a largas distancias en la pampa. Andaba siempre afanado, corriendo al sol y al viento, envuelto en nubes de polvo y bajo una reverberante luz de fuego. Jamás dejaba de llevar algún libro en la mano, cuando no eran revistas asomándoseles por los bolsillos. Pronto fue popular entre los trabajadores y se hizo querer de todo el mundo, jefes y empleados, en su mayoría extranjeros, y en particular de los rotos, sus paisanos, que por instinto reconocieron en él un amigo, algo semejante en su rudeza y porte altivo al otro paisano, el espino.

Era el alma de aquella sociedad cosmopolita y el iniciador de sus fiestas sociales o deportivas, que animaba con su charla, practicando el inglés con ellos, idioma que alcanzó a hablar, como hablaba en francés y podía traducir el italiano y un poco el latín. No había persona que mejor supiese escuchar e interesarse en la conversación. Sus exclamaciones vivas, sus gestos animados y su aire de buen muchacho en el que se transparentaba el alma de un hombre de bien, predisponían en su favor, invitando a las confidencias íntimas, en la certeza de que se depositaban en quien sabría interesarse por ellas. Cuando hablaba de ciencias, de arte, de heroísmo, de lo que eran sus ideales, conmovía por la sinceridad y vehemencia con que expresaba sus emociones propias de hombres superiores que saben sentir y expresar las nobles alegrías espirituales. A veces iba hasta la exageración. En su charla familiar usaba del lenguaje del pueblo, gustando de los chascarrillos en que el roto luce su gracia picaresca. El dinero que ganaba lo prodigaba a manos llenas, sosteniendo escuelas, sociedades obreras, aparte de sus dádivas secretas. Si un empleado caía en desgracia o un jornalero se inutilizaba por accidente en el trabajo, dejando familia en la miseria, allá estaba corriendo para tenderles la mano y socorrerles. Poseía un elevado concepto de justicia y de indomable

equidad, y al través de esos sentimientos encauzaba sus actos por el camino recto. Siempre reñido con el convencionalismo de que son esclavas las multitudes y ajeno a las vanidosas ostentaciones que tanto satisfacen al egoísmo humano, no entendía de frases cortesanías hipócritas que encubren los sentimientos, ni de genuflexiones elegantes, usando por el contrario una franqueza ruda. Esa carencia de hábitos cortesanos le hacía el hombre menos a propósito para vivir en un círculo mundano o en una sociedad galante. Sus hábitos llevaban el sello de su carácter y de un hombre de trabajo, modesto, sencillez y sobrio, pudiendo afirmar que jamás se embriagó.

Así fueron transcurriendo los primeros años de su permanencia en la pampa y fue adquiriendo un gran prestigio, debido a su vasta ilustración y a la originalidad de su carácter y de sus ideas expresadas con una independencia de opinión poco común. Contribuyeron a ese prestigio muchos actos realizados por él, que acusaban su belleza moral y su grandeza de alma. Un libro pudiera llenarse con estas acciones. Citaré algunas.

Un día, el vapor en que regresa del Sur choca contra una roca, quedando en gran peligro de naufragar. El pánico y la confusión son enormes, y se oye el: «¡sálvese quien pueda!»; sugerido por el miedo de los cobardes. Nicolás corre a la cubierta y grita:

-¡Las mujeres y los niños a los botes!

Y armado con lo primero que encuentra a mano y una resolución que le relampaguea en los ojos, se opone al paso de los hombres, consiguiendo hacerse respetar. Todos los pasajeros llevan puestos sus salvavidas, menos él. Viéndolo, le grita un inglés, salitrero de Tarapacá:

-¡Doctor, póngase su salvavidas!

Conjurado el peligro se encierra bajo llave en su camarote, huyendo de manifestaciones que le desagradan.

Estando de visita una noche en los altos de una casa, en Pisagua, se hunde repentinamente y con grandes estrépito, el piso del comedor, arrastrando a dos muchachas de la servidumbre que se ocupaban del arreglo de la mesa. A los gritos desfavoridos que dan, pidiendo socorro viéndose entre los escombros y amenazadas por el fuego que las lámparas encendidas habían comunicado. Nicolás no vacila un segundo, y de un salto se arroja a salvarlas, sacándolas al poco rato en sus brazos.

Otro día lee en los diarios, que recibe de Valparaíso, la noticia de que un guardián a ejecutado un acto de arrojo, exponiendo su vida por salvar a un compañero. Acostumbrado de niño a considerar el heroísmo como el único fin de la vida del soldado, se apresura a enviarle, junto con sus calurosas felicitaciones, una gruesa suma de dinero. Al dar cuenta de ese acto, la prensa tuvo frases elogiosas para el autor de aquella generosidad poco común.

En otra ocasión le muestran en los cerros de Valparaíso el sitio desde el cual O'Higgins, viendo partir la escuadra libertadora, pronunció aquellas célebres palabras: «De esas cuatro tablas penden los destinos de América». Inmediatamente concibe la idea de consagrar aquel lugar histórico con algún signo visible que perpetúe su recuerdo a las generaciones futuras. Y al efecto hace tallar una placa conmemorativa, que con el nombre de «Miradero de O'Higgins» coloca allí, inaugurándola con una gran fiesta costeada de su bolsillo, a la que invita a los jefes de la Armada y a numeroso pueblo¹.

Su actividad, que era grande, la dedicó también al estudio del problema industrial del salitre, viendo modo de abaratar su costo de producción y aprovechar los terrenos de baja ley. Inventó al efecto, asociado a un amigo, un procedimiento para el que pidió privilegio e hizo venir de Inglaterra las máquinas necesarias. Pero se estrelló con los hábitos rutinarios de los salitreros, que no quisieron prestarle su apoyo.

Más tarde escribió en la prensa una serie de artículos ardientes de patriotismo, encaminados a nacionalizar la industria, resguardándola del *trust* o monopolio que con el nombre de «Combinación Salitrera» perseguían los productores, ahogando su libre expansión en contra de los intereses del Estado. Quería defender esta riqueza, decía, de la voracidad de los extranjeros que ahí llegan como los amos, desalojando a los chilenos u ocupándolos como bestias de carga y arrebatándoles lo que conquistaron con su sangre y legítimamente les pertenece como premio a su heroísmo.

En esos escritos sensacionales iba apareciendo el fanático defensor de su patria y el paladín de su raza. Fruto de sus meditaciones y estudios, surgía lentamente en su cerebro una idea genial y se acentuaba su perfil de apóstol de una causa santa, de una causa nacional. Y en esa obra, otra faz tuvo su actividad mental mientras permaneció en el desierto de Tarapacá.

Hacía años que venía ocupándose de un problema al que dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus tareas profesionales: el problema interesantísimo del origen étnico del pueblo chileno. Sus lecturas prodigiosas habían preparado el terreno. El contacto diario con los trabajadores de la pampa y la observación atenta del carácter de los chilenos en general y la especialísima del roto, su aspecto fisonómico, costumbres y psicología, en todo tan diverso del tipo, modo de ser, de pensar y de sentir de los demás trabajadores de otras nacionalidades que ahí habían, ya sudamericanos, ya europeos del mismo origen latino, fueron generando en su pensamiento una concepción nueva, una idea original respecto de los chilenos, quienes, a su juicio, formaban una entidad racial bien definida y única, con caracteres propios, entidad que era la base étnica de la nación. Muchas veces había oído decir a los extranjeros que nos visitan, o la había leído en autores como Darwin y otros, que «en Chile hay una raza particular distinta de todas las demás del mundo».

Convencido de la verdad de aquellas observaciones y deseando explicárselas y comprobarlas, se echó a rastrear con una paciencia de benedictino los orígenes de nuestra sangre, leyendo todos los historiadores de Chile, desde sus fuentes primitivas, las cartas de Pedro Valdivia al rey de España y las actas del Cabildo de Santiago, y se hizo venir de Europa cuanto libro tratase de antropología, etnología, biología, psicología étnica, lingüística, filología, como asimismo las historias de los pueblos que habitaron a España desde los tiempos más remotos: íberos, celtas, fenicios, vascos, romanos, godos, árabes y bereberes africanos; y cuanta obra tratase de razas, mestizaje, y de todo aquello, en suma, que pudiera aclararle el problema que investigaba.

Había tomado con tal apasionamiento aquellos estudios que eran como una obsesión y tema único de su pensamiento y de sus conversaciones. Cuando nos veíamos, que era con frecuencia, no me hablaba de otra cosa: era su idea fija.

A medida que leía y estudiaba, una luz iba apareciendo ante sus ojos asombrados, llenándole de orgullo y alegría, porque iba convenciéndose, sin dejarle dudas, de que ciertamente éramos una raza aparte, digna de respeto por la nobleza de su sangre, un pueblo llamado a grandes destinos por las virtudes y el heroísmo de sus progenitores.

El padre de la raza, según sus investigaciones, era el conquistador godo, de filiación germana y psicología varonil o patriarcal, diametralmente opuesta a la latina, descendiente de aquellos bárbaros rubios y guerreros que en sus migraciones por Europa destruyeron el imperio romano de Occidente, y más tarde invadieron la España, de donde partieron a la conquista de Chile.

La madre de la raza era la araucana, hija de la tierra como la flor del copihue y botínpreciado del conquistador (que no trajo mujeres) en aquella lucha secular y homérica en la cual el araucano defendió sus lares y sus tierras hasta morir en la contienda:

«Y de la conjunción del elemento masculino del vencedor con el femenino del vencido, nació la raza chilena, mestiza, como deben haber nacido todos los grandes grupos humanos llamados razas históricas»².

Sólo así pudo explicarse Nicolás, el tipo tan común en nuestro pueblo, principalmente en los campos, de esos rucios carantones y patilludos, de mostachos colorines y ojos zarcos, que parecen germanos con poncho y ojota. Y así pudo explicarse también muchos rasgos de la psicología del chileno, su energía moral, su carencia de maneras cortesananas que le impiden ser sonriente y zalamero, siendo por el contrario arisco y fiero; sus aptitudes militares y su genio belicoso, herencia ancestral de sus mayores, el godo y el araucano que en viril contienda esmaltaron nuestra historia de grandes hechos memorables y episodios heroicos cantados por la poesía épica.

Sus convicciones a este respecto fueron finalmente absolutas y comprobadas con razones y argumentos sacados hasta del modo de hablar de nuestro pueblo. Su admiración por la raza se trocó en amor fanático, ligándose para siempre al destino y a la suerte del roto con un lazo más fuerte que la muerte. Le apellidó «El Gran Huérfano», diciendo que era «el desheredado y paria dentro de su propia patria, a la que tanto ama, cuyas glorias han sido adquiridas al precio de su sangre, y por la cual está en todo momento pronto a dar alegre su vida». Y lo amó con cariño fraternal y compasivo al verle sudar sangre en aquel desierto (que a la larga no es sino su cementerio), quizás soñando, sin esperanzas, en adquirir un pedazo de suelo de los fértiles campos de Chile, y viviendo resignado a su suerte perra entre aquellos extranjeros, donde no es otra cosa que la fuerza bruta que los enriquece, aceptando paciente, demasiado paciente, el mendrugo de pan que le arrojan de las sobras de aquel banquete colosal.

Entonces emprendió una campaña en favor del pueblo con toda la fe del nuevo culto que ardía en su alma, sembrando sus ideas a los cuatro vientos. Se puso en correspondencia con el Congreso Social Obrero de Santiago, con Diputados y hombres dirigentes del Partido Demócrata, directores de diarios, sin distinción de colores políticos y con numerosas personas de reconocido patriotismo, golpeando a todas las puertas, pidiendo cooperación y ayuda en bien de los intereses nacionales y de la clase proletaria que defendía.

Leía cuanto diario o revista se publicaba en el país y pasaba atento al rumor de la opinión pública. Pocos respondieron a su llamado. Estaba triste. Así lo encontré un día que fui a visitarlo. Se hallaba a la caída de la tarde, de pie y sin sombrero, sobre el

promontorio de rocas que en el Alto de Junín, al borde de una profunda barranca, domina el mar 800 metros de altura. El sol, ocultándose con resplandores de incendio le iluminaba la faz y meditaba en el porvenir de su raza y en la suerte del roto. Así me lo dijo y noté que tenía la mirada perdida en la inmensidad del océano, el desaliento en el rostro y la boca dolorosa.

Al comenzar el siglo emprendió viaje a Europa, estudiando en las fuentes mismas de los países que visitaba cuanto pudiera servirle a reforzar la tesis que sostenía. En Londres escribió artículos en defensa de Chile.

A su regreso volvió a sus duras tareas de médico en el desierto. Pero asimismo, y con mayor apasionamiento que nunca, a su tema favorito, el origen del pueblo chileno y de su representante más genuino, el roto, tomando ahora la cosa con tal exaltación que rayaba en virulencia. No toleraba palabra o concepto ni veladamente ofensivo a Chile, irguiéndose en el acto como un quisco espinudo. Y cuando le tocaban a su roto gruñía y mostraba los dientes, saltando como un tigre a su defensa. Los extranjeros, entre quienes vivía, tan dados a maldecir del país que explotan (y del cual los ingleses se creen los amos) tenían que refrenar su lenguaje. Un día que un emigrante buhonero le ofreció en venta un libro pornográfico, de grabados obscenos, le molió a bofetadas.

Entre tanto, su orgullo de chileno estaba pasando por una dura prueba. La desmoralización y el desgobierno había comenzado en los hombres dirigentes del país, y la corrupción en las clases llamadas superiores, debido, sin duda, a la intromisión de una casta de advenedizos sin escrúpulos, cuyas aptitudes mentales y morales no correspondían a la situación social ocupada. Había ansia de dinero fácil, vida social escandalosa y un lujo insultante, desconocido en nuestras austeras costumbres: síntomas inequívocos de una profunda decadencia moral, de que la prensa venía informando a diario al dar cuenta de numerosos desfalcos, falsificaciones, sustracción de documentos oficiales y otros crímenes perpetrados por personas de apellidos nuevos en la familia chilena.

Para muchos aquello era la consecuencia inevitable de la riqueza del salitre, colosal presente griego que estaba corroyendo las conciencias y perturbando la tradicional probidad de la República, tan varonil y tan sana hasta entonces en su pobreza espartana.

Nicolás estaba lleno de indignación y de vergüenza. Indignación que se trocó en asombro al ver la campaña emprendida en nuestro desprestigio por algunos diarios de Santiago. Y lo que era aún más grave, por publicaciones oficiales enviadas a profusión al extranjero. Los *Anales* de la Universidad de Chile publicaban una *Historia* encaminada a probar que los araucanos (nuestros progenitores) ¡eran una horda de salvajes cobardes! ¡La *Estadística Carcelaria* nos presentaba ante el mundo civilizado como un país de criminales! La Sinopsis daba unas tablas horrorosas de mortalidad. Los diarios hablaban del «roto inmundo y degenerado», aconsejando la conveniencia de arrojarlo del país y de reemplazarlo por emigrantes, porque «bien merecida se tenía su suerte perra...» (textual).

Pues bien, mi hermano comprobó que todas esas historias y estadísticas eran falsas, absolutamente falsas, plagadas de crasos errores y escritas con una ignorancia suma o con mala fe manifiesta. En esas publicaciones, costeadas con fondos de la nación, sus autores, que no parecían chilenos sino sus mayores enemigos, se habían dado un trabajo de cuervos rebuscando cuanto pudiera degradar a la raza araucana, haciendo hasta citas trucas, con la villanía de quien reniega de su sangre y envilece a su propia madre.

Infamias que para mi hermano eran como otras tantas puñaladas que le asestaron en las entrañas.

Tomaba nota de todo y pronto adquirió el convencimiento de que se trataba de una campaña mercantil emprendida por agentes extranjeros de colonización (ayudados, es cierto, por gestores administrativos chilenos) y sin otros fines que apropiarse de los terrenos de la nación, so pretextos de que sobraban tierras, faltaban brazos y era beneficioso para el país reemplazar al araucano cobarde y al roto inmundo por italianos y españoles.

No creía que aquello pudiera realizarse tan fácilmente, confiando en el patriotismo y buen sentido de los chilenos honrados que aún había en el Gobierno. Mas, pronto tuvo que convencerse ante la evidencia de los hechos. Había comenzado la radicación de indígenas. A los araucanos se les quitaban sus tierras con la fuerza de las armas. Luego siguió el éxodo de miles de chilenos que se expatriaban conduciendo de la mano a sus esposas e hijitos. Los gendarmes los expulsaban a balazos, empujándolos con las puntas de las bayonetas. Se necesitaban sus tierras para entregárselas a los inmigrantes que iban llegando: andaluces, napolitanos, calabreses, bohemios, gitanos, zingaros. Y con ellos iban llegando también los churreros, los carlistas fanáticos, los vagos cubiertos de llagas, los anarquistas, los criminales contratados en las puertas de las cárceles, los rufianes a la alta escuela (*caftens*); y como novedades patológicas desconocidas en el país, iban apareciendo la lepra, el tracoma, la bubónica y todas las plagas repugnantes de las multitudes famélicas de los últimos estratos sociales del viejo mundo latino.

Los Cónsules chilenos del Neuquén y de San Luis comunicaban que millares de chilenos con sus familias trasmontaban la Cordillera pidiendo albergue y una nueva patria a la Argentina. Su número pasó de 20.000 en poco tiempo.

En su guarida del Alto de Junín, como felino en acecho, pasaba Nicolás con el oído atento pareciéndole oír el ruido de las armas y las voces pidiendo auxilio en aquella batida o cacería de araucanos y chilenos.

De súbito, con rugidos de león que defiende a sus cachorros, saltó en defensa del roto, y tocando las campanas a rebato en un acceso de revuelta furiosa, se lanza a la prensa de Iquique anunciando el peligro, arrancando máscaras, despertando las conciencias, sacudiendo los egoísmos, soplando en los corazones el inextinguible amor a la patria, en una serie de artículos firmados «Un roto».

En ellos expresaba la exasperación de su alma con un acento de fiera grandeza, digno de los mejores profetas bíblicos. Consciente de su fuerza, de su derecho y de la misión que le corresponde en aquella causa, como un grande apostolado a que le llamara el destino, fue un feroz fustigador de los detractores de su raza y de su patria, asestando golpes de maza a la hipocresía de aquellos fariseos que traficaban con lo más sagrado de la nación, sin miramiento alguno por la situación oficial de los hombres de gobierno.

Fueron sensacionales esos artículos. El elemento extranjero de Tarapacá se sintió alarmado y el chileno profundamente conmovido, porque a ellos les hablaba el lenguaje del sentimiento.

No obstante, allá en la legendaria Araucanía continuaba el lanzamiento inicuo de los chilenos, despojándolos a balazos de sus tierras. Entonces poniendo a Dios por

testigo de aquella horrenda injusticia y maldad, escribió su folleto: «¡Alza chilenos!», «¡Alerta, chilenos!», en el cual condensaba sus ideas sobre colonización, repartiéndolo profusamente en el país.

Y su rostro tomo un sello sombrío. Andaba con la cerviz abatida y la mirada ardiente del iluminado, casi de un loco. Infundía lástima o miedo. Iba solo y la gente se hacía a un lado a su paso o se lo mostraban con la mano.

Recogió en silencio aquellos artículos en los que había vaciado su alma, les agregó algo más y se fue a Valparaíso, donde los hizo imprimir en un libro que tituló *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Y sin firmarlo siquiera, porque no buscaba gloria personal, lo entregó al público y regresó al Alto de Junín.

Venía hecho una ruina, enfermo y deshecho. Bajo el ala de su sombrero hongo, hundido hasta las cejas, se veía su rostro envejecido, sus ojos secos y seniles, ya marcados por el dedo de la muerte. Al descubrirse mostraba un semicírculo de cabellos caídos en la frente en forma de aureola, dando la impresión dolorosa de un mártir coronado de espinas. En este triste estado, casi moribundo, reanudó sus tareas de médico en el desierto, sin querer aceptar ayuda de nadie. Le quedaba la energía de su voluntad indomable.

El oficio de decir la verdad ha sido siempre ingrato y peligroso. Había puesto el fierro candente sobre muchas llagas, provocando gritos de dolor y se le tuvo por un hombre brutal, peligrosísimo para mucha gente. En su gran amor al pueblo que sufre, los potentados y aristócratas vieron una amenaza y lo trataron de anarquista. Su patriotismo exaltado fue motivo de alarma para los extranjeros dueños del salitre, quiénes le miraban de reojo, tratándole de bóxer, y gustosos le hubieran arrojado de la provincia y del país, a fin de no tener quien debelara sus abusos. Se contentaron con quitarle su puesto de médico de las salitreras. Y quedó sin empleo, enfermo, abatido, desilusionado, perseguido de burlas, tratado como un demente o un loco. Su libro no pasaba de ser la obra de un visionario iluso, el romance en prosa de un mistificador.

Quedaba en la miseria, sin más bienes de fortuna que sus libros y una bandera chilena que, oculta en la maleta, llevaba siempre consigo, rogando a sus amigos que al morir envolvieran su cuerpo en ella, sirviéndole de mortaja. Cuanto había ganado con su rudo trabajo (una fortuna) lo había repartido a manos llenas entre sus paisanos menesterosos. No podía verlos sufrir. Huyendo de la jauría de sus perseguidores, se refugió en un hotel de Iquique, viviendo encerrado en su cuarto como un anacoreta que se retira del trato de los hombres malvados e ingratos.

Mas, no había recorrido aún todo su calvario, ni apurado todo el cáliz de amargura que el destino cruel le reservara; que sólo lo apuró hasta las heces viendo fusilar en masa a los pobres trabajadores de las salitreras reunidos en una plaza pública de Iquique para exponer sus justas quejas a sus patronos, los millonarios dueños del salitre. Cuando oyó el horrible estrépito de las ametralladoras sembrando la muerte entre aquellos infelices rotos, sus hermanos, que por centenares quedaron palpitando en su agonía, dio un grito y se cubrió el rostro con las manos... Y ya su alma desgarrada quedó triste hasta la muerte.

Su libro, quizás el más audaz que se hubiese publicado en Chile, supo crear una agitación que repercutió en todo el país como la encarnación de un anhelo nacional. Sus ideas tuvieron influencia poderosa en la orientación del criterio público. Hubo otra

manera de apreciar muchas cuestiones de vital importancia. Abrió nuevos horizontes a nuestro orgullo nacional, dándole una base de nobleza étnica. Su atrevida concepción marcó una nueva era, porque su pensamiento arraigó muy hondo y como un alto faro alumbró con vastas proyecciones, y desde entonces, y sólo desde entonces, nuestros escritores comenzaron a hablar de una raza chilena, de nuestra raza. Y vive y vivirá siempre su influencia, despertando el alma nacional y nuestro espíritu cívico.

Aquel autor anónimo creía que un pueblo que tiene motivos para enorgullecerse de sus progenitores, debe velar porque no se bastardee su sangre, debe respetar sus tradiciones y seguir el ejemplo de probidad de sus mayores; porque lo que constituye la verdadera grandeza de una nación es su grandeza moral, y atributos inseparables son de ella el orgullo de raza, la honradez pública, las virtudes domésticas, el honor militar y la voluntad inquebrantable de alcanzar gloria en el mundo. Y terminaba gritando: «Dennos escuelas. Instruyamos al pueblo».

Se podía admitir que hubiese algunas exageraciones en su obra y que no se la pudiera aceptar en su integridad sino bajo beneficio de inventario. Pero era forzoso reconocer un grande, bien grande escritor, que escribiéndola había querido cumplir, una misión, dándonos a los chilenos un alto concepto de nacionalidad y de un elevado destino que cumplir.

Su estilo personalísimo, impregnado de un sentimiento singularmente conmovedor, a veces irónico; su gran erudición, la exactitud de sus observaciones sagaces, la lógica irresistible de su argumentación, y el calor de sus convicciones, presentaban a su autor, que nadie conocía, como el regenerador más formidable, con no sé qué de caballero errante, iluso y temerario, blandiendo su lanza en defensa de su raza, levantando los cargos de los detractores de su patria, a la que amaba sobre todas las cosas, fustigando vicios, apuntando errores, destilando la amargura de su corazón arrastrado en su piedad por la infeliz suerte del roto: su amor y su quimera.

Dícese que al leerlo nuestro gran poeta, don Eusebio Lillo, exclamó entusiasmado:

-¡Hacía falta este libro en Chile!

Pocos años más vivió en Santiago, retirado en medio de sus libros, compañeros inseparables de su triste soledad, haciendo vida modestísima y ocultándose de todo el mundo, salvo de contados amigos, sus admiradores, que le habían permanecido fieles en la desgracia.

La enfermedad que le minaba el corazón le había dado una sensibilidad extrema. Iba con la marca de su incurable desconsuelo y era su vida tristísima y atormentada, sin otras alegrías que la paz de su conciencia y la dulce amistad disfrutada en el seno de una familia amiga, la familia de la Maza, que había tenido la gentileza de ofrecerle su honrado y apacible hogar.

Su paseo favorito era el cerro de Santa Lucía. Lo subía fatigosamente, con algún libro en la mano, revolviendo el aire con el sombrero y aspirando el húmedo aroma de las hierbas, que le traían el recuerdo remoto de su infancia dichosa y de su juventud ya tan distante. En su ascensión se detenía siempre frente al «Caupolicán», aquel bronce que tan admirablemente simboliza la indómita fiereza araucana. Y ya casi en la cumbre, se sentaba a descansar frente a don Pedro de Valdivia, el otro progenitor de la raza, que

ahí está en su pedestal con las armas que le dieran el triunfo, contemplando el pueblo que él creó, pueblo que (bien lo sabe el godó) jamás nadie ha vencido, ni espera hacerlo.

Un día le pidieron que leyese algún trabajo en una sesión del Ateneo. Le costó resolverse; no le gustaba exhibirse. Leyó su trabajo *Decadencia del Espíritu de Nacionalidad*. Fue una ovación estruendosa, interminable. La concurrencia, de pie, aplaudía al autor de Raza Chilena, proclamándolo el más chileno de los chilenos, emblema vivo del patriotismo nacional.

Por esa época escribió su *Demografía Gótica* y la *Revisión en América de la Historia del Viejo Mundo*, obras aún inéditas y que venía preparando desde tiempo atrás, destinadas a reforzar sus teorías sobre etnología chilena y a refutar las críticas hechas a *Raza*, de la que preparaba una segunda edición.

Pero sus días estaban contados. La muerte le seguía de cerca. Algo sospechaba él. Hacía tiempo que venía notando una extraña sensación de ahogo, como si el corazón, demasiado grande, no le cupiera en la cavidad del pecho. Andaba taciturno cavilando tristemente. Sentía frío en el cuerpo y una inquietud particular del alma una sed de afectos, un deseo de consuelo compasivo para su tristeza, que iba a buscar refugiándose en el seno de las personas de su familia, al calor de los suyos, que tanto le querían.

No creíamos que su fin estuviese tan cercano. La implacable muerte, al derribarlo de un golpe súbito le engañó traidoramente dándole una mentida apariencia de salud. Aquel día fatal (11 de Junio de 1911), se sintió casi sano y andaba muy contento. Después de visitar a una hermana, lo pasó conmigo todo el día y estuvo espiritual y alegre, retirándose después de comida, sin querer aceptar nuestra invitación a quedarse a dormir en casa, donde solía hacerlo en la pieza que le teníamos reservada. Abrazó a mi esposa, me estrechó la mano y nos dijo: «¡Adiós!». Fue la última palabra que oímos de sus labios.

Se acostó a las diez y una hora más tarde se oyeron en el silencio de la noche las angustiadas voces de mi pobre hermano pidiendo socorro, gritando: «¡Favorézcanme!... ¡Auxilio!... ¡Vengan pronto, que me muero!».

En un instante y a medio vestir acuden las personas de la casa. ¡Qué cuadro más desgarrador fue el que presenciaron! Nicolás, ya casi exánime y sosteniéndose trabajosamente en el marco de una ventana, arrojaba sangre a borbotones por la boca. Luego se empañó su vista y doblegando la cabeza exhaló su último aliento.

Se le había roto un grueso vaso arterial (un aneurisma) desgarrado a impulsos de las palpitations de su gran corazón.

¡Ah! La tristeza de sus pobres funerales en aquella fría y nebulosa tarde de invierno. Media docena de parientes, otros tantos fieles amigos, algunas palabras de adiós y desapareció para siempre envuelto en la bandera de su patria, abrazado a ella, su único bien, en la noche oscura de su tumba. Y yacen sus tristes despojos en el más abandonado rincón del cementerio, azotado por el viento y por las lluvias, como si gimieran y lloraran el triste fin de los buenos³.

SENÉN PALACIOS.

Prólogo

Como me tomaré la libertad de enviar el presente libro a algunas personas, les debo una explicación. Este prólogo es para ellas.

Empezado por simples cartas por la prensa a un distinguido periodista nacional escritas con el fin de contrarrestar la opinión adversa al pueblo chileno que desde algún tiempo atrás venía difundándose en el público por algunos diarios y revistas, este estudio tomó las proporciones de un libro, en vista de que aquella campaña de desprestigio trajo como consecuencia el que el Gobierno haya puesto una invencible resistencia al cumplimiento de la ley de colonización nacional, y que esté entregando las tierras de la Nación a familias de raza extraña a la nuestra.

Algunas de las partes en que está dividido este libro conservan su forma epistolar primitiva con la sola adición de algunos documentos.

Escrito durante el escaso tiempo que me dejan libres mis ocupaciones y en períodos separados unos de otros por largos meses, la obra que ofrezco contiene algunas faltas de composición y de redacción, sin importancia y que no ha sido posible subsanar por falta de tiempo.

Así imperfecta la entrego a la meditación de los chilenos, porque, aunque descuidado en la forma, este libro es el fruto de largos estudios y porque algunas de las materias en él tratadas requieren urgentemente ser conocidas por el público.

Para llamar la atención sobre problemas viejos, he tenido que contemplarlos por una faz poco acostumbrada, lo cual, añadido a las pequeñas novedades que en el libro se contienen me hace temer que hubiera sido necesario una prueba más numerosa y mejor ordenada que la que me ha sido posible aducir para llevar el convencimiento al ánimo del lector.

Ruego que no se me censure la dureza del lenguaje empleado en algunas ocasiones, hasta después de haberse impuesto de las últimas partes del libro.

Si alguna de las personas a quienes me permito mandar esta obra se sintiera lastimada por las ideas de moral y otras que en ella se tratan, le ruego me disculpe. En sus manos está arrojar el libro.

Agosto de 1904.

Capítulo I

Etnogenia. Orígenes de la sangre chilena. Nacimiento

1.- La raza chilena es mestiza. Su precoz aparición. Fe de bautismo de la raza. 2.- El padre de la raza. 3.- Uniformidad física y psíquica de la raza, su causa y su importancia. La raza chilena no es latina. 4.- Funestos resultados de la mezcla de las razas desemejantes. No debe traerse colonos de raza latina a Chile. 5.- Cómo se forman las razas mestizas. Una de las condiciones favorables de la génesis de la raza chilena. Indios de Boroa. Crecida descendencia de los conquistadores. 6.- La madre de la raza chilena. Primeras madres. Su gran número. Su paralelismo mental con el conquistador. 7.- Rapidez con que nació la raza mestiza. Mecanismo de su formación. Cálculos sobre el número de chilenos de la 1.^a generación. Número probable de los de la 2.^a y 3.^a generaciones. 8.- Primeros sacerdotes chilenos. Nombres de algunos chilenos de la 1.^a generación. 9.- Rasgo dominante de la psicología del mestizo. Rapidez con que nació la 2.^a generación. 10.- Principales condiciones biológicas y psicológicas que favorecieron la uniformidad y la estabilidad de nuestra raza.

Distinguido señor: He tenido el gusto de leer los escritos en los cuales usted con íntima satisfacción, anota los beneficios que ya se dejan ver en la campaña emprendida contra el alcoholismo en Chile.

En ellos hay un acápite que, por haber llamado mucho mi atención, me voy a permitir comentar. Es el siguiente:

«A la activa campaña emprendida contra el abuso del alcohol deberá el país el gran servicio de conservarnos vigoroso y sano al hijo del pueblo. Yo quiero al roto; sé que es mucho mejor de lo que se le supone, admiro en él el ingenio en la rusticidad y creo que el país será grande si sabe conservar en el roto las preciosas cualidades que lo distinguen. Todo consiste en alejarlo del vicio del licor».

Copia usted enseguida, para justificar la suya, la opinión de otro autor, tan encomiástica del roto chileno, que no me atrevo a reproducirla aquí, por temor de parecer exagerado.

Ante todo creo necesario manifestarle mi opinión respecto de quién es, como entidad humana, el roto chileno, cuáles son los orígenes de su sangre, y cuál la causa de la uniformidad de su pensamiento, condición las más importante en sociología para caracterizar los grupos humanos llamados «razas».

Poseo documentos numerosos y concluyentes, tanto antropológicos como históricos, que me permiten asegurar que el roto chileno es una entidad racial perfectamente definida y caracterizada. Este hecho de gran importancia para nosotros, y que ha sido constatado por todos los observadores que nos han conocido, desde Darwin hasta Hancock, parecen ignorarlo los hombres dirigentes de Chile.

La raza chilena, como todos saben, es una raza mestiza del conquistador español y del araucano, y vino al mundo en gran número desde los primeros años de la conquista, merced a la extensa poligamia que adoptó en nuestro país el conquistador europeo.

1.- La raza chilena es mestiza. Su precoz aparición. Fe de bautismo de la raza.

Voy a copiar algunos de los documentos que poseo sobre la aparición de las primeras generaciones del roto, o «mestizo» como lo llaman los escritores de aquellos tiempos. Esos documentos son la fe de bautismo de nuestra raza.

El más antiguo documento en que se habla de la existencia de mestizos, de conquistador y araucana da a entender que eran ya numerosos. En las actas del Cabildo de Santiago, de fecha 13 de octubre de 1549, ocho años solamente después de la fundación de esa ciudad, los cabildantes tomaron algunas medidas para que los vecinos no eludieran el cumplimiento de una ordenanza sobre cierta contribución de guerra dictada poco antes. Dice el acta:

«Y algunas personas, con cautela y porque se disminuyan los diezmos de la iglesia y las rentas reales vengan a menos, teniendo diez yeguas, o nueve que pueda decimar una crianza, ponen en cabeza de sus hijos mestizos algunas yeguas, con color de pagar con cada crianza cinco pesos; y de esto viene gran perjuicio a la real hacienda».

La ordenanza aludida mandaba a los vecinos pagar una yegua de cada diez, y cinco pesos a los que poseyeran nueve o menos. Como las yeguas valían mucho más de esa suma, el que tenía diez, *v. g.*, ponía a nombre de su hijo mestizo las necesarias para esquivar la entrega de un animal, dando en cambio cinco pesos de contribución. El Cabildo resolvió:

«Que mandaban e mandaron, que no teniendo las tales personas que han de decimar, sus hijos casados e velados, no dejen de pagar todo el diezmo que debieran de las dichas yeguas por entero, conforme a la ordenanza que sobre esto está hecha, no obstante que tengan hechas cualesquier donaciones».

(Actas del Cabildo, *Colección de Historiadores de Chile*, tomo 1, página 212)

Esos mestizos podían tener hasta siete años de edad, y no serían en escaso número cuando sus padres podían causar a la real hacienda «gran perjuicio» donándoles algunas yeguas.

Antes de esa fecha el conquistador Valdivia se refiere a los hijos que tenían en Chile sus soldados. En carta al rey de España Carlos V, fechada en la Serena el 4 de septiembre de 1545, cuatro años solamente después de la fundación de Santiago, entre

otras cosas le dice que sus hombres están «trabajados, muertos de hambre y frío, con las armas a cuestras, arando y sembrando por sus propias manos para la sustentación suya y de sus hijos».

En carta escrita ese mismo día a Hernando Pizarro, refiriéndose al número de hijos que les nacían a los conquistadores, dice Valdivia que este reino de Chile es «nativo» (*Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile*, J. T. Medina, tomo 8, páginas 101 y 91).

El número de esos primeros mestizos debió ser grande desde los primeros años como podrá colegirse de los testimonios que citaré más adelante.

2.- El padre de la raza.

El descubridor y conquistador del nuevo mundo vino de España, pero su patria de origen era la costa del mar Báltico, especialmente el sur de Suecia, la Gotia actual. Eran los descendientes directos de aquellos bárbaros rubios, guerreros y conquistadores, que en su éxodo al sur del continente europeo destruyeron el Imperio Romano de Occidente. Eran esos los Godos, prototipo de la raza (Teutónico, germana o nórdica, que conservaron casi del todo pura su casta gracias al orgullo de su prosapia y a las leyes que, por varios siglos, prohibieron sus matrimonios con las razas conquistadas). Por los numerosos retratos o descripciones que conozco de los conquistadores de Chile, puedo asegurar que a lo sumo el diez por ciento de ellos presentan signos de mestizaje con la raza autóctona de España, con la raza íbera; el resto es de pura sangre teutona, como Pedro de Valdivia, cuyo retrato es tan conocido.

Como en Chile no cesó de pelearse sino por breves espacios durante los primeros tiempos de la llamada conquista y como, por otra parte, esta región del continente no producía ninguno de los ricos artículos de comercio en que abundaban las demás colonias españolas, sólo vinieron a nuestro país los individuos de la casta aventurera y belicosa de la península. Los comerciantes, los industriales, los artesanos, los letrados, etc., ocupaciones desempeñadas en España por los naturales, no tenían a que venir a Chile, ni vinieron, salvo uno que otro secretario u oidor, hasta mediados del siglo XVIII, después de las paces selladas con el toqui araucano Ailla-Vilu; pero esos Íberos fueron en número escaso para que su influencia étnica se dejara sentir en una población de 500.000 habitantes, de los cuales los cuatro quintos eran mestizos. Además sólo se establecieron en las ciudades algo populosas.

A principios del siglo pasado vinieron soldados íberos, pero se sabe que no quedaron aquí sino los muertos. Sólo en estos últimos años la colonia íbera ha sido numerosa en nuestro país; pero, como es sabido, sus relaciones de sangre con nuestro pueblo son sin importancia.

El roto chileno es, pues, Araucano-Gótico. Hacer la demostración antropométrica y etnográfica de este aserto, no es de una carta pero si se formara polémica sobre este tema, como sobre cualquiera de las afirmaciones que pueda hacer más adelante, estoy listo a probarlo. Sólo exigiré en el contendor una preparación científica suficiente, pues estas materias no pueden tratarse con declamaciones ni con el mero auxilio de la literatura.

3.- Uniformidad física y psíquica de la raza. Su causa y su importancia. La raza chilena no es latina.

Esta mezcla de sólo dos elementos étnicos en nuestra raza imprime a la fisonomía del chileno ciertos rasgos comunes a todos, aun a los de rostros más desemejantes, lo que hace decir a los extranjeros observadores que en Chile hay una raza particular, distinta de todas las demás del mundo. Esto mismo puede apreciarlo el chileno cuando pisa nuevamente las playas de la patria después de haber visto otros pueblos.

Pero si la fisonomía física del chileno posee algunos rasgos comunes característicos, su fisonomía moral presenta tal uniformidad en sus líneas principales, que es éste uno de los fenómenos más interesantes de nuestra raza.

Toda la gama que va del roto rubio de ojos azules y dolicocefalo, con 80% de sangre gótica, hasta el moreno rojizo de bigotes escasos, negros y cerdosos, de cabello tieso como quisca, y braquicefalo con 80% de sangre araucana, todos sentimos y pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan y giran todas las demás, referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos: es uno mismo nuestro criterio moral y social.

Esta condición de nuestra psicología, cuya alta importancia parecen desconocer nuestros hombres dirigentes, puesto que pretenden perturbarla, se explica por la singular similitud de las almas de nuestros progenitores. Efectivamente, los Godos y los Araucanos, tan diferentes en su aspecto físico, poseían ambos, con la misma nitidez y fijeza, todos los rasgos característicos de lo que los entendidos llaman psicología varonil o patriarcal, en la que el criterio del hombre prima en absoluto sobre el de la mujer en todas las esferas de la actividad mental. No tengo para que recordar la altísima importancia que los sociólogos atribuyen a la directriz patriarcal en psicología étnica. El perfecto patriarcado de la raza germánica es bien conocido por todos, pero el de nuestro antepasado indígena sólo parecen apreciarlo los sabios extranjeros, como H. Spencer, que lo pone como tipo, o Smith Hancock, que lo encomian en grado sumo.

Los conquistadores notaron esa semejanza de los Araucanos con ellos desde los primeros momentos. Valdivia mismo los compara a los tudescos en su arte de pelear y en la hidalguía absoluta con que se conducían en la lucha. Los cronistas de aquellos tiempos los comparan a menudo a los antiguos romanos o a los Germanos que derribaron el imperio. En repetidas ocasiones los capitanes generales de Chile no desdeñaron batirse personalmente, de caballero a caballero, en palenque cerrado, con los toquis araucanos, como lo hizo el orgulloso Sotomayor, Godo emparentado con la casa reinante de la Península, lo que no habría hecho jamás con un villano o plebeyo.

Uriel Hancock, el sabio escritor norteamericano antes nombrado, los compara con los *highlanders* escoceses y agrega:

«Durante tres centurias y media han combatido por su libertad contra la raza dominadora, suscitando héroe tras héroe, como las montañas escocesas y Chile, como Escocia, se enardece al recuerdo de su pasado histórico. Por eso es un

país belicoso, heroico y progresivo.

Había algo en el carácter araucano que se imponía a la admiración de sus enemigos; raras veces se ha visto tan poca prevención al hablar de la causa de un adversario, como en los historiadores españoles de las campañas araucanas».

El inmortal Ercilla sintetizó en su poema la admiración que esta raza cobriza y bárbara del nuevo mundo hacía nacer en el alma de aquellos insignes conquistadores. Eran, pues, dos razas de corazón y de cerebro semejantes, las que en su choque de dos siglos, con una epopeya por epitalamio, dieron el ser al roto chileno. De allí la uniformidad de sus pensamientos.

De allí también la naturaleza de su ser moral y mental.

«Yo quiero al roto», dice usted, y su opinión es un dato más para mis apuntes sobre psicología chilena, porque ha de saber, señor, que los chilenos no somos queridos sino por los extranjeros o por chilenos de la nueva generación que llevan apellidos como el suyo, germano, comprendiendo con esta palabra todas las estirpes dólico-blondas originarias del norte de Europa.

Por lo demás, estamos pagados; los chilenos, a pesar de nuestro vivo sentimiento de raza, también queremos a ustedes y las mezclas de nuestra sangre han sido en todo tiempo, desde O'Higgins, Mackenna, Miller, O'Brien, etc., hasta Mac-Iver, Walker, Lynch, Boonen, Thomson, König, Williams, Tupper, Clark, Holley, etc., credencial segura de llegar a los más altos puestos en nuestra patria, sea cualquiera el campo en que ejerciten su actividad. Hubo Senado en Chile que ha contado con el 25% de apellidos germanos, siendo que la colonia de esa raza es relativamente exigua en nuestro país. Por el contrario, la colonia de raza latina o mediterránea, con ser ya muy numerosa, no ha producido sino rarísimos hombres superiores en su cruce con la chilena. Es que el chileno legítimo no tiene sangre latina en su venas, por más que hable romance y lleve apellidos castellanos. Las buenas o malas cualidades de los mestizos tienen en biología una significación muy elocuente respecto a las relaciones de naturaleza de los progenitores. El mismo fenómeno que aquí observamos respecto a la calidad de los productos de dos razas, según sean éstas afines o no podemos observarlo en otra parte en altísima escala y con resultados probatorios definitivos. Me refiero a los Estados Unidos. En ese gran país, de base étnica germana, el elemento latino llega a cerca de 6.000.000 de individuos, y sin embargo ni en las industrias, ni en las artes, ni en la banca, ni en la política ni en ninguna parte espectable se oye sonar un apellido latino, siendo que allí no hay ninguna preocupación que estorbe la elevación del más apto.

No simpatizan, pues, con el chileno los pueblos latinos, porque no somos de la misma naturaleza y por lo tanto no nos comprenden. Usted sabe que el roto «es mucho mejor de lo que se le supone»; pero eso sólo llegan a saberlo los que como usted pueden penetrar nuestro pensamiento. El chileno carece de la viveza y brillo de la imaginación, cualidad meridional en Europa y que sirve de cartabón al criterio latino para medir la talla intelectual de los hombres y de las razas.

El ingenio que usted encuentra en el roto no lo halla el español, ni el italiano, ni el francés meridional. El humor del roto está todo en el concepto, y le basta y aún busca el menor número de palabras para expresarlo, dejando al oyente el cuidado de comprender el chiste, al revés del latino, que busca la gracia más en la forma que en el fondo. Por eso a las exageraciones del andaluz, a los retruécanos del castellano, a los *calembours* de los franceses o a los *concettini* del italiano, el chileno les encuentra apenas un simple ingenio constructivo.

A propósito de la dificultad de comprendernos, le confesaré que el motivo principal de la alegría con que vi promulgarse la ley de servicio militar obligatorio fue el de que los jóvenes de nuestra clase aristocrática pudieran conocernos de cerca en el trato íntimo del cuartel, para que en su roce diario con el camarada del pueblo pudieran aquellos apreciar la firmeza y corrección de los instintos del hijo del pueblo, a quien un día mandarán, velados sólo por su falta de cultura y por la reserva natural de su carácter, como oculta su pobre traje la fibra de sus músculos, porque estoy convencido de que la causa principal del desvío que desde algún tiempo a esta parte se nota en nuestra aristocracia respecto de nosotros, se debe a que no nos conocen con la precisión necesaria para la acertada dirección de nuestros destinos.

«Todo consiste en alejarlo del vicio del licor», dice usted, y yo me permito anteponer un «casi» a su pensamiento. La embriaguez es un vicio que compartimos con la raza del norte de Europa. El meridional es sobrio.

Sería superfluo ponderar los males que acarrea la embriaguez habitual; pero es conveniente repetir, cada vez que se presenta la ocasión, lo que usted recuerda en su escrito: que el alcohol envenena el germen de la vida y trae la degeneración de las razas, porque es ésa la más funesta de sus múltiples consecuencias.

Desde antiguo es conocida esa terrible propiedad del infame alcohol. Tácito aconsejaba discretamente a sus compatriotas que trataran de dominar a los Germanos suministrándoles licores embriagantes, a los que eran muy aficionados, ya que las legiones se mostraban incapaces de vencerlos.

Creo por mi parte, que hay también, a propósito de esta grave cuestión del alcoholismo, otra verdad que debe recordarse siempre que se pueda, y es que ninguna ley ni ninguna propaganda ha producido buenos resultados si no ha conseguido disminuir el número de tabernas. Esta verdad, que está en la conciencia de todo el mundo, es olvidada, discutida y hasta negada por los dueños de viñas y alambiques y sus agentes, por lo cual hay que estar sobre aviso respecto al desinterés de la dialéctica de estos industriales.

El roto es agradecido, y desde el fondo de su pensamiento anublado por la embriaguez, conoce quien lo quiere de veras, si el que amablemente lo invita a tomar otra copita, o el que con ruda franqueza le afea su vicio fatal. Así, pues, los abnegados filántropos que hoy dedican sus esfuerzos a combatir entre nosotros esa plaga social deben contar con la gratitud eterna de nuestros corazones.

4.- Funestos resultados de la mezcla de razas distintas. No debe traerse colonos de raza latina a Chile.

El «casi» antepuesto es para recordar que, además del alcoholismo, existe otro modo de bastardear y aun de destruir una raza, el cual se quiere implantar en Chile y al que es necesario oponerse con la misma energía con que se combate aquel vicio.

Aludo a la propaganda que desde algún tiempo se viene haciendo por una parte de la prensa de la capital, por artículos de revistas y aun por algunos hombres públicos chilenos sobre la conveniencia de fomentar en gran escala la inmigración de familias de la raza latina del viejo continente.

Mis inveteradas aficiones a los estudios de biología me permiten atribuir a esos proyectos toda la gravedad que encierran, y prever las funestísimas consecuencias que su realización acarrearían inevitablemente para el porvenir de nuestra raza.

No es posible en una carta entrar en detalles de doctrinas extensas y complejas que justifiquen mi anterior afirmación, por lo que he de limitarme a recordar una de las conclusiones más sólidamente establecidas de la ciencia moderna.

Ya recordé la mediocridad de los vástagos de dos razas desemejantes; pues bien, cuando se insiste con fines experimentales en cruce de esa naturaleza, aparecen más o menos pronto las degeneraciones, los atavismos y la infecundidad, que traen por fin la desaparición de la casta mestiza. Estas experiencias, que en gran número se han llevado a cabo en animales y plantas, se han visto plenamente confirmadas por la observación de lo que acontece en los países en que se mezclan varias razas humanas. Las cruces de dos razas de psicologías diversas, no hablo de distintos grados de cultura, traen asimismo el desequilibrio de las relaciones nerviosas periféricas con los centros receptores y moderadores cerebrales. Los reflejos se hacen de preferencia espinales, sin que la corriente nerviosa centrípeta alcance a los órganos encefálicos que las convierten en ideas, permitiendo sólo la reflexión que el entendimiento juzga necesaria. Carecen esos mestizos de lo que se llama control cerebral, y constituyen la carga social de los apasionados, de los impulsivos, de los atávicos, de los instintos pervertidos, de los degenerados morales de toda especie, con los que no es dable formar sociedad alguna, y a los que el lenguaje corriente llama con razón «desequilibrados». Esto justifica la observación de la sabiduría popular, que considera al zambo como más malo que el negro fino.

La inmigración en grande escala, a granel y forzada, de familias latinas, se ha tentado ya en nuestro país hace unos diez o doce años. Se gastaron en la tentativa más de dos millones y medio de pesos y el resultado fue completamente nulo, como era lógico que fuera. Una parte de dichos inmigrantes se quedó en Montevideo, ahorrándose la vuelta por Magallanes, pues los que no tuvieron ese acuerdo, hubieron de atravesar la cordillera para ir a reunirse con sus paisanos en las márgenes del Plata. Aquí no quedaron sino algunos taberneros de confeti, que no quisieron seguir las huellas de sus compañeros.

La colonia de raza latina que entre nosotros existe ha sido seleccionada por las mismas dificultades que el europeo encuentra para llegar a nuestro remoto país, sin ayuda extraña y con sus propios recursos, costeados un pasaje caro, trayendo algún dinero o alguna industria y, lo que vale más que todo, animado de la voluntad decidida de crearse un campo para su actividad en medio de la libre concurrencia que en Chile, encuentran nacionales y extranjeros.

Muy otras serán las cualidades de los inmigrantes a quienes se fuerza a venir a nuestro país, ya sea costeándoles un pasaje nuestro gobierno, los gobiernos de origen o las sociedades encargadas en Europa de descargar del elemento pobre y sin ocupación aquellos países, o ya ofreciéndoles aquí un puesto que ellos no habrían conquistado por su solo esfuerzo. Esa gente vendría aquí a trabajar de jornalero y entrar en concurrencia con el roto, por lo que no es aventurado asegurar que también trasmontaría los Andes como sus antecesores. Allá, al oriente de la cordillera, hay ancho campo y falta de brazos, lo contrario precisamente de lo que aquí sucede, donde al par de ser el país más pequeño de Sudamérica en terrenos de labranza, con excepción del Uruguay, poseemos un sobrante de población que se ve forzado a emigrar por miles a las naciones vecinas y aun a las remotas.

Si se pensara atraer esa emigración creándole aquí una situación privilegiada, como dándole nuestras tierras o prefiriéndola en los trabajos públicos, o de cualquiera otra manera que estableciera un privilegio en su favor, se cometería una injusticia y una falta. Las protestas del roto chileno serían unánimes, tanto de los analfabetos como de los que hemos alcanzado algunas letras.

La misma colonia latina establecida entre nosotros estaría empeñada en evitar una situación que no podría traer ventajas a la tranquilidad con que hoy labra su fortuna y contribuye, en la medida de sus fuerzas, al progreso de este libre país americano.

Noto que discurro sobre una suposición gratuita. Nuestro respetado presidente a prometido en varias ocasiones solemnes traer, si lo cree necesario, sólo inmigrantes escogidos, y como la ley que rige esta materia lo faculta ampliamente para darle cumplimiento en la forma que crea más conveniente a los intereses de la nación, no querrá seguramente cometer una injusticia con este pueblo que tanto lo respeta y quiere.

Estimo también conveniente desvanecer una ilusión muy común a propósito de la inmigración latina. Hay personas que se imaginan que entre los inmigrantes de aquella raza puede venírse nos en persona o en germen algún Catón o algún Miguel Ángel, o bien un Cervantes o un Gonzalo de Córdoba. Nada más destituido de fundamento que esa esperanza. Las razas que produjeron esos genios eran muy distintas de las que a la fecha pueblan el mediodía de Europa.

Me he extendido tal vez más de lo preciso sobre este punto porque, como he dicho, el problema de la inmigración tiene para los países, especialmente los de corta población como el nuestro, más importancia de la que generalmente se le acuerda pues no siempre se contempla bajo el punto de vista de las razas.

«Yo quiero al roto», dicho con la llaneza y espontaneidad con que usted lo publica en escritos que reproducen muchos diarios del país y que son leídos con tanto agrado por la sensatez de sus juicios, por la ilustración que revelan, por su estilo sencillo y ameno y por su espíritu tan chileno, manifiesta en usted buena dosis de valor en los tiempos que corren.

El pueblo pobre de Chile, ese roto de quien usted no se avergüenza de publicar que lo quiere, es hoy el Gran Huérfano, desheredado dentro de su propia patria, a la que tanto ama, cuyas glorias han sido adquiridas al precio de su sangre y por la cual está en todo momento pronto a dar alegre su vida.

Las pruebas de la orfandad del roto, sus causas, sus consecuencias y algunos otros comentarios a su generoso artículo, serán materia de otra carta, si esta merece su aceptación, pues la presente es ya demasiado extensa.

Concluyo, pues, señor, dándole en mi nombre y en el de mis hermanos que no han leído su cariñoso artículo, por falta de ocasión o por no saber leer, los más ardientes agradecimientos desde el fondo de mi alma:

«Un Roto Chileno».

5.- Cómo se forman las razas mestizas. Una condición favorable de la génesis de la raza chilena. Indios de Boroa. Crecida descendencia de los conquistadores.

Distinguido señor: Prometí a usted en mi anterior justificar el nombre de «Gran Huérfano» que di al roto chileno, exponer las causas de esa orfandad y analizar sus consecuencias, esto es, tratar un poco de psicología chilena.

Dicha promesa no puedo cumplirla hoy sino en parte, porque he creído necesario primeramente levantar los cargos que se nos hace, tal vez como justificación del tratamiento que se nos da, y para emprender por orden esa tarea me he visto obligado a empezar por levantar los que se dirigen contra nuestros progenitores, pues la campaña de desprestigio ha comenzado también por ellos.

Antes de tratar esa materia deseo insistir un poco en los orígenes de nuestra raza y en el mecanismo de su formación.

El fenómeno del mestizaje entre la raza conquistadora y la conquistada es universal e inevitable, puesto que una de las más codiciadas presas del vencedor es en todas partes y ha sido en todos los tiempos la mujer del vencido. En el caso nuestro, las condiciones de producción del vástago intermediario han sido las mejores posibles. La distancia entre la patria de origen de los conquistadores y la nuestra, y las dificultades que en aquel tiempo presentaba el viaje, obligaron a éstos a venir sin sus mujeres, y la prolongación indefinida de la lucha, con la inseguridad y escasas comodidades de la vida consiguientes, prolongó por muchos años ese estado de cosas. Por otra parte, las pocas mujeres que arribaron a estas lejanas playas en las tres o cuatro primeras generaciones, eran en su mayoría miembros de las familias de los conquistadores y, por tanto, de su misma raza.

La circunstancia de que en la producción de los mestizos sea una sola de las razas progenitoras la que aporte el elemento masculino y la otra el femenino, tiene en biología grande importancia para la uniformidad y estabilidad de la casta mestiza. Para no citar más que un caso bien conocido de este fenómeno, recordaré el de la producción del mulo, híbrido del burro y de la yegua, mientras que de la conjunción del padrón y de la burra nace el burdégano o macho mohíno, tan diferente del primero, a pesar de tener la misma mezcla de naturaleza, que parecen animales de razas distintas.

En Chile se produjo el mestizo de indio y española, pero sólo en una región bien circunscrita del territorio. La toma de Valdivia, Imperial y otras posesiones de los

invasores en 1599 por los Araucanos dejó a éstos entre las presas una considerable cantidad de mujeres. Sólo de la primera de las ciudades nombradas tomaron más de cuatrocientas «mujeres rubias». De ellas descienden los indios rubios de Boroa, bien diversos del chileno rubio, tanto física como intelectualmente.

El atribuir a origen holandés las familias rubias y de ojos azules de los Araucanos de esa región proviene de que se cree generalmente que el conquistador tenía el cabello y los ojos negros, como el español de hoy día. Los holandeses fueron escasísimos en número y su estadía pasajera. Los signos germánicos de esos indígenas son mantenidos y reforzados por una verdadera selección, pues son mirados por ellos como rasgos de hermosura y nobleza, y no contraen matrimonio con los que no los presentan.

En el resto del país, especialmente al norte del Bío-Bío, la cruz fue en todas partes de conquistador y araucana. Los guerreros indígenas fueron cediendo lentamente el terreno de las provincias del norte al extranjero y retirándose a ultra Bío-Bío, pero dejaban atrás sus mujeres, ancianos y niños. Éstos, en cuanto su edad lo permitía, corrían a prestar su concurso a sus hermanos del sur. A los prisioneros araucanos no se les daba ocasión de reproducirse, pues se les manejaba encerrados y amarrados con cadenas.

En cuanto al caudal de sangre gótica vertida en nuestro país debe recordarse que mientras el resto del continente fue dominado en poco tiempo y por algunos centenares de hombres, Chile continuaba indefinidamente, con la fama de su guerra, atrayendo de todas partes al español guerrero, dejando en las otras comarcas al ibero, tranquilo y laborioso, explotando las riquezas naturales en que abundaban las demás colonias. Del Perú, de Bolivia, de Nueva Granada, de México, de toda la América llegaban a nuestro país «a probar mano» con nuestros antepasados indígenas. De España, de Flandes, de Italia, y hasta de Londres, como Ercilla, corrían presurosos a este rincón del mundo, en el que sabían que continuaba la «función».

Así llegaron a Chile durante las cinco primeras generaciones más de 25.000 Godos. En las postrimerías de su vida Felipe II se quejaba de que la más pobre de sus colonias americanas le consumía la flor de sus guzmanes (Córdoba y Figueroa, *Colección de Historiadores*, tomo 2, página 29). Carvallo y Goyeneche, en diversas partes de su *Descripción histórico geográfica del Reino de Chile*, tomos 8 y 9 de la misma *Colección*, habla de los numerosos soldados venidos a Chile hasta fines del siglo XVII.

Aquí peleaban hasta morir o «reformarse», esto es, retirarse del servicio activo, cuando ya los achaques de la vejez o de su dura vida los imposibilitaban para la lucha, dejando larga descendencia. Es tradicional que el Godo Aguirre «el adelantado», compañero de Valdivia, dejó en sus dominios de Coquimbo cincuenta hijos varones reconocidos, fuera de las mujeres, de los por reconocer y de su familia legítima. El caso no era, ni con mucho, inusitado en aquella época en Chile.

El padre Ovalle refiere que conoció vivos a ochenta y siete descendientes del hidalgo Cristóbal de Escobar y Villarroel. Agrega que en el número de descendientes, Escobar aventajó a «muchos» otros nobles de Chile, lo que indica que había otros con mayor número. Se trata sólo de la descendencia legítima.

6.- La madre de la raza chilena. Primeras madres. Su gran número. Su paralelismo mental con el conquistador.

La sangre araucana era aportada por las innumerables mujeres que dejaron los indios en las provincias del norte y por el gran número de «piezas» femeninas que cogían a los Araucanos en sus continuas «guasábaras» o expediciones.

Las primeras madres de la raza chilena de que queda constancia en la historia fueron unas «quinientas mujeres solteras y doncellas, todas de quince a veinte años», que el *wulmen Michimalonco*, señor del valle del Mapocho, entregó a Valdivia como precio de su rescate y en prueba de paz y amistad en 1541 «para que trabajaren en aquel oficio de labrar y sacar oro» (Mariño de Lovera, «Crónica del Reino de Chile», *Colección*, tomo 6, página 55). Este autor agrega en la misma página: «Esta costumbre de beneficiar oro las mujeres de esta edad quedó después por muchos años». Se comprende fácilmente lo que debía suceder, y que daba razón a Valdivia para afirmar, cuatro años más tarde, que este reino era «nativo».

En repetidas ocasiones los gobernadores prohibieron el empleo de mujeres en las minas, pero luego se vieron forzados a dejar sin efecto sus decretos, pues hombres no había para otra ocupación que la guerra.

Las inmensas estancias eran en realidad cultivadas también por mujeres; los lavaderos y minas, cuyos desmontes y trapiches en ruinas se ven hoy en gran número esparcidos por todo el país, fueron asimismo trabajados por la hacendosa y sufrida mujer araucana. Centenares, millares de mujeres eran empleadas por los encomenderos en esas faenas, hasta que el mestizo nació en número suficiente para formar las milicias y sustituir en sus trabajos a la mujer indígena.

La humilde mujer araucana se hizo tan indispensable a los conquistadores, que no sólo la poseían en gran número en sus faenas agrícolas y mineras, sino que la llevaban consigo en sus expediciones guerreras. Todos los historiadores o cronistas de aquellos tiempos hablan de ello, y a estar a lo que dicen cada soldado se hacía acompañar por varias de las más jóvenes y robustas de las que tenían a su servicio. El cronista Tribaldos de Toledo (*Colección*, tomo 4, página 79) dice que los soldados salían de Santiago en expedición a la frontera llevando cuatro o seis mujeres cada uno «con las que van... haciendo vida marital».

Esa gran cantidad de mujeres en una tropa en marcha constituía, como puede comprenderse, grave impedimenta, por lo que los gobernadores trataron de suprimir dicha costumbre, apelando al rey de España para vencer la resistencia que a dejarla oponían los conquistadores.

En un informe que don Alonso de Sotomayor pasó desde México a Felipe III sobre el estado de las cosas en Chile, le decía a este propósito:

«Llevan también los soldados indias para su servicio en la guerra, y si hallara algún remedio para excusar que no las tengan consigo, seré el hacerlo muy acertado. Y, en esto conviene ir despacio, porque quitar de golpe una costumbre antigua y arraigada en los ánimos de la gente de guerra de aquel reino, que es llevar indias consigo, será muy dificultoso

y se irán ofreciendo muchos inconvenientes, y poco a poco tendrá mejor remedio».

(íd., íd., página, 72)

Sotomayor fue gobernador de Chile desde 1583 hasta 1592.

Los inconvenientes que resultarían de prohibir en absoluto la compañía de mujeres en el ejército eran que no había hombres que quisiesen quedarse sin tomar parte activa en la guerra. El maestre de campo del gobernador Lazo de la Vega, don Santiago Tesillo, refiriéndose a este mismo asunto, lo justifica con las siguientes razones:

«Puedo asegurar que sirven al rey en aquella guerra casi tanto las mujeres como los hombres, porque al tiempo que ellos están peleando ellas les están previniendo el descanso, la comida, la hierba para el caballo y otras conveniencias que se encaminan al mayor servicio del rey y más breve fin de la conquista».

(«Guerra de Chile», *Colección*, tomo 5, página 101)

Tesillo se refiere al primer tercio del siglo XVII, cuando él era el jefe del ejército de Chile.

Muchos cronistas hablan de la «chusma de las mujeres y niños» que habitaba en los fuertes de la frontera araucana con los soldados que los guarnecían, chusma que era un grave inconveniente, pues consumían gran parte de las escasas provisiones de dichos fuertes, y hacían además muy difícil la movilización de su tropa. Por estos motivos los jefes del ejército de operaciones reprimían esa costumbre cuanto podían, sin embargo, usaban de una discreta tolerancia. El cronista antes citado, Mariño, en la misma obra, páginas 100 y 101, refiere sin ninguna extrañeza que, habiendo sido comisionado por Lazo de la Vega para trasladar la guarnición del fuerte de San Felipe de Angol, que se acababa de repoblar, condujo con felicidad dicha guarnición, compuesta de cincuenta soldados y «más de doscientas mujeres, las más indias», lo que hace más de cuatro por soldado.

Por lo que sucedía en el ejército en marcha podrá colegirse lo que pasaría en las haciendas, en las minas y en las poblaciones. Los historiadores están contestes en afirmar una poligamia numerosísima en todo el país. Álvarez de Toledo dice que la pérdida de la ciudad de Valdivia en 1559 se debió a que los soldados que defendían esa plaza, a pesar de ser todos guzmanes, o descendientes de nobles, «estaban más dados a Venus que a Marte», y que los hombres casados tenían hasta treinta concubinas (*Purén Indómito*, página 351). Por lo que veremos luego, puede afirmarse que en Chillán, recién fundada, la proporción de mujeres respecto de los hombres no era muy diversa de la de Valdivia, lo que, por lo demás, debió suceder en todas las poblaciones del país, especialmente en las inmediatas a la frontera.

La desproporción entre el número de hombres y de mujeres subsistió en Chile mucho tiempo. Los cálculos anteriores se refieren desde el comienzo de la conquista, mediados del siglo XVI, hasta la medianía del siguiente.

Un siglo más tarde, esto es, a mediados del siglo XVIII, aquel estado de cosas no había variado.

En el informe que fray Joaquín de Villaruel pasó a Fernando VI sobre la mejor manera de dominar a los Araucanos, dice que uno de los motivos de la rebeldía de éstos y de su extinción en una gran parte del país, eran los vejámenes que sufrían de parte de los españoles, especialmente de los estancieros, quiénes les quitaban sus mujeres. En comprobación, cita una carta del obispo de la Concepción escrita en 1739 al rey Felipe V, refiriéndose a ella dice:

«Y no falta quien, no satisfecho con vivir enredado con cuantas chinas apetecía su desenfrenado apetito, cogía a la usanza dos o tres mujeres, teniéndolas públicamente por tales en su casa al rito y *admapu* de los indios infieles; y en conformación de esta verdad, refiere muchos sucesos particulares, que a no ser tan frecuentes parecerían increíbles».

El anterior documento sólo nos deja comprender que el número de mujeres de aquellos señores feudales debió ser muy crecido; pero existe otro en que queda constancia de ese número, por lo menos en las ciudades, donde el control social debía poner alguna valla a esa poligamia. Por lo que en esas ciudades acontecía podemos colegir lo que pasaba en los campos.

En un informe sobre el estado de esta colonia pasado por el presidente don Domingo Ortiz de Rozas al rey de España Fernando VI, le decía entre otras cosas: «En los cálculos formados en 1746, en la ciudad de la Concepción y Santiago por algunos curiosos corresponden a cada varón más de diez mujeres»; o sea el 9,9% de varones (*Colección*, tomo 10, página 219).

Como los niños nacen hombres y mujeres en número casi igual, y los impúberes forman la mitad de toda población normal, la desproporción anotada por Ortiz de Rozas debió existir entre los adultos de esas ciudades, lo que da menos de un 5% de varones en la población adulta del país en aquella fecha.

Esto explica otro hecho curioso de nuestra sociabilidad colonial: bastaba conocer el apellido de una persona para saber a punto fijo la provincia y aun el departamento donde había nacido.

Hoy todavía, a pesar de las facilidades de locomoción y de la mezcla de las familias de todo el país, no es aventurado decir de dónde son los Andrade, los Mancilla, de donde los Agüero, los Molina; de dónde los Lama, los Castellón; de dónde los Donoso, los Vergara, los Silva, los Loyola, los Urzúa; de dónde los Correa, los Calvo, los Cuadra; de dónde los Aguirre, etc.

A fines del siglo XVII don Ambrosio O'Higgins intentó formar una población con la sola descendencia de un inglés que, abandonando su apellido, se firmaba Ibáñez, pero no alcanzó a realizarlo por haberse ido de virrey al Perú.

Un hecho tan singular en el mundo sólo podrán explicárselo los que conozcan nuestra historia patria, que bajo muchos respectos es también única en el mundo. Durante dos siglos, puede decirse sin exageración, no cesaron en nuestro suelo las batallas. Aquella guerra permanente entre dos de las razas más belicosas de la humanidad, consumía un número incalculable de hombres adultos de los dos bandos. Sus combates eran siempre a muerte, y rara vez cedía un contendor antes de haber sufrido el 50% de bajas, sucediendo muy a menudo que quedaba en el campo casi la totalidad del vencido. Chile era conocido en España con el nombre de «cementerio de los españoles». De allí ese increíble y permanente exceso de mujeres adultas.

No es sensato censurar tan duramente como se acostumbra al conquistador por su intemperancia genésica. Nunca fue lascivo, y ninguno de los cronistas que le vituperan su licencia le enrostra otra cosa que la falta de respeto a la monogamia consagrada. Salvo uno que otro caso aislado, no hubo entre ellos depravación de las costumbres. Tener el mayor número posible de descendientes era uno de sus más vivos deseos. La monogamia se establece en los pueblos patriarcales a ruego de la mujer y en su beneficio, y es sostenida por el control social. El Godo, que había sido polígamo algunas centurias antes de su venida a América, se encontró en Chile con mujeres de raza patriarcal en plena poligamia, mujeres sumisas y fieles, sin el menor asomo de celo sexual, y las circunstancias que hemos visto las pusieron en gran número bajo su mano. Representaban, además, esas mujeres un botín de guerra, esto es, el más abonado título de propiedad. Lo que sucedió es, pues, completamente lógico dentro de la naturaleza humana.

Recuérdese también que un extenso concubinaje fue la regla durante toda la edad media en los países conquistados por los bárbaros, y que la barraganía, como la llaman los antiguos autores españoles, fue sancionada por la ley, sin que ésta limitara el número de concubinas.

Los escritores de la Edad Media, especialmente los eclesiásticos, truenan contra dicha costumbre, vituperándola en nombre de la religión y de la moral; pero en ninguno de ellos se verá que inculpan a los bárbaros de lúbricos, de torpes, como eran los hombres que ellos vencieron, sino de intemperantes, de brutales, como los llaman algunos. No era el placer de los sentidos su fin principal, sino el natural y correcto de la perpetuación.

A esos hechos debe nuestra raza una de las más preciosas condiciones de su génesis: la de que naciera en gran número desde los primeros tiempos, cuando el conquistador poseía más pura su naturaleza teutónica.

Tampoco debemos dolernos demasiado de la condición de la mujer indígena al pasar del poder de los hombres de su raza al de sus vencedores extranjeros. La mujer de las razas varoniles no es esquiva con el vencedor en buena lid; por otra parte los araucanos acostumbraban hacer trabajar a las mujeres jóvenes solteras «para que no anduviesen barraganas», según un cronista. Si los trabajos pesados de la incipiente agricultura indígena, como labrar la tierra, construir canales de regadío, cortar y acarrear leña y otros incumbían por completo a los hombres, sembrar, regar, cuidar las siembras y cosechar eran faenas propias de la mujer araucana. Además, ésta cuidaba la casa y la

familia, tejía telas y confeccionaba la ropa. Jamás estaba desocupada, desde su baño matutino y diario al rayar el sol hasta la hora de recogerse. La nueva faena de lavar arenas para sacar oro no debió ser para ellas tarea pesada. Ningún cronista ni historiador, aun de los que más duramente censuran la conducta de los conquistadores, como los jesuitas, por ejemplo, les reprochó jamás un tratamiento despiadado con sus operarias. Para el que conozca el espíritu del Godo, esa conducta es la natural, es parte del carácter germano el amor y la compasión por la mujer; no el mimo ni el regalo, sino el amor correcto del varón por la débil compañera a quien debe gratitud y amparo. Entre la conducta con ellas de sus antiguos naturales y la de estos extranjeros, las araucanas no encontraron diferencia.

Es bien explicable el que los cronistas no hablen directamente del tratamiento que los conquistadores daban a sus esposas o amantes indígenas; pero de muchos pasajes históricos se desprende que sentían por las madres de sus hijos verdadera ternura. Góngora Marmolejo refiere que don Gonzalo Mejía se ahogó en un río «por socorrer a una mujer de su servicio que se ahogaba» (*Colección*, tomo 2, página 183), y hay muchos otros hechos que indirectamente prueban que el Godo sentía estimación y amor por las mujeres de aquella raza, cuyos hombres se mostraban tan dignos de ellos.

Nació, pues, nuestra raza como deben haber nacido, todos los grupos humanos llamados razas históricas: de la conjunción del elemento masculino del vencedor con el femenino del vencido, cumpliéndose así la sentencia bíblica de que la mujer vengará a su raza, perpetuándose por ella la sangre de la stirpe vencida. En el nacimiento de la raza chilena se realizó aquel tributo de vírgenes que refieren los poetas que cantan el origen de los pueblos. Sólo la raza germana y algunas de las mestizas de su sangre han alcanzado el insigne honor de la chilena, de que sus orígenes fueran cantados por la epopeya, la más alta manifestación literaria de la poesía.

7.- Rapidez con que nació la raza mestiza. Mecanismo de su formación. Cálculos sobre el número de chilenos de la 1.^a generación. Número probable de los de la 2.^a y 3.^a generaciones.

Los mestizos de ambos sexos fueron por lo tanto muy numerosos desde los primeros tiempos, y las conjunciones se verificaron de mestizo a mestiza, de mestizo a india, de Godo a mestiza y de Godo a India, produciéndose así la raza intermedia con las más variadas proporciones de ambas sangres que es posible imaginar.

Cuando la cruce se perseguía en un solo sentido, esto es, cuando el Godo se reproducía en una mestiza de media sangre, que daba nacimiento a una cuarterona, luego en una cuarterona, que producía una octavona, etc., aparecía, desde la cuarta generación, el chileno rubio con caracteres germanos casi tan puros como en el europeo. Por el contrario, cuando la cruce tomaba la línea araucana, aparecía el chileno con signos marcadamente indígenas. Es un hecho comprobado en biología que una raza no recupera jamás sus primitivos caracteres una vez modificados por su alianza con otra, por lo que ni el Godo ni el Araucano pueden reaparecer, por más que se extreme la conjunción unilateral. El poder de absorción de las razas gótica y araucana parece ser el mismo.

Esta amplia conjunción de las dos razas produjo luego un tipo intermedio, con caracteres variables dentro de límites estrechos y transmisibles a la prole en las mismas proporciones, un tipo mestizo, equilibrado, sin reversión atávica hacia ninguna de las razas componentes, una raza, en fin, definitiva mestiza.

Los escritores de los primeros tiempos de la colonia hablan de los mestizos sin extrañarse de su existencia y como si su número fuera limitado. Dada la fecundidad de la mujer araucana y su grandísimo número, es fácil imaginarse la rapidez con que la nueva raza pobló el territorio. No hay constancia directa del número de mestizos, pero por lo que sabemos y por lo que puede deducirse de algunos documentos, debemos estar seguros de que los chilenos de la primera generación sumaban muchos miles.

Ya en 1551 fue necesario dictar una ordenanza para reprimir el juego de los muchachos en las calles de Santiago: «A ningún género de juegos, entiéndase de naipes e otros juegos que ellos saben» («Cabildo de 31 de julio de 1551», *Colección*, tomo 1). Diez años solamente después de la prenda de paz del cacique del Mapocho, ya los primeros rotos salían a la calle, en número que estorbaba, a lucir esa afición a la sota heredada de sus padres. Ninguno de esos muchachos podía tener más de nueve años: «E los otros juegos que ellos saben». No sería extraño que fueran las chapitas, la rayuela y la chueca, que son antiguas entre los niños chilenos.

En 1585 más o menos, el gobernador don Alonso de Sotomayor «mandó al sargento mayor a hacer las mayores reclutas que pudiese en las poblaciones españolas y éste le condujo dos mil de a caballo y un número considerable de infantería» (Gómez de Vidaurre, *Colección*, tomo 15, página 158).

Esos 2.000 de a caballo eran españoles criollos y mestizos pues a los indios auxiliares que los acompañaban en sus campañas no se les daba cabalgadura.

Según don Diego Barros Arana la población de pura sangre europea del país a fines de ese siglo, esto es, quince años después de esa recluta ordenada por Sotomayor, era de unas 800 almas. Ahora bien, el total de hombres capaces de tomar las armas se estima en 12% de una población; pero como no es posible que todos vayan de soldados, pues deben quedar en los servicios dispensable civiles, agrícolas, etc., algunos varones adultos, se estima como el máximo de la tropa que en un momento dado puede suministrar un pueblo el 10% del total. Esos 2.000 reclutas del año 1585 dan por consiguiente como población no indígena en el país la cifra de 20.000. La población de pura sangre europea en ese tiempo debía ser algo menor que la de fines de ese siglo, por lo que no es aventurado suponer que los mestizos en 1585 eran el doble más numerosos que los de pura raza europea.

Pero la población blanca y mestiza de Chile debía ser mucho más numerosa en esa fecha que lo que arrojan los anteriores cálculos. Sotomayor había empezado su campaña en Arauco con más de 2.000 hombres, muchos de ellos mestizos (Gómez de Vidaurre, *Colección*, tomo 15, página 154) Don Alonso llegó a Chile sólo con 400 españoles. Téngase además en cuenta que parte del «número considerable de infantería» sería asimismo compuesta de chilenos mestizos, pues el contingente de indios auxiliares no se obtenía por reclutas, sino que se exigía a los caciques aliados, y esto en los campos, no en las «poblaciones españolas», como dice el historiador citado. Otra consideración de grande importancia que no debe olvidarse es la enorme desproporción que en esa época existía entre los hombres y las mujeres en Chile, lo que elevaría mucho la cifra de la población mestiza, aceptando para la de origen europeo el cómputo de don Diego.

Por la fecha de aquella recluta debe tenerse a aquellos guerreros mestizos como nacidos antes de 1570, es decir, que formaban parte de la primera generación de la raza chilena.

No he encontrado en ningún documento calculo alguno sobre la proporción en que estaban los mestizos respecto de los europeos durante las dos primeras generaciones; pero existen algunos que se refieren a la segunda y a la tercera generaciones, aunque en ellos sólo consta que los primeros eran más numerosos que los segundos, v. g., un acápite de la carta que el Obispo de Santiago don Francisco de Salcedo escribió al rey Carlos II de España sobre «la relajación de las costumbres» de sus feligreses:

«Las indias que han quedado están en esta ciudad o en las estancias repartidas, las más asentadas por carta o a su albedrío, de forma que no se casan (con los indios), porque las que son mozas viven mal con mestizos y españoles, y perseveran en su pecado con ellos de que tienen muchos hijos, que hoy hay en este reino más mestizos habidos desta manera que españoles».

El mismo hecho se desprende de lo que dice Coroleu (*América*, tomo 1, página 255), respecto del gran aumento de los mestizos en Chile en la segunda mitad del siglo XVII. En su «Historia de los Jesuitas en Chile», *Colección*, tomo 7, página 187, refiere el padre Olivares que el apóstol de la paz con los araucanos, el padre Valdivia, consiguió con Felipe III una real orden terminante para que no se hiciera la guerra a los indígenas no sólo con las tropas españolas sino que tampoco con los mestizos. Valdivia temía que los partidarios de la guerra eludieran las órdenes anteriores del monarca español en el sentido de la paz que deberían respetar sus tercios castellanos continuando la campaña con sólo tercios chilenos. Como esto sucedía en 1616, los soldados que habrían podido seguir solos aquella guerra, según Valdivia, muy conocedor del país en ese tiempo, habían nacido en el siglo anterior, eran pues de la segunda generación de la raza chilena.

8.- Primeros sacerdotes chilenos. Nombre de algunos chilenos de la primera generación.

Desde su advenimiento a la vida, la raza chilena tuvo sacerdotes de la religión de sus padres, lo cual es como la consagración de su existencia. El Obispo Medellín, tercer prelado de la diócesis de Santiago, confirió las órdenes mayores del sacerdocio a varios mestizos (tres o cuatro, según don Diego Barros Arana), hecho que debió tener lugar antes de 1585; por lo cual, teniendo presente la edad requerida para poder ser consagrado sacerdote, esos primeros ministros del Dios de sus mayores debieron pertenecer a la primera generación de nuestra raza.

Pocos son los nombres propios de mestizos de aquella primera generación que nos han dejado los cronistas, pero hay algunos, y entre ellos tal vez de los hijos del tributo de doncellas del señor Mapocho. Así conozco, entre otros, a Jerónimo Hernández, «gran

arcabucero», que se pasó a los indios y más tarde (1586) fue hecho prisionero por los conquistadores. Diego Díaz, pasado asimismo a los indios y que, según parece, fue el primero que les enseñó a manejar el caballo en 1583. Alonso Díaz, nacido entre 1545 y 1550, y que llegó a ser toquí general de los Araucanos con el nombre de Paine-Ñamcu (azul aguilucho), siendo el terror de las huestes españolas por varios años. El mestizo «don Esteban de la Cueva», hijo de don Cristóbal de la Cueva, «mancebo señalado» por su coraje y su puño y que encontramos prisionero del wulmen Tipantue en 1579. Juan Fernández, «mestizo platero» descontento con un oficio al que no tenía gusto instintivo, trató de sobornar a la tropa de la guarnición de Angol para capitanearla e ir de su cuenta a conquistar tierras al oriente de los Andes. Fue descubierto y ejecutado en esa misma plaza el año 1570 más o menos. Estaba casado y con hijos, por lo que debe haber nacido antes de 1550. Es el primer artesano mestizo que nombran las crónicas. El primer mestizo que se pasó al partido de su madre, y de cual queda memoria, fue uno de que habla el cronista Góngora Marmolejo, aunque sin dar el nombre. Militaba ya ese roto en las filas araucanas en tiempo del primer gobierno de Rodrigo de Quiroga, en 1566 más o menos. El tal mestizo debió nacer antes de 1545.

En varias crónicas y memorias de aquella época se habla de artesanos indios, como también se llama «chinas» a las sirvientas domésticas. Creo que muchos de tales indios y «chinas» serían mestizas, porque es común hasta hoy llamar chinas en los campos a las domésticas, aunque sean rubias y zarcas. Mariño de Lovera habla de la mestiza Catalina Miranda, esposa de Bernabé Mejía, la cual fue asesinada estando encinta el año 1569 más o menos, por lo que es de presumir que había nacido antes de 1550. El mismo cronista habla de la mestiza María Sánchez, casada con Antonio Díaz, al cual su esposa pasaba armas en un ataque a los Araucanos a Cañete en 1566, lo que hace presumir que esta mestiza era de las primeras de nuestra raza. Este autor no muestra extrañeza alguna de que en esos años hubiera ya mestizas casadas, por lo que el hecho debía ser frecuente. Mariño vivió en esos tiempos en Chile.

9.- Rasgo dominante de la psicología del mestizo. Rapidez con que nacía la 2.^a generación.

Desde que estuvieron en estado de cargar armas, los hombres de la naciente raza se enrolaron en el ejército, a cuyas honrosas filas los impulsaban las dos naturalezas que unió el destino para formar la suya. Las aptitudes militares del roto chileno fueron unánimemente reconocidas desde que apareció en la escena del mundo. Uno de los cronistas de aquel tiempo, que escribió con el propósito deliberado de denigrar a los Araucanos y a sus mestizos, Gonzalez de Nájera, no puede menos que reconocer esa cualidad del roto primitivo, tan evidente para todos los lectores de su escrito. Dice:

«Los mestizos de Chile entre sus naturales defectos tienen una cosa buena, que ser por excelencia buenos soldados (en lo cual se aventajan a todos los demás mestizos de las Indias, así también como los niños indios a los demás en ser belicosos)».

Este autor conoció y mandó a los mestizos de la segunda generación, nacidos después de 1570.

Esta segunda generación nacía en tanta abundancia como la primera y como las que siguieron, pues los hábitos de los conquistadores no se modificaron hasta mucho después y en cambio los mestizos seguían las costumbres de sus padres. Pero es conveniente recordar siempre que esa rapidez con que se estableció la amplia base de nuestra raza no tiene comparación en la historia de ningún pueblo. Un hecho como prueba, de los muchos que recuerdan las crónicas: en Chillán, recién fundada por Ruiz de Gamboa en 1580, había una guarnición de 210 hombres, cincuenta de los cuales estaban recién llegados de España. El número de mujeres que acompañaba a esos hombres debía ser muy crecido, pues que el cronista Mariño de Lovera, capitán de ejército en esa misma fecha, refiere que «hubo semana que dieron a luz sesenta indias de las que estaban a su servicio, aunque no en el de Dios» («Crónica del Reino de Chile», *Colección*, tomo 5, página 395). Es la primera fe de bautismo del roto chillanejo. Por la relación de este cronista, se comprende que ese caso no era aislado sino un ejemplo entre muchos de la manera de vivir de los conquistadores.

Habiendo cesado desde tres o cuatro generaciones atrás la afluencia de las sangres primordiales, son sólo los mestizos entre sí los únicos que han continuado reproduciéndose, de modo que el mestizo equilibrado, el prototipo de la raza, que describiré más adelante, es cada vez más numeroso, hasta formar a la fecha, según mis cálculos, el 70% de la población del país. Dos o tres generaciones más y Chile podrá contar con una de las razas más uniformes del mundo entero. Para ello es necesario que estos conocimientos se difundan entre los que dirigen el porvenir del país y que les den la trascendental importancia que encierran.

10.- Principales condiciones biológicas y psicológicas que favorecieron la uniformidad y la estabilidad de nuestra raza.

Cuatro principales son las afortunadas condiciones que han hecho posible el caso feliz para nuestra patria y tan raro en la historia de las razas humanas, de la formación de una raza mestiza permanente. La primera es la que acabamos de analizar: el que un número de los elementos componentes haya estado reducido al minimum, esto es a sólo dos, hasta que la raza era ya numerosa, lo que ha hecho relativamente fácil hallar la proporción en que el poder vital de los elementos étnicos conjugados se equilibran. La segunda es que dichos elementos poseyeran psicologías semejantes, lo cual ha impedido que el proceso llamado por el sociólogo Lapouge «selección social» tendiera a la separación de las naturalezas originales. La tercera, que cada una de las razas aportara durante todo el tiempo que duró el mestizaje un solo elemento sexual, lo que ha contribuido grandemente a la rápida uniformación de ser intermedio. La cuarta, que las dos razas primitivas fueran lo que se llama razas puras, esto es, poseyeran cualidades estables y fijas desde gran número de generaciones anteriores. La única raza que mostraba algunos signos de impureza era la europea, pero, como he recordado, sólo un 10 u 11% de sus individuos tenía mezcla con raza extraña a la germana.

Siento no tener más espacio para dar más latitud a estos interesantísimos puntos. Especialmente hoy que se trata de colonizar el país, estas materias deberían ser

conocidas detalladamente por los encargados de realizarlo. Desgraciadamente parecen ignorarlas del todo.

Debo también recordar que nunca hubo en Chile esclavos negros empleados en las faenas agrícolas o mineras. Los escasos africanos que fueron traídos al país quedaron en las ciudades, de caleseros o domésticos en las casas ricas. Sólo los jesuitas, poco antes de su expulsión, habían empezado a traer negros para ocuparlos en el campo. Cuando se decretó su salida del país, se encontraron en sus numerosas haciendas algunas centenas de esclavos de esa raza, los que fueron vendidos en el extranjero por cuenta del real tesoro.

Además, desde el principio los conquistadores pusieron atajo a la impulsividad genésica de sus esclavos negros con penas más terribles que el linchamiento que emplean los norteamericanos con igual propósito:

En el cabildo de Santiago de 23 de noviembre de 1555 «mandaron que de hoy en adelante cualquier negro o negros que se alzaren o rebelaren del servicio de su amo o no volviese dentro de ocho días desde el día en que se huyere, o si forzara alguna india sea de algún cacique o principal, o de otra cualquiera manera que sea contra su voluntad, que cualquier justicia de S. M. ante quien fuere pedido, recibiendo información bastante, que sobre el mismo caso puede el tal juez, condenar por su sentencia a que le (nombran las actas la emiración completa) de las demás penas que al juez de la causa le parece conviene a la ejecución de la justicia».

Es por eso que las poquísimas familias chilenas en que aún es dable notar indicios de sangre africana pertenecen a las ciudades, los campos están en absoluto indemnes de ella.

No estará demás recordar aquí que la sangre negra tiene un poder de absorción mucho mayor que la blanca. Así, mientras del blanco no queda ningún rastro a la cuarta generación unilateral con el negro, esto es, cuando aún queda en el mestizo un 6.255 de sangre blanca, la naturaleza del negro es posible constatarla hasta la sexta generación, cuando sólo está representada en el mestizo por el 1.05% del total; y las cualidades cerebrales propias del negro: la falta de control mental, el predominio de la imaginación y la poca elevación de ideales, persisten aún mucho más.

Por el modo como usted habla del roto, parece que participara de la idea, muy común a la fecha, de creer que el roto chileno es algo como una raza aparte, inferior en Chile, como si nuestra patria encerrara dos razas distintas, rotos y no rotos. Felizmente no hay nada de eso.

Desde el chileno más infeliz al más encumbrado, todos poseemos, en proporciones diversas, las mismas sangres europea y americana que hemos visto. El cálculo de los cuatro quintos de mestizos de que hablé en mi anterior, refiriéndome a la época del siglo XVIII en que llegaron al país algunas familias latinas, debe tenerse como el más

moderado. Desde entonces acá especialmente después de la independencia, no hay familia que no haya incorporado en sus venas algo de sangre genuinamente chilena.

Lo que ordinariamente llaman roto, esto es, la clase pobre de Chile, es lo que los entendidos llaman base étnica de una nación, y que no poseen sino las que tienen suerte de contar con raza propia.

Es de esa base, la más numerosa, sana y prolífica de los países, de donde se elevan por selección las clases media y superior de la sociedad, pero sin que exista una línea determinada de separación entre una y otra clase, pues tal división es ideada solamente para procurarse facilidades descriptivas.

Ese fundamento de las razas ha merecido en todos los tiempos y en todos los países especiales atenciones de los verdaderos estadistas, pues la miran, con razón, como la base de todo el edificio social, y tienen por ella igual solicitud y el mismo cuidado que presta el arquitecto a los cimientos de sus construcciones.

Entre nosotros, generalmente es el inquilino el que produce el pequeño propietario y luego el agricultor; del jornalero nacen el artesano que llega a poner taller y hacerse industrial, o el pequeño mercachifle, el buhonero, el comerciante, el dueño de almacén; y son los agricultores, los industriales, los comerciantes los que logran educar a sus hijos, herederos de sus aptitudes, que adquieren títulos profesionales, son jueces, diputados, ministros, presidentes.

Lo que obscurece estas investigaciones es el tiempo en que los hechos se efectúan. Muchas veces no bastan una ni dos generaciones para que se realice la evolución completa; en otras la evolución comenzada se detiene y aun retrocede; pero para el aficionado a la comprobación experimental de estos problemas, aquél no es un inconveniente. En Chile, donde por nuestra corta historia de raza y escasa población, las estirpes que han producido hombres superiores son todavía poco numerosas, y donde la documentación histórica es abundantísima, ese trabajo es relativamente fácil. Aquí, como dicen, todos nos conocemos.

Pero es efectivo que hay personas que se creen de raza privilegiada y superior a la chilena. Ambas creencias son erróneas. Hay otros que para creer en esa selección gradual que he diseñado, y que vincula por la sangre la clase inferior a la superior, necesitarían ver a un chileno con una pala en una mano y una cartera de ministro en la otra. Es a éstos a los que principalmente me dirijo, por lo que ha de disculparme que haga a menudo observaciones que serán para usted bien sabidas.

Y con ser tan corta nuestra historia, hemos tenido el hermoso hecho social de la elevación del mismo individuo desde la clase desheredada a los más altos puestos, merced a su talento y patriotismo esclarecidos.

A los mestizos se les miró desde los primeros tiempos con cariño y consideración, por más que algunos se «pasaron a los indios» como hemos visto. Mestizos fueron los primeros hombres ricos de Chile: eran éstos los «lenguas» o «faraute», como llamaban los conquistadores a los interpretes entre ellos y los Araucanos, los cuales supieron sacar gran partido de su situación, según un cronista que los conoció personalmente, el cual dice «se ve que están ricos de esclavos, ganados, posesiones y alquerías, y sobre todo de tejos y barras de oro, al tiempo que casi en todos los españoles de aquel reino se ha acabado por haber perdido las tierras de las minas». Añade que los tales «lenguas» se

dejan para sí las mejores «piezas» femeninas, y que el oficio resulta más importante y lucrativo que el de gobernador.

Sólo se hacía distinción entre mestizo legítimo e ilegítimo en los primeros años, antes que la primera generación proporcionara mestizas para esposas. Cuando las hubo en abundancia y los matrimonios se hicieron frecuentes, los hijos de la segunda o tercera generación eran considerados como los europeo y europea, como «criollos»; y usaban el don y títulos paternos sin que a nadie le causara extrañeza.

En 1591 el capitán general de Chile don García Hurtado de Mendoza publicó el Real Decreto de Felipe II en que, atendiendo el clamor general de sus lejanos y fieles súbditos, permitía legitimar a los hijos naturales mestizos.

Además, al lado de los hijos ilegítimos crecían numerosos los de las uniones matrimoniales desde los primeros años, estimulados por los sacerdotes y por los mismo gobernadores. El gobernador don José de Garro se ocupó especialmente de que sus hombres contrajeran relaciones legítimas:

«Casó muchas hijas de caciques y de otros indios principales con españoles, y para estimular a otros, y empeñarles en semejantes enlaces, los acomodó en empleos políticos y militares, con respecto a la más o menos hidalguía de sus mujeres».

(Carvallo y Goyeneche, *Colección*, tomo 9, página 181)

Es sabido que el capitán Gómez, compañero de Valdivia, se casó con una hija del *wulmen* de Talagante, de cuya noble estirpe quedan a la fecha numerosos vástagos en Chile.

La raza chilena nacía así sin obstáculos, sin prevenciones, y se desarrollaba a través de los tiempos sin desmentir ni una sola vez sus orígenes, hasta nuestros días. Porque sólo desde ayer se nota cierto alejamiento de la clase dirigente respecto del pueblo.

¿Cuál es la causa de fenómeno tan extraño? ¿Qué influencia ejercieron, si es que hubo alguna, en nuestra clase superior, aquellos Íberos llegados a mediados del siglo XVIII? ¿Han tenido alguna culpa en esta disociación del alma chilena alianzas de nuestras familias distinguidas con personas de raza de psicología diferente de la nuestra, efectuadas durante las últimas generaciones? ¿O es sólo una consecuencia de fracaso moral de nuestra clase dirigente producido por las riquezas de Tarapacá, como cree Mac-Iver? ¿O son estas causas aunadas? Poseo al respecto documentos muy interesantes.

Capítulo II

La verdad histórica

1.- Detractores de los Araucanos. Su mala fe. 2.- Dotes militares de los Araucanos. No eran sólo heroicos, sino también hábiles guerreros. 3.- El Huentrún araucano. 4.- Épico. 5.- Documentos probatorios. 6.- Una estrofa de don Alonso de Ercilla. 7.- Las calumnias en contra de los Araucanos alcanzan directamente a los chilenos. 8.- Los Godos. Algunos de los rasgos de su cuerpo y de su alma. Su espíritu es opuesto al latino. 9.- Rasgo culminante del Godo conquistador de América. ¿Está extinguida la raza gótica? 10.- Roto, apodo nacional chileno. Fue aplicado sólo a los conquistadores desde los primeros tiempos. Sólo hoy se aplica a la clase pobre y esto sólo por algunos chilenos.

1.- Detractores de los araucanos. Su mala fe.

Como he dicho, el disfavor en que se nos tiene en la actualidad proviene en gran parte del desconcepto en que ha ido cayendo nuestra raza indígena ante una parte de la opinión, debido a una larga e insensata campaña de desprestigio emprendida en su contra por algunos diarios, revistas y hasta por publicaciones oficiales. Como se pretende que sólo el chileno iletrado tiene en sus venas sangre indígena, se cree que únicamente a él alcanza el descrédito.

Respecto a la sangre europea que poseemos, es cierto que no todos conocen su verdadera procedencia, pero como en estas cartas establezco su legítimo origen, he creído asimismo necesario levantar los cargos que desde antiguo se formula contra ella.

Tanto más necesario he considerado dedicar un párrafo a restablecer la verdad respecto a esa noble familia germana, cuanto que en Chile su nombre nos recuerda las resistencias que encontró nuestra nación para alcanzar su independencia. Aquí seguíamos llamando Godos, por costumbre tradicional, a los soldados que envió España a principios del siglo pasado, cuando en realidad la tropa, reclutada por quintas, pertenecía a la raza indígena de la península. Apenas si algunos jefes u oficiales mostraban signos germanos dignos de tomarse en cuenta. También llamamos Godos, por insulto, a los españoles que vinieron en 1864, que eran en su totalidad íberos o latinos.

La cruzada contra los Araucanos, que está haciendo pensar a algunos en la conveniencia de suprimir de nuestro himno patrio los versos en que nos gloriamos de llevar su sangre, ha encontrado su más ardiente paladín en los *Anales* de la Universidad de Chile.

Desde unos cuatro años se está publicando en dichos *Anales* una Historia de la civilización de la Araucanía, en la cual se trata a nuestros antepasados indígenas como a indios salvajes, crueles, depravados, sin moralidad alguna, sin dotes guerreras, e interpretando como cobardía de su parte algunos ardides de combate.

Sólo uno de los innumerables cronistas e historiadores que han escrito sobre las legendarias guerras de Arauco, González de Nájera, tuvo la villanía de llamar cobardes a los Araucanos; pero confiesa que tomó «a cargo» escribir su libro (página 248 de su obra), pues se trataba en esa fecha de desprestigiar a nuestros indígenas, con el propósito de conseguir del monarca español permitiera tomar prisioneros araucanos para cambiarlos por esclavos negros en los mercados de Lima o Buenos Aires, por lo que asienta en una de sus páginas: «aún para esclavos son de ánimos los más serviles y abatidos que tiene el mundo». Así interpreta la acción de un joven noble araucano que con su mano izquierda se cortó de un hachazo la derecha y se la mandó a su captor para que la hiciera trabajar en sus minas. Por lo demás, el tal cronista, en las relaciones que hace de las peripecias de aquellas guerra, se desmiente a cada paso con una candidez inconcebible.

Tocaba a la revista oficial de nuestra Universidad continuar, después de tres siglos, continuar la campaña emprendida por aquel cronista desvergonzado. Pero los *Anales* han ido más lejos. No sólo han imputado a nuestros indígenas costumbres contrarias a las suyas, describiendo como tales las de los Pehuenches y Huilliches arrojados por los argentinos hacia nuestro territorio, sino que han llegado hasta exhibir citas maliciosamente truncas de autores respetabilísimos, como Núñez de Pineda, con el propósito manifiesto de atacar la más pura de las virtudes domésticas araucanas: la castidad y recato de sus esposas.

Núñez de Pineda y Bascañán era chileno, nacido en Chillán en 1607, descendiente de estirpe gótica de la Península. Fue militar desde niño, y cayó prisionero de los indios en la batalla de las Cangrejas, en 1629. Después de rescatado, siguió en el ejército de Chile, del cual llegó a ser jefe o maestre de campo. Su obra, *Cautiverio Feliz*, es, por tanto, uno de los documentos más autorizados que poseemos sobre las costumbres araucanas de aquel tiempo. Su estilo sencillo refleja la más perfecta sinceridad del noble cronista. En diversas partes de su obra alaba la castidad de la mujer araucana, que él conoció íntimamente. He aquí un acápite:

«Si entre nosotros experimentaban adulterios, incestos, robos y latrocinios, estos vicios entre ellos no eran conocidos, ni por sus efectos jamás les habían visto las caras, pues para ausentarse alguno de su casa no necesitaba para dejarla segura de más llave, ni muralla más fuerte, que unas ramas verdes, que arrimadas a la puerta del rancho, bastaban para el seguro de lo que entre sus pajas se encerraba: a mujeres ajenas no había quien mirase, ni se atreviese a hacer ninguna particular ofensa, ni a inquietar doncellas que al abrigo de sus padres estaban recogidas».

(Colección, tomo 3, página 231)

Y más adelante, página 357, añade:

«También hay que advertir y reparar, para doctrina y enseñanza de las mujeres (se dirige el autor a las mujeres

españolas), que el recato y compostura en ellas no dan lugar, aun al más desalmado y atrevido, a perder el respeto a la honestidad».

Relatando este cronista una borrachera indígena, dice que duró varios días con sus noches, que los indios pasaron cantando, bailando y bebiendo hasta caer rendidos. A dicha fiesta no concurrían sino los de la última clase, lo cual repite en varias ocasiones, pues se trataba de una ceremonia «inmoral», llamada *hueyelpurun*, o baile de los *hueyes* o *machis*, ceremonia de origen indudablemente *huilliche*, como lo probaré en otra ocasión. Claro está, dice Núñez, refiriéndose a esa escena, «que adonde quiera se diferencia la plebe y el común de la particular y de la nobleza». La tal fiesta termina en una embriaguez general y completa, en medio de la cual podían olvidarse las reglas de la honestidad que regían las costumbres domésticas indígenas, por lo que el autor dice:

«Y, tal vez acontece en semejantes fiestas y concursos las mujeres de los unos revolverse con otros, por estar tan privados del juicio, que no entienden ni saben lo que hacen».

(Página 134)

Pues bien, los *Anales*, después de citar opiniones de historiadores eclesiásticos, que siempre miraron como vicio y lujuria la poligamia sancionada por las instituciones sociales y religiosas de los Araucanos, y la del mentiroso Gonzalez de Nájera, agregan en acápite separado.

El cronista Núñez de Pineda dice acerca de esto: «Acontece en semejantes fiestas y concursos las mujeres de unos revolverse con otros». (*Anales de la Universidad*, tomo 1 de 1899, página 775). Los *Anales* no dicen la página donde han tomado esa cita.

Suprimiendo el «tal vez» del autor aludido y la parte final que explica la posibilidad de un hecho inusitado, los *Anales* convierten en absolutamente afirmativa la mera suposición ocasional de Núñez de Pineda. Todo el que haya leído la obra de aquel ilustre cronista chileno, comprenderá cuánta maldad se encierra en ese fraude de la revista universitaria, que hace decir al noble Núñez lo contrario de lo que en cada página afirma sobre la corrección de las costumbres araucanas, que él pone de ejemplo a sus compatriotas. Pues con esa honradez está escrita toda la llamada *Historia de la Civilización de la Araucanía*, y los fines perseguidos en estos escritos oficiales, concordantes con otros que citaré después, los iremos evidenciando más adelante.

Hoy día los estudios de etnografía y de psicología etnográfica están tomando una importancia inmensa en el mundo sabio porque sus informaciones, una vez bien establecidas, son fuente segura de inducciones de vastísimo alcance y de luces nuevas para la interpretación de todos los fenómenos sociales de un pueblo cualquiera; y la antropología biológica, basada en aquellas ciencias, ha producido un trastorno completo en la manera de explicar el desarrollo de las naciones y los vaivenes de su fortuna a través de los tiempos.

La tal *Historia*, inserta en la única revista oficial de ciencias generales de nuestro país, editada por nuestras Facultades universitarias y que mantiene canjes con las revistas análogas de los principales países, debe haber sido leída, de seguro, con detenimiento por el gran número de hombres que a la fecha se dedican a estos estudios. Por ella habrán visto con sorpresa que los famosos Araucanos de la historia y la epopeya, que hasta hoy eran considerados por los pensadores y los sociólogos más eminentes, como una de las familias humanas más admirables, no son en realidad, o más bien no fueron, sino unos salvajes vulgares, sin mérito ninguno, sin poseer siquiera organización militar: «las hordas salvajes atacaron», «las hordas salvajes huyeron», etc., son las expresiones con que describe los movimientos de las tropas indígenas ese escrito oficial.

2.- Dotes militares de los araucanos. No eran sólo heroicos sino también hábiles guerreros.

Ya algunos cronistas, reprochando la parcialidad interesada con que otros referían los sucesos de la guerra araucana, habían dicho que la verdad de las cosas sólo se conocería cuando los indios escribieran sus anales. Aunque soy Araucano sólo a medias, he de recoger el guante en próxima ocasión, en que estudiaré no sólo las guerras sino también la psicología araucana, su organización política y social, especialmente su religión y la constitución de su familia. Por hoy sólo recordaré en forma sumaria sus notables dotes militares y aduciré unos pocos ejemplos probatorios de que los «salvajes» chilenos no peleaban en «hordas».

Recuérdese, pues, aquellos escuadrones de filas correctísimas y unidas que Valdivia, que acababa de conocerlos en Flandes, comparaba con los tudescos; los movimientos de sus batallones, sus evoluciones, sus dispersiones y concentración rapidísimas, ordenadas tanto durante el combate como en sus ejercicios doctrinales, a toques de silbatos hechos de canillas; la admirable disposición de sus tropas para entrar en batalla; el acierto y serenidad con que era dispuesta y ejecutada la acción, aprovechando los menores descuidos de sus enemigos, los accidentes del terreno, la posición del sol, la dirección del viento y cuanto recurso se presentaba en su favor, y esto con tal rapidez de concepto y seguridad de ejecución, que dejaba pasmados a los aguerridos y experimentados capitanes europeos, la disposición de sus reservas, los servicios de seguridad de sus ejércitos alojados o en marcha, con gran guardia y descubiertas que en ocasiones cubrían un radio de tres y más leguas; sus servicios anexos, como el de los honderos de fuego, el de los encargados de retirar del campo los muertos y los heridos, el que debía rellenar los fosos de los reductos enemigos; sus escuadrones de varias filas de lanceros, con que resistían a pie firme los ataques de la caballería forrada en acero de los conquistadores; sus retiradas en falso, que ordinariamente convertían en victorias; su habilidad para apropiarse cuanto les pareció útil de los conocimientos guerreros de sus enemigos; la inteligencia con que cambiaron de táctica y adoptaron armas nuevas frente a las nuevas necesidades del arte, provocadas por el enemigo extranjero; el caudal inagotable por fin, de ardides y estratagemas con que burlaban a diario a los invasores.

El inmortal Ercilla, nuestro primer historiador, escribió para sus contemporáneos, por lo que es completamente fidedigno en todo lo que asevera respecto de las aptitudes

guerreras de los Araucanos, a quienes conoció en cien combates, y su gran fidelidad histórica y descriptiva es reconocida por todos los críticos de su poema épico. De su canto 23 son estas octavas:

«Dejen de encarecer los escritos
a los que el arte militar hallaron,
ni más celebren ya a los inventores
que el duro acero y el metal forjaron;
pues los últimos indios moradores
del araucano estado así lanzaron
el orden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar dellos doctrina.
¿Quién les mostró a formar los escuadrones,
representar en orden la batalla,
levantar caballeros y bastiones,
hacer defensas, fosos y muralla,
trincheras, nuevos reparos, invenciones,
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?».

«No hay máxima practicada por los más expertos generales que no la veamos ejecutada por estos bárbaros chilenos».

(Córdoba y Figueroa, *Colección*, tomo 2, página 175)

«Se nos defendían bárbaramente, cerrados en un escuadrón como tudescos» .

(«Carta de Valdivia a Carlos V en 1550»,
Colección, tomo 1, página 23):
Valdivia los atacaba con caballería

Creo inútil seguir citando autores para probar lo que sólo los *Anales* niegan. El mismo González de Nájera, que trata de cobardes a los Araucanos, confiesa que pelean por vicio y que son temerarios, concluyendo por contradecirse, pues dice del coraje con que atacaban los reductos españoles:

«Éste se puede tener por grande, si se considera y mira la calidad destos de Chile, pues siendo unos indios bárbaros, descalzos y casi desnudos de ropa, las barrigas al aire, tengan

una tan gran osadía para acometer con tanto ánimo y resolución gente fortificada y a ellos superior en tan aventajadas armas como son las armas de fuego.

Porque no dudo que nos pudiéramos despedir de la pretensión de la conquista de aquel reino, si en las armas nos fueran iguales aquellos indios».

(Tomo 16, páginas 187 y 201)

Es verdad que a los chilenos no se nos enseña en la escuela ni en ninguna parte la historia patria durante el tiempo que formó nuestra raza siendo como es la más maravillosa de todas las historias del mundo, sin excepción alguna en cuanto a hechos heroicos. Si se nos enseñara desde la escuela, como debería hacerse, no tendrían que recurrir los maestros de nuestra juventud a ejemplos de civismo tomados de la historia griega o romana ni de ningún otro pueblo, porque en nuestro propio suelo y llevados a cabo por nuestros antecesores directos se encuentran a millares y de los más hermosos.

Varios historiadores, especialmente los militares, dijeron como Ercilla que los españoles podía tomar «doctrina» del ejército indígena, de la táctica de sus generales y de la estrategia desplegada en sus acciones de guerra. Uno de los servicios anexos al ejército araucano, y que nunca supieron implantar los conquistadores, a pesar de comprender la desventaja en que quedaban por esa causa respecto de los indígenas, fue el del telégrafo. El semáforo o telégrafo por medio de señales fue usado por los Araucanos tal vez desde antes de la conquista española; pero durante esta dieron tal impulso y organización a ese servicio que sería increíble si no quedara de ello plena constancia por relatos escritos durante los acontecimientos, y por personas entendidas y que presenciaron esos hechos. El semáforo araucano consistía en señales hechas con ramas de árboles disimuladas entre el bosque de los cerros, y sólo visible para los que sabían su situación. De noche se servían de antorchas. El significado de las señales fue guardado siempre en el más absoluto secreto.

Por los años 1771 y 1771 custodiaban las márgenes del Bío-Bío, ese Rhin de Chile, como dice Hancock, el comandante O'Higgins y el toqui Ailla-Pagui (nueve leones); el primero guardaba la ribera derecha y la izquierda el segundo. Ambos bandos se hacían todo el mal posible, enviando partidas al campo enemigo; pero la ventaja que los Araucanos tenían sobre los conquistadores era grandísima, merced al telégrafo de los primeros, que los españoles se contentaban con maldecir. El historiador Carvallo y Goyeneche era teniente de las fuerzas españolas, y estaba a cargo de uno de los fuertes de la ribera norte del Bío-Bío. En esta situación sufrió directamente las consecuencias del semáforo araucano, desquitándose con insultar al hábil toqui Ailla-Pagui, y fue el indio más ladrón que se conoció en aquellos tiempos. Enviaba con frecuencia dos o tres partidas por diferentes partes, y apostaba sus centinelas en los cerros más elevados que tienen sobre el Bío-Bío, para observar los movimientos de los españoles y avisar de ello a sus partidarios por medio de las señales que les daba, y le salió tan bien esta operación, que no daba golpe en vago (*Colección*, tomo 9, página 372). Por las noticias de las incursiones de las tropas araucanas dadas por el mismo Carvallo, se puede ver que Ailla-Pagui tenía su servicio telegráfico extendido en más de treinta leguas de la

ribera encargada a su cuidado. Él residía de ordinario en Angol, centro de sus operaciones.

En cuanto a las falanges o escuadrones de varias filas armadas de lanzas con que los Araucanos se defendían de la caballería en pleno llano, y de la rapidez con que formaban esos cuadros, hay muchos ejemplos. He aquí uno de ellos, que refiere Mariño de Lovera. Estando una división de tropa escogida de caballería en un llano llamado Tomé, vieron venir a la carrera y en desorden un gran pelotón de indios. Los españoles no creyeron que se atreviesen a atacarlos, «pero viendo que iba de veras», se aprontaron al combate saliéndose al encuentro:

«En comenzando a inclinarse hacia los indios hicieron ellos alto en el lugar que los cogió la vista de los españoles. Y como don Miguel (de Velasco, que era uno de los comandantes de esa caballería) viese que cerraban el escuadrón, no quiso que se cometiese hasta mirar bien primero lo que sería más expediente: lo cual le pareció a Gaspar de la Barrera mucha dilación, y no pudiendo sufrirla, acometió con su escuadra, aunque, por estar el escuadrón de los contrarios muy cerrado, y ser mucha la piquería, no pudo romper ni desbaratarlo, y así hubo de dar la vuelta dejando muerto uno de los suyos llamado Luis de Villegas, que había sido muy animoso y valiente soldado. Viendo esto don Miguel de Velasco, quiso probar la mano, a ver si echaría mejor lance, para lo cual salió él con todo el resto del ejército, y arremetió con gran furia, sin hallar más entrada que los primeros, por tener los indios gran tesón en el no menearse de sus puestos, con las picas caladas, sin hombre que un punto se desconcertase. Por esta causa se retiraron los españoles y se comenzó a jugar la artillería y disparar las escopetas, sin ser parte para desbaratar a los indios, antes se venían muy en orden, llegando a los reales sin ponerles horror el ver los que iban cayendo heridos de las balas. Fue tanta la determinación con que acometieron que los españoles comenzaron a flaquear y se fueron huyendo muchos de ellos, unos a la Imperial, y otros a los Infantes».

(Colección, tomo 6, página 328)

Esto sucedía en 1570 más o menos. Para apreciar el mérito de esa acción, relatada con tanta sencillez por ese cronista, oficial de ejército de Chile de ese tiempo, hay que saber algo de cosas de milicia, pero aparece claro para cualquiera que allí no hubo salvajes en hordas, ni mucho menos.

3.- El huentrun araucano.

Cuando los Araucanos tuvieron caballería, solían combatir dispersos, en hordas, como dicen los *Anales*; pero esto sólo cuando una pequeña partida de Araucanos atacaba a un ejército, lo que sucedió varias veces. En esas circunstancias cada soldado indígena peleaba de su cuenta contra varios enemigos, sin que fuera posible orden ninguno, pero conservando organización. Carvallo y Goyeneche refiere uno de esos encuentros, sucedido en su tiempo. Don Ambrosio O'Higgins, padre del prócer don Bernardo, y el comandante Freire dirigían una expedición en el centro de Arauco, a la cabeza de dos mil hombres escogidos de caballería y con gran cantidad de caballos de repuesto. El 23 de febrero de 1770 llegó la expedición a la confluencia del río Tolpán con el Vergara:

«A poco rato de haber campado -dice Carvallo- salió de un bosque inmediato una partida de cien indios de la parcialidad de Angol, que bárbaramente esforzados, emprendieron quitarles la remonta. Y sin duda lo hubieran conseguido si no aceleran la acción, y hubieran dado tiempo a que acabase de echar pie a tierra la columna de don Ambrosio, que componía la retaguardia. Algunas compañías estaban todavía montadas y prontamente salieron a contenerlos. Se pusieron en defensa, y con tal denuedo y bizarría, que hicieron resistencia a dos mil hombres, y mantuvieron la guerrilla hasta entrar la noche, que se retiraron peleando los que salieron con vida».

(Colección, tomo 9, página 353)

En «guerrilla», dice Carvallo, no en horda. Los guerrilleros van organizados, obedecen a los jefes, se prestan ayuda, etc. Por eso pudieron retirarse organizados y peleando.

El abate Gómez de Vidaurre refiere (tomo 15, página 225) otro de esos combates desiguales:

«Andaba a caza de araucanos una partida de cincuenta españoles, sin pensamiento de tenerlos tan cerca, cuando dos araucanos irritados contra su mismo temor, salieron armados de sus lanzas y porras a presentarse a los españoles provocándolos al combate. Ellos, en efecto, pelearon esforzadamente, ofendiendo y defendiéndose de tantos enemigos por largo rato, ni se rindieron sino con la muerte a balazos».

Nótese la interpretación que el buen abate da del coraje de esos Araucanos: «Irritados contra su mismo temor». Es corriente en los cronistas e historiadores de Chile desconocer o interpretar erradamente las acciones de nuestros antepasados americanos. El mismo autor refiere que a don Alonso de Córdoba, que iba con 550 hombres, le

salieron al frente provocándolo «ocho araucanos que con temerario empeño se pusieron en defensa por no darse prisioneros» (tomo 15, página 212).

Hay de esto innumerables casos. No había año en que no se presentaran. Los cronistas llamaban a esos héroes de su patria con el nombre de «valentones». Los Araucanos los llamaban *huentruín*, varonil, esforzado, González de Nájera dice de ellos:

«Hállanse también entre los indios unos insolentes valentones, que son entre ellos los gallos, y los que más blasfeman del nombre español».

De ordinario los valentones pertenecían al wulmenato de Purén, habitado por la tribu más noble de Arauco.

Refiere Carvallo y Goyeneche otra acción de esos «gallos de Purén», que tiene de antecedente una batalla que puede recordarse como muestra de las que se libraban en nuestro suelo entre Godos y Araucanos. Un teniente Muela, hidalgo, con 600 hombres, dio una sorpresa a los de Purén en pleno invierno, tomándoles varios prisioneros:

«Se tocó arma en Purén y salió Huenualquín (*huenu*, alto; *calquín* águila-águila de la altura. Paréntesis mío, no de Carvallo) siguiendo a Muela, que ya regresaba en buen orden, y le cortó la retirada y le esperó en una llanura para servirse bien de los caballos. Llegó a ella el teniente Muela y se trabó la más porfiada batalla. Comenzada, empezó a llover y fueron inútiles las armas de fuego, y sólo se usaba de la blanca. El suelo estaba resbaladizo y caían los caballos y apretó tanto la lluvia, que se separaron por un breve tiempo. Mas luego volvieron al combate y a las retiradas, y en cinco choques emplearon todo el día, hasta que la noche los separó».

Este mismo teniente hizo poco después otra excursión en las cercanías de Purén con 500 hombres y fue atacado por dos Araucanos, lucha que Carvallo refiere, con los comentarios acostumbrados, de esta manera:

«Estaban éstos (los Araucanos) tan tenaces en la guerra, porque sólo ella les parecía que podía libertarlos de la temida servidumbre, que hasta dispersos hacían caprichosa resistencia. Bien lo comprueba el siguiente hecho: dos indios se hallaban seguros en un bosque, y con todo, al pasar por sus inmediaciones el escuadrón de Muela, le salieron armados, y con palabras injuriosas provocaron a los españoles. Intentó Muela tomarlos vivos, pero no fue posible. Embestían lo mismo que si fueran fieras sin conocimiento del peligro, y herían con tal coraje y desesperación, que para evitar sus golpes dispuso Muela quitarles la vida.

Yo les hubiera dejado por frenéticos, pues no puede darse mayor frenesí que semejante conducta. Se deja entender que quieren los de aquella nación hacer ver que se arrojan sólo por morir.

«Todo su objeto es manifestar su odio a la nación conquistadora y dar a entender que de ningún modo quieren la paz».

(Colección, tomo 9, páginas 40 y 41)

4.- Épico.

Pero el hecho más admirable de éstos, único en el mundo, no imaginado siquiera por la fantasía de los poetas, absolutamente increíble si no hubiera de él constancia inconcusa, es el robo de un hombre vivo de un batallón de infantería formado en medio de un llano, rifle al brazo y bala en boca, y llevado a cabo por un valentón a caballo en pelo y a medio día. Revela ese hecho, no sólo la falta completa de límites a la audacia araucana, sino también por los detalles de su ejecución, el conocimiento más perfecto del carácter del enemigo, y el concepto clarísimo de la sucesión lógica de todos los incidentes de aquel hecho extraordinario. La serenidad imperturbable del héroe y la precisión y seguridad matemáticas de todos los movimientos necesarios a su realización, que tal hecho suponen, podrán parecer excepcionales, inusitados, inverosímiles en cualquier país, no en Arauco.

Sucedió así: En un ancho prado limitado por la selva virgen de la «Frontera», descansaba de sus ejercicios doctrinales un batallón de infantería, con sus armas en pabellones, y tropa y oficiales, tendidos en la yerba, fumaban o charlaban recobrando fuerzas para continuar los ejercicios. El bosque distaba seis o siete cuadras, por lo que podían estar tranquilos. De repente, alguien vio aparecer un indio en la ceja de la selva, y todos se pusieron de pie y en observación. Luego apareció otro indio, y después otro y otros sucesivamente; a nadie quedó dudas de que se trataba de un escuadrón de caballería indígena oculto en las sombras del bosque y que se preparaba para el ataque.

«¡A formar!», tocó el corneta del comandante. Y en un momento el batallón estuvo en línea, con sus fusiles en descanso, la pequeña banda de cornetas y tambores a la cabeza. Al frente estaba el bosque, en el que seguía asomando y perdiéndose algunos indígenas montados. Todas las miradas estaban fijas en ellos; todos los pensamientos penetraban al fondo de la espesura tratando de adivinar el número de enemigos. En verdad que el peligro no podía ser grande: estaba lejos la época de los arcabuces y de los fusiles de chispa, que se cargaban en catorce tiempos; a la fecha el soldado poseía el fusil Minié, de fulminante y carga rápida, con una zona de muerte mucho más extenso y con tiro seguro de más de tres cuadras, lo que había hecho muy prudente a los indios para agredir a campo raso; pero una larga experiencia había enseñado al ejército de

Chile que al frente del Araucano hay que estar siempre listo, por lo que nunca se alejaban de los reductos sin llevar bien provistas las cartucheras.

-¡Viene uno! -exclamó el ayudante, apuntando al frente con su mano. Así es, uno solo.

Todos lo veían. A galope tranquilo se desprendió del bosque un indio en línea recta al batallón. Su silueta se agrandaba por momentos. ¿A qué vendrá? No trae banderola de parlamento ni rama de canelo. Viene desarmado: ni lanza ni macana. ¿A qué vendrá?

«¡Atención: Firme!», tocó el corneta. Y el comandante pasó al frente de su batallón, colocándose en su medianía hacia donde se dirigía el indio. Y todos esperaron tranquilos.

El indio se acercaba al mismo suave galope. A cincuenta pasos se detuvo. Inmóvil, paseó su mirada de un extremo a otro de la tropa. Como los guerreros, tenía el cabello cortado hasta cubrir la oreja y sujeto en la frente por un cintillo adornado con plumas rojas de loica, como los guerreros, venía desnudo de la cintura arriba, luciendo su piel color ladrillo y sus formas atléticas, descalzo, calzón negro a media pierna, y atado a la cintura un poncho listado. Pero realmente no traía arma alguna, ni penca, ni estribos: Llegaba inerme ante seiscientas bocas de fuego. ¿A qué vendrá?

«¡Descansen!», sonó la corneta.

Grande era el caballo, y negro como un azabache. Sólo un instante permaneció en observación; dio un cuarto de vuelta y se dirigió al mismo galope calmado paralelo al batallón, hacia su extremo.

-¡Qué hermoso animal! -exclamó el comandante- Vendrá a lucirlo.

-Debe venir a venderlo. Cómpreselo -añadió el ayudante.

El indio llegó frente al extremo del batallón, dio unas cuantas revueltas, se acercó más a las filas y volvió al trote, pasando a unos treinta pasos.

De trote reposado y garboso, era animal sin tacha: nudillos enjutos, pupila centelleante, oreja chica y viva, de formas acabadas, nuevo, airoso, fuerte, dócil, negro-tordo, sin mancha, cola y crines crecidos y copiosos. Por todo jaez, una cincha y cabezadas flamantes.

-Hermosísimo bruto -volvió a decir el jefe-. Es caballo para el general.

Llegado a la cabeza del batallón, frente a la banda, el indio revolvió nuevamente en caballo en todas direcciones, luciendo su habilidad de jinete y la agilidad de su animal, y emprendió su regreso a buen galope, hasta el otro extremo, en que repitió sus pruebas de destreza.

Volvió, a galope tendido ahora y a quince pasos de las filas. Lucía esta vez su agilidad maravillosa, bajándose y subiéndose de su caballo, tendiéndose sobre el lomo, echándose a uno u otro costado de su bestia, de modo que a veces mostraba todo su cuerpo, a veces sólo un pie y una mano.

Al pasar frente al centro, tomó actitud natural del jinete irreprochable, erguido y firme. Lleno el pecho, alzada la cabeza, el indio pasó mirando al batallón. Iba sonriente,

con la sonrisa luminosa del triunfo. Su cintillo de plumas rojas brillaba sobre su cabeza como una aureola de fuego.

Sin pestañear miraba el comandante el brioso corcel, que iba pidiendo riendas, cola y crines, flotando al libre viento.

-¡Lindísimo! Me quedo con él. A la vuelta, hágalo hacer alto.

-Perfectamente, mi comandante.

Y el jefe seguía con mirada complacida el garboso animal, que aceleraba por momento su carrera.

Llegó a la cabeza del batallón. Y súbito como el rayo, de un salto de tigre se metió entre los cornetas, atropellando a varios, y con puño de hierro, tomándolo de las ropas de la espalda, arrebató el indio a un muchachón. Un grito de espanto y luego: «¡agárrenlo!». Los más próximos se abalanzaron como gatos: pero el indio no dio tiempo. Su acción fue rápida como la de un animal de presa; el primer instante de estupor le fue sobrado para echarse el muchacho a la espalda y emprender la retirada por el flanco del batallón, tendido hacia adelante y mirando a sus perseguidores por debajo del brazo. Un tropel de hombres, soldados, clases, oficiales, los que pudieron, seguían a un paso, casi tocando al indio audaz. El sargento de la banda, un hombronazo, alcanzó a tomar la cola del caballo, otros se tomaron del sargento, que gritaba:

-¡Agarren al corneta! ¡A las patas del indio!

Pero nadie alcanzaba, por más que el caballo llevara una carrera mediana, comprimida.

Detrás del primer grupo seguían otros, a lo que daban las piernas, y desbandados muchos más, esperando llegar a tiempo de auxiliar a los primeros cuando lograran detener al indio. El batallón se había corrido hacia la cabeza, y los que iban persiguiendo miraban ansiosos esperando el resultado.

-¡Lo agarraron! -gritó alguien, y todos corrieron.

-¡Nada!, ¡se les va! -exclamó el comandante, y se empinaban a ver- ¡Se les fue! ¡Tírenle!

Pero por sobre los perseguidores sólo se divisaban las piernas del corneta haciendo en el aire contorsiones desesperadas.

-¡Háganse a un lado!, ¡a un lado! -gritaban varios, al mismo tiempo que otros llamaban a voces a los mejores tiradores:

-¡Sargento Contreras! ¡Cabo Peñaloza!

Los oficiales arrebataban sus armas a los soldados, y todos, con el fusil a la cara, esperaban la ocasión de disparar.

-¡Háganse a un lado! -gritaban a todo pulmón.

Los más próximos se apartaban, pero el sargento y su grupo estaban ya muy lejos, e iban ensordecidos por la cólera, hasta que el comandante, haciendo bocina de sus manos, gritó con voz de trueno:

-¡Háganse un laaaao!

Oyeron, comprendieron y se apartaron, el sargento con un manojo de crines en la mano. Pero ya el indio se había alejado más de doscientos metros. Además, el caso estaba previsto. En cuanto se apartaron sus perseguidores, se pegó el indio al lomo de su caballo, alargó su presa hacia atrás para cubrir las ancas y le soltó las riendas. El inteligente bruto partió como una tórtola.

-¡Tiren a las patas! ¡A las patas del caballo!

Sonó un tiro, otro, varios. Algunos corrían y disparaban. No había tiempo que perder.

-¡A las patas! -gritaba desesperado un oficial de gran voz, que veía lo que todos: al muchacho dando frente atrás, cubriendo toda el anca del animal y haciendo desesperados esfuerzos por desprenderse de las garras del indio que apretaban como muelas de bigornia, y por debajo las patas del caballo que volaban devorando el espacio.

-¡A las patas!

¡Qué patas ni patas! -gritó colérico el comandante, jurando crudo- ¡A buen tiempo! ¡Tiren al medio!

Y él mismo arrebató un fusil y lo descargó a toda alza.

En el acto sonaron tiros de aquí, de allá, de todas partes. Pero el valentón estaba ya fuera de la zona de acción más o menos segura del Minié, por lo que es de creer que el corneta fue llevado ileso por su captor.

Un grueso pelotón de indios salió a escape de aquella parte del bosque a recibir a su huentrún victorioso, a quien llevaron en triunfo, internándose en la selva en medio de un formidable chivateo que atronó el espacio.

Atónitos, mudos, con la vida espantada y la boca entreabierta quedaron todos: jefes, oficiales y tropa, permaneciendo largo espacio mirándose las caras entontecidas de idiota asustado. La formación se había deshecho, todos estaban revueltos, los oficiales conservaban un fusil humeante en una mano y la baqueta en la otra.

Pasado el primer momento, el comandante, que había desenvainado su espada, se paseaba furioso preguntando con la voz turbado por la cólera:

-¿Han visto... han visto indio más bribón? Pero han vis... ¡Qué indio tan bribón!

Y los oficiales se preguntaba como autómatas unos a otros si alguien había visto un indio más bribón.

Un soldadillo de cara araucana se ocultaba tras un cabo tapándose con ambas manos la boca y las narices para contener un acceso irresistible de risa que le había cogido. Miró hacia atrás el cabo y, al ver al soldadillo, se contagió, lanzando la primera explosión de una carcajada; pero con un esfuerzo poderoso de voluntad, se tragó el resto, y, volviéndose de frente con las mandíbulas comprimidas y los ojos muy abiertos, esperó inmóvil.

La tropa recobraba su formación, mientras el jefe miraba nuevamente hacia el bosque. Allá venían dispersos, volviéndose a veces inquietos a mirar hacia atrás, los perseguidores del indio. El sargento mostraba en alto a guisa de trofeo, un manojo de crines. Se quedó el comandante un rato inmóvil, hablando consigo mismo en tono sentencioso:

-Sí. Si en lugar de decir... «agárrenlo»... ¡hubiera dicho... mátenlo! Es claro... Pero el maldito caballo... Algo me decía al corazón que este indio venía a jugarnos alguna.

Permaneció un momento pensativo y luego, alzando la cabeza, preguntó con ansiedad:

-¿Me saludó el indio cuando llegó?

-No saludó a nadie -contestó el ayudante con un gesto desesperado de rabia.

-Ahí está! ¿Y cómo dijo usted que el indio venía a vender el caballo?

-Yo no afirmé...

Y el ayudante cortó en seco su réplica ante la mirada de reproche airado con que el comandante lo midió de alto a bajo.

Y ahora yo pregunto a mi vez a los que han leído en los poetas, en los romancistas, en los historiadores, los hechos heroicos de los hombres, aquellos hechos de que la humanidad guarda solícita el recuerdo, porque son su honor, su orgullo, su gloria, les pregunto si conocen un hecho humano más hermoso.

Este acápite de nuestra historia no pertenece a ningún cronista, a ningún historiador. En las noches de vivac de la guerra del Pacífico tuve la dicha de oírlo, entre otros muchos episodios contemporáneos de la guerra de la frontera, de los labios del entonces comandante Adolfo Holley, hoy nuestro ilustre general, quien, como Canto, Pinto, los Wood y tantos otros, templó su alma y su espada en las postrimerías de aquella epopeya viva.

5.- Documentos probatorios.

Los *Anales* se han dado un trabajo de cuervos, rebuscando entre cronistas e historiadores todo lo que pudiera dañar la reputación de los Araucanos. No puedo seguirlos en su tarea; pero deseo desvanecer uno de los cargos que más a menudo les hacen: el de que eran los indígenas los que rompían las paces que de cuando en cuando daban tregua a la guerra secular. La lealtad, el cumplimiento de la palabra empeñada fue uno de los más nobles rasgos del carácter araucano. Jamás fueron ellos los que faltaron a los pactos establecidos. Jamás atacaron a traición. Las sorpresas fueron su sistema más frecuente y terrible de ataque, pero sólo en estado de guerra. Declarada ésta expresamente o por la violación de lo acordado en anterior parlamento, como acostumbran los conquistadores, los indios se creían desligados del deber de una declaración formal de guerra, y aun durante ésta, jamás se valieron de engaños cobardes, de fingimientos para atacar. No tengo espacio para recordar hechos, por lo que me concretaré a citar la opinión de algunos autores que los conocieron

personalmente, por los cuales se verán asimismo algunas otras de las cualidades morales de nuestros antepasados indígenas:

«Por lo que toca a las dotes del ánimo han sido los indios de Chile muy mal calificados. Son hombres, se dice, sin discernimiento, sin cordialidad, sin gratitud. Por falta del primero, aman fuera de modo la libertad; por lo segundo, descuidan del todo de sus hijos; y por lo tercero, todo creen que se les debe. El amor de la libertad los lleva a la obstinación, al descuido de los hijos, a la brutalidad de matarlos y al derecho que creen tener sobre todo, al exceso mayor de los robos. Nada más falso que todo esto. Ninguno ciertamente de los que los han pintado así han conocido a fondo los ánimos de los indios. Yo hallo esto por lo más difícil de penetrar, porque el indio pone todo su estudio en ocultar su ánimo y hacerse capaz a fondo del de los otros».

Refiere el autor los mil ardides de que se valen los indios para conocer el carácter del que se les da por amigo y agrega:

«Si decían en honor del sujeto, abrían sus pechos para darse a conocer, o los mantenían ocultos, si de hombres de corazón no recto para con ellos, y de quien como tal más daño que provecho podían esperar».

Como consejos para atraérselos dice que no hay que herirlos en sus costumbres sino con la razón por delante, ni representarles los males de la guerra, de que no se curan. Especialmente no debe herírseles «en el punto más sensible de su reputación, que es el guardar la palabra dada»:

«Después de hechas las primeras paces, a la verdad no han ellos declarado la guerra sino en fuerza de algunas extorsiones que les han hecho algunos particulares y que el gobierno no ha castigado, contra lo pactado en las capitulaciones.

En conclusión, yo digo que el indio chileno, por el respeto a las dotes del ánimo, debe definirse amante de la libertad al exceso, despreciador de la vida cuando se trata de la conservación de la patria, constante en las fatigas y empresas, vanaglorioso y soberbio en sus fortunas, superior a sí mismo en sus desgracias, animoso e intrépido en los peligros, fiel en sus contratos, hospitalario en sus casas, generoso de sus bienes, perspicaz en sus proyectos, sagaz y astuto en sus tramas, e ingenuo con quien cree de su partido. Ama lo que cree virtud, como el coraje, la sagacidad, el secreto, la astucia, la ciencia militar, el amor a la patria, el

odio a todo género de servitud, la constancia en las fatigas, y en suma, todas aquellas cualidades que forman un hombre guerrero.

Pocas familias habrá en Chile de las que hayan derramado más sangre que de la mía. El amor de la verdad es el que me conduce, y no la ciega pasión con que han escrito hasta ahora los autores».

(*Colección*, tomo 14, páginas 307 a 310)

El autor citado es un misionero jesuita que vivió entre los indios muchos años, fray Felipe Gómez de Vidaurre, del cual dice el historiador Juan Ignacio Molina, que pintó las costumbres araucanas «con suma inteligencia y acierto». El abate Gómez escribió a fines del siglo XVIII:

«Ello es cierto que no hay cosa más natural, ni de mayor fuerza en los pechos humanos, que el amor de la libertad, y a mi parecer sobre todas las naciones del mundo han mostrado siempre gozar de ella estos rebeldes de Chile».

Después de comparar a los Araucanos con los bátavos mandados por Claudio Zuul en su resistencia a las legiones de Vespasiano, añade:

«Nunca a mi juicio, han necesitado de otro Claudio Zuul estos indios de Chile para sus movimientos, porque ellos se imaginan todos Claudios en lo belicoso de su natural.

Su conservación nace de no tener otro oficio ni ocupación que ser soldados, y para esto introducen a las mujeres en la agricultura. Ellas cultivan los campos y asisten a todos los ejercicios caseros. Y al varón en quien reconocen incapacidad para la guerra, con pusilanimidad de corazón, le hacen pastor de ganados».

(«Guerras de Chile», por Santiago Tesillo, *Colección*, tomo 5, páginas 10 y 24)

El autor ascendió desde soldado a maestro de campo y corregidor de Concepción. Escribió en la primera mitad del siglo XVII:

«Y es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina de espada, angosta y larga.

Y es la gente della de mucho trabajo, buen servicio y entendimiento, aunque bárbaros.

Es gente bien agestada, por la mayor parte blanca, bien dispuestos, amigos en gran manera de seguir la guerra y defender su tierra, para lo cual han grandísima obediencia a sus mayores.

Nunca jamás han peleado con españoles, que han sido infinitas veces, que primero no lo hagan saber y envíen a decir».

(Colección, tomo 2, páginas 1 y 2)

El autor, Góngora Marmolejo, primer cronista de Chile, peleó aquí desde poco después de empezada la conquista. Escribió a fines del siglo XVI:

«De esta calidad y naturaleza son los indios, que algunos llaman ingratos, desconocidos y traidores; cuando con ciertas experiencias y antiguos conocimientos podemos decir los que dilatados tiempos los hemos manejado (dejando aparte el odio y la pasión que sus barbaridades han causado a muchos) ‘que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados’ es de Núñez de Pineda y Bascuñán, obra citada, página 28».

Esta reflexión, con que termina la relación de una larga serie de atenciones y favores que recibió de los Araucanos durante su cautiverio. Escribió a mediados del siglo XVII:

«Este belicoso y animoso brío cobran desde su tierra edad, platicando la costumbre de sus pasados y mayores, que a los niños que comienzan a tener conocimiento de sus fuerzas les obligan con dádivas y amenazas a subir de carrera por la cuesta que más empinada y fragosa se halla a la mano un razonable espacio en competencia uno de otro, previniéndole algún premio al vencedor.

Cuando después entran en mayor edad y de más fuerza, son sin ninguna excepción con rigor apremiados a los mayores trabajos de ejercicios marciales con varios ensayos según su más robusta nerviosidad; si acaso entre los que así se inhabilitan se trasluce alguna flojedad o cobardía, u otra cualquiera incapacidad para el ejercicio de la milicia, desde

luego lo habilitan.

De aquí viene que los cargos y gobiernos de la guerra a ninguno se conceden por cumplimiento, favor, ni amor, ni por ser de mejor sangre procedido ni más poderoso en bienes de fortuna, como riquezas y estado, si él por su persona es flaco, medroso o de ruin resolución; sólo se emplean en hombres diestros, de buenas manos, robusta complexión, atrevidos, mañosos y bien afortunados, partes que para tales ministerios son esenciales, pues los habilitan y hacen ilustres entre todos sus contemporáneos; como el fin para que a su parecer fueron criados sea entre ellos morir o vencer, no sólo son bravos para apetecer los encuentros dudosos de las batallas, sino pláticos y cautos en ordenar sus campos».

(Colección, tomo 4, página 17 y siguientes)

El autor, Luis Tribaldos de Toledo, fue cronista de Indias, bajo Felipe IV, en 1625. Tuvo a su disposición todo el Archivo de Indias:

«Saben bien desplegar, desfilar y doblar sus escuadrones cuando conviene; formarse en punta cuando quieren romper y en cuadro para estorbar que los rompan; simular la fuga cuando quieren sacar el enemigo de algún lugar fuerte o embestirlo desde emboscadas; y en fin hacer todos aquellos movimientos que aprende en las largas guerras una raza despierta, y aun ciertas advertencias y maestrías, partos de una pulida enseñanza».

Aunque este autor no cree en más virtud que las religiosas cristianas, por lo que censura la poligamia indígena y otras costumbres del *admapu* araucano, dice que observando de cerca la familia indígena puede verse que posee «un gobierno doméstico tan cristiano y prudente que será arrogancia si los españoles se atribuyen más»:

«Los padres de familia no ponen la consideración en cosa que parezca virtud o arreglamiento sino en el recato de sus mujeres».

(Colección, tomo 4, páginas 51 y 61)

Y más adelante (página 334), a propósito de lo que los indignaba el que los conquistadores obligaran a trabajar de esclavos a los prisioneros de guerra, añade:

«Como los indios chilenos son por su naturaleza altivos y exentos, domados para obedecer, no para servir (como dijo Tácito de los britanos), no se puede explicar buenamente con cuanta adversión han mirado siempre este intolerable abuso y práctica inicua del servicio personal».

El autor de estas citas, Miguel Olivares, fue padre misionero en Arauco más de treinta años. Escribió a mediados del siglo XVIII.

El mentado González de Nájera (obra citada, página 93), con su inquina por encargo, dice que los Araucanos han peleado tanto con los españoles «hasta venir a tener por deleite y vicio el ejercicio de la guerra. Todo lo cual, finalmente, ha bastado para habérseles convertido en naturaleza tal profesión, cuando no los inclinara a ella particular influencia del planeta, como entiendo que los dispone»:

«Y así no hay que maravillarse de sus blasones y arrogancias, con que suelen decir muchas veces que ya los españoles saben casi tanto como ellos».

Y en la página 136, refiriéndose a la elocuencia de los jefes indígenas, dice:

«De manera que por su mucha agudeza de ingenio, rehusó el darles a estos indios el título de bárbaros».

Y en la página 48:

«Aunque entre ellos no hay justicia, no se hurtan unos a otros lo que tienen, porque, ausentándose de sus pajizas casas, quedan muy seguras con sólo tapar sus puertas con un ramo».

Así se contradice a cada paso este autor. En parte llama cobardes a los Araucanos y luego pondera su coraje; dice en alguna página que son ateos y filisteos y después habla de su dios y de sus sacerdotes. Los *Anales* tienen donde escoger, y a fe que lo han hecho con acierto. Como muestra ahí van algunos párrafos de esos archivos de nuestra Universidad:

«Unos a otros se robaban a mano armada y saqueaban sus chozas en ataques y sorpresas que llamaban malón».

Los malones eran verdaderas guerras entre ellos:

«En los primeros encuentros con los conquistadores no entraban en batalla formando cuadros simétricos sino pelotones sucesivos».

Es ésta, como muchas otras, una invención universitaria. Ya vimos que Valdivia afirma que formaban escuadrones cerrados. Cerca de un siglo antes se presentaron a las huestes peruanas mandadas por Yupanqui a conquistar a Chile «aformados», no en pelotones, según refiere Garcilaso de la Vega («Comentarios reales del Perú», página 248).

Los *Anales* pretenden establecer que los Araucanos tomaron de los españoles lo poco que entendían en cosas de guerra. Afirman que la batalla en que los indios vencieron y mataron a Valdivia fue dispuesta y dirigida por Lautaro, indio al servicio de los conquistadores y de los cuales había aprendido el arte de pelear. Invención. Lautaro se pasó al partido de sus paisanos cuando vio que los caballos de los conquistadores estaban rendidos y próximos a inutilizarse, cosa que Caupolicán el verdadero organizador de aquella victoria, podía tal vez ignorar; así fue que la noticia llevada por Lautaro les hizo cobrar nuevos bríos y finalizar la batalla:

«La ventaja de las armas de los castellanos, el empuje de sus cabalgaduras, el estrépito, más que el efecto, de sus arcabuces y artillería y la resistencia de sus armaduras, contribuyeron a poner de su parte la victoria en estas primeras batallas, arrollando casi invariablemente estos pelotones desordenados de salvajes.

«Jamás dejaron de aterrarse los indios con el estruendo de los cañones y arcabuces».

Afirmación verdaderamente audaz de los *Anales*. Precisamente lo que más admiraba a los conquistadores, y de que dejan constancia todos los cronistas, es que las armas de fuego, que en todo el continente habían producido el espanto de los indígenas, no hicieran mella alguna en el alma de acero de los Araucanos.

Ya recordé algunos hechos que lo prueban y cite la opinión del mismo González de Nájera, Córdoba y Figueroa, que fue maestro de campo del ejército, refiriéndose a unas de las batallas del Hurtado de Mendoza con los araucanos dice:

«Se hizo la descarga de la artillería que llevaba y de la arcabucería con suceso: más la toleraron sin confusión ni desorden, viniéndose con denuedo y fuerza».

Y más adelante, página 106, refiere el ataque de Caupolicán a Cañete, recién fundada, ataque que el toqui emprendió a la hora de la siesta, en que creía durmiendo a los conquistadores, según falsamente se lo había dicho un yanacona. Las descargas de todas las armas de fuego que llevaba don García causaron una terrible carnicería:

«El estrago de tan violento fuego -dice el maestre de campo- no los contuvo, ni menos la confusión que pudo causarles caso tan impensado como era el hallar tanta prevención donde discurrían descuido y acometieron a las puertas, que están abiertas. Se prosiguió la acción y al fin de un corto intervalo los acometió la caballería, y aunque todo era terrible y de formidable aspecto no cedieron, mas, viendo que su empeño era infructuoso, se retiraron con notable pérdida, aire de fiereza y venganza».

No se oponían a las balas de «puro» vicio guerrero, como dice González de Nájera, sino porque no había más remedio. En un tiempo idearon unos tablones que llevaban disimulados y que se ponían delante al tiempo de la primera descarga, que era la más terrible, arrojándolos enseguida y marchando a la carrera a trabarse mano a mano con el adversario; pero el estorbo de llevar cargado tal escudo los decidió a dejarlo, prefiriendo arrojarlo rápidamente al suelo en cuanto divisaban moverse el rastrillo de los arcabuces o humear la cazoleta:

«Traían los indios en este tiempo para defenderse de los arcabuces unos tablones tan anchos como un pavés, y de grosor de cuatro dedos, y los que estas armas traían se ponían en la vanguardia, cerrados con esta pavesada para recibir el primer ímpetu de la arcabucería».

(Góngora Marmolejo, obra citada, página 77)

Los araucanos usaron en diversas ocasiones los arcabuces y hasta los cañones que quitaron a los invasores; pero nunca pudieron procurarse pólvora, aunque supieron fabricarla. El salitre necesario no pudieron conseguirlo. Si su situación aislada del resto del mundo no hubiera sido siempre un obstáculo insuperable a la provisión de la pólvora, aquella guerra habría tomado un aspecto bien diverso, como dice González de Nájera.

En la afirmación de que «jamás dejaron de aterrarse», etc., los *Anales* no citan autores; pero más abajo añaden: «En la batalla de las Cangrejeras, al oír las descargas de arcabuces uno se aterraban y otros saltaban al aire»; y aquí citan a Córdoba y Figueroa, con la buena fe de siempre. Córdoba toma la descripción de esa batalla de la relación de Nuñez de Pineda, actor y prisionero en ella, hecho bien sabido por los *Anales*. Nuñez refiere realmente que los indios se les vinieron encima muy ordenados y, «por desmentir las balas, cosiéndose con el suelo» (obra citada, página 19):

«Por desmentir las balas», no por miedo, pues esa acción de guerra fue una victoria completa de las armas indígenas, como que mataron a 64 enemigos, se llevaron 32 prisioneros y lograron pasar 2.000 caballos y gran cantidad de ganado vacuno, presa que los conquistadores pretendieron arrebatarles defendiendo el desfiladero que dio su nombre a esa batalla (Carvallo y Goyeneche, tomo 8, página 316).

Los Araucanos habían introducido en su táctica la manera de llenar las bajas que las balas hacían en la primera fila de sus escuadrones:

«Los indios tenían tanto aviso para no dar a entender que les mataba gente la artillería, que cuando alguno caía, los que estaban cerca se le ponían delante por no dar ánimo a los cristianos».

(Góngora Marmolejo, obra citada, página 195)

Antes de empezar una batalla, salían de a uno o en pequeños grupos a desafiar a igual número de enemigos a combate singular. Estos «insolentes valentones» jugaban con lanza o macana corriendo, saltando y haciendo variadas pruebas de agilidad y destreza en su manejo, ya lanzando al aire su lanza, y cogiéndola al vuelo, o bien arrastrándola por tierra:

«Los sobresalientes van delante del ejército arrastrando por los cuentos las picas: son éstos tan soberbios que desafían, como otro Goliats, al enemigo a que salga al campo cuerpo a cuerpo y aun hacen lo mismo hoy con el español, como se verá en su lugar, marchan con grande orgullo y bizarría, ambiciosos de honra, al son de sus tambores y trompetas, matizando las armas con vistosos colores y con penachos de plumas muy galanos y hermosos».

(Alonso de Ovalle, tomo 12, página 155)

Como parangón copio después de esta descripción de un fraile misionero de aquellos tiempos, lo que de esos mismos valentones dice la revista universitaria:

«Antes que la pelea se trabase, salían algunos grupos como de avanzada a desafiar al enemigo, y hacían gesticulaciones ridículas, tomando posturas extrañas, daban saltos, se tendían se levantaban y arrastraban las picas por el suelo».

Todas las citas anteriores de los *Anales* son del número correspondiente a noviembre de 1899, páginas 1013, 1014 y 1022. Quedo con el lápiz afilado para en otra

ocasión barajar los golpes alevos que la Universidad del Estado dirige en su revista a las virtudes domésticas de nuestros antepasados chilenos.

Para terminar por hoy con los Araucanos y sus costumbres guerreras, recordaré que para ellos la guerra era un negocio muy grave, que meditaban seriamente, discutiéndolo en una asamblea pública en la que tomaban parte todos los hombres en estado de cargar armas y los ancianos experimentados. Una vez acordada se nombraba al general que debía dirigirla, nombramiento que se hacía por votación directa, pudiendo recaer el cargo en cualquiera de los presentes, sin distinción de rango social. El general o *buta toqui* quedaba autorizado plenamente para disponer todo lo necesario al buen éxito de la campaña, debiéndole toda obediencia absoluta.

La guerra tenía para los Araucanos cierto carácter sagrado. El general se hacía acompañar siempre por un sacerdote, no por un *machi* o médico divino, que para los *Anales* eran los sacerdotes indígenas, sino por un *nüingue*, con la investidura de supremo sacerdote o *nüingue toqui*, el cual como los augures romanos, consultaba la voluntad divina en el vuelo de ciertos pájaros o en el aspecto de sus extrañas, antes de decidir una batalla. Todos los individuos del ejército desde el *buta-toqui* hasta el último *cona* o soldado, casados o no, se preparaban para entrar en campaña, guardando la más severa abstinencia. Los que morían en el campo de batalla tenían asegurado un puesto en la mansión celeste, campo permanente de grandes y divinas batallas como el empíreo escandinavo, que había sido por tanto el cielo de la religión de los Godos en su etapa de barbarie, cuando tenía a Odín por suprema divinidad. La perorata de sus jefes antes de entrar en acción impresionaba y hacía derramar abundantes lágrimas a los combatientes.

6.- Una estrofa de don Alonso de Ercilla.

Los jefes araucanos combatían a la cabeza de sus tropas durante el ataque y a su retaguardia cuando había precisión de retirarse. En esa protección de un ejército en derrota que conduce sus muertos y heridos, como lo hacían los araucanos, es donde puede aquilatarse mejor la energía y la serenidad de aquellos hombres. Hay de ello ejemplos brillantísimos y numerosos; pero el espacio me falta, por lo que sólo recordaré la protección del ejército araucano por Rengo en la derrota de las Lagunillas, aprovechando esta ocasión para engalanar mi escrito con la más hermosa octava real del castellano, escrita en Chile y por el inmortal cantor de nuestra raza, aunque esa joya inimitable venga aquí como diamante engastado en plomo.

El literato y crítico francés J. Ducamín, en su estudio de nuestra epopeya nacional (1900), comparando a Ercilla con Homero, encuentra que el autor de la *Araucana* iguala y aun sobrepasa al príncipe de los poetas en la energía, precisión y sobriedad de algunas de sus descripciones:

«No sé, por ejemplo -dice Ducamín- que en la *Iliada* o en la *Odisea*, se encuentre una comparación a la vez más digna de un gran pintor y de un poeta que la que nos da la estrofa 44 del canto 21, que nos presenta a Rengo protegiendo, en medio de unas charcas, la retirada de los araucanos».

La copia y después añade:

«Fácilmente podría emplearse una página en analizar las bellezas de fondo y de forma de esos ocho versos. Mas, si se quisiera calificarlos con una sola palabra, no se encontraría sino un epíteto justo, que se presenta naturalmente: ellos son homéricos».

He aquí la octava:

«Por la falda del monte levantado
iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriendo y enlodado
los lleva en retaguardia recogiendo,
como el celoso toro madrigado
que la tarda vacada va siguiendo,
moviendo acá y allá espaciosamente
el duro cerviguillo y la alta frente».

7.- Las calumnias contra los araucanos nos alcanzan directamente a los chilenos.

A pesar de lo aseverado unánimemente por todos los distinguidos militares, aun por el mismo González de Nájera, que mandó el monarca español a esas campañas, respecto a las dotes guerreras de los Araucanos, y que los obligaron más de una vez a declarar que ellos no tenían nada que enseñar en la materia a esos bárbaros y sí mucho que aprender, como he recordado, y que indujo al capitán general don Alonso de Sotomayor a profetizar en el siglo XVI que los Araucanos nunca serían conquistados cuando obtuvieran caballos, a pesar de eso, digo los que lean el malhadado escrito de los *Anales* tendrán por fabuloso lo asegurado sin discrepancia por los historiadores, pues es imposible que se imaginen que nosotros mismos estemos empeñados en denigrar a una raza cuya sangre llevamos con orgullo en nuestras venas.

Y que es una realidad el que llevamos esa sangre y por tanto su pensamiento, sólo en Chile hay quien lo duda. Por las líneas que antes cité del historiador Hancock podrá verse como dicho autor pasa de la psicología araucana a la chilena sin que crea necesario explicar la transición.

Sin embargo, abrigo la esperanza de que las apreciaciones falsas, los errores y hasta las citas truncas de esa desgraciada Historia, sólo sean hijos de la ignorancia de su autor, e inadvertencia de los decanos, pues la revela incompleta en Psicología moderna, indispensable de todo punto para dilucidar cuestiones relativas a la civilización de una raza. Así se le ve en cada página mostrarse incapaz aun de distinguir la falta de cultura de la falta de entendimiento. De todas maneras el mal está hecho, y el descrédito que a los chilenos nos traerá esa publicación es de mucho más entidad que el que pueden acarrearlos, las publicaciones de la prensa extranjera o las circulares de alguna de las colonias latinas establecidas entre nosotros, porque aquélla nos desconceptúa en nuestro origen étnico, es decir, en nuestras cualidades instintivas, inmodificables por la educación, y cuya importancia he recordado. Además ese desprestigio es ante las personas sabias y dirigentes de los grandes países, especialmente los del norte de Europa y los Estados Unidos, donde esos estudios se cultivan con preferencia.

Es descrédito que puede traernos la prensa empeñada en esa tarea ante las naciones latinas podrá cuando más detener la inmigración de esa raza en nuestro país, lo cual no creo un mal, pues la colonia es ya demasiado numerosa en Chile. En cuanto a nuestras relaciones comerciales con los países del sur de Europa, aquellas publicaciones no nos produce ningún daño: el alto comercio europeo tiene fuentes de información mucho más seguras y fidedignas que los artículos de diarios.

8.- Los godos. Algunos de los rasgos de su cuerpo y de su alma. Su espíritu es opuesto al latino.

Respecto a nuestra línea ancestral europea, puede decirse que el denigrarla imputándole toda clase de vicios y crímenes ha llegado a ser un lugar común entre los escritores chicos y grandes, tanto de Chile como de España y demás países latinos. La sicología del latino, tan profundamente diversa de la del teutón, se muestra incapaz de penetrar en el alma del Godo.

Cuando hablo del criterio latino debe entenderse que lo digo en términos generales, que no excluyen las excepciones numerosas, sobre todo en Francia, donde la sangre germana alcanza todavía a un 15% de la población, especialmente en las ciudades derivadas de las estirpes goda, franca, burgunda y otras.

Del brillante paso por el mundo de aquella virtuosa y audaz familia germánica, que fue el prototipo y núcleo de toda su raza; que bajo el cetro de Hermanrico, el Alejandro godo, como lo llaman los historiadores, logró formar una sola nación de todo el norte de Europa que no era romano; que produjo escritores y sabios como Jordanes, Wulfila, Isidoro de Sevilla, Villena, Alfonso X, etc., estadistas como Teodorico el Grande, tenido como uno de los organizadores de naciones más esclarecidos de la humanidad; héroes como Teya, del cual dice Procopio que «ninguno de los héroes de Homero llevó a cabo mayores prodigios de valor»; que prestó su elevado espíritu religioso al admirable estilo arquitectónico que lleva su nombre; que descubrió y conquistó para su monarca de España un imperio en el cual no se ponía el sol; que con su fonética particular contribuyó en gran parte a la formación del idioma italiano, del provenzal, del español, del catalán y del portugués o gallego; que con los últimos vástagos de su raza, pronta a extinguirse, dio a la Península Ibérica aquel lustre pasajero, pero altísimo, que

en las letras y las artes la llevó a la cumbre de su gloria intelectual; de esos hombres, los escritores de criterio latino sólo recuerdan sus sangrientas guerras y sus devastaciones de las provincias del Imperio Romano.

Los Godos fueron «absorbidos por los pueblos por ellos conquistados» dice Henry Bradley, uno de sus historiadores, y más adelante añade:

«Las otras grandes naciones teutónicas que recorrieron el imperio romano dejaron recuerdos de su existencia en los nombres de las comarcas por ellos conquistadas. Los francos dieron su nombre a la Francia, los borgoñones a la Borgoña, los lombardos a la Lombardía y los vándalos a la Andalucía. De las conquistas y dominios de los Godos no ha quedado ni siquiera este pequeño recuerdo».

Como la creencia en el desaparecimiento de esta stirpe germánica es general, los autores que se ceban en su memoria están seguros de dar y no recibir.

A los Godos se les tilda de crueles y sanguinarios. No se gozaban en la contemplación de los sufrimientos ajenos, y si en realidad fueron sanguinarios, debe entenderse esto sólo en el sentido de que sus guerras eran a muerte; su lema fue siempre «vencer o morir». Batalladores seculares, llegaron a mirar con suprema indiferencia la sangre y la vida propia y ajenas.

Debe tenerse presente para juzgarlos que las demás familias de su raza, que hoy forman las naciones más civilizadas de la tierra, en su estado de barbarie fueron acreedoras al mismo reproche.

De los Anglo-Sajones dice el filósofo Taine:

«Piratas ante todo, porque la caza del hombre es la más noble y provechosa, dejaban al cuidado de la tierra y de los rebaños a las mujeres y a los esclavos: navegar, combatir y saquear era para ellos cuanto competía a un hombre libre. Se lanzaban al mar en sus barcos de dos velas, arribaban a la ventura, mataban e iban a otro lado a proseguir sus fechorías, después de degollar en honor de sus dioses la décima parte de los cautivos, y dejando tras de sí el resplandor rojizo del incendio».

Y según el historiador inglés antes nombrado, eran estos bárbaros los más próximos congéneres de los Godos.

Los Escandinavos, que son en realidad, según creo, los más próximos parientes de nuestros antepasados europeos y que forman a la fecha una de las naciones más cultas y bondadosas de Europa, sin desmedro de su energía moral, tuvieron sacrificios humanos hasta el siglo XII de nuestra era.

Las piraterías y depredaciones de los Normandos se han hecho legendarias.

Los Vándalos han enriquecido el vocabulario de las lenguas europeas con el adjetivo que recuerda sus costumbres.

Lo que explica que los Godos permanecieran durante mayor tiempo en estado de semi-barbarie que sus hermanos, es el hecho histórico de que a aquéllos no les fue dado dejar de la mano la espada sino por cortos intervalos. Mientras sus otros parientes formaban naciones y se ejercitaban en las artes de la paz, suavizando su genio, el Godo guerreaba sin cuartel con el moro de España durante siglos. Vencido al fin el agareno y presa Granada, su último baluarte, aquellos guerreros tuvieron un respiro, aunque en verdad no muy extenso: sólo siete meses después de aquel triunfo dejaba Colón el puerto de Palos con sus marinos godos y se lanzaba, en la más audaz de las aventuras de que se tenga recuerdo, al descubrimiento de un nuevo mundo. Y lo descubrieron, y lo conquistaron, con una sola excepción: la parcela perdida en este inmenso continente, llamada Chili-mapu por sus aborígenes.

Antes de seguir levantando cargos, quiero detenerme un momento en ese hecho memorable, porque da ocasión a poner de relieve un rasgo saliente de la psicología goda, que la historia no anota con el cuidado que merece.

Que Cristóbal Colón, gran navegante y astrónomo profundo, estuviera plenamente convencido de la redondez de la tierra y de la posibilidad de darle la vuelta navegando siempre en la misma dirección, no es de extrañar, pues había muchos que pensaban como él; que estuviera pronto a exponer su vida en comprobación de sus doctrinas, es prueba de un heroísmo científico digno del más alto renombre; pero que los Godos de España, que no entendían una jota de las astronomías del sabio marino, se hayan peleado por acompañarlo, es algo que no acertarán a explicarse jamás los que no conocen hasta que grado de alteza es capaz de llegar el corazón del hombre. Así los autores no lo comentan.

Con qué agrado notaría Colón la diferencia entre el recibimiento que le dispensaron estos hombres y el que había merecido de los poderosos del resto de Europa.

Mientras que en otras partes, aunque eran admitidas sus doctrinas científicas, cuando hablaba de realizar la prueba y se empeñaba en desvanecer, temores, afirmando que era hacedero y fácil navegar inclinándose más y más para rodear el gran vientre del océano, luego navegar cabeza abajo por el meridiano de las antípodas, y, por fin, remontar las ondas para asomar por el lado opuesto del mundo, los más ardientes partidarios de la teoría lo habían tomado por loco peligroso; en España, donde las teorías no gozaban de gran predicamento en las academias y universidades, y aun habían sido declaradas heréticas, había encontrado una casta de hombres que no ponían inconvenientes en arriesgar sus vidas tentando esa prueba.

Me figuro la alegría con que el heroico sabio vería iluminarse la faz del primer Godo a quien se hubiera avocado para explayarle su plan, en cuanto este oyera lo de las «riquezas del fabuloso Catay», «islas Afortunadas», «aventuras», «descubrimientos», «conquistas», «nuevos mundos», y la dulce satisfacción con que habría cortado su discurso, mil veces repetido, ante la mano prudentemente alzada del Godo que, queriendo ahorrar trabajo inútil al sabio, se habría apresurado a decirle, en el castellano de aquel tiempo y con su fonética particular que lo obligaba a suprimir la *d* en ciertas

posiciones y pronunciar la *s* como *h* aspirada: «No me igaih mah, heñor, conta vos conmigo ende agora mehmo».

En mi próxima explicaré ese peculiar modo de hablar de los conquistadores de Chile.

La historia debe, por tanto, dejar establecido que si Colón no encuentra una reina goda que empeñe sus joyas para ayudarlo y corazones godos que lo acompañen, el audaz genovés se queda sencillamente sin realizar su magna hazaña. Ya lo había intentado en vano con otras gentes.

Y volviendo a los cargos que se formulan contra esos hombres, trataré de alzar el más grave de todos, según los literatos e historiadores latinos y chilenos, el de que aquellos bárbaros odiaban las artes y las letras y de que hasta se jactaban de no saber ni firmarse «en su calidad de nobles». Y se deleitan esos escritores refiriendo anécdotas y mofándose de lo que consideran el colmo de la petulancia y de la necesidad.

Supremo es el desdén con que los escritores de oficio llaman «ignorantes», así en general, al que no sabe leer ni escribir, y de ignorante a palurdo no es costumbre hacer gran diferencia.

Parece que hubiera algún interés en los literatos, tanto de aquí como de otras partes, en que las gentes confundieran la literatura con el talento. Son cosas que pueden ir juntas, pero esto sucede más rara vez de lo que ordinariamente se cree. Espero que por esta reflexión no se me tenga por enemigo de las letras. Apenas en realidad ver que hombres eruditísimos no hayan atinado a explicarse correctamente ese rasgo del pensamiento godo, el cual tampoco era privativo de ellos, sino de toda su raza.

Tal vez tenga mucha culpa en esa falta de criterio el desconocimiento que, por regla general, tienen dichos escritores de las doctrinas modernas aplicadas a esta clase de investigaciones. Sigue la casi totalidad de los autores latinos creyendo que estos problemas se dilucidan con los clásicos recursos de la psicología pura, de la lógica abstracta y de las verdades absolutas. La herencia, la selección, la variación, la adaptación, etc., han quedado entre ellos como simples divagaciones de gabinete, sin los caracteres de ciencia positiva con aplicaciones inmediatas a la vida real.

Y no es porque los chilenos pensemos así que nuestros escritores imitan a los latinos, sino por la tenacidad que se emplea en inculcarnos una educación y un criterio que no son nuestros, que están en pugna con nuestra naturaleza mental y que está produciéndonos ya graves males, porque la falta de correspondencia entre nuestro pensamiento íntimo y lo que se nos enseña como verdad trae fatalmente la desconfianza en nuestros propios juicios, la indecisión de nuestra voluntad, la anarquía mental y, por fin, el escepticismo corruptor y disolvente.

La raza latina muestra realmente una singular predisposición a permanecer inmóvil en los antiguos métodos y cierta repugnancia en apropiarse el último paso dado en la evolución mental por la especie humana.

Digo que los chilenos no pensamos así porque tengo muchas pruebas de ello en múltiples investigaciones con toda clase de personas. Aun las conclusiones más recientes de la biología, como la transmisión por herencia del alma de los hombres y de los pueblos, o del funcionamiento especial del órgano sobre el que aquella acciona, que da lo mismo, y que han encontrado tantos incrédulos en otras partes, no he visto que

entre nosotros sean resistidas. Nunca olvidaré el agrado con que en una ocasión oí al distinguido general don Salvador Vergara explicar la existencia del roto rubio de ojos azules con caracteres germánicos al parecer exclusivos, siendo como es, hijo de araucana. Su explicación, perfectamente ajustada a la biología, era dictada sólo por un buen sentido.

Es el conocimiento que tengo de nuestro criterio lo que me ha decidido a adoptar el método moderno de raciocinio en estas cartas, sin miedo de que, por falta de estudios especiales en algún lector, quede sin ser comprendido.

Después de esta divagación, vuelvo a los Godos, que se entran como legión de bárbaros desatados en la histórica Grecia, «cuna del arte», llevándolo todo a sangre y fuego, destrozando con especial ensañamiento estatuas y relieves, templos y bibliotecas, y que hacen arrojar a huascazos por sus soldados a una procesión de retóricos que venían, muy humildemente, a solicitar, no se supo qué, del jefe godo.

¿Por qué esa rabia particular de estos guerreros con las esculturas griegas?, ¿por qué profanaron los templos?, ¿por qué trataban tan cruelmente, sin oírlos, a los maestros de la juventud de todo el mundo romano?

¿Era odio al arte, odio a la divinidad, odio a la sabiduría y a las letras el de estos ignorantes contumaces, como me enseñaron en el Instituto Nacional y siguen enseñando a nuestros jóvenes? No, absolutamente.

La cólera terrible que armaba su brazo destructor, el desprecio, o más bien el asco que sentían por los letrados, sacerdotes y dioses del mediodía, tenían una sola, justa y santa causa: era el horror invencible, inmenso, a la corrupción sin freno ni límites que invadía hasta la médula a todo el mundo meridional entregado a su espada vengadora.

Antes de su invasión al imperio romano, los Godos habían vivido largo tiempo en el sur de Rusia, desde las márgenes del Danubio hacia el oriente. Allí supieron por los comerciantes, por los viajeros, etc., la gangrena que corroía a sus vecinos del sur, por lo que siempre tomaron sus medidas para que la juventud goda no intimara con sus habitantes. Cuando formaron sus ejércitos y decidieron la invasión, venían penetrados de su papel de vengadores de la moral y del Todopoderoso, vilmente ultrajados por esa raza inferior de hombres afeminados y corrompidos. «No puedo detenerme, es Dios quien me impulsa hacia adelante», contestó Alarico a un santo ermitaño que le salió al paso a suplicarle que no avanzara.

Pero cuando contemplaron de cerca el cuadro de aquella civilización tan decantada, su indignación no tuvo límites. El alma castísima y profundamente religiosa de los Godos sufrió el más amargo y rudo choque a la vista de las esculturas de impudor repugnante y de hombres-animales que llenaban los sitios públicos y los destinados a la oración, y las cuales se les decía eran de los dioses. No es sensato exigir que esos hombres hubieran ido fijándose, para respetarlas, en las obras firmadas por Fidias, para que las edades futuras se deleitaran en su contemplación.

De los sacerdotes y sacerdotisas de tales dioses, los Godos tenían noticias antiguas y seguras.

Mujeres meridionales en gran número emprendían continuamente viaje a la patria de estos bárbaros, a donde llegaban con aire misterioso, diciéndose adivinas, descifrando runas y leyendo la suerte en las rayas de la mano. Los jóvenes guerreros, de

formas apolíneas, de cutis albísima, surcada de venas azules como su iris, de cabeza semejante a un cesto desbordado de anillos de oro, que se ruborizaban como una virgen por una nonada y que habían de ser más tarde el terror de las legiones romanas, no intimidaban a esas mujeres de ojos negros, de cutis pálida y de mirar sugestivo. Pero llegó un día en que aquellos bárbaros descubrieron que las tales adivinas estaban introduciendo en sus familias costumbres impúdicas y corrompiendo a su juventud, por lo que el rey godo Filimer las hizo expulsar ignominiosamente de todos sus estados. En su marcha al sur, encontraron a estas mismas mujeres interpretando la palabra divina en los templos griegos y dictando la ley a los hombres.

Si a uno le dijeran estas cosas en el Instituto, tendría que juzgar de otra manera a esos bárbaros y le ahorrarían el que, para conocer la verdad, tenga uno que empezar de nuevo, después de viejo, a estudiar historia; pero nuestros libros son latinos y no pueden dar importancia a lo que se les antoja detalles nimios, y así resulta latina la interpretación de los acontecimientos y su juicio sobre los hombres.

No eran los Godos individuos que se pagaran de discursos; al contrario, por befa llamaban a los meridionales «lengua sin brazos», por lo que las peroraciones de los retóricos, cuyas costumbres conocían, servirían más bien para exasperarlos, y así debe tenerse por un acto de moderación de su parte el que se hubieran limitado a echarlos a azotes de su presencia. Ni tampoco les imponían gran respeto la gravedad, la prosopopeya, la énfasis que gastaban los académicos latinos o griegos, a los cuales llamaban «adornos de bancos», gente sólo «buena para mover los brazos en tiempo de paz y las piernas durante la guerra».

Olvidan de ordinario los que tratan de estas cosas que la Grecia de esos tiempos eran muy otra que la de Pericles; que los sofistas representaban muy mal a Sócrates, Platón y Aristóteles, y que ya no había en Atenas un Alcibíades que saliera de noche a mutilar con su bastón las estatuas desnudas de ciertos dioses a que los griegos eran muy devotos, y así las efigies del gran dios Prp. habían surgido nuevamente enhiestas y respetadas por plazas y templos.

Por lo que hace a los famosos pedagogos griegos, antes de enseñar gramática y retórica a sus discípulos, empezaban por iniciarlos en los ejercicios de que habla Petronio en su Satiricón. Creo que no obran discretamente nuestros profesores al hacerse solidarios de aquellos maestros y dolerse tanto de los zurriagazos que les propinaron los Godos.

De la honestidad inmaculada de las costumbres domésticas de los Germanos, Tácito, que los conoció de cerca, habla lleno de asombro. No acierta a explicarse cómo unos bárbaros rudos, feroces y ebrios consuetudinarios poseyeran hábitos de tan perfecta pureza. Han pasado muchos siglos antes que la ciencia moderna explicara ese fenómeno, haciéndolo entrar en el cuadro de la psicología de las razas patriarcales. Hoy se sabe que es el dominio del criterio varonil el que hace nacer y desarrollarse el pudor y la castidad en la familia humana. No es el acaso el que ha hecho que *vir* y *virtus* tengan la misma radical etimológica.

Los Godos encontraron en todas las comarcas meridionales que recorrieron, desde Anatolia a España, siempre unidos en los mismos hombres, las letras y los vicios, la cultura y la corrupción, por lo que no es de extrañarse que aquellas ideas llegaran a confundirse en su espíritu.

Noble, iletrado y virtuoso llegaron a ser para ellos distintivos de raza, y dejaban de ello constancia cada vez que se presentaba la ocasión. Cuando pudieron darse cuenta de que estaban en un error, repararon con creces el tiempo perdido: de estirpe hidalga fueron Ercilla, Cervantes y los más grandes escritores y artistas anteriores y contemporáneos a ellos en España.

Otro de los cargos que se les dirige es que eran fanáticos en religión. Error.

Todos los actos de los Godos que se interpretan como fanatismo tienen fácil explicación examinando la situación política en que se produjeron. Baste recordar que al hacerse católico el rey Recaredo, con una sinceridad que lo honra; quiso y obtuvo que se dejara constancia en las actas del tercer concilio de Toledo, en mayo de 589, de que «motivos terrenales» habían contribuido a su conversión. Sólo las mujeres godas eran algo fanáticas.

Dahn cree fanáticos a los Godos, y la autoridad de este escritor alemán es de mucho peso. No es esta la ocasión de analizar por extenso esta materia; pero debo hacer presente que el fanatismo religioso que se atribuye a los Godos es ilógico ante el hecho histórico de sus frecuentes cambios de religión. De ídólatras a adoradores de sus divinidades germánicas, se hicieron cristianos arrianos con Wulfila, después católicos con Recaredo, más tarde una gran parte de ellos abrazaron el islamismo con los Árabes, haciéndose nuevamente católicos a su expulsión. En Chile, varios conquistadores de los primeros tiempos se resistían a bautizar a los niños araucanos que cogían, porque estaban seguros de que huirían una vez mozos a reunirse con sus compatriotas, y que si eran nuevamente apresados en alguna acción de guerra, habrían sido castigados como apóstatas. Otros Godos conquistadores aceptaron la constitución familiar araucana y se negaban a bautizar a sus hijos mestizos.

Atendiendo a esos múltiples cambios de creencias, algunos autores tildan a los Godos de indiferentes en materias religiosas, lo que también es erróneo. La verdad es otra.

Los sacerdotes cronistas del coloniaje se quejan también unánimemente de la impiedad de los conquistadores manifestada en sus juramentos.

No tuvieron nunca los Godos, como tampoco los tienen las demás familias de su raza, renegos ni juramentos deshonestos, que son exclusivamente meridionales en Europa, sino sucios o impíos. El más común en ellos, después del combroniano, era el de jurar por la salvación de su alma, diciendo «me condeno si no cumplo tal cosa», o bien reduciendo la frase a la palabra «mecón», como el *damn* inglés, y que horrorizaba a los cronistas.

Esa palabra ha seguido mirándose en Chile como impía y pecaminosa. Recuerdo haberme confesado cuando muchacho del pecado de decir «mecón», y lo llevaba entre los mortales.

Otras tachas menores suelen ponerse a los Godos, pero no vale la pena de ocuparse en refutarlas, como aquélla que les dirige un ilustre historiador nacional, de que eran muy aficionados al oro, y que hace sonreír.

Sometida durante larguísimo siglos a la más dura selección, esa raza humana, que en dotes intelectuales produjo individuos que están a la altura de los más ilustres, fue en

dotes físicas y morales el ejemplo más brillante de lo que es capaz de alcanzar el procedimiento selectivo en el perfeccionamiento de los seres orgánicos.

Su esbelta talla hizo que noble y grande fueran sinónimos en los países del sur. «Hidalgo», o «hijodalgo», como se decía antiguamente, «hijo del Godo» (hi. del, got) significa, en todos los idiomas modernos de Europa, noble por naturaleza, por linaje; y para explicar la significación de la palabra hidalguía, los diccionarios acumulan frases y sustantivos como «acción de alma noble», «corazón magnánimo», «sinceridad», «generosidad», etc., y se quedan cortos.

9.- Rango moral culminante del conquistador de América. ¿Está extinguida la raza gótica?

El noble carácter de los Godos conquistadores de América se evidencia en cada una de las brillantes páginas que escribieron con sus propios actos. Sus defectos son precisamente los de su raza germana, defectos muchos de ellos que eran en realidad sólo manifestaciones de una energía moral digna del más alto encomio. Es la energía moral el primer factor de la grandeza de las naciones de raza germana, energía puesta hoy al servicio de los nuevos rumbos de la civilización moderna.

Los Godos conquistadores de Chile dieron infinitas muestras de esa culminante virtud en su batallar incesante con nuestros indígenas. Tomo de González de Nájera, por ser este cronista el autor que posee el estilo más animado y pintoresco de cuantos han escrito sobre la colonia, un acápite que pinta los sufrimientos de aquellos hombres en este extremo del mundo.

La página 189 de su obra citada está dedicada a relatar aquellos padecimientos. Cuenta que en los fuertes ubicados en medio del país enemigo, la guarnición quedaba sin misa años enteros (él era hombre observante), casi sin ropa, de puro remendada y rota, con cuatro celemines de harina de trigo o cebada al mes por cabeza, sin sal ni ningún otro condimento; el demás sustento había que buscarlo en los alrededores del fuerte, arcabuz en mano:

«Llegado el tiempo en que se acabaron las tasadas raciones de trigo y cebada, ordené al principio que de dos compañías que conmigo tenía, saliese cada día la una a los infructuosos y estériles campos a traer cardos, de los que en España suelen dar verde a los caballos, que era la cosa más substancial que en ellos se hallaba, y acabados (con no poco sentimiento de los soldados) cargaban de otras hierbas no conocidas, de que se enfermaban algunos, y los sanos ya no se podían tener en pie. Salía yo cada día en un barquillo que allí tenía (el fuerte estaba en las márgenes del Biobío) iba el río arriba, de cuyas riberas traía cantidad de pencas de áspera comida, de unas grandes hojas mayores que adargas, de una hierba llamada *pangue*, cuyas raíces sirven allá a los nuestros de zumaque para curtir los cueros. La partición de las cuales pencas era menester hacerla siempre con la espada en la

mano, porque sobre el comer mostraban ya atrevimiento los soldados y falta de respeto. Llegó finalmente el extremo de la hambre a tales términos, que no quedó en el fuerte adarga ni otra cosa de cuero, hasta venir a desatar de noche la palizada de que era hecho el fuerte, para comer las correas de cuero crudo de vaca y podridas de sol y agua, con que estaba atado el maderame

Por lo que tuve soldados muy honrados en prisiones, y a otros que los hallaba asando las correas debajo del rescoldo del fuego».

González estaba destacado en uno de los muchos reductos del Bío-Bío, lejos de Concepción, que era el centro de recursos. No estaba directamente sitiado, pero no podía, con sus dos compañías, alejarse mucho de su fuerte sin caer en manos de esa «peste de Chile», como llama a los Araucanos, así es que esperaba el socorro de víveres, que debía traer el ejército entero. Durante los sitios sostenidos, a los padecimientos del hambre se unían los ataques de los indios, que el mismo autor refiere con gran colorido.

Antes de dejar de escribir sobre estos hombres, que he llegado a querer y respetar cuando me he echado a conocerlos por mi cuenta, olvidando lo que de ellos me enseñaron, y la canción del «trágala, trágala, Godo insensato» que me hacían cantar cuando niño, he de decir algunas palabras sobre lo que pienso respecto a su extinción.

Todos los escritores modernos creen que aquella estirpe germánica ha desaparecido para siempre de la faz de la tierra. Yo con el temor que se comprende fácilmente, me atrevo a dudar de la opinión de esos autores.

Me fundo para pensar así, en primer lugar, en que no encuentro razón que me convenza de que un pueblo entero abandone su patria sin que queden, aunque sea en lugares apartados del país, algunas familias que perpetúen su linaje.

Jordanes dice que los Godos abandonaron la Scancia (Escandinavia) y se trasladaron al sur, pero no creo que deba tomarse al pie de la letra su afirmación.

Además este autor Godo escribió en Italia en el siglo VI y refiere el éxodo de su raza, fundándose solamente en algunas tradiciones que se perpetuaban entre ellos sobre aquel acontecimiento.

En segundo lugar está el hecho de que es en las tierras que baña el Kattegat donde viven a la fecha los hombres más parecidos a las esculturas, dibujos y retratos que representan a los Godos que invadieron el Imperio romano, y que quedan esparcidos en los distintos países que habitaron. Los más importantes de estos recuerdos son los que quedan de la columna de Teodosio, los del sepulcro de Teodorico el Grande en Ravena y las numerosas estatuas y relieves de las iglesias góticas antiguas de España, especialmente el pórtico de la catedral de León, cuyas estatuas de santos godos se conservan admirablemente y son del año 1200 y tantos.

Estudiando esas representaciones de la fisonomía goda, he llegado a convencerme de que el tipo dominante entre ellos era el de cara ovalada corta, nariz ondulada o recta,

pequeña, y cabellos muy crespos; el simplemente ondeado o liso era la excepción. La faz alargada con nariz prominente algo corva es excepcional. La nariz corva en pico de águila no existía entre los Godos: es íbera, berberisca o árabe.

Es ese tipo común gótico el que existe a la fecha en el norte de la Jutlandia y en la parte sur de Escandinavia, con los caracteres más netamente diseñados. Tengo, pues, por góticas esa y otras estirpes que a la fecha viven en la primitiva patria de los Godos, en una área de alguna extensión.

La persistencia de las fisonomías de las razas a través de larguísimos tiempos fue ya señalada por Heródoto a propósito de los colcos; pero la observación más interesante es la del antropólogo inglés E. B. Tylor respecto a la semejanza completa de la cara de estatuas y dibujos del antiguo Egipto con la de sus habitantes actuales, conservada a través de más de cinco mil años.

Hoy es un hecho comprobado que la extremada lentitud con que se modifican los caracteres físicos de las razas alcanza también a su idiosincrasia intelectual y moral. No es sólo la forma de la cabeza la que perdura a través de los siglos, sino también el funcionamiento particular del órgano maravilloso que aquélla encierra, el cerebro.

Aunque fuera verdad que el Godo, como linaje en estado de pureza hubiera desaparecido del mundo, la humanidad no olvidará por eso su nombre, ni sus virtudes guerreras, ni su energía indomable, ni las glorias de sus héroes, ni la fama de sus gobernantes, ni sus maravillosas aventuras, porque el genio poético del hombre las recordará eternamente en cuatro epopeyas: los Nibelungen, los Edda, el Cid Campeador y la Araucana.

Señor, encuentro a usted sobrada razón si piensa que al ensalzar a mis progenitores no peco de modesto; pero he creído llegado el momento de hacerlo, como verá usted en mis próximas, sin detenerme en consideraciones secundarias.

Si en una familia seria y de antecedente honorables nace un vástago torcido, degenerado, incapaz de procurarse por sí solo el rango y consideraciones sociales que a su familia corresponden, sus parientes lo ayudan y encubren como pueden sus quiebras y flaquezas, y todo queda en casa. Pero si el muy bellaco, para justificar su incapacidad y sus torpezas, se sale a la calle a gritar que su inepticia es una fatalidad sin remedio, debida al origen ruin de sus padres, y la calumnia es creída y empieza a traer las naturales consecuencias a la familia, ésta tiene el deber moral de sacudir un tanto el polvo a sus pergaminos, y de ahuyentar al tunante.

10.- *Roto*, apodo nacional chileno. Fe aplicado a los conquistadores desde los primeros tiempos. Sólo hoy se aplica a la clase pobre, y esto sólo por algunos chilenos.

Para terminar alguna vez la presente, voy a permitirme, señor, recordar el origen y significado de nuestro apodo, que hoy se toma en mala parte o con el solo significado de pobreza, y que nosotros admitimos en su acepción original.

Desde los primeros cronistas puede verse que hablan de los conquistadores como hombres pobrÍsimos de traje, y algunos autores anotan la palabra «roto» para expresar aquella escasez de indumentaria. La palabra debía por tanto ser comÚn en el lenguaje corriente de aquellos tiempos.

Aislados de todo centro de recursos por el mar, la cordillera y el desierto, aquellos hombres que, cuando no peleaban, se veían obligados a vivir con la barba sobre el hombro, según la gráfica expresión de Mariño de Lovera, para no ser víctimas de las sorpresas de los indios, se habituaron a no curarse gran cosa de su traje.

Refiriéndose a esa falta de ropa en el ejército conquistador, dice el historiador Carvallo y Goyeneche, que ella «ha sido siempre la piedra de toque con que se ha probado la obediencia y subordinación de la tropa de Chile».

El cronista Mariño, tratando sobre lo mismo, dice:

«Con este orden se sustentaron los españoles siete años, con no más aventajados vestidos que bastimentos, pues los más pulidos y galanos eran de cueros de perros».

«Estaban nuestros bravos españoles
conquistadores, ROTOS y desnudos.
Faltos de municiones y perdidos
no pudiendo al Pirú y comunicarse.
Y era lo más sensible que no hallaban
camino alguno de esperar mejora,
ROTOS ya y destrozados y perdidos
que aunque tenían de oro alguna suma,
ni les vestía ni les sustentaba».

(De la crónica rimada de don Melchor Jufre del Águila,
escrita en Santiago a principios del siglo XVII)

De la relación de Francisco Bilbao a S. M. Felipe II en 1574, se lee que después de las «campeadas» o expediciones contra los indios, los conquistadores quedaban «pobres, ROTOS, desarrapados» (Colección de documentos, tomo 9, página 470).

González de Nájera (obra citada, página 173) dice asimismo que los conquistadores volvían de sus expediciones «descalzos rotos y casi desnudos».

Góngora Marmolejo refiere que don Manuel de Velasco se quejó a la Audiencia, recién establecida, de que sus hombres estaban «rotos y muy pobres» (obra citada, página 161). Usado como apodo de personas sólo lo he hallado en Cervantes. Este autor emplea el vocablo no sólo en sentido de «raído», «pobre», «remendado», sino también

en el de «extravagante», de «risible», como debió ser el de cuero de perro que llevaban los conquistadores, según Mariño. Cervantes llamó «Roto» a don Quijote, con cuyo traje, más que roto era extravagante, y aplicó el mismo modo al loco de Sierra Morena, el cual realmente llevaba un traje raído. Véase el siguiente pasaje del capítulo XXIII del tomo que refiere el encuentro del roto de Sierra Morena con el caballero de la Mancha:

«En llegando el mancebo a ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero no con mucha cortesía Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire fue a abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si los luengos tiempos le hubiera escondido. El otro, a quien podemos llamar el Roto de la mala figura (como a don Quijote el de la triste) después de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocía».

Era, pues, muy común el empleo de la palabra «roto» aplicada a los conquistadores. Del Perú venían las armas y la ropa, al Perú enviaban de continuo los gobernadores de Chile comisionados a traer elementos bélicos, hombres y género para sus trajes, los tres elementos que más consumo tenían en este «reino». Creo por tanto que fue en aquel país, donde sus pobladores de origen europeo eran ya elegantes, donde se propagó primero ese calificativo aplicado a los soldados de la guerra de Arauco, y del Perú pasó a las demás colonias españolas de América; no en el sentido de pobre de dinero, puesto que aquellos enviados llevaban de recomendación a la corte de los virreyes algunas talegas de pepitas de oro, ni menos en el sentido de gente de la última esfera, ya que allí era bien conocida la nobleza de tales guerreros. «Roto» era sinónimo de militar de la guerra de Chile, y como aquí todos lo eran, pasó a significar «chileno». En este sentido es empleado hasta la fecha en aquel país y en el resto del continente.

Hay además antecedentes históricos de que los Godos no se preciaban de lujosos en el vestir, cualidad que era de raza: Tácito lo dice en general de todos los Germanos. Los Godos tuvieron siempre como signo de afeminación y de superficialidad de carácter el gusto por los perfumes, las joyas y los trajes elegantes de los meridionales europeos. Una de las razones que daban los Godos de España que se rebelaron contra el rey don Rodrigo era que este príncipe se presentaba en público vestido de seda y cargado de joyas, lo que para ellos era signo evidente de corrupción.

Sabido es que el emperador Teodosio contuvo por algún tiempo la invasión de estos bárbaros pactando alianza con ellos, dándoles puestos en su ejército, en el senado, etc., y tratándolos con grandes miramientos. Pues bien, lo que más indignaba a los bizantinos contrarios a esa política del hábil emperador era el desprecio de los Godos por la majestuosa toga romana. Véase lo que decía a este propósito el orador Sinesio:

«Temis y Marte deben taparse el rostro al ver a estos bárbaros cubiertos de pieles, mandar a hombres que ostentan el traje de guerra romano, arrojar la piel de carnero que los cubre y cambiarla por la toga para luego decidir en consejo

con los magistrados romanos de la suerte de nuestro país; ocupar los asientos más honoríficos delante de romanos nobles inmediatos al cónsul, y saliendo de la curia, arrojar riendo la toga que estorba, según dicen, para sacar la espada, y volver a ponerse la piel de carnero».

Aun parece que también hacían alarde de su desaliñado traje como de su ignorancia literaria y de todo lo que significara apariencia engañosa. Recimiro, el Godo, que durante diecisiete años fue todopoderoso en Italia, nombrando y destituyendo emperadores de occidente -en aquel tiempo en que estos personajes se sucedían en el trono de los césares casi con la frecuencia conque aquí se cambian ministerios- sin que se dignara ni una sola vez quitarse el traje de pellejo para vestir la púrpura imperial, así lo dejó comprender al tener conocimiento de que el emperador Antemio «se lamentaba en público de haber dado su hija como esposa a un bárbaro aun vestido de pieles». Este Antemio era un señor que tenía una hija muy hermosa, y como Recimiro no quisiera casarse con plebeya, lo nombró emperador. El suegro creyó que en realidad era el soberano de Italia y abusaba de la paciencia de su hijo político; pero cuando se permitió tenerlo en menos por su traje este antecesor de los rotos conquistadores de Chile montó en cólera, se trasladó a Roma, depuso al elegante Antemio y lo hizo decapitar.

No estará de más recordar que fueron los bárbaros los que enseñaron a los meridionales el uso del honesto pantalón, que el Godo llevaba tan largo como los nuestros y abrochados sobre la cadera.

La costumbre de reforzar la ropa con piel duró en Chile hasta hace pocos años; eso sí que en los últimos tiempos tratábamos de encubrir el verdadero objeto de esa medida económica dando al parche pretensiones de adorno, recortando el cuero o charol en forma de corazón de naipe para coserlo en las partes del casimir más expuestas al roce. Las grandes polainas de cuero de perro que usan algunos huasos, recuerdan el traje del mismo material usado por sus abuelos.

Aquellos mensajeros se presentaban en la ciudad de los virreyes con los trajes más extraños que es dable imaginar gastados, descoloridos, llenos de zurciduras y remiendos de todo género y reforzados aquí y allá con trozos de piel de oveja, hasta con calzones de indio y «capa de cuatro puntas», como llamaban al poncho indígena.

Ufanos llegaban pues a Lima los conquistadores con sus extravagantes trajes, que debieron seguramente hacer reír a las limeñas a carcajadas de los «rotos» de Chile.

Las propagadoras del vocablo conservan a éste su significado primitivo, como lo prueba el que cuando en 1881 fuimos a verlas, a pesar de no ir a lo pobre y de haber entrado a la capital en traje de parada, como era de rigor, «rotos» nos decían.

El roto iletrado da también al apodo nacional ese mismo alcance, como colegirse de la ocurrencia que va enseguida, de esa al vuelo y sin molde; un trabajador extranjero de esta provincia dijo a un chileno: «vea usted pues, hombre, yo también soy roto», y le mostraba un desperfecto de sus pantalones. Le dio una mirada el roto auténtico y le replicó con calma: «rotoso herih, que pa roto te falta mucho», y añadió tras corta pausa: «y te sobra».

Olvidados del mundo y de sí mismo aquellos ilustres conquistadores, atentos únicamente a cumplir lo mejor posible sus deberes para con su lejana patria, sin sueldo, semidesnudos y hambrientos, sostenidos sólo por su alma heroica, recibieron un sobrenombre que era la expresión de sus virtudes. Para ellos parece haber sido escrito el proverbio latino: «*non est cicatrix turpis quam virtus parit*».

Hemos heredado, como se ve, con su sangre, su apodo elocuente. Y «quien lo hereda no lo hurta».

Un Roto Chileno.

Marzo de 1903.

Capítulo III

El pueblo chileno y su lengua. En defensa de la raza

1.- *Ecos en el extranjero de la difamación de los Araucanos.* 2.- *Quién es roto en Chile.*
3.- *Campaña en contra del pueblo chileno.* 4.- *Ilustración e inteligencia.*

1.- Ecos en el extranjero de la difamación de los auracanos.

Señor: Cuando en mi anterior le decía que la publicación denigrante para la raza indígena de Chile, y por lo tanto para su raza actual, sería leída con detención en los países que se ocupan del capital problema de las razas, estaba seguro de lo que afirmaba, porque hojeo revistas científicas de todos los países y estoy al corriente de la gran importancia que está tomando en todas partes el estudio de la etnografía. No tardaron en cumplirse mis temores. El correo me trajo los dos últimos tomos de las *Mémoires de la Société d'Antropologie* de París, y en el tomo 3.º, serie 5.ª, se inserta un estudio de Mr. G. de Rialle sobre la edad de la piedra en Chile, en el cual se cita el desgraciado escrito de los *Anales* de la Universidad de Chile.

A propósito de las piedras agujereadas, tan comunes entre los Araucanos, entra el autor de este estudio en eruditas consideraciones respecto de su probable uso. Parece que en la Universidad le insinuaron la idea de que tales piedras podrían ser un fetiche araucano que representaría alguna divinidad femenina, un lingan chileno. Felizmente Mr. Rialle sabe más que nuestra revista universitaria sobre el significado de un dios femenino en una raza, por lo que dice: «*Je passe sur la théorie qui en fait des fétiches représentat le sexe féminin, celle-ci étant en contradiction avec ce que l'on connaît des croyances des anciens Araucans*». Pero por desgracia acepta, seguramente la falta de conocimiento personal del asunto, que la raza araucana se extendía al oriente de los

Andes, como afirman los *Anales*, error que no puede dejar que se propale sin mi protesta.

El Araucano de pura raza sólo existió entre los ríos Aconcagua y Toltén. Al norte y sur de esos límites los indígenas eran sólo mestizos del chileno. La frontera oriental fue siempre la cordillera hasta el Itata, y de allí al sur los valles occidentales de los Andes estaban habitados por los Pehuenches al norte y por los Huilliches al sur, familias cuya base étnica estaban en las pampas argentinas, siendo únicamente mestizos de Araucanos las tribus colindantes con los chilenos. El huilliche es dolicocefalo o sub-dolicocefalo, mientras que el araucano es braqui o sub-braquicefalo. El Pehuenche, mestizo de Patagón, tiene una talla media de 1.68 metro, siendo la del Araucano de 1.62 metro únicamente.

Muy poco importaría que el hombre fuera blanco, negro o amarillo ni que su cráneo fuera más o menos ovalado o que sus huesos estuvieran algunos centímetros de más o de menos, si no fuese que esos signos externos de las razas corresponden a almas diversas, y son las cualidades morales e intelectuales lo que establece la jerarquía entre las razas humanas.

Mientras que nuestros antepasados indígenas eran, como he dicho, una de las familias más netamente patriarcales de toda la especie, los Huilliches eran y son una casta matriarcal típica, con todos los estigmas morales correspondientes. Baste recordar que entre ellos la poliandria ha subsistido hasta que los argentinos tomaron posesión de sus tierras. Una mujer se casaba de ordinario con cuatro hombres y tenía sobre ellos un dominio despótico. Los Pehuenches eran matriarcales atenuados, por lo menos los vecinos de los Araucanos; sin embargo, sus mujeres eran altaneras y licenciosas, saliendo a la guerra cabalgando a horcajadas y lanza en ristre.

No sólo Mr. Rialle ha sido inducido en error por los *Anales* a este respecto, sino también uno de los más laboriosos e ilustrados profesores alemanes de Santiago ha tomado por Araucanos a los indígenas nombrados porque hablan dialectos del idioma araucano, y describe ídolos huilliches y dioses patagones con hijas envueltas en líos amorosos, como pertenecientes a la religión de nuestros antepasados, que tenían una religión sin ídolos de ninguna especie, sencilla y elevada.

Zaballos y otros escritores argentinos son los inventores de la especie de que todos los indios de sus pampas son de estirpe araucana, teoría aceptada por nuestra Universidad. Ilusiones.

Tomar por araucanas a todas las tribus indígenas que hablan Chilidugu es lo mismo que creer que son franceses los negros de la Martinica, y Anglo-Sajones los once millones de africanos que hay en Estados Unidos.

2.- Quién es *roto* en Chile.

Como los defectos y vicios que han aparecido o han sido motados en estos últimos tiempos en la población de nuestro país sólo atañen, según se dice y publica, al roto chileno, ésta y las siguientes cartas se referirán especialmente a él.

Pero antes de entrar en materia es conveniente precisar el significado del término «roto», es decir, ver quiénes somos rotos en Chile.

Hay en el país unas seis o siete familias que se creen ellas solas exentas de ese calificativo, teniendo por «rotos» a todos los demás pobladores de la República.

Pero existen otras cuarenta y tantas extirpes que no aceptan por nada de este mundo el exclusivismo de las primeras. «Déjense de título», dice enfadado alguno de sus miembros si se le promueve la cuestión, y metiéndose el índice y el pulgar en el bolsillo del chaleco, los sacan y muestran haciendo con ellos un movimiento muy expresivo, como de quien cuenta chauchas, al mismo tiempo que guiñan disimuladamente un ojo. Eso sí que, salvo ellas, tienen por verdad de fe que sus demás compatriotas son, sin duda alguna, «puros rotos».

Entre esos demás compatriotas están la inmensa mayoría de los ricos, de los hacendados, de los mineros, de los industriales, de los rentistas, de los empleados, del ejército y marina, emparentados con los de arriba y demás arriba, pero que rechazan el mote porque lo toman al pie de la letra. Del bodegonero, del artesano abajo, comprenden el apodo, pero ¿a ellos?... y se contemplan el traje. Esta categoría de paisanos es la que sonrío con un extremo de la boca cuando ve pasar a su lado a un artesano elegante.

No es que defienda el traje raído, sino simplemente que tengo empeño en que no se tome el hábito por el monje, porque en las tres categorías anteriores andan muy ufanos algunos desgraciados a quienes tienen miserablemente engañados el sastre, por lo que hay que disculparlos de que no le paguen sus cuentas.

El mismo artesano que ha logrado comprarse un trajecito dominguero y que en el taller saca el año con el mismo terno, hablan también de «rotos» como de algo que no le atañe y con la satisfacción con que el cabo habla del soldado raso, porque he notado que los cabos nunca hablan de soldado a secas. El artesano llama «roto» al conciudadano que vive a jornal del trabajo de sus músculos.

Este último es el único es, si se le pregunta si es roto, contesta: «Roto chileno soy, y d'ey?»... Y le mira al preguntón las pupilas.

Con éste me quedo, señor; en nombre de él escribiré principalmente hoy, porque es el más débil, el más indefenso, nuestro hermano menor, «los niños», como ellos se llaman, y lo son realmente de nuestra raza, los cuales están entregados con toda la buena fe de sus varoniles corazones a los que deben guiar sus destinos, a sus hermanos ilustrados, ricos, que han aceptado la tarea de gobernarlos.

¿Deben condenarse el orgullo del cabo por su jineta, el del artesano por su traje o el del magistrado por su posición distinguida? De ninguna manera. El chileno, especialmente aquel cuyos sentimientos no han sido perturbados por una falsa educación, tiene asentados en lo íntimo de su ser los más correctos instintos individualistas. Tiene, pues, el roto, aunque no sepa explicárselo en detalle, ni sienta la necesidad de saberlo, el convencimiento de que es la dulce satisfacción que experimenta el hombre que ha salido victorioso en la eterna lucha de la selección, el más eficaz estímulo del perfeccionamiento, y tiene esa convicción porque él siente vivísimo el orgullo del ascenso.

3.- Campaña en contra del pueblo chileno.

Tengo aquí al frente algunos ejemplares del diario santiaguino en que aparecen los más hirientes escritos en contra del roto chileno, esa base de nuestra raza. Son varios números desde agosto del año pasado hasta el que me trajo el último vapor. Su tarea es pues sistemática y como es el órgano oficial de un partido político que aspira naturalmente a gobernarnos, es de temer que esa propaganda forme parte de programa de dicho partido.

Con ocasión de los preparativos que se hacían en la capital para recibir dignamente a la comisión argentina que nos visitó en celebración de los tratados de paz, aquel diario toma nota de tal motivo, después de enrostrarle los más denigrantes epítetos que se le vinieron a la pluma, concluye con esta exclamación de su deseo: «Bien merecida se tiene su suerte perra».

A pretexto de analizar el primer año de la actual administración, otro diario de Santiago estuvo publicando un programa de buen gobierno para nuestro país, y en dicho programa se encomienda la necesidad de apresurar la inmigración de artesanos extranjeros «para ir reemplazando a los chilenos» son sus palabras.

El último número que me llega de ese mismo diario da cuenta alborozado de la llegada de colonos boers para reemplazar a nuestra raza «corrompida y degenerada».

Ha hecho ese diario una incesante campaña en contra de la colonización del sur con familias chilenas, y hay que confesar que ha ganado la partida, a lo menos por ahora.

Sólo un diario de provincia, perteneciente a una colonia latina de Valparaíso, el que ha extremado sus epítetos sangrientos en contra del pueblo que lo hospeda, acompaña a esos representantes de la prensa de la capital en su tarea malsana. Dichos diarios santiaguinos están redactados en la sección hostil por personas de raza que no podrá jamás comprender el alma chilena, y así se les ve predicar a diario, tanto los de Santiago como el de Valparaíso, el socialismo y el feminismo como panaceas de regeneración social, y esto con la mejor buena fe del mundo.

Los diarios no nos desprestigian en el extranjero, porque esos artículos no son leídos fuera del país, sólo sirven para extraviar el juicio a la fecha vacilante en Chile sobre materia de tanta trascendencia, por lo que precisa salirles al paso. Pero no sucede lo mismo con los estudios publicados en revista como los *Anales* universitarios que tienen el doble prestigio de ser revista científica y oficial de nuestro Gobierno. Ya le he dado una prueba de que son leídos por los hombres de estudio extranjeros.

En dicho periódico oficial habrán leído en Europa y Norteamérica las condiciones morales e intelectuales del pueblo chileno, apreciadas por los que mejor deben conocerlo, por sus propios gobernantes, los que declaran así su opinión en el número correspondiente a octubre de 1901, págs. 491 y 492. Se refieren los *Anales* a los fines del siglo XVIII:

«La mayoría de la población la componía la clase ínfima de los mestizos, embrutecida y pobre en parte, laboriosa y

útil en otra. Al terminar ese siglo, la fusión de españoles y de indios se había operado por completo en el norte y casi totalmente entre Chillán y el Bío-Bío. Se generalizó, pues, de esta manera en todos los distritos este elemento de raza que vino a reemplazar a la aborígen y de que derivaron nuestras clases populares.

Los mestizos fueron quedando radicados en los campos y poblaciones, en los fundos, como mayordomos, inquilinos, vaqueros y peones, y en las ciudades, como artesanos, sirvientes domésticos y trabajadores al día».

Haciendo alusión a los defectos que en números anteriores encontró a Godos y Araucanos, añade la revista, a propósito de la casta mestiza, y con el tono decisivo del matemático que después de largos cálculos encuentra la regla y la anuncia con un «que era lo que queríamos demostrar», añade, digo, lo siguiente:

«Había heredado los defectos de las razas de que provenía: intemperante, imprevisor, supersticioso y propenso al ocio y al robo por el lado indígena, pendenciero, valiente, fanático y fatalista e inclinado a la vida errante por lo que le tocaba de español».

Como Ud. ve, el «defecto» de ser valientes sólo nos viene por el conquistador, el cual, después de pasarse victorioso por dos mundos, no pudo conquistar en más de tres siglos, con toda clase de armas y de recursos, a los cobardes Araucanos, que peleaban casi desnudos, sin más auxilios que los de sus montes y con una maza de pellín y un coligüe aguzado por principales armas.

¿Si será un signo de los tiempos que alcanzamos lo de elevar a virtud la condición opuesta al valor? Puede ser que esta novedad abra los ojos de los lectores europeos respecto a la sabiduría de nuestra revista y ponga en duda el que sea posible la existencia de una casta humana con tantos y tan graves defectos innatos como se nos atribuye. Aunque es más lógico que piensen, en vista de esa muestra intelectual, que el autor se hace ilusiones al decir que sólo «en parte» estaban los chilenos embrutecidos.

No he podido averiguar cómo llegó a saber el redactor de esa Historia con tanta certidumbre y con detalles tan completos el estado moral de los rotos del siglo antepasado, pues ninguno de los cronistas e historiadores de aquel siglo dice algo parecido; muy al contrario, el mestizo fue desde que nació el mejor soldado de la colonia, como lo dice hasta el mismo González de Nájera, difamador interesado en todo lo que no era godo. El historiador Felipe Gómez de Vidaurre, que vivió precisamente en ese siglo y que conoció personalmente a los mestizos chilenos, dice en su «Historia Geográfica, natural y civil del Reyno de Chile», inserta en el tomo 15 de la *Colección de Historiadores de Chile*, y en la pág. 284, refiriéndose a los mestizos: «Cuanto a los dotes del ánimo, se dicen en una sola palabra, y es que aquellos sacaron todo lo bueno

de ambas naciones». Se ve claro que no es éste el autor consultado por el escritor universitario.

Como preparación para abordar el problema de nuestra raza, tengo hecha mucha lectura sobre etnografía y puedo asegurarle, señor, que sólo en una que otra tribu salvaje de las más atrasadas del mundo, en el centro del África, en Oceanía, en Indostán, tribus pequeñas, aisladas, errantes en climas insoportables para razas de mediana organización social, he encontrado un cúmulo de defectos y vicios tan afrentosos para la humanidad. Los que han estudiado aquellos seres infelices no pueden ocultar el horror, el desconsuelo que causa a un hombre superior el espectáculo tristísimo de la contemplación de seres tan desgraciados y abyectos pertenecientes a la misma especie natural que ellos.

Está anunciada una comisión francesa que viene a Sud-América a estudiar sus razas, la que de seguro estará ya impuesta de la declaración oficial del Gobierno de Chile, lo que facilitará grandemente su tarea en la parte más difícil y delicada de la etnografía, la parte psicológica; lo demás es cuestión de manejar compases, reglas y números, tarea casi mecánica para los que tienen práctica.

Tal vez con el fin de extender la propaganda, se encuentran baratísimos en las librerías, tomos de algunas de las partes ya publicadas de dicha Historia, con el mismo formato y el mismo material de los *Anales*, no sé si por cuenta del tesoro universitario o como gaje al redactor.

Después de esta enumeración de nuestras cualidades, los *Anales* se muestran muy optimistas respecto al poder oculto de la instrucción sobre «nuestras clases populares», para cambiar con ella los instintos heredados; pero como entre los sabios de todas partes la ilustración es tenida a la fecha como incapaz de modificar el carácter y las cualidades morales innatas de las razas, mirándolas sólo como un velo que las encubre, haciéndolas por lo mismo más peligrosas, las esperanzas de nuestro gobierno al respecto serán tenidas como una utopía pueril.

De modo que, descartando lo de valientes, sumando ambas sábanas y aclarando términos, tenemos que el gobierno que nos hemos dado declara que el pueblo a quien tiene la desgracia, creo que debo decir, de gobernar, es, por naturaleza hereditaria, intemperante, imprevisor, supersticioso, flojo, ladrón, pendenciero, fanático, fatalista y vagabundo. ¡Sea todo por el amor de Dios!

4.- Ilustración e inteligencia.

No voy a ocuparme en ésta de demostrar que son injustos estos cargos; los apunto porque son ellos los que se invocan en la campaña sistemática de eliminación de la raza chilena que se está llevando a cabo en nuestra propia patria, como tendré ocasión de probarlo más adelante, campaña que encontrará seguramente aplausos en las naciones extranjeras que viven atareadas buscando plaza en el mundo para sus hijos, y que encuentra compatriotas nuestros que la llevan a la práctica con la satisfacción de quien realiza una obra benéfica, sencilla y sin resistencia ni peligros.

Andan por allí muy acreditados tres cargos hechos al pueblo chileno, y aunque no figuran en la lista oficial, de ellos me ocuparé con preferencia, porque los considero de mayor verosimilitud, y son:

1.º El que estamos convirtiéndonos en socialistas peligrosos, condición moral, que no intelectual, tenida por la ciencia moderna como signo seguro de inferioridad étnica, por lo cual urge refutar;

2.º Que somos una casta de criminales que debiéramos estar en presidio perpetuo.

3.º El de que con nuestra rudimentaria inteligencia hemos corrompido la galana habla de Castilla, convirtiéndola en una jerga ininteligible que es una vergüenza nacional.

He de principiar por este último número, pues que a ser cierto indicaría realmente una deficiencia mental que justificaría los otros cargos y haría inútil el ocuparse en defender una casta de imbéciles.

Creo también urgente refutar este error porque, siendo el habla del pueblo iletrado de Chile esencialmente diversa de la parte culta de su población, ha contribuido sin duda a difundir la creencia de que existen dos razas en nuestro país; error funesto que debemos destruir de raíz llegando a su extirpación total el concurso de todos los que algo sepan o puedan, en la convicción de que sus esfuerzos son empleados en una obra de trascendental importancia.

Entre los extraños desvíos de criterio que de algún tiempo a esta parte trabajan el sentido común del público en Chile, debe contarse el olvido de la gran diferencia que la ilustración y la cultura establecen entre las personas; ese olvido es el que lleva a la generalidad a despreciar y ridiculizar a la población chilena inculta, tomando su modo de ser por signo inequívoco de estupidez. No hay aquí, como en todas partes, ilustrados e ignorantes, ciudadanos y campesinos, educados y rústicos, sino inteligentes y estúpidos. Dos razas con potencias cerebrales bien diversas.

Esto me ha hecho pensar muchas veces en que la ilustración con sus inmensos beneficios tiene sin embargo su reverso: el de que se la confunde con el entendimiento, y el de que se crea que puede reemplazarlo y suplantarle, invirtiendo la jerarquía verdadera en cuestión la más importante de todas.

Indudable es que la facilidad que presta la ilustración de permitir al hombre abarcar con su pensamiento el número casi infinito de hechos que a él mismo se refieren y al medio en que se han desarrollado, en la larga serie de siglos cuya historia conocemos, proporciona al criterio un número de datos sobre que basar sus juicios incomparablemente superior al que puede recoger un individuo con su experiencia personal. La discusión e interpretación de esos hechos por los hombres de talento que ha producido la especie humana en los diferentes países y siglos, abre al espíritu un campo nuevo e inmenso de luz, extendiendo la vida cerebral en espacio, tiempo e intensidad de una manera imposible siquiera de ser imaginada por el ignorante. Pero ese poder maravilloso de la ilustración es incapaz de crear el talento, de hacer que un cerebro mal dotado forme juicio exactos de la comparación entre diversas impresiones mentales. El poder de comparar y de juzgar con acierto, esto es, el criterio, el juicio, es cualidad del espíritu y depende de la constitución material del encéfalo, y mientras más datos tenga a

la vista un cerebro incapaz, mayores serán la indecisión y el embrollo de sus determinaciones.

El mal está, pues, en que se confunde a menudo la memoria con el juicio, y esa confusión halaga a los ilustrados, porque el enriquecer la retentiva es más o menos fácil y hasta facilísimo para algunos, mientras que nacer con un cerebro bien constituido es un don de la naturaleza, desgraciadamente raro.

Uno de los caracteres del pensamiento latino que nos está invadiendo es precisamente el de tomar la apariencia por la realidad, la forma por el fondo de las cosas, y para poner en evidencia la falsedad de esa manera de pensar fue que me detuve en los pellejos de carnero de los Godos, y por lo mismo me dilato en este párrafo, y me extenderé, señor, calculando al máximum su paciencia, en el lenguaje del roto.

Ni el traje, ni las maneras, ni el lenguaje producen una ilusión tan engañosa como la memoria feliz y enriquecida de un individuo de escaso meollo, ni ninguna puede traer más graves y desgraciadas consecuencias. Un tonto ilustrado, especialmente si tiene facilidad de expresarse y modales distinguidos, puede llegar a ser una calamidad nacional en un pueblo que dé en la flor de tomar a los letrados por estadistas y a los cortesanos por diplomáticos.

Con este triunfo de la forma externa está sucediendo en nuestro país que ya nadie sabe o cree saber algo que para decirlo no adopte un continente solemne, ahueque la voz y estire el pescuezo, porque decirlo sencillamente, a la llana, a la chilena antigua, no convence a nadie. Los tiempos de Domeyko, Barros Arana, Philippi, Amunátegui, Cood, Fabres, etc., sencillos y sabios de verdad, son del siglo pasado. Vamos con demasiada rapidez por esta pendiente y pronto llegaremos a tomar por barra tallada de metal fino lo que no sea sino moldura dorada sin un quilate de ley, dejando a otros menos ciegos la riqueza cierta.

Si hay hombres a quienes perjudique esta manera superficial y afeminada de aquilatar su valer, esos hombres son los rotos chilenos. El roto ni es de facciones finas, ni es zalamero, ni se paga de adornos y afeites; no es hombre lindo ni lo desea. Su exterior tiene algo de la rigidez opaca del espino, mientras que la plebe europea con la que se pretende reemplazarlo posee el exterior liso y relumbrón de la caña.

Hija legítima de este culto a la apariencia es esa gravedad estirada de grandes y chicos, que adoptan a la fecha nuestros paisanos de las ciudades, y que va siendo una curiosidad para los viajeros que visitan Chile. En Estados Unidos e Inglaterra he visto muchas veces hombres verdaderamente superiores por su ilustración, su posición social y su riqueza, tomar parte en los juegos de sport, darse costaladas en el pasto y reír a toda boca de los incidentes de la partida, cosas que parecerían indecorosas en Santiago a un simple candidato a cualquier puesto. Hay hombres serios y graves por carácter en todas partes; pero la asombrosa cantidad y preciosidad que se ven hoy aquí son signos latinos de los tiempos: es que muchos de esos hombres graves explotan el falso criterio reinante.

El chileno no tiene por qué ser grave. El Araucano era, sólo, serio porque daba a todos los actos de su vida cierto carácter religioso; el Godo, con su alma abierta a todo lo grande, era de genio expansivo y alegre en su trato familiar, listo para poner un mote y celebrar un dicho agudo, como para dar y recibir las bromas más pesadas. El chileno que está a mucha altura sobre los demás hombres de estado que ha producido el país,

Portales, godo fino de cuerpo y alma, con su carácter alegre, sus bromas legendarias y su afición a puntear la vihuela, es probable que hubiera quedado desconocido en estos tiempos de tanta gravedad aparente y liviandad real.

Capítulo IV

Lenguaje

1.- Advertencias preliminares.- 2. Razas y lenguas de España. a) Del éuscaro al latín. b) Del latín al romance. c) El castellano no es el latín corrompido. d) Número de Germanos que invadió la Península. e) ¿Qué fue de los Godos a la llegada de los Árabes? f) Godos e Íberos.- 3. a) Cómo se modificó el latín. b) El verbo en latín y en gótico; un verbo gótico en el lenguaje chileno. c) El plural en castellano. d) Los apellidos patronímicos en español. e) Influencia del gótico en la formación del castellano; algunos ejemplos. f) El latín rústico.- 4. Influencia de los Godos en la formación de los romances meridionales. a) Italiano. b) Provenzal. c) Lucha de razas.- 5. a) El dialecto chileno es el lenguaje de los conquistadores godos de Chile. b) El valor de la d en chileno.- 6. a) Pérdida de palabras de origen gótico en el español moderno. b) Chilenismos de origen gótico.- 7. a) La d en español arcaico. b) Pruebas documentales. c) Empleo de la d en chileno.- 8. a) El valor de la s. b) La s en latín. c) La s en gótico. d) La s en castellano. e) La s en chileno.- 9. a) La h aspirada en español y en chileno. b) Influencia del lenguaje araucano (chilidugu) en el chileno.- 10. a) La l y la r en chileno y en castellano. b) Pruebas documentales.- 11. a) De los grupos consonánticos pt, ps, kt, ks, en gótico. b) De los mismos en castellano. c) Del grupo gn. d) Eufonización de esos grupos en chileno.- 12. a) Reminiscencias del gallego en el chileno. b) Palabras castellanicas de origen alemán. c) Los conquistadores de Chile vinieron de todas partes, pero de todas partes sólo los que tenían sangre y espíritu gótico.- 13. a) Sobre la b y la v castellana y la w gótica. b) Del uso de vos en español antiguo y en chileno. c) la voz hombre en chileno. d) Vocales en chileno. e) Preposiciones. f) Negativo de persona. g) Cambios de forma de algunas palabras. h) Consonante Echeverría.

1.- Advertencias preliminares.

La creencia arraigada y general de que el pueblo chileno ha corrompido el idioma español es antigua en el país y tuvo por sus principales y primeros sostenedores a dos autoridades tan esclarecidas como J. J. de Mora y el sabio A. Bello. No es extraño, por lo tanto, que los habilitistas nacionales hayan seguido sosteniendo lo mismo, ni que uno de nuestros profesores extranjeros lo haya dado como un hecho cierto y esté empeñado en buscar la causa de dicha corrupción.

Antes de abordar esta materia, debo recordarle que en una carta por la prensa es muy difícil tratarla convenientemente. La filología es una ciencia moderna que posee su terminología técnica particular y signos especiales para representar los diversos sonidos del lenguaje hablado, términos y signos que no pueden emplearse sin entrar en largas explicaciones, por lo que en la presente me veré forzado a emplear términos de uso corriente y los signos ortográficos del castellano, escribiendo asimismo los diptongos con la vocal castellana que percibe el oído o con la que más se asemeje. Estas dificultades me impedirán apuntar las palabras de otros idiomas correspondientes a la que cite, y que tanto ilustran una disertación sobre la filología. Pido a Ud. que disculpe esta deficiencia. De todos modos creo fácil llenar mi tarea de probarle que no hay tal corrupción y que si Chile tuviera algo de que avergonzarse no sería de nuestra manera de expresarnos.

Otra advertencia preliminar es la que hoy por hoy no es posible tratar ningún problema social sin ahondar algo en sus orígenes, por lo que me será necesario dar una rápida ojeada a la formación del castellano, cuestión en la que corren admitidas por peninsulares y americanos muchas ideas inexactas que necesito rectificar para desenvolver mi tesis.

En un tema tan escaso de interés para los que no son aficionados como éste de las lenguas, aunque tan hermoso para sus cultivadores, no pondré gran empeño en detener mi lápiz cuando se desvíe siguiendo una idea lateral asociada, pero manteniéndome siempre dentro del tema general que con mis cartas me he propuesto.

2.- Razas y lenguas de España.

a) Del éuscaro al latín:

Es opinión admitida que los primitivos pobladores de la Península Ibérica hablaban una lengua aglutinante, como el vasco actual, si es que no era este mismo vasco o éuscaro el usado por todos sus pobladores.

Este pueblo fue invadido en tiempos prehistóricos por otro pueblo, de idioma de flexión, los Celtas; pero su lengua no dejó rastros conocidos en España. G. de Humboldt cree que los nombres geográficos terminados en briga son de origen céltico. Unas pocas palabras que quedan en castellano de ese mismo origen parecen haber venido posteriormente.

La misma escasa influencia sobre el idioma íbero tuvieron los griegos y los fenicios, que poseyeron algunas factorías o estaciones marítimas en las costas de ese país varios siglos antes de J.C., y los cartagineses, de lengua fenicia, que alcanzaron a emprender la conquista de España, pero de donde fueron luego arrojados por los romanos.

Más de un siglo antes de nuestra era y más de cuatro después de ella, Roma fue dueña de toda la Península. La cultura en todos sentidos implantada por los romanos dominadores, colonizadores e ilustradores de ese país, trajo como consecuencia el cambio de idioma en todos sus pobladores, siendo el latín el único hablado por todos los

Íberos, con excepción de los vascuences, que hasta hoy conservan su idioma y reclaman sus fueros.

Era, pues, el latín, desde varios siglos atrás el lenguaje de la Península cuando empezaron a llegar a ella en el siglo V pueblos de sangre y lengua completamente diversas: los bárbaros.

Algunos años antes varias partidas de estos hombres habían recorrido el norte de España, pero con el solo objeto del pillaje. Esta vez llegaban en grandísimo número, trayendo sus familias en grandes carros tirados por bueyes. Venían a establecerse en el país, abandonando para siempre sus moradas del sur de Alemania, donde habían vivido varios siglos. Era el éxodo de las familias góticas llamadas Suevos y Vándalos y algunas otras menores, las que venían a tomar posesión de esta provincia romana y a multiplicar en ella su estirpe (406 antes de J. C.).

Los vándalos se establecieron en el noroeste de la Península, en lo que hoy es Aragón y Cataluña y los Suevos asentaron sus dominios en parte de Castilla la Vieja, en León, Asturias y Galicia. Los jefes edificaron sus residencias en las alturas que dominaban los valles escogidos de su nueva patria, en los que se establecieron sus súbditos.

Los romanos estaban en esa fecha muy desorganizados y decadentes para resistir estas invasiones; pero conservaban una cualidad de que sacaron gran partido en esos apuros: su habilidad para la intriga, arma que no sabían esgrimir los invasores. Hicieron, pues, luchar a los bárbaros unos con otros y de este modo se defendieron algún tiempo.

En 413 llegaron los Visigodos a España y atacaron y vencieron a los Vándalos en Barcelona, ciudad en la que el rey visigodo Ataulfo asentó su trono. Los vencidos se corrieron a Andalucía y de allí pasaron en gran número al África.

Pero los dominios de los Visigodos estaban principalmente al norte de los Pirineos; su reino se extendía desde el Loira al sur y desde el Ródano al océano, por lo que luego hicieron de la ciudad francesa, Tolosa, la capital de sus estados.

En 418 Walia, rey Visigodo de Tolosa, con anuencia de Roma, emprendió la conquista del reino suevo de España, pero sin resultados satisfactorios. En 455 Teodorico II, después de larga campaña venció por fin a sus hermanos suevos, quedando sólo Galicia en poder de éstos, aunque pagando tributos, y siendo el resto de sus dominios gobernados por jefes visigodos.

Esa situación se prolongó hasta 507, año en que Clodoveo y sus francos, auxiliados por los indígenas católicos, del reino de Tolosa, arrebataron a los Visigodos sus dominios de Francia, obligándolos a refugiarse en España, conservando sólo en aquél la provincia de Septimania.

Estos recuerdos históricos son indispensables para darse cuenta cabal de la formación del romance castellano. La filología es sólo una rama de la antropología, y por haber olvidado esta verdad, queriendo hacer del lenguaje humano una ciencia separada de las demás que al hombre se refieren, la filología ha visto perturbado su desarrollo por mucho tiempo. Es a ese olvido al que debe atribuirse el que los estudios sobre el origen del idioma castellano sean a la fecha tan deficientes.

Suevos, Vándalos, Visigodos, Hérulos, Jépidos, Alanos, etc., eran sólo tribus de la misma familia gótica y hablaban todos el mismo idioma, según San Isidoro; pero hay a este propósito una observación muy importante que hacer: los Visigodos y Ostrogodos habían morado entre el Dnieper y el Danubio probablemente desde el primer siglo de la era cristiana y sólo en el siglo IV emprendieron su marcha al occidente, mientras que los Suevos, Vándalos y Alanos permanecieron en Alemania, de la Alta Alemania o de Alemania del Sur emprendieron su marcha directamente a España. Estuvieron pues separados los primeros de los segundos por algunos siglos, lo que hace verosímil que hubiera entre unos y otros algunas diferencias dialectales, suposición que veremos reforzada más adelante.

Todos los bárbaros germanos adoptaron el idioma de las provincias por ellos conquistadas, esto es el latín, al principio en los documentos escritos, en sus códigos, ya que ellos no sabían escribir y que en latín estaban las leyes porque se regían los aborígenes de sus nuevos estados. Así aparecieron en lengua romana el *Edictum Teodorici*, el *Breviarum* de Alarico, el *Fuero Juzgo*, etc. Los mismos jefes y autoridades de todas categorías pertenecientes a la raza dominante debieron verse precisados a aprender el lenguaje de sus nuevos súbditos latinos, y las relaciones múltiples de ambos pueblos trajeron al fin la adopción del idioma latino, que era el más cultivado y literario por todos los conquistadores.

Es un hecho conocido que del contacto suficiente de dos pueblos, el menos letrado toma con el tiempo el lenguaje del que lo es más, aunque aquél sea el dominante: los romanos impusieron su idioma en las provincias del imperio que retuvieron por espacio suficiente, menos en Grecia, que era más ilustrada, la cual dio su lengua a la Corte del Imperio romano establecida en Constantinopla.

Pero el latín de las provincias romanas ocupadas por los bárbaros sufrió luego un cambio tan considerable, que se transformó en idiomas distintos, llamados romance en general, y español, francés, provenzal, italiano, rumano, portugués y otros, según la región del imperio en que se les vio nacer.

Estos romances aparecieron en los primeros siglos de la ocupación por los bárbaros de dichas provincias. Por tanto la influencia de esos Germanos en la formación de las nuevas lenguas no debería ponerse en duda; sin embargo, ha quedado hasta aquí desconocida su gran importancia, hasta ser negada por algunos, especialmente en el castellano. Más adelante demostraré cuánto desconocimiento manifiestan, esas opiniones.

b) Del latín al romance:

Dos son las causas principales de la transformación que sufrió el latín con la invasión gótica en España, que sólo del romance español me ocuparé en la presente, aunque lo que de él diga es aplicable casi en todo a las otras lenguas hermanas.

La primera es psicológica, debida al ordenamiento de las ideas en el cerebro de la raza forastera, y que reformó la sintaxis del idioma latino e introdujo alteraciones en su morfología y aun en la estructura de sus voces.

La segunda fue una causa fisiológica, funcional, debida a la diferente estructura de los órganos vocales de los Teutones y que produjo alteraciones considerables en la pronunciación de las palabras latinas. A esta causa se refiere Max Müller cuando dice que «los romances son el latín en bocas tudescas».

De las modificaciones sufridas por las palabras en su pronunciación, pasaron a escribirse con su nueva forma.

El romance que surgió en España debió iniciar sus primeros pasos desde el establecimiento de las tribus góticas en el país, sino antes, aunque no nos queden documentos escritos en él, ya que era el latín el que se empleaba en la escritura. En esa lengua naciente debían alternar palabras góticas con romanas, como es lógico suponer, alteradas las latinas por los Godos, y las de éstos por los íberos. San Isidoro se refiere en muchos pasajes de sus obras a ese lenguaje hablado, al lenguaje vulgar, que estaría ya formado desde mucho tiempo antes de la fecha en que él escribió, que fue en el mismo siglo en que los Visigodos se trasladaron de Francia a España. J. E. Hartzenbusch cita documentos anteriores en los que se deslizaban a los escritores latinistas algunas palabras castellanas, y otras latinas que se habían hecho indeclinables, supliéndose los casos con preposiciones.

Nació, pues, la lengua en que le escribo la presente antes de la invasión de los árabes y siguió desarrollándose en el centro y norte de la Península, fuera de toda influencia semítica.

Es también sabido que en las mismas posesiones de los sarracenos los pobladores españoles continuaron hablando su lengua romance sin que sus nuevos señores los incomodaran por ese motivo.

c) Del latín al romance:

Es opinión corriente en España y América que el castellano es sólo el latín corrompido por la desaparición de la cultura que fue consecuencia de la invasión germana de ese país, sin que en la formación del romance español haya tenido el lenguaje de los señores de la Península, en el tiempo en que apareció allí esa nueva lengua, más influencia que la de dejar en él unas cincuenta voces.

Desde que el filólogo alemán Friedrich Diez dijo que la lengua gótica sólo había contribuido con cincuenta palabras a enriquecer el idioma castellano, los etimologistas de todas partes han seguido creyéndolo, sin que nadie se haya tomado el trabajo de ratificar esa opinión. Monlau hace subir ese número a cien, agregándole los nombres propios de personas.

A ninguno de los etimologistas que se han ocupado en averiguar el origen de las palabras castellanas se le ha ocurrido imponerse del idioma que hablaban los Godos, para ver si en su lengua se encuentra alguna voz de que puedan derivarse las innumerables palabras españolas, cuya etimología no se conoce o se hacen derivar de lenguas con las cuales nada tuvo que ver el castellano. Díez escribió sus principales obras en la primera mitad del siglo pasado, y es después de él que el estudio del gótico

ha tomado la grande importancia que hoy tiene, como que es el idioma germano del cual la ciencia posee documentos más antiguos.

Varios autores han supuesto que los germanos deben haber contribuido en gran parte a la formación de los romances meridionales; pero hasta aquí no han presentado pruebas como las que le daré más adelante y por las que podrá juzgar de la grande influencia en todos sentidos que el idioma de los Godos ejerció en el castellano. En un cálculo hecho a la ligera para esta carta he anotado más de doscientas voces españolas que derivan de aquella lengua en la sola letra G del diccionario español.

d) Número de Germanos que invadió la Península:

Una de las causas de que se desconozca la influencia de los Godos en la formación de los romances de la Península es la idea errónea que se tiene respecto al número de ellos y al lugar que ocuparon en la sociabilidad de ese país.

La ocupación de España por los Godos «fue casi puramente militar» dice Monlau para explicar la ninguna influencia del idioma de éstos que este autor, como los demás peninsulares, no conoce, en la formación del castellano. No es ésa la verdad de los hechos.

La tribu de los Vándalos cruzó el Rin en dirección a España en grandísimo número. El ejército que custodiaba a la tribu se componía de 50.000 hombres. Es verdad que la mayor parte pasó al África, quedando el resto en Andalucía; pero del África volvieron a España después de ser derrotados por el general romano Belisario en 533. Los Suevos salieron de Alemania en cantidad asimismo numerosa, pues sus guerreros solamente eran 30.000. Los Visigodos eran los más numerosos de todos, pero no he encontrado cifras sobre el número en los libros que he leído; sólo aproximadamente puedo calcularlo, como asimismo el de los Alanos. Durante la estadía de estas dos últimas tribus en el sur de Francia, cuando poseían el llamado reino de Tolosa, tuvo lugar la gran batalla de Chalons (451), que, como se sabe fue uno de los hechos de armas más grande de la historia y en el que pelearon los bárbaros unos contra otros, con gran contento de los romanos. En el ejército invasor, mandado por Atila, venían los Hunos, los Ostrogodos y otras gentes menos numerosas. El ejército que se le opuso, a las órdenes del general romano Aecio, estaba dividido en tres cuerpos: el de los Visigodos, con su rey Teodorico el Visigodo a la cabeza, formaba el ala izquierda, el de los Alanos el centro, y el ala derecha la componían legiones romanas, en las que venían bárbaros de todas estirpes que peleaban a su sueldo del Imperio. Cálculos moderados hacían subir el ejército del Aecio a 50.000 hombres, de los cuales podrá suponerse que los Visigodos y Alanos formarían a lo menos los tres quintos, esto es 300.000 soldados. En 553 los Ostrogodos abandonaron la Italia con sus familias, suministrándoles Narses, dinero y todo lo necesario para su traslación. Salieron de esa península por el noroeste, pero no se sabe a punto fijo a donde fueron a establecerse, aunque es probable que lo hicieran en las posesiones de sus hermanos los Visigodos, pues la Francia estaba en esa fecha en poder de los Francos, enemigos de los Godos.

A propósito de la incógnita histórica del paradero de los Ostrogodos, he de decirle que poseo un dato que me permite opinar, con todo el temor que Ud. comprenderá, que esa tribu se unió por lo menos en gran parte a las que habitaban en España. El dato es el

siguiente: En mis investigaciones sobre la fisonomía de los Godos de España, registrando cuadros antiguos o descripciones de aquellos hombres, me he encontrado con algunos, raros en verdad, que tenían el pelo negro, talla elevada y los mostachos caídos y lisos como el cabello. Por la talla esos hombres no eran Íberos y por el color del pelo no eran Germanos ¿de qué raza eran entonces? En el poema del Edda se habla de algunos nobles del ejército de Etzel, nombre que se da en ese poema a Atila, los cuales encendían el amor de las heroínas con su hermosa cabellera negra y su elevada y elegante talla. Ahora bien, es sabido que la nobleza ostrogoda contrajo múltiples alianzas de sangre con la nobleza tártara que mandaba la invasión asiática en Europa en el siglo IV, y que juntos, Ostrogodos y Hunos, emprendieron la conquista del Imperio Romano, empresa que concluyó con la derrota de Chalons, después de la cual los Ostrogodos se separaron de sus aliados asiáticos. Creo por lo tanto de origen ostrogótico-tártaro los escasos nobles godos españoles de cabello negro y liso que he hallado en la Península entre algunas de las más nobles familias como las de los Hurtado de Mendoza por ejemplo. Hay, sin embargo, autores que afirman que los Ostrogodos se establecieron en la Provenza y en ella quedaron como súbditos de los Francos, cuando los Visigodos emigraron a España.

Y volviendo a los cálculos sobre la cantidad de Germanos que se estableció en España, le recordaré que los ostrogodos eran por lo menos tan numerosos como los Visigodos. Pero sólo contando aquéllos cuya entrada a la Península se sabe de cierto y haciendo las rebajas necesarias, tendríamos que el número de soldados que arribó a ese país podría estimarse así: suevos 30.000, la mitad de los vándalos 25.000, visigodos y alanos 200.000, lo que da un total de 255.000 soldados, los cuales, repito, traían a sus ancianos, mujeres y niños en grandes carretas con toldo, tiradas por largas filas de yuntas de bueyes. Pérez Pujol, autor entendido en esta materia, en su obra *Instituciones Sociales de la España goda*, calcula en 300.000 el número de la tropa goda de España y sur de Francia en esa fecha.

La proporción de los hombres de 18 y 45 años, capaces de cargar las armas en uso en aquel tiempo, puede estimarse en un octavo de la población, esto es, el máximo que arrojan las estadísticas, lo que daría como número total de Germanos la cifra de 2.040.000. Por lo demás concuerda con la proporción que los historiadores bizantinos dan a la tribu visigótica que atravesó el Danubio en 376: el ejército de Fritigerno era de cerca de 200.000 guerreros, y su pueblo lo componían más de un millón de mujeres, niños y ancianos.

Por más de trescientos años estos Germanos fueron señores de España, ocupando, como ese lógico suponer, sus valles más ricos y sanos, por lo que al arribo de los Árabes deberían sumar varios millones de Godos de pura sangre, pues, como he recordado, su ley les prohibía casarse con los íberos. Se sabe que se dejaron para su uso exclusivo los dos tercios de las tierras de labranza, en las que habitaron separados de los naturales.

e) ¿Qué fue de los Godos a la llegada de los Árabes?:

Pero estos hombres, que llenaban el reino, ¿qué se hicieron después del desastre de Guadalete? Los historiadores españoles dicen que se refugiaron en las montañas de Asturias, desde donde con su rey, Pelayo, emprendieron la reconquista. Eran, pues, en

escaso número si esas montañas fueron suficientes para albergarlos. La verdad histórica es muy otra, y si los peninsulares no han rectificado la historia de su patria a este respecto es sólo por descuido, porque en su misma casa tienen los documentos de que habría menester para ello; pero a mí me es necesario para mi tema poner esto en claro, aunque no pueda darle aquí todas las pruebas que poseo.

Los Árabes, aunque llevaron a cabo algunas expediciones al norte de la Península, no la conquistaron jamás, y como desde un principio fue esa parte de España el principal asiento de los Godos, hacia ella corrieron los que no quisieron sujetarse al dominio de la media luna: pero quedaron en todas partes de la Península, en sus propias posesiones, innumerables familias godas sin que por su sangre, ni por su religión, ni su lengua fueran molestadas en lo más mínimo por los sarracenos, que adoptaron aquí, como en todas partes, una política conciliadora. Los Árabes se mantuvieron como dueños de gran parte de España mediante la alianza con un partido político godo del país. Los parciales de la dinastía derrocada de Witiza llamaron a los Árabes sólo como auxiliares para vencer al usurpador Rodrigo, sin que creyeran que habían de quedarse allí de señores: «En cuanto a esos extranjeros en lo que menos piensan es en establecerse en el país; lo único que desean es el botín, y en cuanto lo obtengan se marcharán», dice el historiador árabe Ajbar Machmua, que era como discurrían los Witiza. Los Godos no contaban con la habilidad diplomática de esos extranjeros. El general sarraceno Muza, jefe de los invasores, comprendió luego que los partidarios de Rodrigo eran la gran mayoría y que sólo habían sido vencidos merced a su ayuda y a la traición, por lo que fue con éstos con los que se alió después de su triunfo, afirmando la alianza por medio de matrimonios entre sus jefes y las mujeres godas, dando él mismo el ejemplo con el matrimonio de su hijo con la viuda del rey Rodrigo. Los rodriguistas como diríamos nosotros, prefirieron que gobernaran los árabes, antes que los traidores que habían llamado extranjeros al país para mezclarlos en una contienda civil, y además porque los separaban antiguas rivalidades con sus hermanos witicistas.

Los Árabes no traían sus familias ni gente para poblar. Mantenían un buen ejército de berberiscos mandados por Árabes, y merced a las rivalidades de los partidos naturales, hábilmente aprovechadas, pudieron cimentar al fin su poder, ilustrado, progresista, justiciero y tolerante; pero se valieron desde un principio de los Godos aliados para encomendarles los más altos puestos en la administración, como hay de ellos numerosos ejemplos en los historiadores y cronistas árabes traducidos por Dozy.

Lo que ha engañado a los historiadores peninsulares es que estos Godos aliados de los agarenos se hicieron mahometanos, y al amparo del islamismo fundaron reinos independientes de los que surgieron desde las montañas de Asturias, pero que eran tan góticos como éstos. Hoy se sabe que el reino moro de Aragón era tal, sólo en el nombre, pues sus reyes y nobles eran godos, y sus súbditos eran los mismos que allí había antes Guadalete, unos convertidos a la ley del profeta y otros persistiendo en su antigua fe, por lo que los ejércitos de aquellos soberanos nos los dan las crónicas como compuestos de moros y de cristianos, lo que ha sido entendido por de españoles y árabes.

La dinastía aragonesa de los Beni-Casi, que dio tantos reyes y generales a todos los pequeños estados que se formaron en el Nor-este de España, era goda de alta alcurnia, según los historiadores árabes, y lo dice también el Alberdense. Godos eran asimismo los Beni-Hachia, los Beni-Somadhi, los Todhbidas. Muza II, llamado «el tercer rey de España», era de la casa de los Beni-Casi; al amparo de Abderrahman II se hizo todopoderoso en esas regiones de la Península, y por fin, desconoció la autoridad de su

protector, combatiendo por su cuenta un día a los verdaderos Árabes, otro a los cristianos españoles y otro a los franceses. Sus proezas en toda España fueron famosas y sus correrías se extendían desde Francia hasta Portugal, en donde venció a los Normandos que en el siglo (IX) trataron de establecerse en sus costas. El rey de Francia Carlos el Calvo compró su alianza merced a magníficos regalos y atenciones. Son los nombres de esos Godos los que han engañado por tanto tiempo a los historiadores. Algunas de las más nobles familias pseudo-árabes conservaban, sin embargo, algunos de los apellidos primitivos, como las de Mohamed-Ibn Lope, Abdallah Pedro-Seco, Beni-Gómez, Beni-Fernando, etc.

Fue después la escisión de la familia germana que dominaba y poblaba España después de la destrucción de la monarquía de Rodrigo, escisión favorecida por la diplomacia morisca, la que permitió a los Árabes conservar sus dominios, y no su número, que nunca fue crecido.

En las postrimerías del reino de Granada, los verdaderos árabes o berberiscos eran en número tan reducido que formaban una mínima parte de la población de la capital morisca. Hernando del Pulgar, en su *Tratado de los reyes de Granada y su origen*, cita a Hernando de Baeza, individuo de la corte de Boabdil, el cual aseguraba «que de doscientas mil almas que habían en la ciudad de Granada, aún no eran las quinientas de la nación africana, sino naturales españoles y godos que se habían aplicado a la ley de los vencedores». Ve Ud. que ese escritor no confundía a los «naturales españoles» o Íberos con los Godos, y que esto sólo unos cuantos años antes del descubrimiento de América, puesto que Boabdil fue el último rey moro de Granada, vencido en 1491 por Fernando e Isabel. Tal confusión entre esas dos razas es creación de los historiadores hispanos del siglo XVI adelante.

Sin duda que la catástrofe de Guadalete, más moral y política, que material, produjo en los Godos una impresión profunda, formándose numerosos rivales de los girones de la antigua monarquía, obligándolos a dirigir sus actividades por rumbos nuevos y a olvidar sus antiguas tradiciones. «Los españoles no quisieron ser tenidos por Godos desde que se perdió España», dice acertadamente Mayans y Siscar. Así fue; los reyes de los diversos estados que desde aquella fecha comenzaron a formarse en el norte y centro de la Península ya no se titulaban godos sino españoles; pero no por eso había cambiado su sangre ni ellos olvidaron su raza original: eran españoles de origen gótico. No sólo los reyes y los nobles de su raza conservaron siempre vivo el recuerdo de su prosapia, sino que también la plebe goda, los vilis Gothus, como se les llamaba en los tiempos de la antigua y única monarquía, los cuales vivían en las tierras de sus nobles, de sus condes como clientes o encomendados. Esa plebe hidalga si era respetuosa y obediente respecto de sus señores naturales, era al mismo tiempo orgullosa de su linaje respecto a los íberos, orgullo que conservó intacto hasta su extinción.

f) Godos e Íberos:

No conozco en la historia ejemplo más elocuente de la superioridad del carácter, aun sin cultura literaria, sobre la sola inteligencia cultivada que el que presentó España en los últimos años de la coexistencia en su suelo de aquellas dos razas. La pintura tan viva que Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Vicente Espinel y demás novelistas del

género picaresco que florecieron en el siglo XVI, nos hacen de la sociabilidad española de su tiempo, muestran tan de relieve aquel contraste que es él sin duda el aspecto más interesante de esas obras. Se ve en ellas al hidalgo engréido pasar las mayores estrecheces por no rebajarse a trabajar en oficios que él tenía como propios sólo de gente mal nacida. Con sus pergaminos y su tizona toledana por todo caudal y sin conocer ni la o por lo redonda, miraba por sobre el hombro a los ricos comerciantes iberos y a sus bachilleres de Salamanca, los cuales, por lo demás, miraban ese fenómeno como la cosa más natural, aceptando sus consecuencias. Los hidalgos que no lograban enrolarse en los tercios del rey que peleaban en Europa o embarcarse con rumbo a este continente, se quedaban allá rumiando en silencio sus proezas y soñando en aventuras arriesgadas y generosas en las que hubiera que exponer la vida, o paseando su hidalguía en busca de alguna rica heredera plebeya que con los escudos de su dote contrapesara los blasones del pretendiente y acallara la indignación de los de su clase por esa alianza desigual. Mientras llegaba la hora en que lo llamaba el clarín o la boda deseada, sus lacayos, que nunca les faltaban, les suministraban algún dinerillo y les escribían los memoriales que de cuando en cuando elevaban a S. R. M. o a algún duque su protector y pariente lejano.

De seguro era de la misma casta de los peninsulares aquellos descendientes de los conquistadores de Chile que en el siglo XVIII se refugiaron en Talca a esconder su pobreza, porque allí la vida era muy barata, según refiere un historiador, los cuales se empeñaban en no trabajar en nada sino en la agricultura, y como sus padres, por atender a la espada descuidaron la caja, se veían a solas con sus pergaminos, hasta que el rey de España Carlos III, según creo, publicó un edicto declarando compatibles el comercio con la nobleza. Sólo entonces se vio en aquella mediana aldea de aquel tiempo a hidalgos chilenos midiendo bayeta de Castilla, mogador, casineta y quimón, pesando charqui, vendiendo rebun, y cachanagua de la «Frontera», chupallas de Curepto y bonetes de Maule, mientras la señora de la casa, con sus delicadas manos, preparaban las hojas de choclos de Colín para cigarrillos, con gran escándalo de los linajudos de Santiago.

No olvidaron, pues, nunca los Godos de España que su sangre era muy diferente de la de los naturales. No sólo tenían eso muy presente, sino que sabían perfectamente en que país de Europa tenían consanguíneos. En su obra *Literatura castellana y portuguesa*, F. Wolf, recuerda que los españoles del tiempo de la reconquista de España se saludaban con los alemanes que allí llegaban a ejercitar el puño con los moros, con la frase «¡Somos hermanos!».

Los conquistadores de Chile también se decían españoles, pero la casta particular española a que pertenecían no la olvidaron jamás. Durante un sangriento combate con los Araucanos cerca de Yumbel, algunos oficiales españoles manifestaron a su jefe Rodrigo de Quiñones, que la resistencia de la tropa estaba agotada, a lo que contestó Quiñones «que mueran o venzan, pues son Godos».

Y fueron aquí en Chile tan delicados en conservar la pureza de su raza como lo habían sido en todas partes. El abate historiador antes citado, Gómez de Vidaurre, lamentando algunas nobles familias chilenas a mediados del siglo XVIII, esto es, en sus tiempos, dice:

«... Ello no ha sido así en el pasado. Tuvieron los primeros españoles tanto cuidado para conservar pura su

nobleza que sacaron cédula de la Majestad de nuestros Reyes, para que todo capitán de navío que trajese pasajeros debiese dar informe al Gobierno de tales sujetos; y no contentos con esto, si no presentaban sus documentos, no pasaban ellos a dar sus hijas al europeo que se las pedía. Mediante esto se conservaron hasta la mitad de este siglo puras y limpias las familias».

Todavía la alta nobleza española, con justificado orgullo, remonta el entroncamiento de su linaje hasta arribar a la cepa goda.

Hubo, pues, en España no sólo jefes germanos, como se cree generalmente, sino un pueblo numeroso de ese origen, y su influencia moral e intelectual, grandísima en ese país es un capítulo que está por escribirse. En cuanto a su influencia en la formación del habla española, le daré enseguida algunas pruebas, y más adelante, al tratar del lenguaje chileno, le señalaré la influencia de la fonética del idioma gótico en las alteraciones que sufrieron las palabras latinas al convertirse en castellano.

3.-

a) Cómo se modificó el latín:

La característica general de las modificaciones que experimentó el latín al convertirse en romance castellano fue la de su simplificación. Las voces se acortaron y perdieron algunas consonantes de pronunciación dura; su morfología se redujo perdiéndose casi del todo sus declinaciones y simplificándose su conjugación, y su sintaxis perdió la rigidez y el ordenamiento obligado de las palabras en la oración, adquiriendo las voces gran libertad de colocación.

En la pérdida de las declinaciones de los nombres latinos creo que debe haber influido el idioma de los Godos, porque en él los ocho casos primitivos estaban reducidos a sólo tres, pues el vocativo de que hablan las gramáticas eran siempre de la forma del nominativo, supliéndose todos los demás casos con preposiciones, de que hacía un uso frecuente, mientras que el latín conservaba seis casos y el empleo de partículas prepositivas era relativamente menos frecuente. La tendencia ya antigua del gótico a reemplazar el cambio de formas de sus sustantivos y adjetivos por preposiciones se extendió y generalizó en aquella época hasta perderse el idioma que nacía, auxiliada por la dificultad que a los bárbaros presentaba la compleja declinación de las palabras que tomaban de la lengua romana.

b) El verbo en latín y en gótico. Un verbo gótico en el lenguaje chileno:

El verbo gótico es muy simple en su conjugación están reducidos al presente y al pretérito, expresando la idea de futuro con el infinitivo del verbo y un auxiliar; sin embargo, la acción por venir estaba en el cerebro de los Godos más dividida, más especializada que en los romanos. Así el simple futuro lo significaban con el auxiliar «hablan»-*haber*, la idea de necesidad u obligación de que se cumpliera la acción del verbo la expresaban con «skulan», y la de principiar a verificarse la acción, con el auxiliar «duginnan»-*comenzar*.

En español tenemos tres futuros: el así llamado, que formamos con el presente del infinitivo del verbo que se conjuga y con el presente de *haber*: «ama-hé», «ammar-hás», etc., como en gótico; el futuro de pretérito o pospretérito, que formamos de un modo análogo aunque con terminaciones alteradas: «amar-es», etc., en gótico se emplea de regla el presente del verbo, que se conjuga sin ponerle auxiliar siempre que la idea de futuro esté expresada por alguna otra palabra o por el contexto de la frase, como en español: «si no llueve salgo»-«si no lloviere saldré»; «mañana voy».

Las simplificaciones que sufrió el verbo latino son numerosas, sin que dejen de poder ser expresadas en castellano las más sutiles modificaciones de tiempo y modo de la acción verbal, pues que se suplen las formas perdidas con auxiliares, como se hace en el gótico.

La conjugación latina perdió desde luego la forma pasiva o sea la mitad de su conjugación, la que se suple con el verbo ser en español y con su equivalente «*wisan*» en gótico. El infinitivo de los verbos góticos termina en *n* como en alemán y en araucano. En idioma gótico existe además otro auxiliar para la significación pasiva, «*weran*»-*llegar a ser*. Se perdieron, además, el futuro de indicativo latino (*amabo*), los dos pretéritos de subjuntivo (*amarem*, *amaverim*), del infinitivo sólo quedó el presente, olvidándose el perfecto y el futuro pasado (*amavisse*), (*amaturus esse*), se perdieron asimismo los supinos (*amatum-u*). Se olvidaron también las conjugaciones de gerundio, los verbos deponentes, de forma pasiva y de significado activo, engorro inútil de ese idioma. En cambio crearon los Godos los futuros a su manera, las oraciones impersonales y la pluralidad ficticia de segunda persona, modo ordinario de hablar en gótico, e hicieron del verbo haber el uso amplio y general que daban a su auxiliar «haban» y que los latinos sólo empleaban en algunos tiempos.

Con los números siguientes podrá formarse una idea más exacta de la reducción en formas que la nueva conjugación representa respecto de la antigua.

Un verbo regular tiene en latín entre 150 y 160 voces diferentes, sin contar las formas compuestas de la voz pasiva; un verbo español regular sólo tiene 52 palabras diferentes, y uno gótico, para el singular y plural, 32. El gótico tiene además el número dual, que perdió al romancearse esa lengua. El verbo inglés es el más simple de todos, pues sólo tiene cinco variaciones para todos sus modos y tiempos: *to love-amar* varía sólo *love*, *loved*, *loving*, *loves*, *lovest*; esta última forma casi no se usa. Con el empleo de auxiliares y de pronombres no necesita de más desinencias.

La suposición de que el verbo gótico influyó en la formación del verbo castellano se refuerza no sólo por esa reducción considerable de voces en su conjugación y con el uso amplio de los auxiliares, sino también con la subsistencia en español de voces muy poco adulteradas de uno de los auxiliares más empleados en gótico. Ha sido siempre

una dificultad insuperable para los etimologistas castellanos averiguar el origen de las tres personas del singular del presente de indicativo y todas las del de subjuntivo del verbo *haber*; «he», «has», «ha» o «hay»; «haya», «hayas», «haya», «hayamos», «hayáis», «hayan», las cuales no tienen semejanza con las del latín «*habeo*», «*habes*», «*habet*». El *habere* latino no tiene presente de subjuntivo. Con el empeño de hacer venir este verbo del latín, no han parado mientes en el auxiliar gótico «*aigan*»-*tener*, cuyo presente de indicativo forma las tres primeras personas «*aih*», «*aihs*», «*aih*», escrita también «*aig*». La segunda no está documentada en Wulfila porque, como he dicho, los Godos empleaban la segunda del plural; pero por analogía puede conjeturarse que tenía esa forma o bien «*aigas*». Esas formas del gótico se parecen más a la del español arcaico «hay», «has», «ha» o «hay» escritas también sin *h*. La forma *hay* para la primera persona del indicativo se perdió en el siglo XV en la escritura castellana, siendo reemplazada por el actual «he»; pero debió subsistir en el lenguaje hablado y por ella llegó a Chile, donde la usamos al par que «hey». El escribir esas voces con *h* inicial en castellano proviene del error respecto a su origen.

En cuanto a las formas del presente de subjuntivo castellano pueden venir del indicativo de «*aigan*» que pasara a emplearse en preposiciones subordinadas, como pasó el pluscuamperfecto latino del indicativo al subjuntivo castellano o bien ser las formas del subjuntivo de «*aigan*» algo alteradas, del cual sólo se conocen tres personas: 3.^a de singular «*aigi*» (*g*- al sonido que tiene en «hago»), 2.^a de plural «*aigiz*», 3.^a de íd. «*aigina*».

El presente de subjuntivo en chileno es, el indicativo del gótico, como puede verse comparándolas:

GÓTICO	CHILENO
Sing. 1. ^a « <i>aig</i> »	« <i>aiga</i> »
Sing. 2. ^a x	x
Sing. 3. ^a « <i>aig</i> »	« <i>aiga</i> »
Plur. 1. ^a « <i>aigam</i> »	« <i>aigamos</i> »
Plur. 2. ^a « <i>aigaz</i> »	« <i>aigas</i> »
Plur. 3. ^a « <i>aigan</i> »	« <i>aigan</i> »

La segunda *a* de las inflexiones góticas no es precisamente la *a* castellana sino un sonido intermediario entre la *a* y la *e*, como suena la *u* de la palabra inglesa *gun-fusil*. Tampoco la *z* de «*aigaz*» es la castellana, pero era muy parecida. La *s* del chileno «*aigas*» es una aspiración suave. Ni el gótico ni el chileno emplean la segunda de singular porque usan pluralidad ficticia. En Andalucía tienen el mismo verbo gótico que nosotros en ese tiempo.

Los etimologistas conjeturan que en el latín vulgar de los siglos en que empezaron a formarse los romances existiría algún verbo extraño del cual procederían esas formas castellanas. Vemos que han acertado.

La forma literaria de presente de subjuntivo de *haber*, «haya», «hayas», etc., parece ser una síncope de «*aiga*», «*aigas*», etc., con pérdida de la *g*, cosa muy común en la

romancización del latín y del gótico, como veremos más adelante, y es muy común verla escrita «aia», «aias», «haia», «haias», en escritos antiguos, de donde pasó a escribirse como en la actualidad.

En el empleo de los tiempos y modos verbales como en su regímenes en castellano es también grande la influencia del pensamiento de los Godos expresado por la palabra, pero su demostración es difícil aquí, porque alargaría demasiado esta carta, y tendría que entrar en polémica. Sólo le recordaré que el verbo *haber* arcaico tenía el significado del «*aigan*» gótico, esto es tener, poseer, cuando no era auxiliar. Así decía el poeta viendo marchar a injusto destierro al Cid: «Dios que buen vasallo, ¡si oviese buen Señor!». Y lo ve Ud. sin *h* como el verbo gótico. Aunque esto del empleo de la *h* es capítulo aparte. Como el *habere* era verbo incompleto y de uso limitado como auxiliar, es probable que el haber castellano sea sólo el «*haban*» gótico, cuyas inflexiones son muy semejantes a las latinas y españolas, y en el singular del indicativo presente y en todo el de subjuntivo lo sea de «*aigan*».

c) El plural en castellano:

Es opinión aceptada que la terminación en *s* de los plurales castellanos viene del acusativo latino, que ordinariamente termina en *s*. Yo, señor, no lo creo seguro. El caso acusativo de los nombres tiene relaciones ideológicas muy diversas del nominativo en la oración para que los Godos las confundieran. Estos bárbaros, por otra parte, para significar la pluralidad agregaban una *s* o una sílaba terminada en esa consonante a la forma singular de los nombres: «bandi»-*venda*, *liga*, *banda*, *bandios*; «giba dádiva», «gibos»; «tungo»-lengua «tuungos», «manna»-*hombre*, «mans», etc. El inglés forma sus plurales con *s* siendo que en su morfología no tiene nada que ver con el latín. Creo pues que los Godos siguieron simplemente expresando en su nueva lengua la pluralidad de las cosas con su primitivo modo de hacerlo. Además en latín hay también infinidad de sustantivos que hacen su plural en *s*.

d) Los apellidos patronímicos en español:

La existencia y la forma de los apellidos patronímicos en castellano son también problemas que no han podido ser resueltos por los etimologistas. Existe con todo el convencimiento de que la forma de esas palabras es un genitivo: «González»-de Gonzalo, «Álvarez»-de Alvaro, etc., pero los genitivos latinos no corresponden a esas terminaciones.

En esta investigación, como en todas las que se refieren al origen del castellano actual, hay que interrogar al español arcaico, que por estar más vecino de los idiomas que le dieron nacimiento, suministra datos o indicios que dan mucha luz a estas cuestiones. En antiguo castellano, los patronímicos terminan en *iz* y *oz*: Roderiz, Gomiz, Gutierrez, Alvaroz y Alvariz, Telliz, Sanchiz, Muñiz, Ovacoiz, Vermudiz, etc. Andando los tiempos muchos patronímicos tomaron la forma actual sin que por eso dejen de quedar algunos con su terminación primitiva, como Ruiz de Rui, Ferrandiz de Ferrando,

y otros con ambas formas arcaicas, como Muñoz y Muñiz, Ustarroz y Ustariz. Esas terminaciones tampoco corresponden a las de los genitivos latinos, por lo que permanecen mudas a los que creen que el castellano no tiene nada que hacer con el gótico, pero se explican perfectamente por los genitivos de este idioma, que eran justamente en *is* y en *os*: «*dags*»-*día*, «*dagis*»; «*word*» = *palabra*, «*wordis*»; «*lesins*» = «*lycción*», *enseñanza*, «*lesinos*»; «*giba*» = *dádiva*, «*gibos*», etc. De igual manera los adjetivos: «*blind*» o «*blinds*» = *ciego*, «*blindis*»; «*hardu*» o «*hardus*» = *duro*, «*arduo hardjis*», etc. Los nombres que forman su genitivo de diversa manera son la excepción.

En cuanto a explicar el origen de la costumbre de usar patronímicos en España goda, cosa no vista allí antes de esa fecha, también han divagado sin fruto los eruditos. Ríos y Ríos, que es el que más se ha ocupado en esta cuestión, y cuyas opiniones son acatadas en Europa y América, en su obra *Apellidos castellanos viaja por la Roma de los Patricios*, por Grecia, por Caldea o apela a los Árabes buscando lo que tenía en casa. Es verdad que los Íberos no usaban verdaderos apellidos antes de la invasión germana de su país, y mucho menos patronímicos, que tampoco emplearon los indígenas de Italia, pues usaban el de la madre, hasta la llegada de los germanos Patricios, llamados así porque eran los únicos que tenían padre conocido: pero ni éstos, ni los griegos, ni los caldeos, ni los árabes emplearon una forma de apellido de la que pudiera derivarse la española. Es el eterno desconocimiento de la influencia de los Godos en los países en que establecieron, desconocimiento que tiene los caracteres de una verdadera injusticia.

Yo que los he seguido desde Scancia y las islas Alan y Gotlan, del Báltico, a la Prusia, al centro de Alemania, al sur de Rusia y desde allí, paso a paso, a través del Imperio Romano hasta llegar a España, y embarcarse con Colón y llegar a América y Arauco; que he estudiado sus leyes, su religión y su lengua para penetrar en su pensamiento, encuentro lo más natural y lógico, dentro de su psicología netamente patriarcal, el que los Godos se nombraran recordando el nombre de sus padres. El genitivo de los patronímicos significa «hijo de»: González = «hijo de Gonzalo»; Muñoz = «hijo de Muño», etc. Es la costumbre en toda raza: Pérez en español, Peterson en inglés, Petersen en alemán, Petrowitz en ruso, y en todos «hijo de Pedro».

Don Alonso de Ercilla llama muchas veces por el nombre del padre a los héroes de su inmortal epopeya, como algo muy natural, para ahorrarse repeticiones de palabras.

Como parece privar a la fecha el origen árabe del uso de patronímicos en la creencia corriente, he de recordarle, señor, que los agarenos anteponían *beni* o *ibn* al nombre propio para significar la ascendencia, como Ibn Radmir = «hijo de Ramiro», Beni Gómez = «descendiente de Gómez», no empleaban pues genitivos sino una palabra que significaba la relación de sangre, y la anteponían al nombre sin que formara una sola voz con ella. Además los apellidos patronímicos aparecieron en la Península antes de la llegada de los Árabes y usados por la clase militar española, que era la clase germana. En el libro *Becerro* de San Milán, con fecha de mediados del siglo VIII, el de la invasión sarracena, aparece un señor disponiendo de los bienes heredados de su padre Bermudo Alvariz, el cual seguramente era nacido antes de 711, fecha de Guadalete.

e) Influencia del gótico en la formación del castellano. Algunos ejemplos:

Por lo que respecta a las palabras de origen gótico que hay en castellano, ya le he dicho que su número es grandísimo; no le doy aquí cifras exactas porque estoy a la fecha estudiando el punto.

Las fuentes de que derivan los etimologistas las voces castellanas son el latín en primer lugar, luego el árabe, el vascuence, el griego, el alto-antiguo alemán; el gótico y el caldeo y hasta el turco y otros asiáticos.

El gótico, como le he dicho, ocupa un lugar insignificante con sus cincuenta palabras solamente. El alto antiguo alemán ha dado algunos centenares de voces, según Díez, que es a quien copian los peninsulares. Hay en realidad muchas palabras castellanas cuya etimología puede encontrarse en ese idioma, como en el anglosajón, el escandinavo u otros del mismo origen que el gótico, por lo que no es de extrañar que en algunos de ellos encuentren las radicales de la voz española; si no las han encontrado en el idioma de los Germanos españoles es porque no las han buscado en él, y no las han buscado porque no se han dado el trabajo de estudiarlo. Hay, además, otra causa para explicar la semejanza de algunas palabras castellanas con el antiguo alemán de las regiones en que habitaron los Suevos, los Alanos y los Vándalos, causa que anotaré más adelante. Los etimologistas peninsulares se explican las palabras de ese origen diciendo que las trajeron los tudescos que venían en peregrinación al santuario del apóstol Santiago en Galicia y los que vinieron a la conquista de Toledo en 1085 invitados por Alfonso VI, o los demás hermanos alemanes que solían venir invitados o atraídos por el redoble del tambor.

Voy a citarle sólo algunas de las palabras castellanas cuyo origen latino es tenido por indiscutible a la fecha y que, sin embargo, son góticas. Más adelante verá más.

«Suegro», «suegra»; del latín *socero*, *socera*, con la diptongación *ue* de la *o* latina, el cambio de la *c* en *g* y pérdida de la *e*, pérdida y mutaciones muy frecuentes.

Los Godos llamaban a los padres de su consorte con las palabras «*swehro*», «*swehra*», que se pronuncian como las españolas con la *g* un poco aspirada, como pronunciamos nosotros «suegro», sin que el dorso de la lengua toque al paladar. No tuvieron pues los Godos para que apelar a las reglas de fonología que citan los etimologistas.

«Ojo»; del latín *oculus*, nadie lo duda: ese órgano de la cara los Godos lo llamaban «*ogo*», escrito «*augo*», pero ese diptongo se pronunciaba *o* cuando seguía consonante aspirada, como en este caso, pues esa *g* es parecida a una *j* moderna española. En el *Libre de Appolonio*, estrofa 313, poema del siglo XII o principios del siguiente, está escrito «*ogos*», como está escrito «*enogo*» por enojo en el poema *Los tres Reyes de Oriente* del mismo siglo.

«Mas»; del latín *magis*; En español arcaico se decía a veces «*mais*» y también «*maes*» en Gonzalo de Berceo; «*mais*» dicen hoy los iletrados en varias provincias de España y aun en Chile suele usarse; «*mais*» dicen hoy los gallegos y los portugueses, y «*mais*», es la palabra gótica que equivale a «más» castellano.

«Agua»; del latín *aqua*. Creo que a nadie se le habrá ocurrido poner en duda esa etimología, y sin embargo leyendo los escritos primitivos castellanos uno se convence de que no es así. La palabra «agua» en el español arcaico significaba no sólo lo que significa hoy sino que también «río»; así llamaban «Agua caudal» al río Tajo, acepción

que no tiene la latina *aqua*, pero que posee la gótica «*ahwa*» que se pronuncia como nosotros pronunciamos «agua», con *g* fricativa, por lo que creo que los Godos no tuvieron para que tomar en cuenta la voz romana, y de hecho no la tomaron, pues que usaron «agua» con los significados que tenía en su lengua nativa, por lo que la voz castellana es sólo la gótica.

Hay muchas otras palabras en ese mismo caso. La semejanza que existe entre algunas voces góticas y latinas proviene, como es bien sabido, de que el latín es un idioma en parte de origen indogermánico o ariano, como se decía antes y en parte de los idiomas indígenas del centro de Italia, y el gótico es indogermánico de pura estirpe.

Existen asimismo en castellano muchas palabras de origen gótico a las cuales no han podido encontrar etimología en latín ni en ninguna de las otras lenguas en que se acostumbraba buscarlas; pero que persistiendo en sus costumbres de creer el idioma romano como fuente casi única del español, se ingenian en hallarlas en él; *v. gr.* «anverso». El latín *adversus* no corresponde al significado de la castellana, por lo que ha sido desechada, pero el latín *versus* = «vuelto» y *ad* = «hacia» pueden convenir, por lo que han discurrido así, para explicar la forma de la palabra española; «anverso» es *versu-ad* en latín, esto es, «vuelto hacia» = «vuelto de frente» = el frente de una medalla o moneda. La ignorancia de los tiempos en que se formaron los romances, hizo que *ad* se convirtiera en «an» y que en lugar de venir después del adjetivo se le colocara antes, y salió anverso. Debo recordarle que los romanos no tenían palabra especial para nombrar los planos de una moneda o medalla sino que las llamaban simplemente *facies* = «caras», de modo que esos ignorantes dieron una acepción particular a esa combinación reservada de dichas palabras latinas, esto es, crearon una voz que no existía. Es fácil comprender que el rústico a quien se le hubiera ocurrido hacer ese trastrueque y alteración de palabras para darse a comprender no le habría entendido nadie y el invento hubiera fracasado. No es así como forma el vulgo las palabras, pero razonamientos como el anterior son muy comunes en los diccionarios etimológicos castellanos. Los Godos no inventaron anverso sino que es una palabra de su idioma original apenas alterado, «*andwerzi*», que significa la cara de las personas y el frente o lado principal de las cosas.

Muchas otras palabras españolas que los etimologistas se ven precisados a ir a buscar a lenguas remotas para no encontrarlas en latín son asimismo del lenguaje godo: «*Horda*»; «*Díez*» cree viene del turco «*ordoe*», y «*Phian*» del turco «*ordou*» = *campo*: Eguilas dice que es el turco-tártaro «*ordú*»-*campamento*. La forma de esas voces es parecida a «*Horda*», pero no su significado. No tenían para que ir al Asia los Godos por esa palabra, ellos llamaban «*herda*» a los rebaños y tropas de animales.

«*Chusma*»; del griego *keleusma* = «mando», «dominio», dice Díez, y emprende un largo raciocinio para explicar cómo llegó a significar al fin lo contrario. En gótico «*hiuhma*» vale multitud poblada, idea inseparable de la voz castellana.

«*Jardín*»; del alto-antiguo-alemán *garto* = «cercado». En gótico cortijo, jardín se dice *gards*.

«*Grabar*»; del alemán *graben*. ¿Y por qué no del gótico «*graban*»?

«*Zallar*» se decía en antiguo español para asestar la artillería. La etimología aceptada para esta palabra indica claramente hasta qué punto es desconocida la lengua

de los Godos por los que se han ocupado de los orígenes del castellano y de la ninguna cuenta en que tienen su presencia en la Península.

Monlau afirma, sin que nadie se lo haya contradicho que «zallar» es verbo árabe, derivado del alto-antiguo-alemán «*sazian*» = *poner en su sitio, colocar algún objeto*. No se saben que los agarenos hayan ido a Alemania, ni que los tudescos hubieran venido hacia ellos trayéndoles vocablos, por lo que es más probable que la tomaran de los teutones que tenían en casa, los cuales decían «*salgian*» por asentar o colocar algún objeto. Esa palabra se ha encontrado en escritos árabes más antiguos que los castellanos que la emplean, lo cual ha sido la causa del error de los etimologistas. Los Godos españoles comenzaron tarde a poner por escrito su nueva lengua, porque tuvieron ocupado en los primeros tiempos, no en tomar palabras, que no necesitaban, sino provincias.

A los Griegos les tomaron los Godos la palabra «tata» o «taita» y también «Adela» y la serie de voces que de ellas derivan, pues la radical de todas «*atta*» = *padre*, es de origen griego. Así se dice a la fecha, pero hay reparos que hacer a ese razonamiento. No sólo el griego sino también el latín, el rumano, el eslavo y muchos otros idiomas de las cinco partes del mundo emplean una palabra semejante para indicar padre, antecesor o persona superior, palabras que son del lenguaje llamado infantil por los filólogos. El Padrenuestro de Wulfila empieza «*Atta unsar*», y nosotros heredamos de los conquistadores de Chile la expresión «taita Dios», y la costumbre de empezar la oración dominical «Taita nuehro», etc. Ni nuestra palabra «taitita» es una exclamación, como apunta un diccionario de chilenismos, sino un diminutivo cariñoso, forma española, gótica, rusa etc., de significar afecto. Los eslavos dicen a la fecha «*tatitsa*» con el mismo significado que nosotros «taitita».

Hay una serie de palabras castellanas que podrían llamarse híbridas, porque están compuestas en parte del latín y en parte del gótico. Sirvan de ejemplo Bermudo, palabra compuesta del gótico «*wer*» = *varón*, y de la latina «*mutue*» = *mudo*, y escrita con *b* porque el gótico no tiene *v* consonante. Al significado de su nombre aludía el Cid cuando apostrofaba a Bermúdez, uno de sus hombres: «¡Varón que tanto callas!». Y se lo decía por elogio.

También son híbridas «*conmigo*», «*contigo*», «*consigo*». Mucho han divagado las etimologistas a propósito de estas voces castellanas, y hoy está aceptada la explicación inventada por Cabrera, quien sostiene que ellas son voces pleonásticas compuestas así del latín: *cum+me+cum*, *cum+te+cum*, *cum+se+cum*. Estas expresiones no han existido jamás en latín, pues las equivalentes a las castellanas son «*mecúm*», «*tecúm*», «*secúm*», pero todo quede explicado con la rusticidad de aquellos tiempos y la falta de literatos y academias. Dichas palabras son, como le he dicho, híbridas de la partícula prepositiva latina *cum* = «*con*», y de los casos terminales góticos «*mic*», «*tic*», «*sic*», en escandinavo «*mig*», «*tig*», «*sig*», con adición de una *o* eufónica, modo corriente en la castellanización de las góticas y latinas, como obtuvieron Diego de Didac, Rodrigo de Roderik, Santiago de Sant Yac, etc.

f) El latín rústico:

Los etimologistas apelan a menudo al latín llamado rústico en demanda de algunas voces de que derivar las castellanas que no tienen semejanza en el latín culto. En realidad se encuentran en ese latín de los primeros siglos de la era cristiana muchas voces y formas nuevas de voces antiguas, como construcciones nunca vistas antes en latín, voces, transformaciones y construcciones que explican perfectamente las de los romances, pero es que ese latín rústico era el culto modificado por los bárbaros, y las palabras nuevas latinas eran simplemente palabras germanas latinizadas por los escritores, que eran romanos en su totalidad, y de allí la semejanza en voces y sintaxis de ese latín «corroído» con las de los romances. Era que ya nacían las nuevas lenguas mestizas.

Ha de disculparme Ud. unas cuantas palabras más sobre este punto, que no está del todo fuera de mi propósito.

Desde mucho antes de nuestra era, existía en Italia un latín del pueblo, llamado *sermo rusticus* por los escritores, que llamaban el suyo *sermo nobilis* o *urbanus*. Hoy es creencia corriente que ese *sermo rusticus*, detenido algún tiempo por el auge literario de la edad llamada clásica del latín, tomó grande impulso en su tarea corruptora en los siglos de la invasión bárbara del Imperio, siglos en los que la cultura literaria y urbana se vio desgraciadamente desestimada y destruida por hordas vandálicas e ignorantes. No he podido convencerme, señor, de que eso sea verdad.

En latín vulgar o rústico a que se refieren Quintiliano, Cicerón y otros autores de la edad clásica, sólo se distinguía del literario en una que otra falta de concordancia de los complejos verbos latinos u otras leves licencias en la rigurosa sintaxis de aquella lengua y también en la supresión, al hablar de algunas consonantes finales o en la contracción de ciertas palabras, citándose como de las más graves de éstas las expresiones «gratopus», «speclu», en vez de *gratum opus*, *speculum*. Muy diversa fue la alteración del latín de los siglos V y siguientes que aparecen en los documentos escritos en esa lengua. En los verbos se nota desde luego el empleo general de los auxiliares, las oraciones unipersonales, el futuro con la forma compuesta que tiene en los romances, la pérdida en la declinación en varias palabras, y por fin una gran cantidad de voces jamás oídas en boca del vulgo italiano en ningún tiempo. Esas palabras nuevas, esa sintaxis nueva son, para mí, pruebas inequívocas de órganos vocales y cerebro distinto, de que allí ha llegado, por lo tanto, una raza diversa.

Andan en Italia acreditadas las mismas falsas ideas que priman en España respecto a la influencia germana en la transformación completa que experimentaron las provincias del Imperio al convertirse en naciones neolatinas. Como son sólo literatos los que tratan de estas cuestiones en dichos países, por regla general no les preocupa gran cosa la verdad histórica, y además se palpa en sus escritos que todavía, a través de tantos siglos, no les perdonan a aquellos hombres de acción el que no supiesen leer y los llamaron «adornos de bancos».

Italia fue invadida primero que España por los bárbaros, pero no sólo sufrió estas invasiones y el establecimiento de esos hombres en su territorio, sino que esos mismos bárbaros formaron la mayor parte de la legiones con que el Imperio se defendió de los otros bárbaros que campeaban por su cuenta. Aun antes de J.C. hubo en Italia legiones enteras de gentes del norte traídas por César y otros, además de los miles de esclavos de esa raza que las guerras aportaban a ese país. Los ejércitos de Belisario, de Narses, de Aecio, eran casi todos compuestos de germanos al servicio de Roma y de Constantinopla, y muchos de sus mejores generales fueron también germanos. Los

latinos huían de los enrolamientos, su antiguo espíritu viril y expansivo había pasado a la historia.

Estaban, pues, llenas de bárbaros las regiones meridionales de Europa desde el siglo V adelante. En sus arengas contra los Godos el orador Sinesio, ya citado, exclamaba en 396 «ai de nosotros el día en que sus ejércitos y sus jefes, que viven ahora del sueldo que les pagamos, se amotinen contra nosotros y se junten a ellos sus muchos compatriotas esclavos desparramados en todo el Imperio». Después de Sinesio siguieron llegando a millares con sus familias a cultivar esas tierras como propias. Ésa fue la plebe rústica que transformó la lengua de Virgilio y Cicerón.

Como ejemplos de palabras castellanas derivadas del bajo latín o latín vulgar le recordaré «burgo» que viene, dicen, del latín rústico *burgus*. Todas las lenguas germanas poseen palabras derivadas de una antigua raíz indogermana «bhergh» que ha dado origen a voces que significaban «ciudad», «lugar protegido», «altura», etc. En gótico hay varias palabras venidas de esa radical, entre otras «*borgsm*», escrita «*baúrgs*», que significa precisamente «ciudad».

«Sentarse». En latín literario existe el verbo *sedere*-«estar sentado», pero que por su forma ni su significado corresponde al castellano, por lo que Díez recuerda un participio arcaico *sedens*, *sedentis* de ese verbo. Pero Scheler encontró en escritos de bajo latín el supino *seditum*, y desde entonces no ha quedado duda de que existiría en esos tiempos de barbarie triunfante algún verbo vulgar como *seditare*, v. g., el que pasando por *sedtare*, sería el padre del sentarse castellano. Ninguno de esos verbos ni supinos expresa la acción de sentarse, el acto de tomar asiento que tiene el verbo gótico *sitan* y especialmente su compuesto «*gasitan*»-*muta*-«tributo» y *mutarius*-«cobrador de contribuciones», fueron palabras aparecidas sin que se sepa de dónde en la Italia barbarizada. No podían ser corrupción de palabra culta latina, porque no había ninguna que se les asemejara; pero tampoco fue invento de los italianos rústicos sino que eran palabras de los extranjeros que allí llegaron como señores, imponiendo tributos o *mota*, como ellos decían, y percibiéndolos por medio de sus recaudadores o *motaris*, palabras góticas que los pendolistas latinos escribían a su modo.

«Tregua»; del latín bárbaro, aunque hay quien confiesa que puede venir del alemán *triwa*, que significa «lealtad», «fidelidad», y del alemán la tomaron los latinos de ese tiempo. La palabra española «tregua», la italiana de igual forma, la francesa *trêve*, la portuguesa *tregoa* significan «pacto», «convenio, «acuerdo para zanjar controversias», antes que «fidelidad», y aquella es también la significación de la voz gótica «*triggua*»-*gruta*, del bajo latín *grupta*. Los Godos decían «*grot*» o «*hrot*» por un lugar abrigado o por el techo de las habitaciones: «*Et sic de coeteris*».

4.- Influencia de los godos en la formación de los romances meridionales.

a) Italiano:

Le decía en mi anterior que los Godos habían contribuido a la formación del idioma italiano y del francés del sur o Langue d'Oc, llamado también provenzal, del cual deriva el catalán moderno. Voy a darle algunas pruebas.

Respecto al italiano, recuérdese que Italia fue habitada y gobernada por tribus góticas, con fortuna varia, desde los primeros años del siglo V hasta mediados del siguiente. En esos ciento cincuenta años el romance nació allí, y balbuceándolo llegaron a su reino de Tolosa, primero los Visigodos y luego sus hermanos los Ostrogodos. A mediados del siglo VI llegaron a Italia los Lombardos, de la misma raza de los Godos y de lengua teutónica, aunque de diferente familia. Los Lombardos se consumieron en ese país y su dominio duró hasta el siglo VIII.

El romance que apareció en Italia se llamó Lombardo al principio, y luego Toscano; pero es de creer que fue sólo el desarrollo del lenguaje que en esa región había comenzado a formarse durante la estadía de los Godos. Esa suposición explica los hechos siguientes: en el siglo VIII un español y un italiano podían entenderse directamente en romance, según documento citado por J. E. Hartzenbusch. César Cantú, cita varios documentos de latín vulgar de ese siglo, en los cuales las palabras vulgares anotadas son tanto españolas como italianas y algunas de ellas sólo españolas, como fue en vez de «fu», y de otras que hoy sólo se usan en poesía, como *río* por «fiume». Fue de un emperador romano de Oriente en el siglo VI, de quien ha quedado en documentos el más antiguo futuro verbal construido a la manera gótica, el futuro darás, que en italiano moderno es sin *s* final en la segunda de singular. En los dialectos modernos del norte de Italia, asiento de los reyes Godos, quedan a la fecha muchas palabras españolas: el artículo «el», el reflejo «se», la preposición «de»; asimismo todos los infinitivos terminan en *r*, como en español.

Se oyen hoy día, aunque eran más comunes en los dialectos arcaicos de dichas comarcas italianas, muchas palabras españolas, como «razón», «forastero», «camisa», «templo», etc. La suavización de la *t* latina cambiándola en *d*, eufonización que es española y no italiana, como en los participios, que en esos dialectos termina en *do* y no en *to*, que es la terminación italiana; eufonización que se usa también en otras palabras como «saludo», «saludar», «cadena», «serenada», «dedo», etc. En dialecto véneto se suprime del todo la *d* derivada de la *t* del latín en muchas palabras como *d* y *o*, «caena», «cruo», sea «monea», etc., tal como en chileno. En ese mismo dialecto italiano las letras *s*, *c* y *z* están reducidas a la *s* chilena y un sonido algo sordo en algunas voces. En todas esas palabras el italiano conserva la *t* del latín. Los filólogos de Italia admiten la influencia del provenzal para explicar la formación del romance de su país, pero no recuerdan que los bárbaros salieron de Italia para ir a establecerse en el mediodía de la Francia, por lo que los mismos hombres iniciaron los dos romances.

b) Provenzal:

Como prueba de que el provenzal fue creado por los mismos bárbaros que formaron los romances españoles, copio a del «Gay»-*saber* o del «Gaya»-*ciencia*, como llamaban españoles y provenzales a la poesía, escritos muchos siglos después que los Godos habían salido de Francia, y en los que el romance que ellos dejaron allí había sufrido la influencia del francés del norte o lengua *d'oïl*:

*«En la primera part tractarem de la manera de trobar
(...)»*

*«En la segona partida tractarem de bordons, pausas
novas rimadas, de rims de coblas, verses, chansons,
dansas»...*

Algunas de las palabras de esas frases que no son de castellano moderno lo son de arcaico, como «bordons»-*versos*; «verses»-*estrofas*; «coblas»-*coplas*; «part»-*parte*.

Esas frases están en francés y como se ve ni la forma de las voces ni su sintaxis son francesas sino castellanas o portuguesas modernas.

La influencia del romance septentrional de Francia sobre el provenzal se dejó sentir especialmente en su fonética, lo que ha dado origen e falsas interpretaciones respecto a la pronunciación del castellano antiguo.

Los Visigodos dejaron al norte de los Pirineos palabras que aceptó el lenguaje culto por lo que quedaron documentadas, pero que en la Península no lo fueron, aunque debieron persistir en el habla de los iletrados y con ellos llegaron hasta Chile, de lo que ofreceré más adelante algunos ejemplos.

Como prueba de que el castellano se formó principalmente en el cerebro y en la boca de los Germanos establecidos en España, y no en el cerebro y boca de los Íberos, debe tenerse presente la transformación dirigida hacia el gótico que sufrió la conjugación latina, ya que el verbo es el habla, como dicen, y además el hecho muy elocuente de que las palabras que pasaron del gótico al castellano aparecen con muy cortas modificaciones, mientras que algunas de las del latín han quedado inconocibles, como se verá más adelante.

c) Lucha de razas:

Para los que estudian los movimientos de las familias humanas, sus causas y sus consecuencias, no hay acontecimiento más interesante en todo lo que el hombre conoce de su propia historia como aquel choque de las razas del norte de Europa con las meridionales del mismo continente. La extensión inmensa del teatro en que se produjeron los acontecimientos, la duración secular del drama, sus magníficos episodios, y la circunstancia de ser los protagonistas la raza más culta y refinada del mundo en esa fecha, y la más ruda y bárbara de Europa, dan a esa lucha gigantesca las proporciones de la más grandiosa epopeya que registran los anales de la humanidad.

Para los biólogos, aquella lucha a muerte entre dos razas de la misma zoológica es un fenómeno natural y que se repite incesantemente en toda la escala orgánica. Es la eterna ley del perfeccionamiento de los seres organizados sin excepción, de la célula al hombre; es la admirable lucha selectiva descubierta por Darwin; la ley de la supervivencia del más apto formulada por Spencer, tan universal e ineludible como la de la gravitación. Sólo cesa la lucha en las especies prontas a extinguirse.

Por sobre los incendios de ciudades, los degüellos de pueblos, los torrentes de sangre, los mares de lágrimas, las imprecaciones de los vencidos y las elegías de sus poetas, los biólogos contemplan entusiasmados aquella espléndida prueba de vitalidad de la especie superior de los vertebrados, y sus aplausos calurosos y sin reserva son para el vencedor de la jornada, para el que en lis gloriosa mostró el inextinguible vigor que reservaba la especie en su raza predilecta.

Los bárbaros rubios no sólo fueron destructores de hombres y ciudades, sino que su sangre y su alma fueron el fermento vital de aquella gestación poderosa que de entre ruinas y hecatombes vio alzarse la civilización moderna. En esa tarea de resurrección de la humanidad caduca, tocó a la familia gótica la contribución más caudalosa de la sangre joven y vivificante.

La falta del conocimiento de la lengua de la familia germánica que se estableció primeramente en Italia, luego en el sur de Francia y por fin en España, cuando en esas regiones aparecieron los romances, ha sido la causa de que el estudio científico de estos idiomas sea hasta la fecha muy deficiente, y la filología moderna tendrá que rever todo lo hecho y modificar gran parte de la obra antigua.

5.-

a) El dialecto chileno es el lenguaje de los conquistadores godos de Chile:

Es verdad que el lenguaje del campesino, del chileno que no ha aprendido en la escuela o en la ciudad el castellano es exclusivo de nuestro país. Algunas de nuestras palabras se usan también aquí o allá en algunas provincias de España o países de la América Latina; pero la lengua en su totalidad, con sus voces, fonología, morfología y sintaxis particulares es herencia privativa del chileno. Efectivamente, nuestro dialecto era el hablado por los conquistadores de Chile, de lo que espero convencerlo en el transcurso de la presente.

Para darse cuenta cabal del lenguaje de Pedro de Valdivia y de sus compañeros y sucesores, hay que tener presente estas tres consideraciones:

1.^a El español escrito en la Península en el siglo XVI, en que empezó la conquista de Chile, era un idioma literario de relativa reciente creación, que el pueblo iletrado todavía no hablaba allí.

2.^a El idioma que aparece escrito en las obras de ese tiempo no se pronunciaba entonces como lo pronuncian los españoles a la fecha, por lo que tiene razón Puigblanch al decir que si fuera posible oír hablar a Cervantes o Lope de Vega, nos parecerían extranjeros por su acento.

3.^a Que el campesino iletrado ha recibido su lengua por tradición oral de padres a hijos, por lo que no es extraño que no hable el castellano actual, que los conquistadores, sus padres, no conocían por ser iletrados en su gran mayoría.

En el curso de la presente encontrará Ud. la comprobación de las aseveraciones anteriores. Hay, además, constancia histórica de que tanto los maestros como los indios que aprendían la lengua castellana la pronunciaban como los conquistadores, no como los letrados. El padre Ovalle, nacido en Santiago, en 1601 y muerto en 1661, tratando en su «Histórica Relación» (*Colección de Historiadores*, tomo 12 pág. 166) de la semejanza de los mestizos con sus padres europeos, dice:

«Ni el modo de hablar, ni en la pronunciación (difieren) y esto no sólo en los mestizos, sino también en los mismos indios de aquella tierra, los cuales cuando se crían entre nosotros, cortan tan bien la lengua española, que ni en la frase ni en el modo de pronunciar ni en los dejos se reconoce diferencia alguna».

Esas expresiones «la pronunciación», «los dejos» se refieren seguramente al modo particular de hablar de los españoles de Chile, pues Ovalle escribió en Europa, y era, además, gran latinista y literato.

Aquellos hombres que no sabían ni firmarse. Habían aprendido igualmente de boca de sus padres el habla que usaban, por lo que su idioma representaba el escrito en la Península en tiempo anterior al descubrimiento de América. Bien conocido es el hecho de que las mudanzas que sufre un idioma literario llegan con mucho regazo al pueblo analfabeto.

Para encontrar, pues, nuestro dialecto, que era, como creo seguro, el que hablaba Pedro de Valdivia, aunque no el que escribía su secretario el bachiller Cerdeña, hay que ir a buscarlo en los escritos castellanos de los siglos XIV y XVII y aun en los primeros documentos del romance español. En aquellos siglos quedaban en el romance peninsular muchas voces góticas que fueron olvidando los literatos, que tenían fija la vista en la lengua que les servía de modelo, la romana, y por esa misma tendencia iban recuperando una forma cada vez más latina las palabras de ese idioma que habían sido demasiado «estropeadas» por los Godos.

Esas mismas circunstancias, explican dos de los caracteres del lenguaje chileno. Es el primero, el de que subsistan en él muchas voces arcaicas, algunas de una antigüedad remota y en mucho mayor número que las apuntadas como tales en los diccionarios de chilenismos. El segundo es el de que usamos en Chile varias palabras de origen gótico que no se hallan documentadas en los escritos castellanos de ningún tiempo, por lo que pasan como inventos nuestros, como chilenismos verdaderos, siendo, sin duda, palabras empleadas por los Godos literatos, y que el lenguaje culto, el escrito, no había admitido.

b) El valor de la *d* en chileno:

Como no es posible tratar aquí todo lo que concierne a nuestra manera de hablar, trataré sólo de algunos puntos más comprensivos y característicos del dialecto chileno.

Uno de los cargos concretos que se hacen al roto chileno por nuestros compatriotas ilustrados, es el de que nos «comemos» casi todas las *d* de las palabras castellanas.

Los extranjeros de habla castellana dicen que todos los rotos chilenos, ilustrados o no, tenemos esa tendencia voraz respecto de la *d*; y los extranjeros de idioma diverso del español afirman que esa es una condición general de este idioma. Pero es la verdad que el roto iletrado, no sólo debilita el sonido de dicha consonante, sino que suprime del todo en varias posiciones.

El valor fonético linguo-dental de la *d* es uno de los que mayores modificaciones ha sufrido en el curso del tiempo y a través de las diversas aptitudes vocales de los pueblos.

En las dos lenguas matrices del castellano, el valor de esa letra venía sufriendo desde antiguo idéntica transformación: tanto en el latín como en el gótico tendía a perder su carácter explosivo, fuerte, y a tomar uno suave, semejante al de la *z*, o mejor al de la *th* inglesa, en sus dos valores, y más tarde concluyó por desaparecer completamente, primero de la pronunciación y después de la escritura de muchas palabras.

En el latín antiguo, de siglo, y medio o más antes de J. C., se escribían con *d* final «altod», «magistratud», «dictatored», «suprad», «publicod», etc., pero es probable que ya no se pronunciaran, por lo que en el latín posterior a esa fecha esa *d* final se suprimió también de la escritura. Igual debilitamiento experimentó esa consonante en medio de dicción cuando era seguida de otra dental: *rodtrum*, *cadtus*, etc., pasaron a *rostrum*, *cactus*; asimismo, cuando era seguida de una *s* como en «peds», «pecuds», etc., que se escribieron después «pess», «pecuss», para llegar, finalmente a *pes*, *pecus*, en el latín clásico.

En cuanto al gótico, no se puede seguir la historia de sus variaciones fonéticas o gráficas, porque sólo se posee un documento importante de dicho idioma, una parte de la Biblia que tradujo el obispo godo Wulfila, en el siglo IV de nuestra era, cuando estos bárbaros moraban en el suroeste de Rusia, manuscrito conocido con el nombre de *Codex Argentus*, *Libro de Plata*, porque está encuadernado en plata maciza, libro que se conserva como reliquia en la Universidad de Upsala, en Suecia. Los otros documentos en gótico son poco extensos, tal vez coetáneos o muy poco posteriores al *Codex*. Sin embargo, nótase en ese *Codex* que no existe la *d* explosiva linguo-dental, con caracteres de fijeza en las variaciones morfológicas de las palabras que la llevaban, sino en principio de dicción, y cuando seguía a las consonantes *n*, *r*, *l*, *z*. Entre vocales, aunque se escribiera *d*, su valor como sonido era el de *th* suave inglesa. Al fin de palabra Wulfila escribía *d* o *th*, al parecer sin regla fija, prevaleciendo la primera sólo en el evangelio de San Lucas.

Ésa era la precaria condición de dicha consonante al tiempo en que los Godos arribaron a los países de habla latina. La tendencia de la *d* a suavizarse, a esfumarse hasta desaparecer encontró amplia franquicia en aquellos tiempos de grandes tempestades creadoras que los literatos dejaron pasar agachados y mudos, y favorecida por la otra tendencia goda a simplificar y acortar las voces.

Pronunciaban pues los Godos sin *d* muchas palabras latinas que la conservaban, y así mutiladas tomaron plaza en el romance castellano: «turbio» de *turbidus*, «limpio» de *limpidus*, «hoy» de *hodie*, «ver» de *videre*, «rubio» de *rubidus*, «fiel» de *fidelis*, «caer» de *cadere*, «a» de *ad*, «creer» de *credere*, «escampar» de *discampare*, etc. En español

antiguo eran mucho más numerosas, pero los etimologistas latinizantes, desde que empezaron a asomar en público, iniciaron sus reclamos gritando: «¡Al bárbaro!, ¡al rústico!, ¡al ignorante!», y hubo quien les creyó. Restituyeron pues muchas de esas letras que habían sido suprimidas, anotándolas en sus escritos, y de la escritura pasaron nuevamente a la pronunciación.

Esa flojedad o negligencia en la pronunciación de la *d*, debida sin duda a causas fisiológicas vocales, trajo en español el cambio de la *d* latina por otras consonantes de más fácil articulación para los Godos. Es frecuente en el romance castellano la sustitución de la *d* latina por la *l*: «cola» de *cauda*, «esquela» de *scheda*, «olor» de *odore*, «ralea» de *radice*, etc. También esta mutación era más frecuente en castellano arcaico; Juan Ruiz, poeta del siglo XIV, escribía «Sábalo» por «sábado»; en el Fuero y otros escritos de ese tiempo se dice «melecina» por «medicina», como decimos en Chile. Del *septimana* latino salió primero «sedmana», luego «selmana», que se convirtió en semana, así como de *Adfonsus* salió Alfonso, Gonzalo de Berceo escribía «lexar» por «dejar» en el siglo XIII.

Una de las numerosas formas en que aparece documentado el nombre de la ciudad que es hoy capital de España es Mairit, en que se ve pérdida la primera *d* y sustituida la última por una *t*, treta literaria para obligar a que se pronunciara la *d* final, pues aquella *t* sonaba sólo como ésta. A pesar de esa *t* creo que los Godos pronunciaban «mairil», que es como la pronunciamos en Chile, porque la *l* final queda en el adjetivo madrileño, habiendo sido restituida la primera *d* posteriormente. De la misma manera la voz ardid debería ser ardid en un principio, puesto que persiste esa forma en el apellido Ardiles, forma que nosotros conservamos en el sustantivo y en el adjetivo: ardil, ardiloso.

Con lo anterior estamos ya en aptitud de explicarnos algunas de nuestras palabras más extrañas, como el adverbio «airel» = *adrede*, que ni siquiera se atreven a anotar los diccionarios de chilenismos, y nuestras voces «ailante», «almitir», «abersíá», etc.

La dificultad que tenía el Godo para pronunciar la *d* linguo-dental explosiva, subía de punto cuando esa letra entraba en algunas combinaciones, v. g., en *dr*.

En gótico han quedado documentadas muy pocas palabras con esa combinación, sólo unos cuantos verbos y uno que otro nombre la llevan y eso en principio de dicción. En medio de palabra solamente se encuentra después de *n* o *l*, situación en que, como he recordado, el gótico hace uso de esa letra: «vendre», «allá», «sundro», «separadamente».

Es aún probable que la *dr* los Godos la pronunciaran como a menudo la pronuncian los ingleses, articulándola con la punta de la lengua y la parte anterior del paladar, por lo que el sonido dental no se percibe, oyéndose sólo una *r* particular. Así el gótico «*drinkan*» = *beber* (anglosajón «drincan», inglés «*to drink*») creo que sonaba en su boca más como «rincan» que como «drincan» de la manera que los ingleses pronuncian *drink*.

El Godo apeló para salvar esa dificultad a varios expedientes eufónicos. El más común fue el de anteponer una *i* a *dr*, y así decían o por lo menos escribían Peidro, Peidrez. Pero es de creer que esa *d* no la pronunciaban en los primeros tiempos, pues ese nombre aparece escrito «Peyro» al lado de «Petru» en los documentos primitivos en que se ve al latín alternar con el romance naciente (E. Gorra, *Lingua Spagnuola*, pág. 15).

El nombre Pedro sólo aparece en documentos muy posteriores al siglo XI, y sólo en el siglo XIV o XV se afirmó en la escritura al lado de su forma sincopada «Pero». En los anteriores puede notarse su forma insegura y vacilante, pues está escrito de varias maneras en un mismo documento.

En la donación que Mari Roiz, de Castilla la Vieja, hizo en 1173 al hospital en que se curaba se lee: «morador en el hospital de Sant Peidro de Cardenna» (*nn = ñ*) «damos a vos don Martín Abbat e a los monges del monasterio de San Pedro de Cardenna, et a los que vernan después de vos»... Entre los colindantes de las tierras donadas figura un «Miguel Peydrez», escrito más abajo «Migael Perez», y otro «Pero Sancio». En el códice del *Poema del Cid* perteneciente a Pidal y Mon, el más antiguo de los que se conocen, escrito antes de 1320, sólo en una ocasión (verso 363) se lee «Sant Peydro»; en las demás partes siempre «Sant Pero». Pedro Bermúdez, el insigne varón del Cid, se encuentra escrito muchas veces «Pero Bermuez», una sola «Per Bermuez» (verso 1841) y dos veces «Pero Mudo» (v. 3302 y 3310) aludiendo al significado de su apellido; nunca Pedro Bermúdez.

En varios otros documentos de Castilla la Nueva del siglo XIII se encuentra escrito ese nombre «Peydro», «Peidro», «Petrus», «Petro», «Pero» y «Per» y los patronímicos «Petritz», «Petrez», «Peydrez», «Pedrez». Un Pedro Pérez figura ya como testigo en 1183 en una donación de Pedro Manrique a la orden de Calatrava.

En escritos de esos siglos se ven también «Piédrolas» al lado de «Piérolas», «Dídaz» había ya cedido su puesto a «Díaz».

La forma «Peiro» del chileno es sólo pues la más arcaica del romance castellano. En el dialecto véneto queda «Piero» en vez de «Pietro» italiano. Los provenzales escribían por esos tiempos «Peire» y sus analógicos «mayre», «payre», «peira». Los diptongos *ai/ei* se pronunciaban en Provenza *e*, según los filólogos. ¿Los habían pronunciado siempre así? Es largo este tema de la diptongación de las vocales latinas al pasar a los romances, pero esa *e* latina que hay en «Petrus», y en esa situación, no se convirtió nunca en *ei* sino en *ie*, quedó sin modificación. Las formas «Pietro» italiana, «Piero» véneta y «Pierre» francesa, son ajustadas a las reglas; pero la provenzal, la española arcaica y la chilena quedan sin explicación si no se acepta el origen eufónico que le he señalado. En nuestra palabra «pieira» = *pedra*, hemos diptongado la *e* breve latina según las reglas, pero hemos añadido la *i* eufónica. Es esa la manera de explicar la presencia de la *i* en «airel», admitiendo una forma intermediaria «aidrel», forma que suele oírse, aunque raras veces, entre nosotros, y que es analógica de «Peidro». Luego veremos otra de estas íes allegadizas, que no tienen otra razón de existir que la dicha. A un oído ejercitado no le es difícil oír un tenue apéndice linguo-dental antes de la *r* en nuestra voz «Peiro» y sus analógicas «maire», «paire», etc., en la pronunciación de los colchaguinos y curicanos especialmente.

Las formas «mare», «pare» y otras analógicas de «Pero», que suelen oírse en la Península, son de creación posterior a las nuestras, como «Pero» lo es respecto de «Peyro».

Nuestras inflexiones verbales «tendré», «tendría», «venré», «venría», etc., creo que eran las del habla común en España, aunque hasta el siglo XVIII solían escribirse, como era de regla en los primeros siglos, «terné», «ternía», «verné», «vernía», y lo creo así porque aquella es la forma más lógica según los antecedentes recordados, y porque al norte de los Pirineos se dijo y escribió siempre «tenré», «venré», etc. El verbo *poder*

hacia su futuro y su pospretérito «poyré», «poyría» en la Provenza, como se conjuga en chileno, en la fecha en que la escritura de la Península aparece con la forma actual o «poderé», «podería».

Sin salir de este tema hay todavía muchas otras palabras documentadas en provenzal porque fue el primero de los romances que se hizo literario, conservando las formas más arcaicas de algunas palabras latinas eufonizadas por los Godos; pero con las apuntadas podrá Ud. convencerse de que no hemos corrompido, como se segura, esas voces castellanas.

En otro casos los Godos recurrían para ahorrarse la pronunciación de *dr* a cambios hoy inexplicables; así llamaban «*esigrio*» al santo y «sabio obispo godo» que llevaba el nombre griego de «Isidro». La palabra latina *pigritia* fue aceptada sin variación fonética en el castellano antiguo, siendo reemplazada por pereza sólo desde el siglo XIV. A la fecha creo que no se usa la forma latina sino en chileno, y casi únicamente en la frase: «Te come la pigrisia».

Nuestras voces «vigrio», «vigriolo», etc., tiene como se ve antecedentes analógicos.

6.-

a) Pérdida de palabras de origen gótico en el español moderno:

Antes de citarle documentos literarios en comprobación de que el español arcaico suprimía la *d* de muchas palabras que en el español actual la llevan, debo recordarle que tales documentos fueron escritos por personas que poseían la ilustración literaria de aquel tiempo, la latina, por lo que al escribir el lenguaje corriente deberían tener presente la escritura de aquel idioma, y así el romance escrito sería más que el hablado por los iletrados. No es inverosímil que les sucediera lo que se cuenta del dómine colchagiino que, corrigiendo la plana a un escolar, le decía en tono de reproche: «sordao s'ehcribe con *l* y con *d*».

Ha de tenerse presente, asimismo, para apreciar el valor cronológico de algunos escritos españoles arcaicos, que los manuscritos más interesantes han sido retocados con el fin de cambiarles su ortografía primitiva por otra en uso a la fecha de la corrección. El manuscrito de *El Cid*, antes recordado, ha sido corregido en varias ocasiones con aquel propósito, y sólo mediante procedimientos químicos delicados ha podido restablecerse su ortografía primitiva, de 1307, según se cree.

Del hecho de que el idioma hablado en España en los primeros siglos de que nos quedan escritos eran más gótico por sus voces y por su fonética hay numerosas pruebas.

Muchas palabras de origen germánico que se encuentran en los primeros escritos castellanos fueron siendo paulatinamente reemplazadas por otras de origen latino: «ardido» del gótico *hardus* cedió su puesto a «esforzado», «animoso»; «guisa» de

«wisa», lo cedió a «manera», «modo»; «fiscar» de «fiskón», a «pescar»; «adrunar» (palabra híbrida del latín *ad* y del gótico «runa» = «misterio», «deliberación secreta») a «adivinar»; «mataloje», híbrida también, a «provisiones», etc. Además, debieron usar muchas otras palabras de origen gótico que no aceptaron los escritores, que sólo quedarían en el lenguaje hablado por los Godos de España. Algunas de ellas aparecieron por primera vez en escritos castellanos aquí en América, por lo que los diccionarios las dan como americanismos, como invenciones de los conquistadores aquí en el nuevo mundo conquistado por ellos. De esta clase son «guasábara», sorpresa dada por los conquistadores a los indios, y que viene de «hwasaba», «mita», «repartimiento de indios». En antiguo español se decía *mita* por «medida», pero la acepción dada en América a esa voz no era conocida en Europa en el lenguaje escrito. «Mita» es palabra gótica, de «mitán», que vale «repartir», «dividir para distribuir». *Tranca*, en el sentido de «embriaguez», es el «drank» gótico, de «drinkán» = beber, «trank» en alemán. *Guaraca*, además del «látigo» con que se ejecuta, significa el «acto de perseguir con azotes», y así se dice «correrle guaraca» por «perseguir o ahuyentar a alguien a azotes», del gótico «wraka» = *perseguir*. Hay varias otras en ese caso, las que emplearon naturalmente los conquistadores en esta su nueva patria, todavía sin correspondientes.

En la misma Península aparecieron relativamente tarde algunas palabras de origen germano, pero es de creer que no fueron creadas en la fecha en que aparecen en documentos, sino que pertenecían al lenguaje hablado y que aceptó el literato. Así hasta el siglo XIV o XV se decía «fol» por «loco», palabra derivada del gótico «fuls», y desde esos siglos hasta el presente se usa sólo «loco», que también es gótica de origen, pues viene de «laikán» = *saltar, hacer cabriolas, loquear*.

A propósito de la etimología de estas palabras castellanas «fol» o «loco», corren opiniones diversas entre los peninsulares que son muy ilustrativas respecto a los puntos que calza el saber en esta materia. «Fol» viene, según dicen, del latín «follis» = *fuella*, porque los locos se mueven balanceándose, con vaivenes, como ese instrumento cuando juega su oficio. Como no hay en alguno de los idiomas a que recurren por etimologías, ninguna otra palabra que se asemeje a «fol» y «folia» (arcaico «locura»), echaron mano del instrumento nombrado, y conformes. Respecto a la voz «loco», han encontrado varias en latín muy parecidas: «locus» = lugar, «lucus» = bosque, «lux» = luz, han sido propuestas por autores graves, pero se han desechado en vista de que no hay como relacionar las ideas entre la derivada y esas primitivas. Entonces se apeló al latín «loqui» = *hablar*, recordando los charlatanes que son algunos locos. Otro propuso de la misma lengua «ululare» = *aullar*, porque se dan que alguno de estos desgraciados que aúllan. No satisfecho otro autor, afirmó que los árabes decían «locca» por «locura», y primó esa opinión hasta que se cayó en la cuenta de que desgraciadamente no existía tal palabra en árabe. También se ha propuesto una del griego: «alogos» = *el que no tiene la razón en las discusiones*. Monlau, que analiza todas esas etimologías, las desecha todas, en lo que acierta, y concluye diciendo: «Más probable es, sin embargo, que haya de acudir a un origen céltico», en lo que yerra.

Como le decía en una de las carrillas anteriores, están los castellanos atrasados también en el conocimiento de su lengua; porque esas etimologías que dejó apuntadas son de las que llaman por consonancia los entendidos, o de sonsonete, como decía Eduardo de la Barra.

Para proponer las etimologías góticas que he apuntado he tenido en vista no sólo la forma externa de las voces sino también su significado. «Fuls» está documentado en

gótico en la acepción de «sucio», de «pútrido». Pero hay que recordar que de ese idioma sólo se poseen los fragmentos de la Biblia que le he recordado y una que otra corta inscripción, por lo que no es muy aventurado que se usara también con otros significados análogos y en sentido metafórico. En anglosajón se decía como en gótico «*ful*», de donde el inglés moderno ha obtenido la palabra «*foul*», que se aplica especialmente en sentido figurado para significar una persona despreciable, vil, de natural perverso y repugnante. En casi todas las lenguas germanas existen palabras semejantes por la forma y por el significado a la gótica «*fuls*». En español antiguo se dejó «*folón*» y más tarde «*follón*», en tiempo de Cervantes, palabras en las que se ve el significado traslaticio, pues eran empleadas en el sentido de «cobarde», «mandrín», «despreciable». Igual significado moral tiene la voz francesa *fou*, la italiana *folle*, que valen «loco» en castellano; la española, francesa y provenzal «*felón*», y la italiana «*fellone*», etc., etc.

De la idea de cosa repugnante y vil pasó al término gótico castellanizado a significar persona de esas cualidades morales y mentales y en tal sentido se escribió por los letrados; pero un hombre loco, un amante es más digno de compasión que de censurar por su infeliz estado moral; así quedaron sólo «*follón*», «*felón*», «*felonía*», etc., y para caracterizar al hombre que ha perdido su razón tomó la voz loco del lenguaje vulgar gótico que recuerda cualidades externas que no envuelven censura. El verbo *laikan* está documentado en el sentido de «saltar» y «danzar», pero el anglosajón que conserva sus radicales: *lacan*, significa no sólo «saltar» sino también «nadar», «combatir», «modular»; y el nórdico *leika*, «gozar»; «saltar», «el moverse de la llama», etc. El alemán medio *leichen* comprende asimismo los significados de «saltar» y «gozar», y otros que encierran la idea de movimiento. La palabra *loeg* del antiguo irlandés, que tiene la misma etimología que las demás palabras recordadas, significa «ternero» en atención a la actividad muscular manifestada en sus saltos y cabriolas continuas y alegres.

Tengo pocas dudas de que la voz española «loco», que tiene las radicales de la gótica y demás apuntadas, significó en un principio lo que sus congéneres de las otras lenguas. Si los diccionarios no le dan ese significado, en cambio el verbo *loquear* dan el de «regocijarse con demasiada bulla y alboroto». Cuando decimos de un niño que es un «loco» porque es juguetón, brincador y travieso, empleamos esa palabra en un sentido primitivo.

b) Chilenismos de origen gótico:

Fue naturalmente en este rincón de la América llamado Chile, punto de cita de los Godos de España, en donde queda el mayor número de esas voces del lenguaje primitivo germánico que ellos seguían usando en su lenguaje y que el castellano literario no empleaba.

Muchas de las palabras oídas sólo en nuestro país a la fecha, los chilenismos verdaderos, y que tienen etimología gótica, fueron traídas seguramente por los conquistadores: «botar» = *tumbar*; «botero» = *el que hace botas*; «botín»; «bototo»; «futre»; «fija (a la)»; «frisca»; «franquear» = *conceder*, «prestar»; «regodear»; «rudo» = *intrincado, difícil*; «rona» = *mala suerte en algunos juegos*, «causeo» y «causiar» =

bocado delicado escogido que se come a deshora, y su verbo; «vandear» = *rondar*; «aserse» = *del todo, completamente*; «fajar» o «fajarse» = *trabarse en lucha cuerpo a cuerpo, maltratar*; «guasos» = *guacho*, palabra que creo nacida en Chile; «grasar» = *aumentar la devastación de una peste o calamidad*; «liudo» = *lacio, sin fuerza, que se dobla fácilmente*; «copar» = *poner fin a una contienda o riña de un golpe decisivo*, etc.

También son góticas las interjecciones «¡hupa!», que decimos cuando ayudamos a alzarse a un niño u otra persona, y el grito de entusiasmo o contento «¡hia!» como el «¡hopa!» u «¡houpa!» para detener con imperio.

Entre las muchas costumbres godas que conservamos los rotos existe en los campos la de detener al conocido que pasa con la frase: «¡Hopa, amigo!, ¿p'onde he va pasando? ¿Qué no ve qu'ethoi yo aquí?», con tono de reconvencción o desafío en broma.

El héroe invisible de los títeres de Chile, don Cristóbal, aparece en el retablo desafiando a cielo y tierra y diciendo a grandes voces: «¡Yo soy don Cristóbal!, ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!», cacarea como gallo y bromea el gorro. Es una parodia de la antigua costumbre de los desafíos entre los Godos, como es una reminiscencia atenuada de lo mismo la costumbre dicha de los campesinos chilenos.

Esa interjección no la he encontrado documentada, por lo que persistió, como tantas otras palabras del mismo origen, sólo en el habla, y por ese mismo camino llegó a nosotros, siendo por tal motivo mirada como nacida en nuestro suelo.

El héroe titeresco agrega generalmente a su nombre el del lugar de su nacimiento, como acostumbraban los Godos: «Yo soy Rui Díaz, el Cid campeador de Vivar». El de mi tierra, de voz estentórea, gritaba: «Yo soy don Cristóbal de Colchagua, ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!».

Como Ud. sabrá, los títeres chilenos son unas figuras de madera más bien pintadas que talladas, con escasa indumentaria y sin brazos, y el retablo, que representa el palenque, está reducido a una cortina por sobre la cual las figuras asoman de medio cuerpo arriba.

Las evoluciones y alarde de destreza en el manejo de las armas que acostumbraban los campeones godos que salían a desafiar a la lisa, las parodias don Cristóbal recorriendo amenazante la cortina de cabo a cabo y haciendo molinetes con la cabeza, su arma formidable, y lanzándose de punta con todo el cuerpo como para traspasar de parte a parte el enemigo que se presente, lo que hace verdaderamente cómica la parodia.

Es siempre don Cristóbal un hombre rubio muy colorado, y sus enemigos, a quienes despacha de unas cuantas cabezadas, son siempre pálidos, de barbas negras, meridionales. El tipo de quintañona hombruna y peleadora, doña Clara, alias Mama Laucha, es también meridional. La cantinela de dicha señora: «Hipa hupa, gurupa, cuchupa, hipa, hupa», que canturrea en tono de zumba y con vocecilla de gallina con estacas, parece ser sólo uno de los mozos de burlarse de otra persona sacando consonancias a lo que dice, costumbre muy usada por los Godos. Tanto lo recordad como otras escenas de nuestro títeres los creo un capítulo interesante del folklore gótico en España, pero su análisis no es de nuestro estudio.

la interjección *hopa* parece ser la primera persona del presente de indicativo del verbo gótico «*hwopan*» = *jactarse*, especialmente *jactarse*, de valiente, de esforzado, y equivaldría a: «Yo me jacto de vencer al que se presente, yo reto a duelo».

En castellano han quedado de ese origen varias voces, entre las cuales está el verbo *guapear*, cuya etimología no conocen en España, y que, según el diccionario, significa «ostentar ánimo y bizarría en los peligros», pero que en chileno no significa eso sino lo que el gótico, jactarse de valiente, de guapo. Cuando se dice en chileno que alguien está guapeando, queremos significar que con sus palabras y actitud está desafiando a poner a prueba sus puños o sus armas, de hombre a hombre.

Hopa y *guapear* llevan implícito el significado de «gritar» o «alzar la voz»: no se guapea en voz baja, ni esa interjección se acostumbra sino en voz alta. Aunque *hwopan* ha quedado sólo documentado en el sentido de «jactarse» o «alabarse», es posible que en gótico tuviera, asimismo, el significado de «alzar la voz» o «gritar», pues el inglés *whoop*, «gritar», y también «insultar en voz alta». El francés *houper* envuelve también el significado de «gritar». En gótico hay un verbo sin aspiración, *wopian*, que significa «gritar», «invocar».

Respecto de «causa», recuerdo que en el Perú dan ese nombre a un guiso particular, pero no la emplean en el sentido general que nosotros. En Trieste y otras ciudades alemanas del Austria, regiones en un tiempo habitadas por los Godos, no es raro ver en las hosterías u hoteles de los suburbios un letrado con la palabra *jausse*, que significa exactamente lo mismo que la nuestra «causa» o «causeo», y que indica al transeúnte que puede pasar a cualquiera hora a saborearlo. Asimismo conjugan el verbo *jaussen*. Ni el verbo ni el sustantivo pertenecen allí al lenguaje literario, están en las mismas condiciones que los nuestros.

Las voces chilenas, y también las austriacas probablemente son las góticas *kausia*, «cosa escogida», «delicada especialmente al paladar», y el verbo *kausian*, «probar», «catar», «escoger», palabras de que provienen muchas otras en los romances: provenzal «*causir*», italiano «*ciasire*», francés «*choisir*», y en castellano «catar» y sus derivados.

Las acepciones especiales que damos en Chile a algunas palabras castellanas, pienso asimismo que llegaron aquí con los conquistadores. Por ejemplo, *listo*, que en español castizo significa «diligente», «pronto», «expedito», tiene entre nosotros, además de las del diccionario, una muy particular. Cuando alguien dice a otro: «Fulano es muy listo». acompaña la frase con un gesto expresivo, alzando las cejas, como quien dice: «Mucho ojo amigo». Es que *listo* es entre nosotros «astuto», el zorro, el bellaco agudo. ¿Cómo ha podido llegar a tener en Chile tal significado esa voz? Creo que los hidalgos españoles siempre conservaron tradicionalmente a dicha palabra la acepción de la voz gótica que deriva *lists* en gótico no quiere decir presteza ni diligencia, sino «astucia», «maula», «engaño».

«Gritar», «levantar la voz más de lo acostumbrado», dice el diccionario. En los campos de Chile llaman «gritón» al niño llorón; pudiera creerse que emplean esa palabra atendiendo a la elevación de la voz durante el llanto, pero no es así; yo que me he criado hablando chileno, sé que no es ésa la razón del empleo de aquella palabra: *gritón* quiere decir en chileno «hombre que se queja por un dolor que no vale la pena, que se lamenta o gime por poca cosa, aunque los quejidos y lamentos no sean en alta voz». *Gritón* es, pues, equivalente a «quejumbroso»; ése es su significado primitivo, el dado al hombre que alza demasiado la voz es secundario. El verbo gótico *gretan*, de que viene el castellano «gritar», significa asimismo «quejarse», «lamentarse», «llorar». El verbo inglés *to cry*, que tiene la misma etimología del gótico, significa también «gritar» y «llorar». Verso por estrofa vino de la Provenza literaria como vimos.

Los chilenismos de origen gótico deben pues haber venido de España con los conquistadores y serían de creación antigua, porque no es posible admitir que aquí formaran palabras tomadas de su idioma primitivo, olvidado tantos siglos antes.

Los chilenismos que pueden haber creado aquí los conquistadores serán los que se refieren a las condiciones de su vida en Chile o a los acontecimientos en que tomaron parte. Hay en realidad muchos de ese origen:

Pellejerías = «sufrimientos», «escasez», que recuerda los tiempos en que pellejos eran su traje, pellejos su montura, pellejos su cama y pellejos sus libros. Se sabe que algunas actas del Cabildo de Santiago se las comieron los perros. Andando los tiempos empezó a llegar paño, pero no alcanzaba más que «para los de misa», y en los banquetes y comidas, sólo se sentaban a la mesa principal los que vestían género, dejando a los jóvenes, a los amigos de confianza y parientes pobres la mesa del pellejo.

Parche = «Los remiendos de cuero de sus vestidos», aludiendo al parche de los tambores, y como aquel menester era frecuente, dio para verbo: *Parchar*. Las escasas monedas y las pepitas de oro que les traían las gulchas araucanas las guardaban en pellejos de cabritillos nonatos, y así las apostaban a la sota, porque, aunque eran aficionados como buenos Germanos, nunca jugaban al crédito, sino Chivateado. Cuéntase de Valdivia que apostó a una de espada un cabritillo de éstos, que habría sido ya nato, porque contenía 18 mil pesos de los de aquellos felices tiempos. El montero echó el siete en puerta y recogió sin que a don Peiro se le moviera una pestaña. Con los pellejos de cabros adultos suplieron por mucho tiempo, y aún se usa hoy en los campos, los barriles para guardar y conducir el aguardiente, por lo de que no es de extrañar que éste adquiriera algún olorcillo a chivato, nombre que le dieron al contenido. Con el uso continuado, empapadas y lavadas hasta sus últimas fibras, esos odres perdían al fin su cúprico aroma, teniéndolo desde entonces como Curados, de olores extraños, y así también llamaron a los prójimos que se remojan y enjuagan por el mismo procedimiento, añadiendo a veces para que no quedaran dudas respecto del origen de ese chilenismo, la frase, también chilena, Como cuero. *Sin andar forrado en pieles* era para los Godos sinónimo de «estar cómodo, abrigado, provisto». *Estar pelado* significó lo contrario, y en el continente conquistado por ellos, *pelar* es «desnudar de su buena fama al prójimo». En Chile usaron en ese sentido frases más enérgicas, como: «Sacar el pellejo», «sacar el cuero». Amenaza terrible de un Godo encolerizado era la de: «Te saco el odre».

Usamos en Chile algunas palabras que, aunque todavía las traen los léxicos, no las emplean en ninguna parte a la fecha, como, *v. gr.*, *fajina* en el sentido de «toque alegre con el que se despierta a la tropa al alba, en los cuarteles», y, por extensión, «el que causa alegría», como el del rancho. Los etimólogos peninsulares ni se acuerdan de esa voz castellana. Probablemente creen que es sólo un empleo extravagante de la otra palabra *fajina* que viene del latín *fascina*, *haz* (de ramas); pero no es así: *fajina* es palabra de origen gótico que significa «alegría», como *fajinón* es «alegrar» o «alegrarse».

Puede asimismo notarse que en chileno empleamos de preferencia las voces castellanas de origen germánico en lugar de las sinónimas de origen latino: «aguantar», «aguaitar», «guantada», «ganar», «maraña», «matrero», «gresca», «pata», «trebejo», «zalagarda», «votar» en el sentido de «sufragar», etc.

Con esta palabra *votar* les sucede a los etimologistas españoles lo que con *fajina* y varias otras que están en el mismo caso, esto es, que tienen homónimas, voces con igual forma, pero de significado y origen completamente diversos. Parece que consideran más importante la forma que la idea expresada en las palabras. Hay en castellano dos palabras *voto*, como de castidad, de pobreza, etc., y el adjetivo *votivo*. No hay verbo simple para expresar esa acción. El verbo *votar*, «dejar constancia de su parecer u opinión por medio de cédulas o de otra manera», y el sustantivo *voto*, su cognado, no tienen relación ideológica con los anteriores, son otras palabras. ¿Cuál puede ser la etimología de estas últimas? Hay en gótico una serie de palabras que significan «parecer», «testimonio», «opinión», etc., y que tienen la misma radical que *voto*, aunque ampliada, hecho muy frecuente en lingüística. Así: *vitwodi* = «testimonio», *vitwozs* = «aseveración», *vitwodian* = «testificar» y varias otras, escritas también con *w* inicial. Dejo sin respuesta la pregunta. La lingüística no es ciencia matemática, por lo que en estas materias caben pareceres discordantes, que no discuto por falta de tiempo, espacio y autoridad.

7.-

a) La *d* en español arcaico:

El Marqués don Enrique de Villena, el Nigromántico, decía en 1433 en su *Arte de Trobar*:

«La ochava. Como se ponen algunas letras, e no se pronuncian: e otras se pronuncian, aunque no se ponen».

Y refiriéndose al débil sonido de la *d*, añade más adelante:

«E porque la *D* cuando viene cerca de *O* siguiente, suena débilmente, añadiéndole una *G* como por decir ‘portado’, ‘portadgo’, ‘infantado’, ‘infantadgo’ e entonces suena la *D*».

Varios ardidés como se emplearon los escritores para latinizar la fonética del castellano primitivo, pero los analfabetos seguirán diciendo «portao», «infantao».

En el conocido *Diálogo de las lenguas*, escrito durante el reinado de Carlos V, y atribuido a Juan Valdés, a propósito de esta misma letra, se encuentra este pasaje:

«Marcio.- ¿Por qué entre vosotros unos ponéis unas veces una *d* al fin de las segundas personas de los imperativos, y otros siempre la dejáis, escribiendo unas veces

‘tomá’ y otras ‘tomad’; ‘comprá’ y ‘comprad’; unas ‘comé’ y otras ‘comed’?

Valdés.- A los que no la ponen querría que pidiédes la causa, que yo que la pongo, bien os la daré».

Mayans escribía en 1737 en su obra *Orígenes de la lengua española*:

«*D* quitada del fin, ‘ad’, a; ‘volá’, ‘leé’, ‘oí’, por la figura apócope, en lugar de ‘volad’, ‘leed’, ‘oíd’, es muy frecuente en los que aman la suavidad; y singularmente en los poetas, maestros de la dulzura del decir».

En castellano moderno sólo se suprime esa *d* de los imperativos cuando llevan el *os* enclítico: «amaos», «temeos», excepción hecha de *idos*, como recuerda Bello.

b) Pruebas documentales:

Pruebas documentales de la supresión de esa consonante en variadas posiciones en los escritos antiguos las hay innumerables.

El Cid se dirigía a Burgos, en donde los burgaleses y burgalesas esperaban asomados a las ventanas para ver pasar al héroe, que el poeta describe como hermosa figura varonil; mas como el Campeador fuera rodeado de sus varones, según costumbre goda, el poeta exclama dirigiéndose a ellos: «Exien lo ver mugieres e varones». En esta frase, además de la aféresis de la *d* de «dejen», ha de notarse la construcción activa de la oración siendo pasivo su significado. Trasladada al castellano actual quedaría: «Déjenlo ser visto por mujeres y varones, o dejen que lo vean», etc. Esa sintaxis del poeta del siglo XII o XIII es a la fecha bastante común entre nosotros, y sólo entre nosotros, por lo que ese verso de El Cid no ha sido entendido por algunos autores:

«Entre Rachel e Vidas aparte yxieron amos».

El Cid, verso 191.

«Yxieron»-dijeron.

El verbo *saludar* lo conjugaban sin *d* varios autores:

«Saluáronla reverente segunt facerse debía».

Marqués de Santillana.

«Saluo al rei Antiocho e a la corte general».

Libre de Appolonio, estrofa 19, de fin del siglo XII o principios del siguiente.

Igualmente el verbo *adorar*:

«¡En todo lo que es nacido!

Non sé si algo e veído:

iré lo aoraré

y pregaré y rogaré»-

Misterio de los reyes magos, siglo XIII.

En esa misma composición se encuentra en muchas partes ese verbo sin su *d*, pero en otras aparece con ella:

«Pues andad y buscad,

y a él adorad.

y por aquí tornad

yo alá iré

y adorarlo e.

Ymos en romería

aquel rey adorar».

La inflexión «imos»-*vamos*, así como la forma sincopada «pus»-*pues*, se perdieron en el siglo XV de la escritura en España, pero de viva voz nos la trajeron los conquistadores, que escribían «imos» por «fuimos»:

«El vino torna en sangre, en carne la oblada. Aóralos la

familia en la tierra postrada».

Gonzalo de Berceo, siglo XIII.

En las obras escritas desde el siglo XII hasta el XIV se pueden ver sin *d* «esmaid», «espedirse», «espertar», «estajo», «entro» (el adverbio *dentro*), «esperdecir», «erecho», etc., etc.

En Juan Ruiz, el Archipreste de Hita, nombre con el que es más conocido este célebre autor del siglo XIV, es el único autor en el cual he encontrado *onde* en vez de *donde*: «Onde mayores peligros espera que han de ser».

En chileno hay dos adverbios de esa misma forma, pero de muy diverso significado. En provenzal y en portugués hay un «onde» semejante al nuestro, pero el que es del todo igual al empleado en Chile es el que se ve con mucha frecuencia en los autores italianos de los siglos XIII y XIV, v. g.:

«Quando, io senti' come cosa che cada

Tremar lo monte: onde mi prese un gelo
Qual prender suol coluy ch'a morte vada».

Dante, *Purgatorio*, canto XX.

No poseo una traducción española de la *Divina Comedia*, pero ese «onde» debe estar traducido por alguna frase consecencial de adverbio o complementaria. Teniendo en cuenta la estrofa anterior, ese terceto podría traducirse así: «Entonces sentí temblar el monte como algo que se derrumba, por cuyo motivo se apoderó de mí», etc. No existe en castellano un adverbio ni otra palabra equivalente, por lo que es de necesidad traducirlo por una frase.

En chileno sería más o menos: «Entonseh, oyí temblar el monte como cosa que se caye: onde me agarr' un yelo», etc. *Onde* introduce una consecuencia, anunciada en la escritura por los dos puntos, ahorra una frase, dando más concisión y energía al discurso en chileno y en italiano que en español. Muy usado ese adverbio por los escritores clásicos de Italia, hoy vuelve a emplearse por los literatos de aquel país.

«To» en vez de *todo* se emplea a menudo en la Península en prosa y en verso:

«El octavo es: non dirás falso testimonio. En este peca
qui par sa paraula face perder al otro lo que a, e to omne que
mentira dice»...

De los diez mandamientos, siglo XIII.

«El pleyto será luengo, ca atañe a to el consejo».

López de Ayala, siglo XIII.

«Mandó cabalgar apriesa tos sos fijos dalgo».

El Cid, v. 1832.

Un corrector puso más tarde *dos* encima de «tos» en el manuscrito de Pidal.

Ya le he recordado que los escritores solían poner *t* en lugar de *d* en el final de las palabras para obligar a pronunciarla:

«Pues declarado el primero,

Hay notado,

Como en la divinidad

Es el amor verdadero».

Decir de Moxica.

Son tan abundantes los ejemplos que pudieran citarse de la supresión de la *d* y aún de sílabas en que entra en los escritos castellanos antiguos, que creo debe suprimírsela de aquellos versos en que convenga a su exacta medida.

Así creo que Juan Ruiz pronunciaba como nosotros «Malena» aunque escribía *Magdalena*, pues siendo, como era, un versificador cumplido, hacía un verso de ocho sílabas de «Santa María Magdalena», que tiene nueve. El Archipreste medía al oído y escribía según sus conocimientos literarios, como mi paisano, el dómine.

Ve Ud. que por mucha que sea nuestra voracidad, como dicen, respecto de esa consonante, no hemos podido ejercitarla porque ya la habían devorado nuestro abuelos de muchas palabras que la tenían, y así mondadas nos las transmitieron. Los que nos inculpan esa falta no han estudiado suficientemente el punto.

c) Empleo de la *d* en chileno:

Nunca articulamos los chilenos la *d* con energía explosiva, que esa consonante es suave en castellano. En chileno es aún más suave, pero la pronunciamos correctamente y obligada linguo-dental.

1.º Después de *n*, *r*, *l*, *s*, sea que pertenezcan a la misma palabra o a la anterior, y después de *s* sibilante o aspirada: «amando», «lerdo», «caldo», «‘ehde», «‘on Damián», «color de oro», «sol de otoño», «meh d’enero».

2.º Antes de diptongo: «día», «duende», «media».

3.º Después de diptongo y antes de vocal: «cuidar», «leído», «auditorio». Sin *i* vecina: «siudá» o «siudá», «viúa» o «viúda», si el acento se carga en la primera vocal del diptongo, la *d* suena: «deuda»; si carga en la segunda, de ordinario se pierde: «mieo», «ruea».

En las demás posiciones la *d* es muy suave o nula. Nótase con toda la tendencia a no suprimir más de una *d* en la misma palabra: «deo», «dorado».

Las cuatro consonantes que hacen obligada la pronunciación de la *d* en chileno, son las mismas que la preceden en gótico, y a ese origen fonético creo que debe el castellano el que ésa sea también la posición en que dicha consonante suena más distintamente.

8.-

a) El valor de la *s*:

La *s* otra de las letras castellanas que suprimimos en muchas articulaciones, reemplazándola, siempre que esto suceda, con una aspiración, o mejor expiración, producida por el pecho sin que sea modificada por los órganos vocales.

Creo errónea la opinión de que la aspiración de la *h*, que era la única, según dicen, que tenía el castellano hasta el siglo XVI, el que la *h* dejó de tener valor, provenga de influencia árabe, lo que pudiera dar pie a la creencia de que las aspiraciones del dialecto chileno tuvieran el mismo origen.

El idioma de los árabes no tuvo la menor influencia en la formación del romance, castellano, que estaba ya formado cuando llegaron a España, y que continuó desarrollándose fuera de toda influencia morisca. Es sólo el vocabulario castellano el que le debe voces y a eso queda reducido su influjo. El holandés Dozy y el español Covarrubias son los primeros culpables de ese error, así como Larramendi lo es de la creencia en el influjo del vascuence, idioma del que existen muchas voces en castellano, pero nada más.

b) La s en latín:

Pasaba con la *s* algo semejante a lo que acontecía con la *d* en la época de la formación del castellano.

En latín la *s* era en general un sonido suave, haciéndose a veces imperceptible al oído, por lo que desaparecía aún de la gramática. El valor sibilante linguo-dental de esta palabra sólo subsistía en principio de palabra, o en medio si era acompañada de otra consonante.

Pero ni en esas posiciones tenía seguro su puesto. Si en principio de dicción era seguida de otra consonante de articulación enérgica, la *s* se suprimía del lenguaje: «tego»-yo *encubro*-yo *economizo*, de *stego*, *sparco*; Roma se llamó «Sroma» en un principio. En medio de dicción, para que conservara su sonido era necesario que no la siguieran *m*, *n*, *l*, *r*, *d*, pues si esto sucedía, esa consonante no se pronunciaba, por lo que se perdió también en la escritura de muchas voces. Lo mismo sucedía al fin de dicción, y estuvo perdida en la escritura de algunas palabras, hasta que los etimologistas latinos la resucitaron: «Mino» por *minus*, «locu» por *locus*, «interdiu» por *interdius*, etc.

c) La s en gótico:

Ya he recordado que del gótico no queda más que un documento importante, por lo que no es posible seguir las transformaciones que sufrió ese idioma, sino que comparándolo con otro de su misma familia. Pero en ese escrito puede notarse ya que la *s* final tenía un valor insignificante, y que tal vez ni se hacía sentir en la pronunciación, puesto que se suprimía muy a menudo. Wulfila mismo se olvidó de ponerla, o no la puso porque su supresión no alteraba el significado de la voz, era una letra que no hacía falta. La mayor parte de los sustantivos terminados en *s* se encuentran, en el singular, sin ella, permaneciendo sólo en el plural. Aun nombres extranjeros, como Satanás, que en griego y el latín tienen la misma forma castellana, se encuentra escrito Sataná en Wulfila.

Si no quedan escritos en gótico de siglos posteriores, sino algunas cortas inscripciones, existen en cambio de un idioma muy semejante, especialmente en sus voces y morfología, al gótico: del antiguo alemán del sur o alto-antiguo-alemán, como lo llaman. Existen escritos de esa lengua, que remontan al siglo XIII, el de la invasión árabe en España. Pues bien, las palabras que en ese alemán corresponde a las góticas que terminan en *s*, en aquel están escritas sin esa letra final: Gótico: «*dags*»-*día*; alto-antiguo alemán *tac*: gt. «*gasts*»-*huésped*, al-an-al, «*gast*»: gt. «*mans*» = *hombre*, al-an-al. «*man*»; gt. «*fisk*» = *pez* al-an-al. «*fiisc*»; gt. «*maths*» = *noche*, al-an-al «*math*»; gt. «*riks*» = *rico*, *príncipe*, al-an-al, «*riks*», etc.

En vista de esos antecedentes cabe preguntar si los Godos del tiempo de Wulfila pronunciaban esa consonante final, que el propio obispo dejaba a menudo de escribir. ¿No indica ese hecho el que la *s* final, plenisonante anteriormente, comenzaba a perderse del idioma hablado? Pronunciaban esa letra final los Suevos, los Alanos, los Vándalos, tribus que permanecieron en la misma región alemana en que la *s* aparece

suprimida sistemáticamente del fin de las palabras en los primeros documentos que de la lengua de esa región nos quedan?

Con los Visigodos y Ostrogodos andaban algunas familias suevas y con los visigodos se quedó en el reino de Tolosa la mayor parte de la numerosa tribu de los Alanos. Los Suevos y los Vándalos fueron los iniciadores del romance en España, país que habitaron más de un siglo antes de que llegaran los Visigodos y Alanos a establecerse allí con sus familias. Fue en Andalucía donde se estableció, sin mezcla de otras tribus góticas, una de las que venían directamente de la Alta Antigua-Alemania, y es en Andalucía en donde a la fecha pronuncian como aspiración, como nosotros, la *s* final y la que viene antes de consonante.

Entre las consonantes que se transforman en aspiración, los filólogos cuentan la *s*, y en sus investigaciones sobre etimologías tienen esto muy presente. Por *s* principian muchas palabras latinas cuyas equivalentes griegas empiezan por *h* o espíritu áspero: latín *sex*, griego *hex*; *super*, gr. *huper*; It, *somnus*, gr. *hypnos*; It, *sudor*, gr. *hudor*: It, *septem*, gr. *hepta*, etc.

Me permito, pues, opinar que esa consonante sufría en la fonética gótica una transformación que la llevaba a suavizar su articulación, a convertirla en una aspiración que, por no tener signo propio con que ser representada en la gráfica, se le suprimió también en la escritura de muchas palabras.

d) La *s* en castellano:

Como sucedió con la *d* de las lenguas matrices, pasó también con la *s* en la formación de las voces del castellano: quedó perdida definitivamente en las nuevas palabras sacadas de las antiguas que la tenían. Del final de las palabras primitivas desaparecieron casi todas, habiendo quedado el castellano, como los demás romances, sin palabras que terminen en *s* en singular, con pocas excepciones, cuando en latín y en gótico eran numerosas.

Hay una de las metamorfosis que sufrió la *s* del latín al pasar al castellano que es muy digna de notarse: es su transformación en *j* sorda, v. g., «*petroselinon*» dio *perejil*, «*tonsonia*», *tijera*, «*passero*», *pájaro*, «*vesica*», *vejiga*, etc. Sobre esta transformación de la *s* y sobre su pronunciación y la de las letras con que se la reemplazaba a menudo, andan ideas muy discutibles, pero esta es cuestión que no cabe aquí.

Así como aparecieron terminando en vocal la larga serie de voces latinas terminadas en *us* y en *is* del latín, así también romancearon sus propias palabras: de «*foetus*» = *pie*, sacaron «*botas*», «*bototo*», etc., de «*hugrus*» = *hambre*, el monstruo hambriento, ogro; de «*wigs*», *huella*; de «*hilms*», *yelmo*; de «*klots*», *lote*; de «*tenks*», *tacha*, etc.

Los nombres personales como Roderiks, Thiundariks que aparecen en los escritos del latín medio y bajo terminando en *us*: Rodericus, Teodoricus; esto es latinizado por los escritores como lo hacían con toda palabra bárbara, es probable por lo dicho anteriormente, que adquieran su forma romance sin *s* final, directamente, sin que tomaran en cuenta el modo como los escribían los romanos. Hay algunos nombres como

Totila, Atanajildo, el rey godo de España padre de Brinhilda, una de las heroínas de los Nibelungen y de los Edda, que pasaron, creo, directamente a su forma castellana de la gótica Totilas, Athanahilds. Se cree asimismo que el nombre del célebre obispo godo debe escribirse Wulfilas.

Pero nosotros, como los andaluces y castellanos del sur, convertimos en aspiraciones muchas de las *ss* que se les escaparon a los «corruptores» de aquellos idiomas en su tarea de componerse uno intermediario. ¿Es que seguimos en esto obedeciendo a una condición orgánica heredada, de nuestro aparato vocal? O es que los plumarios que trasladaron a la escritura la palabra hablada de los Godos de España pusieron en ella más *ss* de las que éstos pronunciaban?

A la primera pregunta puede contestarse que la afirmativa está en lo lógico. A la segunda, que hay numerosas pruebas que así lo testifican.

Las supresiones de esta letra son más comunes en los finales de palabra del español arcaico; pero también ocurren en medio de dicción cuando es terminal de sílaba. En este último caso es seguro que el valor de la *s* estaba muy debilitado y probablemente reducido a la aspiración chilena. En el *Arte de Trobar* ya citado, dice el de Villena, tratando del sonido de la *s*:

«E cuando la *Y* se encuentra con la *S*, suena poco; e por eso la ayudan con la consonancia de la *X* en medio, así como por decir ‘misto’, se pone ‘mixto’. Tiene la *E* la misma condición; e así por decir ‘testo’, dicen ‘texto’».

Aunque se pudiera criticar el razonamiento del marqués, el hecho que apunta no tiene réplica.

Por sonar poco no la hacían en ocasiones los primitivos escritores, o si la oían como aspiración, no tenían signo con que representarla y se la dejaban en el tintero. Así se encuentra en *El Cid* y otros escritos de ese tiempo, «*vo*» por *vos*; «*fata*» por *fasta*, que era como escribían *hasta*; «*deque*» por *desque*, contracción de «desde que», que a la fecha sólo emplea el chileno.

Nuestro adverbio *quehque*, el cual ya no aparece en ningún diccionario, ni siquiera en los de chilenismos, también se encuentra sin su *s* o *h* medianera:

«Queque la vi fuera del uerto

Per poco non fui muerto».

Romance de Lope de Moros, siglo XIII.

De la supresión de la *s* final hay muchos ejemplos. El manuscrito de *El Cid*, antes citado, fue trasladado, según se cree con mucho fundamento, de la memoria del copista

o del recitado de algún trovero, al papel en que se encuentra. En dicho manuscrito el pendolista suprimió una gran cantidad de *ss* del final de las palabras. Parece que el mismo copista, advertido más tarde de su error, u otro con caligrafía semejante, estuvo enmendando las faltas y escribiendo *ss* sobre la última letra de la palabra correspondiente, por no haber espacio sobre éstas. Siempre quedaron muchas de menos, por lo que en tiempos posteriores otros copistas con distinta forma de letra y calidad de tinta se han ocupado en colocar algunas. A pesar de tantos correctores, todavía se echan de menos varias, y, lo que es más digno de atención, han puesto algunas donde no se necesitaban. Esto no tiene, para mí, más explicación satisfactoria que la de que los tales correctores a sus inseguros conocimientos literarios.

Le repito, señor, lo que le dije respecto de la *d*: los que nos increpan, la aspiración de la *s*, creyéndola una corrupción de nuestra cosecha y signo de escasez de entendimiento, tampoco han estudiado bien ese punto.

S, *c* linguo-dental, y *z*, están en chileno reducidas a *s* y *h*. En dialecto véneto sólo existe la *s* como representante de los tres signos. Bien sabido es que más o menos lo mismo sucede en el castellano de todas partes, fuera de algunas provincias de España, a pesar de los esfuerzos de los Académicos.

e) La *s* en chileno:

En chileno es obligada la pronunciación sibilante de la *s*:

- 1.º Después de *l*, *n*, *r*: «insulso», «terso»;
- 2.º Antes de diptongo: «siete», «suerte»;
- 3.º Después de diptongo, siguiendo vocal: «ausilio», «meisal».

En todos los demás casos es más o menos aspirada, siéndolo de regla la que entra en combinación inversa, o sea en fin de sílaba o palabra y palabra.

La *i* y la *u* facilitan la pronunciación de la *s* sibilante.

9.-

a) La *h* aspirada en español y en chileno:

Un autor nacional dice que no hay duda de que esa aspiración de la *s* castellana proviene de la influencia de la lengua indígena de Chile, y la aspiración es exclusiva de nuestro país. En España conocen en el acto al andaluz por esa aspiración, que allí creen también exclusiva de los habitantes de la antigua morada de los Vándalos en la Península.

El idioma araucano ha tenido muy escasa influencia en la fonética chilena, si es que ha tenido alguna.

Es efectivo que el chiledugo no posee el perfecto sonido de la *s* sibilante, ni el de la lengua castellana, o por lo menos esos sonidos son muy raros en dicha lengua; pero tampoco posee aspiraciones de ninguna clase, por lo que no se explicaría el cambio de la *s* en *h*.

Las aspiraciones del antiguo castellano como las del chileno son debidas a la fonética de los Godos, cuyo idioma estaba lleno de aspiraciones de todas suertes, y del cual muchas voces terminaban asimismo en una aspiración: «noh» = *todavía*, «hlahían» = *reír*, «iah» = *i*, «hobis» = *más alto*, «sehsta» = *sesta*, en chileno «sehta» o «hehta», etc.

En los escritos peninsulares de los primeros siglos literarios se ven muchas palabras con *h*, como «hir» por *ir*, «hoír» por *oír*, «hi» por *allí*, «huno», «traher», «handar», etc, tiempos en que la *h* valía una aspiración enérgica, que fue debilitándose paulatinamente hasta desaparecer en el habla de los ilustrados en el siglo XVI.

«El pulmón con su aspiración forma la *H*»; «La *H* conviene con este son, diciendo ‘handad’; pero tiene esta especialidad la *H*, que no se puede poner sino en principio de dicción, e todavía es plenisonante», escribía Villena en su *Arte de Trobar* que, como recordé, es de principio del siglo XV. Esta frase «todavía es plenisonante», indica que el agudo Nigromántico había notado su tendencia a desaparecer.

En el siglo siguiente la *h* era muda en algunas voces «... ponéndola algunos en ‘hera’, ‘había’ y ‘han’, y otros desta calidad pero esto hácenlo los que se precian de latinos; y yo, que querría más serlo que preciarse dello, no pongo la *h*, porque leyendo no la pronuncio». Contestación de Valdés a uno de sus interlocutores del Diálogo de las lenguas.

A pesar de la opinión de este autor, la aspiración de la *h* persistió durante todo ese siglo en algunas palabras, y de seguro, en bocas de los Godos. Christoval de las Casas en su *Vocabulario toscano castellano*, decía en 1582:

«La *h* sirve de su oficio entre nosotros como un toscano; en algunas dicciones suena con más fuerza su aspiración, especialmente en las que derivadas del latín tienen la *h* en lugar de *f*, como ‘harina’, ‘hervir’, en latín ‘*farina*’, ‘*fervere*’».

La palabra «especialmente» de este autor indica que no sólo las *h* derivadas de la *f* latina conservaban su valor. En el siglo XVII la aspiración se perdió definitivamente en la Península, con excepción de Andalucía. En la pérdida de las aspiraciones en romances puede haber influido el latín, que de siglos atrás había abandonado las suyas primitivas.

b) Influencia del lenguaje araucano (*chilidugu*) en el chileno:

Muchas palabras hemos tomado del araucano, pero su influencia en nuestra pronunciación creo que está reducida a muy poca cosa.

El sonido de la *ll*, que del Mataquito al sur es la del castellano y del araucano, bien diferente del de la *y* con que se la reemplaza en el resto de Chile, puede ser debido a la influencia indígena.

Un siglo antes del descubrimiento de América empezó a pronunciarse en España la *ll* con el sonido que tiene actualmente. En tiempos anteriores sonaba como la *l* o *l-l* por lo que escribían con una *l* o con dos: «el», «ela», «maravila», «estrela», «vila», «ali», «cabalo», etc.; y los infinitivos con artículo enclítico: «amal-lo», «tenel-lo», «cubril-la». En la clase ilustrada debían quedar en los siglos XV y XVI muchas palabras en que la *ll* sonaba aún como en época anterior, especialmente en los nombres propios, que son los que más resisten a los cambios, así el nombre del autor de la Araucana se encuentra escrito Ercilla o Ercila, indistintivamente. Aunque los infinitivos con enclítico se hallan siempre escritos con *ll* en ese siglo, su pronunciación restaría la arcaica en los conquistadores, pues esa es a la fecha la pronunciación en chileno: «amal-lo», etc. El debilitamiento de la vibración de la *r* antes de *l* es la regla en fonología latina. El sonido de la *ll* castellana, que posee también el italiano (*gl*) y el portugués (*lh*) no existía en latín, pero sí en gótico, según creo, (*lj* + vocal), aunque no tenía signo especial ni era una letra particular, sino que resultaba de la pronunciación de la *l* seguida de *i* consonántica y otra vocal. La profusión de esa letra en castellano es debida en la mayoría de los casos a la influencia de la gráfica.

Otra influencia araucana en el chileno puede ser la pronunciación de la *tr*, que es muy diversa del castellano, y especial a Chile. Sin embargo, para decidir este punto necesitaría saber cómo pronunciaban los Godos esa combinación de consonantes. Los ingleses, cuya fonética es en su gran parte heredada de los Anglosajones, la pronuncian a menudo como nosotros. No es muy aventurado, creo, suponer que los Godos pronunciaron su palabra «*triu*» = *árbol*, como los ingleses «*true*» = *verdad*, esto es, como nosotros, «trigo».

La pérdida de la vibración de la *r* antes de *n* en chileno, como en «carne», «perno», que suenan más bien «canne», «penno», no sé si sea debida a la influencia indígena. En araucano hay una *r* suave y otra vibrante.

Hay quien piensa que del araucano nos viene algunas *ññ* que ponemos en voces castellanicas que no las tienen a la fecha, como «ñudo», «ñiebla», etc., porque el idioma indígena hace mucho uso de ese sonido. En español arcaico, especialmente en el dialecto asturiano, esas palabras se escribían con *ñ*.

Tampoco es debida a influencia araucana la forma verdaderamente aglutinante, propia del idioma indígena, que damos a algunas palabras compuestas, como «demen» en vez de «denme». En araucano ése es el modo ordinario de agregar al verbo las partículas modificativas, no las colocan ni al principio ni al fin de la forma verbal sino en medio de ella, englobándolas, aglutinándolas. Así dicen «elun» = *doy*, y para expresar la negación de ese verbo, ponen la partícula negativa la entre la *u* y la *n* de «elun», y dicen «elulan» = *no doy*, como nosotros en «demen». En español arcaico son muy comunes formas semejantes a esa nuestra: «amalde», «dalde», «levaldas», etc., por «amadle», «dadle», «llevadlas», etc. Simples metátesis para facilitar la pronunciación:

«Tenendos a derecho, por amor del criador»,

«Tenendos» = *tenednos*.

10.-

a) La *l* y la *r* en chileno y en castellano:

Decimos «treato» o «treatro», «sordao», «cabresto», «pelra», «cárculo», etc., en vez de «teatro», «soldado», «cabestro», «perla», «cálculo», etc, sin atinar a dar a la *l* ni a la *r* su lugar correspondiente y confundiendo una con otra esas consonantes, porque así inseguras y permutadas andaban en boca de los españoles que nos enseñaron a hablar.

Esas letras *l*, *r*, semi-vocales o líquidas, andan también así inseguras y cambiadas en varios idiomas antiguos.

En los tiempos de la formación del castellano, tiempos de tanteos y vacilaciones de gente sin cultivo literario, esas consonantes debieron andar muy fuera de sus casillas, porque cuando empezaron los españoles a fijar las voces romance por medio de la escritura, a muchas de aquellas letras las pillaron en lugar muy distinto del que tenían en las lenguas madres, otras no aparecieron en ninguna parte o habían dejado a la compañera reemplazándola, y así han quedado hasta hoy; otro del latín *alter*, «oso» de *ursus*, «milagro» de *miraculum*, «cocodrilo» de *crocodilus*, «árbol» de *arbor*, «mármol», «topo» de *talpa*, «costra» de *crusta*, «cantinela» de *cantilena*, «peligro» de *periculum*, «espolón» del gótico *sporon*, palabra del latín *parabola*, etc., etc.

Creo que en ningún idioma es tan notable como en los romances peninsulares esta particularidad. Aun en la castellanización de palabras extranjeras relativamente modernas puede notarse el mismo fenómeno: «corbata», de francés *cravate*, «Argelia» de *Algérie*, etc.

Como la pronunciación de esas consonantes es fácil en castellano y eran muy comunes en el gótico como en latín, y su pérdida o permuta no afecta el significado de la voz, es de pensar que tal inseguridad provenga de alguna condición funcional del órgano auditivo de los creadores del castellano.

b) Pruebas documentales:

En los primitivos escritores puede verse que muchas de esas consonantes movedizas no tenían la colocación que hoy tienen en la lengua:

«Cazurros et de bulras, no cabrían en dies priegos».

Hita, estrofa 1488. Colección Sánchez.

«Respondiole el flayre quel non serían perdonados».

Íd. estrofa 1103, íd.

Además de «flayre» debe notarse en este verso ese «quel non», el cual se escribía en tiempos del Archipreste «quel nol» como decimos nosotros, siendo «nol» contracción de «no le», de modo que el gran literato del siglo XIV hizo saltar una *l* de una palabra a otra. Verdad es que tal emigración es inusitada:

«'A mí todos miedo me han,
tiénenme por natural,
Saluo si es don Yohan,
Que quiso siempre mi mal'.
Estas palabras decían
Doncellas en sus cantares,
Los estormentos tañían
Por las Huelgas los jograles».

Estrofas 229 y 406. Poema de Alfonso Sánchez.

«Siempre» = *siempre*, estormentos = «instrumentos», «jograles» = *juglares*.

En Juan Ruiz y otros autores de su tiempo se encuentran: «templano», «empreo», «fraco», «perlado», «Melrín», «somblero», «nobre», «niebra», «plado», «probe», «blavo», «caustro» = *claustró*, etc., etc.

Los gallegos han quedado diciendo hasta la fecha: «prácido», «pola» = *por la*, como nosotros, «bulra», «pelra», «cabral» = *clavar*, «probe» = *pobre*, etc.

Es pues derecho hereditario el que tenemos para decir: «catreal», «arfarfa», «pelcha», «bulra». Si quitamos una *r* en «azuca», la ponemos en «bruñuelo», y en paz.

11.-

a) De los grupos consonánticos *pt, ps, kt, ks*, en gótico:

«Son interesantes las modificaciones que sufren los grupos de consonantes *pt, ps, kt, ks* ($k = c$ antes de consonante y de *a, o, u*), que, a pesar de ser contrarios a las leyes del desarrollo del castellano, existen en este idioma por influencia de los humanistas», dice con mucha razón A. Echeverría y Reyes en su obra *Voces usadas en Chile y a propósito de las maneras con que el chileno eufonizó esos grupos*:

Contrarios a las leyes del desarrollo castellano pudo decir también que lo son a las del portugués, del provenzal, del italiano y del gallego, que hasta hoy no las emplean.

Realmente que tales grupos consonánticos no aparecen en los escritos castellanos antiguos sino muy rara vez y bajo la influencia evidente de la cultura latina del autor, y puede seguirse en la literatura castellana paso a paso la acción de los humanistas en la restitución de esas combinaciones latinas.

Cuando aparecen los primeros documentos castellanos, el idioma estaba ya en uso corriente desde hacía varios siglos, durante los cuales las palabras latinas en que entraban dichos grupos se pronunciaban de otro modo que lo habían pronunciado los romanos y los Íberos; es pues probable que tal cambio se debiera a la fonética de la lengua gótica. Así fue en realidad. El idioma de los Godos no contenía, en todo de lo que de él queda documentado, ni una sola palabra en que entrara alguna de las combinaciones que recuerda Echeverría. La lengua gótica era muy suave, a pesar de los grupos de consonantes que aparecen en algunas de sus voces, porque esos grupos representan generalmente un solo sonido, la articulación de los grupos latinos recordados debían ser muy difíciles para los Godos, por lo que los suprimieron o modificaron de las palabras del latín que adoptaron.

Como los Íberos hablaban la lengua de Roma desde unos quinientos o más años antes de la llegada a España de los Germanos, es seguro que para ellos no representarían ya, si es que alguna vez la presentaron, dificultades vocales esos grupos, y su pérdida en el romance debe por lo tanto atribuirse a la vocalización exclusiva de los Godos, lo que es asimismo otra prueba de que ellos fueron los principales creadores del romance.

b) De los mismos en castellano:

Sucedió con esos grupos lo que había sucedido con la *d*, la *s* y las semivocales del latín, esto es, que quedaron en castellano muchas voces latinas que son testigos elocuentes de aquella dificultad vocal orgánica de los Godos. En algunos casos se puede notar la pérdida de la primera consonante, que fue el procedimiento más común: «matar» de *macture*, «siete» de *septem*, «seis» de *sex*, «junto» de *junctus*, en otros se convirtió en un sonido simple: «hecho» de *factum*, «pecho» de *pectus*, «tasar» de

taxare, «legía» de *lixivia*; perdidas ambas: «semana» de *septimana*, «peine» de *pecten*; convertida la primera en *i*: «deleitar» en *delectare*, «afeitar» en *affectare*; en *u*: «cautivo» de *captivus*, «bautismo» de *baptismus*; perdidas o cambiadas en diversas maneras: «pretina» de *pectorina* (en que puede verse un gran salto de la *r*), «fresno» de *fracsinus*, «recaudar» de *recaptare*, «lisión», como se dijo antiguamente (con probable influencia del gótico *lesins*), de *lexio*, «otoño» de *auctutummus*, etc., etc. Todas esas voces latinas, de pronunciación áspera y difícil, fueron alteradas en los romances creados por los Godos, y los hispanos, acostumbrados a ellas, hubieron de aceptar el habla de sus señores. De igual manera pasó en la patria original del latín, en Italia misma, donde hasta hoy quedan como fueron modificadas, sin que allí les haya devuelto su forma primitiva los humanistas: «petto» = *pecho*, «lettura» = lectura, «efetto» = efecto, «battesimo» = bautismo, «esame» = examen, «sette» = siete, «ricezione» = recepción, etc.

En esta dulcificación de las voces latinas no sé qué parte pudieron tener los idiomas indígenas de Italia y España, anteriores al empleo del latín. El éuscaro no es una lengua suave, y el etrusco, según Mommsen, estaba lleno de los «sonidos más ásperos y rudos».

En el gallego antiguo literario se nota la tendencia latinizante de los escritores, pero aparece de manifiesto la eufonización por medio de los diptongos *ei/eu*, tan comunes en esa lengua y que son unos de los distintivos de su fonética con la del castellano. En el gallego vulgar, que ha permanecido hasta el presente, esos grupos consonánticos se resuelven, o perdiendo la primera, como «sedutor», «vitoria»; o convirtiéndola en *u*; «direuto», «caraute», «conseución», etc. Es la misma eufonización empleada en Andalucía a la fecha.

En los escritores del siglo XIV adelante se encuentran muchas palabras con la forma latina, pero es evidente que no pronunciaban sus autores la primera consonante. Así Santillana consueña «escriptas» con «fictas», y pueden verse en las obras de su siglo que se escribían indistintamente: «perfecto», «perfection», «perfeto», «perfett», y así igual indecisión en la escritura de las palabras semejantes. Ercilla escribía: «vitoria», «acetar», «perfeto», «plático» = *práctico*, etc. Igual cosa puede verse en todos los cronistas e historiadores de Chile de los siglos XVI y XVII y aun posteriores.

c) Del grupo *gn*:

A los grupos de consonantes que apunta Echeverría hay que agregar el de *gn*, que está en las mismas condiciones que aquéllos: muy común en latín, falta por completo en el gótico. En italiano se pronunció como *ñ*, en gallego se convirtió la *g* en *u*, y en castellano se suprimió la primera consonante, recurso en ocasiones por el gallego: en castellano antiguo se dijo «mano», en italiano hasta hoy «maño» (escrito «magno»), y en gallego «mauno» = *magno* en español moderno, del latín «*magnus*».

En la escritura española puede ir notando el que lo desee la marcha progresiva de la vuelta a la forma latina del castellano, pero no ha de olvidarse de que la pronunciación seguía con atraso la reforma de la gráfica.

El marqués de Villena decía en su obra citada:

«E aquellas Letras que se ponen, e no se pronuncian, según es común uso, algo añaden al entendimiento e sinificación de la dición donde son puestas. Aquí puede entrar: ‘magnífico’, ‘sancto’, ‘doctrina’, ‘signo’».

Nótese que él no seguía ese «común uso», pues escribía «sinificación» y «dición» (Siglo XV).

En el siglo XVI decía Valdés en el *Diálogo de las lenguas*:

«Cuando escribo para castellanos y entre castellanos, siempre quito la g, y digo sinificar, y no significar; manífico y no magnífico; dino y no digno; y digo que la quito porque no la pronuncio».

En el último cuarto de ese mismo siglo (1578), don Antonio Agustín, en carta a Zurita, le decía:

«En las orthographias V. M. hará lo que mandare; a mí mal me parece que se escriba de una manera y se hable de otra, como en la lengua francesa; y pues ninguno dice ‘scripto’, ni ‘docto’, ni ‘sciencia’, ni ‘presumpcion’, no hay para que escribillo».

A pesar de sus escrúpulos, don Antonio escribía «orthographía».

En 1733 Mayans y Siscar, comentando el pasaje citado de Valdés, añade:

«Hoy, en vez de ‘sinificar’, ‘manífico’ y ‘dino’, se dice y escribe ‘significar’, ‘magnífico’ y ‘digno’. Las tres palabras castellanas vienen de otras tres latinas: ‘significo’, ‘magnificus’ y ‘dignus’, que tienen g; la pronunciación con esta última letra es más llena y sonora que sin ella».

Las razones de Mayans son las que han tenido en cuenta los literatos castellanos en su obra de transformar su lengua: acercarla al latín y darle sonoridad. Lo han conseguido, y ésta es la diferencia esencial entre el habla castellana y el habla chilena.

No somos nosotros los que hemos adulterado ni corrompido el idioma peninsular, sino que es éste el que ha cambiado alejándose de la fonética y de la sintaxis del idioma germano y acercándose al que hablaban antes del arribo de los Godos, al par que la naturaleza teutónica ha ido siendo absorbida por los Íberos, o emigrando de su país.

d) Eufonización de esos grupos en chileno:

La eufonización de los grupos neo-castellanos o latinos *pt, ps, kt, ks, gn* en chileno participa de las dos ramas principales en que se dividió el romance peninsular, del castellano y del gallego. Supresión de la primera consonante: «resetor», «eclise», «dotor», «condusion», «indino»; conversión de la misma en *u*: «preseutor», «cáusula», «efeuto», «leusión», «mauno». Es muy raro el cambio de la primera en *i* como en «direisión», o su pérdida sin reemplazo como en «lisón», formas que suelen alternar con las anteriores.

Es extraño que los chilenos ilustrados se rían de sus paisanos que no lo son porque éstos dicen «séutico», siendo que aquéllos dicen «sauta» que tiene la misma etimología; si los iletrados dicen «eleusiones», los letrados dicen «Eleuterio»; si aquéllos «auto» en todas partes, éstos dicen lo mismo en los tribunales. Es que es más fácil reírse de las cosas que estudiarlas, pero de las personas no es siempre lo mismo y si la burla injusta se dirige a un hermano esa befa es como un salvajo lanzado al cielo.

12.-

a) Reminiscencias del gallego en el chileno:

No sólo esa eufonización particular del gallego tenemos en nuestro lenguaje, sino que también algunas voces de forma gallega como «laranja», «launa», la supresión de la *n* final de los nombres terminados en *en* como «imaje», «eusame», «virje», etc. Es también gallego el «ti» que suele oírse en reemplazo del «vos», como el «miña» que se oye con los nombres de mujer: «miña Juanita». El gallego dice «ti» por «tú», de igual manera que en dialecto veneciano. Ese «miña» es el posesivo de primera persona femenino gótico «*mina*».

Las dos últimas palabras, *ti* y *miña*, sólo se oyen en boca de las mujeres de campo. Conociendo que el rico no emplea el *vos*, ellas lo sustituyen al *ti* que se ha transmitido verbalmente en Chile; por la misma razón es que suelen decir «tis» con *s* sibilante, pues saben que la supresión de esta consonante es una de las censuras que se hacen al habla del pueblo. Es, pues, ese empleo una «ultra corrección», como llama Echeverría a las correcciones desacertadas, como «adre» por *aire*, «racto» por *racto*, etc., que no son chilenismos, que el roto legítimo no emplea nunca, que son más bien manifestaciones morales o mentales que vocales o lingüísticas. Es por eso que se oyen en bocas femeninas: es el eterno espíritu femenino, amante de la forma, que se muestra en esto en todas sus manifestaciones cerebrales. Es la mujer la que pone cuidado en la pronunciación de su idioma en todos los países del mundo.

Estoy convencido que no sólo a los Suevos y a los Vándalos eran impronunciables los grupos latinos de consonantes recordados, sino que lo eran igualmente a todos los Godos. Además del hecho tan elocuente de que no existiera en todo su idioma una sola palabra que se emplearan, mis investigaciones sobre fonética chilena me han llevado a la misma conclusión.

Si se dirige uno a campesinos analfabetos, a los que viven retirados de las poblaciones, a los guasos para nombrarlos con un término de cuna gótica, especialmente a los grandes rubios que acusan gruesa vena germana, y se les pide que pronuncien v.g. la palabra perfecto, se disponen sonrientes a emprender la tarea, cuyas dificultades ya conocen, y principian diciendo perfeuto en varios tonos y haciendo visajes extraños, luego atinan a decir «perfeito» con el diptongo portugués, o haciendo sonar mucho la *t*, «perffeto», como los italianos, o «perfesto»; volviendo nuevamente al «perfeuto» del principio. En sus apuros por articular correctamente no es raro que se les disloque la *r* y digan «prefeuto». Cuando se les muestra la boca para que vean la articulación de la *c* entre el dorso de la lengua y la parte posterior del paladar, dicen «perfequeto», con la *c* pospalatal o velar, o bien dividen en dos la palabra: «perfec-to». Concluyen al fin por molestarse de su incapacidad vocal y le dicen a uno con sorna amable: «Perfeuto no mah, mi caballero».

Con la misma eufonización hemos modificado las voces araucanas que poseen algunos de aquellos grupos: de «Ragco» («rag» = *greda*, «co» = *agua*) salió Arauco; de «Cactün», Cautín; en vez de «Coyagn» = *parlamentar*. Escribían «coyan» los cronistas. Es cierto que la *g* de «coyagn» no es exactamente la *g* castellana.

Es sabido que entre las diferentes tribus góticas existían diferencias dialectales respecto a la pronunciación de algunos diptongos, y tal vez de algunas vocales, así por ejemplo el nombre que los Visigodos escribían en documentos latinos «Theudoricus» o «Theodoricus», aparece en escrituras de los Vándalos «Theudarix», y en las de los Ostrogodos «Theudarix» o «Thiodorix», a veces «Thiudorix». Sobre estos problemas puede verse *Gotische Elementarbuch* del Dr. W. Streitberg (Heidelberg, 1900).

El origen de esos signos gallegos en nuestro lenguaje, no proviene de que fueran de Galicia una gran parte de los conquistadores, sino de que fue el gallego el primer romance peninsular. En el siglo en que los Suevos permanecieron en España, antes de que se trasladaran a ella desde Francia los Visigodos, iniciaron en las regiones que habitaban el romance con las eufonizaciones más adaptadas a su fonética particular, mientras que sus hermanos del norte de los Pirineos echaban las bases del romance castellano, que allá fue la primera estrato del provenzal. El castellano nacido en el sur de Francia, o tal vez en Italia, encontró en España el romance gallego, que en aquellos tiempos se diferenciaba menos del castellano de lo que los separa hoy día, y posiblemente en los primeros tiempos se habló en Castilla y León un romance que participaba de ambas ramas, pues esas provincias fueron quitadas a los Suevos por los Visigodos, como lo recordé anteriormente.

En todos los escritos castellanos primitivos se ha notado por varios autores la influencia del gallego, y hasta el siglo XII y XIII era común en Castilla el empleo simultáneo de ambos idiomas. El mismo Alfonso el Sabio se valía del castellano para sus obras en prosa y del gallego para sus poesías. Parece ser que fueron los literatos castellanos los que acentuaron y produjeron definitivamente la separación entre esas dos ramas del romance peninsular, pero como sucede con todos los cambios eruditos del lenguaje, esta diferenciación no llegó sino muy tarde a los iletrados, entre los cuales,

vuelvo a recordar, se contaban todos los Godos plebeyos y también muchos de sus nobles, puesto que el romance castellano, como los demás, se hizo literario en la corte de los reyes godos y fueron reyes, príncipes, marqueses y otros hombres de nobleza gótica calificada, con raras excepciones, los primeros autores castellanos.

De allí que hayan quedado en español muchas palabras en que se emplea la eufonización sueva de aquellos grupos consonánticos, como le mostré más atrás.

b) Palabras castellanas de origen alemán:

A esa misma causa se debe, creo, el que algunas de las palabras de etimología teutónica del castellano se asemejen más al alto-antiguo-alemán que al gótico de Wulfila. Sirva de ejemplo «galardón», que según los etimologistas viene del alto-antiguo-alemán *widarlon* con metátesis de la *d* y la *l*.

El vocablo alemán es compuesto del adverbio = *de vuelta, de retorno*, y del sustantivo «lon» = *salario*. En gótico no conozco un adverbio de esa significación, pero sí el verbo «*windan*», que vale *volver, retornar*, por lo que su adverbio sería algo diferente del alemán, y el sustantivo gótico que significa «salario» es «*laun*», como se ve, asimismo diferente de «*lon*». *Galardón* tiene, por lo tanto, analogía más estrecha con la voz del alto-antiguo-alemán que con las góticas. Yo me explico este fenómeno recordando que los Suevos permanecieron en el sur de Alemania hasta su éxodo en dirección a la Península, por lo que el gótico hablado por ellos tendría más analogías con el idioma de esas regiones de Alemania hasta su éxodo en dirección a la Península, por lo que el gótico hablado por ellos tendría más analogías con el idioma de esas regiones de Alemania que las que tenía el hablado por los Godos establecidos en el suroeste de Rusia, y que esas voces castellanas que se asemejan más al alemán que al gótico fueron creadas por los Suevos y así formadas la aceptaron los germanos que llegaron a España después de ellos. Éste es el mismo procedimiento por el que quedaron en castellano tantas voces latinas con eufonización gallega.

Marcelino Menéndez y Pelayo cree que el influjo del gallego en el castellano antiguo vino sólo por la imitación de los poetas castellanos de la poesía gallega, que apareció más de un siglo antes que aquélla; pero el erudito secretario perpetuo sólo discurre dentro de la literatura, que es su fuerte. Imbuido en las ideas reinantes sobre la ninguna influencia de los Godos en la formación de los romances peninsulares, no toma para nada en cuenta su presencia en España, desconocimiento que se palpa en cada página de los hermosos prólogos que acompañan sus tomos Antología de poetas líricos castellanos.

Nuestro profesor Federico Hansen, es el primero, según mis noticias, que haya afirmado que la diferencia entre el castellano y el portugués, derivado éste del gallego, proviene de que el primero fue el romance formado por los Visigodos, y el segundo por los suevos. Hansen se explica el hecho de la influencia gallega en el castellano por el fondo de aquella lengua dejado por los Suevos en las provincias que les arrebataron los Visigodos. Exacto. Son asimismo muy exactas sus observaciones sobre que la influencia gallega en el dialecto aragonés son simplemente gráficas y no fonéticas, como han asegurado otros autores.

Es seguramente debido a la pronunciación de los habitantes de León y Castilla, semejante a los de Galicia, que los historiadores árabes de España, especialmente Aben Jaldun, llaman gallegos a los leoneses y a los castellanos de aquellos tiempos.

Ése es pues el origen de las reminiscencias gallegas del dialecto chileno.

c) Los conquistadores de Chile vinieron de todas partes, pero de todas partes sólo los que tenían sangre y espíritu gótico:

Es verdad que los Godos estuvieron siempre en mayor número en el norte de España y en Andalucía, pero a Chile vinieron de todas partes de la Península; pero de todas partes los mismo hombres, con su fonética, su físico y su alma particulares, hombres a los que los Araucanos llamaban «Quellupallum» = *roja barba*, y a los cuales un autor que los conoció describe así, hablando de los españoles de Chile en mil setecientos y tantos:

«Por lo ordinario, las facciones de sus rostros, como también el color y la estatura, son como las de los españoles que nacen en las partes septentrionales de España, con quienes ciertamente tienen mayor semejanza, y esto aunque su padre sea de las partes meridionales de la misma España o de alguna otra parte de la América».

Gómez de Vidaurre, ob. cit.

El buen abate no se explica ese fenómeno y la observación la apunta a fuerza de naturalista minucioso. Ya le he recordado en prosa cual era la causa que a este suelo los convocaba y cual la música que los atraía desde las más lejanas regiones, ahora me permitirá que le cite lo que de ellos decía en verso el inmortal Ercilla:

«Ánimos libres, de temor desnudos.
en los peligros siempre habituados
que el son horrendo que a otros atormenta
los alega, despierta y alimenta».

Don Alonso pronunciaba la aspiración de la *h*, por lo que entre «siempre» y «habituados» no hay sinalefa, y *e* verso es endecasílabo perfecto.

Describe el vate inmortal como él mismo vino desde Londres y otros de distintas partes de España y Europa en busca de alegría y alimento para sus almas, y, refiriéndose a la leva que Hurtado de Mendoza hizo en Perú para venir a la guerra de Arauco, añade:

«Del apartado Quito se movieron
gente para hallarse en esta guerra:
de Loja, Piura, de Jaén salieron:
de Trujillo, de Guánuco y su tierra,
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia; y de los pueblos de la sierra.
la Paz, Cuzco, y las Charcas bien armados
bajaron muchos pláticos soldados».

Espero que no se me censure el que cite poetas como fuente de información histórica, porque además de ser reconocida la fidelidad del autor de la *Araucana* en los sucesos que relata, me habría parecido una impiedad, en un estudio sobre los orígenes de nuestra raza, no citar el cantor inmortal del heroísmo de nuestros progenitores:

«... Si *La Araucana* es un monumento literario de la lengua castellana, debe ser además para los chilenos un libro nacional y querido: él es la fe de bautismo de nuestra nación

«Que la España perdone: Ercilla es el primer escritor chileno, el fundador de nuestra literatura e historia patria. Es nuestro patrimonio y lo reivindicamos», dice Abraham Köning en el prólogo de la edición de la epopeya nacional. Mientras el pueblo de Chile hace un abono en bronce a la deuda inextinguible de gratitud que tiene contraída con su egregio poeta, que le sea permitida a un roto chileno citarlo.

Sobre el físico de los conquistadores el mismo abate Gómez en otra parte de su obra nos da, indirectamente más detalles, pues describiendo a los rotos de su tiempo dice:

«Los mestizos y cuarterones, por lo que toca a sus cuerpos, están bien hechos, blancos por lo común como los españoles, de modo que si no fuese el pelo, que en ellos es liso, grueso y negro, aun después de varias generaciones, no se distinguirían de un puro español».

Fue, pues, de españoles de buen cuerpo, que no tenían el pelo liso, ni grueso ni negro y que no podían decir «perfecto» de quienes heredamos la sangre y el habla.

13.-

a) Sobre la *b* y la *v* castellana y la *w* gótica:

El cambio de la *b* y de la *v* por *g*, que en chileno se acostumbra diciendo: «güitre», «güeno», «golber», «regüelto», etc., proviene de la influencia de la *w* gótica y de la confusión que en castellano antiguo existía entre la *b* y la *v*.

En gótico no existe el sonido labiodental que representa la *v*, sino solamente la *b* bilabial, la cual tenía dos valores, uno explosivo y otro fricativo, como los que tienen en chileno: «barca», explosiva, tocando los labios uno con el otro; «abarca», fricativa, sólo acercándolos.

En romance castellano escribieron con *g* los mismos Godos, cuando empezaron a escribir su nueva lengua, las palabras que en su idioma germano comenzaban por *w*: *gaje*, del gótico «*wadi*»; *guarecer*, de «*warian*»; *guía*, de «*witan*», ¡*iguay!*, de «*jwai!*», etc.

Los primitivos escritores españoles empleaban *b* o *v* indistintamente; las reglas de que habla Rufino J. Cuervo a propósito del uso de esas consonantes son imaginarias, como lo son algunas de sus aseveraciones sobre fonética arcaica. La pronunciación labiodental de la *v* en español moderno es creación de los latinistas íberos, por lo que a nosotros no ha llegado.

La *u* de los diptongos *ue/ui* se consonantiza en castellano, sonando como la *u* consonante, o *w* gótica, y en chileno suena como una *g* suave: «güebo», «alcagüete», que es mismo valor que tenía en gótico la *w*, por lo que sería más lógico escribir con esa letra nuestras voces: «*weso*», «*wincha*», etc., como «*witre*», «*weno*».

Tampoco es chilenismo esa pronunciación:

«Valdés.- Aún juegan más con la pobre *g*, poniendo algunas veces, como ya os he dicho, la *g* en su lugar, diciendo ‘güerta’, ‘güeso’, ‘güevo’, por ‘huerta’, ‘hueso’, ‘huevo’».

b) Del uso de *vos* en español antiguo y en chileno:

El *vos* que empleamos en lugar de *tú* es el mismo que se encuentra en todos los escritores antiguos:

«Vos venís en gruesa mula,
Yo en un ligero caballo».

Del poema *Castellanos y Leoneses*, citado por Dozy.

El *vos* de que se hace tanto uso en Chile y en el diálogo familiar, es una vulgaridad que debe evitarse, y el construirlo con el singular de los verbos, es un error del insigne gramático, explicable en él porque no supo dialecto chileno, y sólo oyó en Santiago algunas de sus expresiones particulares.

Nuestras segundas personas de plural de los pretéritos son las antiguas castellanas sin *i* «vos amastes» en vez de «vos amasteis», que en chileno se pronuncian con la *s* aspirada: «amahte*h*», siendo la última *h* apenas perceptible para un oído que no esté acostumbrado a nuestra fonética. Jamás cometemos los chilenos esa falta de concordancia.

Seguramente cuando don Andrés oyó a algún colegial decir, v. g.: «voh lo agarrahte*h*», no percibió la última *h* y creyó que decía «agarraste», segunda persona del singular. De ahí el enojo del bondadoso sabio.

Pero sucede a los provincianos que llegan al colegio a Santiago que allí aprenden a decir «tú» por «vos», y a pronunciar la *s* sibilante, pero siguen concordando el «tú» con la segunda plural, diciendo «tú quisistes», y ahí si que la yerran, por lo que también aquí tuvo razón Bello en vituperarnos esa «corruptela»,

Tengo tardío el perdón para los que atacan a mi raza, pero aparte de que Bello nos criticaba para enseñarnos, y de que en su calidad de extranjero y habitante de las ciudades no pudo conocer nuestro lenguaje, los errores en la construcción de los verbos debieron herirle en lo más vivo de su saber, ya que fue esa parte de la gramática la que él adelantó especialmente, descubriendo con mirada genial horizontes nuevos, que recorrió y analizó como maestro insigne. Los chilenos que siguen haciéndonos los mismos reproches son sólo ecos inconscientes de aquel patricio ilustre.

Si Bello hubiera oído la *s* final de los verbos con que concordamos el «vos», sólo nos habría criticado el que en Chile estuviéramos todavía empleando formas verbales antiquísimas, que él conocía muy bien, y que pueden verse en las siguientes estrofas escritas ahora unos quinientos años:

«Religiosos que quisistes
Foir a la soledad,
Obidiencia e castidad,
Pobreza que prometistes;
Sy a las pompas vos distes
Dexando los monesterios,
Yo fallo que los lazeiros
Tan sola mente foystes.
El mundo pues que dezastes
Con prosupuestos devotos
Observad aquellos votos

Que de voluntad votastes:
Sy non, gloria que buscastes
En pena se tornará.
E tanto mayor será
Cuanto más premia tomastes».

Me he permitido copiarle esas dos estrofas para proporcionarle prueba documental abundante, y también porque estos versos se parecen como dos mellizos, tanto en su forma como en sus ideas, a uno que poseo de un poeta popular curicano, carpintero de oficio, Las que le dejo copiadas son del hidalgo español Gómez Manrique.

Pueden verse en esas estrofas algunas voces arcaicas en uso sólo en chileno a la fecha, como «laseio» = *lacería*, «obediencia», «prosupuestos», «premia». El verbo «foir» = *huir* es en chileno «fuyir» con *f* chilena (*jf*).

Tengo mis razones para creer que Gómez Manrique pronunciaba ese verbo como nosotros: con una *f* que no es la española actual, con una *o* semejante a una *u* y con *i* consonántica como la que pone en «foytes», *i* consonántica cuyo valor fonético hay que representarlo a la fecha *yi* en esa palabra.

El «vos» en chileno no tiene la forma íntegra «vosotros», que también tenía el castellano antiguo, y es indeclinable, por lo que en los casos complementarios enclíticos nos valemos de los casos del «tú»: «voh», «de voh», «con voh»; o «salí voh» por «salíos» o «salid vosotros».

Con el uso de «vos» nos ahorramos muchas de las frases ambiguas que resultan del empleo del su castellano.

c) La voz «hombre» en chileno:

Empleamos «hom» y «ho» por «hombre» sólo en vocativo singular y plural: «mir'ho», «vengan», «hom». En los demás casos usamos la voz castellana actual: «El hombre mira», «lo'hombtreh vienen».

En antiguos escritores esta palabra se encuentra escrita «omne», «ome», «home», «hom», y sólo en el siglo XV empiezan a usar hombre algunos autores, apareciendo en ella esa *r* de las que andaban zumbando inquietas en el oído interno de los creadores del romance.

La pronunciación de las formas «home» y «ome» parece que era antiguamente igual a la nuestra, es decir que no sonaba la *e* final, pues así se deja comprender en la medida de algunos versos en los que esa *e* está de más:

«Sola con ome no te fíes

Ni te allegues al espino».

Dos hemistiquios de ocho sílabas del Archipreste de Hita.

d) Vocales en chileno:

En cuanto a las permutas, cambios, supresiones o adiciones de vocales de las palabras castellanas que usamos en chileno, le diré, señor, que creo haberlas encontrado todas en los escritores peninsulares anteriores al descubrimiento de América: «polido», «Trenidad», «dicir», «escrebir», «sospirar», «resplendor», «cudicia», «espiriencia», «durmir», «defunto», «empremir», «escuro», «quistión», «entinción», etc., etc., son voces empleadas por autores tales como el Marqués de Santillana, Ferrán Pérez de Guzmán, el canciller López de Ayala, el rey sin corona don Álvaro de Luna y otros personajes incapaces de aguantar que alguien se hubiera permitido andar motejándoles el habla.

Dolor, color y otros sustantivos de terminación análoga eran femeninos, como en chileno:

«E saliendo a rescebirme
El buen rey e su compañã,
Non pudo más encobrirme
Su dolor, que era tamaña».

Marqués de Santillana.

e) Preposiciones:

Es cierto que no son seguras nuestras fonologías, nuestra morfología ni nuestra sintaxis, observándose principalmente mucha inseguridad en el empleo de las partículas prepositivas; pero igual cosa ocurre siempre en todo idioma hasta que se hace culto y la escritura fija las formas y las relaciones de las palabras.

Entre las corruptelas que se nos reprochan está la de hacer complemento ordinario con de el complemento directo de infinitivo verbal, construcción que es también sólo arcaica:

«Señora, por cuanto supe
Tus acorros, en ti espero,
E a tu casa en Guadalupe
Prometo de ser romero».

López de Ayala.

En los documentos escritos por los conquistadores y cronistas de Chile del primer siglo de la conquista se encuentran asimismo nuestras voces y frases más usadas hoy día. Las apuntadas a continuación son tomadas de la carta de Valdivia, de los Cabildos de Santiago, de Álvarez de Toledo, de González de Nájera, de Nuñez de Pineda y de Góngora Marmolejo: «lenguas» = *noticias*, «quema» = *quemazón*, «imos» = *fuiimos*, «desprender» = *aprender*, «trujo» = *trajo*, «disistión» = *desistimiento*, «ensangostar» = *angostar*, «agora», «mesmo», «ansí» = *así*, «chiflar», «ñutrimento», «asigurar», «niervo», «husga» = *huya*, «destrucción», «concebición» = *concepción*, «perfición», «tato» = *tacto*, «reta» = *recta*, «sobar» = *vencer*, «efetuar», «plático» y «prático» = *práctico*, «infrutuoso», «indino» = *indigno*, «sinar» = *signar*, «manigio», «lición», «hivierno», «sulcar» = *surcar*, «arrimar» = *asentir a una opinión*, «peje» = *pez*, «alverjas», «celebro» = *cerebro*, «asoltar» = *soltar*, «inopia» = *privación*, «pobreza», «desapartar» = *apartar*, etc., etc. Contracciones como «desta», «desa», «dallá», «dacá», «ques», «desque» = *desde que*; «qué», «porqué», «dél», «questaba», «ínter» = *entre tanto*, etc., son corrientes en todos los escritores de aquellos tiempos. Nuñez de Pineda trae una «agrecila» por «agradecila» (pág. 146). En los escritores del siglo XVI se ve, como en los de la Península, escrito con *l* final el infinitivo con enclítico que empieza con esa misma letra: «amalla», «decill», «tenello», etc., pronunciándola: «amal-la», «decil-le», «tenel-lo», como nosotros.

f) Negativo de persona:

El negativo de persona lo tenemos en chileno de seis formas: «nadir», «naide», «nadi», «naiden», «nadien», «nadin». La *n* final, que no he encontrado documentada, creo que no es tampoco invención nuestra. El primitivo significado de «nadie» era positivo, pues equivale a «nacido», y sólo llegó a ser negativo por la frecuencia de ser empleado en frases que lo eran. Ese apéndice de la letra negativa por excelencia en gótico y en latín creo que la trajeron los conquistadores a Chile, y encuentro que no le viene mal. Hallo más negativo nuestro «nadien» que el simple «nadie» castellano.

g) Cambios de forma de algunas palabras:

Cuesta más de lo que ordinariamente se cree el que la escritura fije definitivamente la forma de una palabra. El nombre de nuestra capital lo he encontrado escrito «Sanet Yac», «Sant Yague», «Sant Yago», «Santi Yago» y «Santiago». Pero son las voces en que entran las consonantes esquivas *l* y *r* que han pasado por más vicisitudes. Así a los hermanos conventuales se les ha llamado «flayres», «frailes», «fraises», «freiles», «freilas», «freirres», «freiras», «freres», «fray» y «frey».

Creo que además de las documentadas debieron existir en el lenguaje hablado otras formas intermediarias en los primitivos tiempos, pues no es posible explicar de otra suerte la metamorfosis de la *t* del latín *frater* en la *l* de fraile, ni tampoco me satisface la diptongación de la *a* latina que dio origen al *ai* de la primera sílaba de la palabra española.

Dicen los etimologistas que muchas de las voces castellanas vienen del acusativo o del ablativo de la correspondiente latina. En el caso presente «fraile» vendría de *fratrem* o de *fratre*, que daría lo mismo, puesto que la *m* final no la pronunciaban los latinos de ese tiempo; esa palabra la oyeron fratre los Godos, y como la *t*, según he recordado, sonaba *d* en boca a boca de éstos en varias posiciones, quedó «fradre», impronunciable para aquellos teutones sin la *i* eufónica que pusieron en «Peidro», por lo que dijeron «fraidre», simplemente «fraise», como «Peiro», y de ahí los «fraile», «flaire», por las permutas comunes a estas semivocales, prevaleciendo al fin la primera. Las formas «frere» y «frei» son analógicas de «Pero» y «Per».

Y ahí tiene Ud. la *i* allegadiza o epentética que le había prometido.

h) Consonante Echeverría:

Hay varios otros puntos muy interesantes en nuestra fonética, y que ayudan admirablemente a resolver los problemas de la pronunciación del castellano arcaico, pero esta carta va demasiado larga. Quiero apuntar aquí la existencia de un sonido particular al chileno, el de la *f* de «futre», «fumar», «fui», «difunto», etc., sonido que reúne en sí los de la *f* y la *j* castellanas y que describe Echeverría acertadamente diciendo que «se pronuncian con doble fricación, una en los labios y otra en el paladar», sonido que creo llegado a Chile desde Europa y traído por los Godos.

Bien conocidas son por los que se dedican a estos estudios las discusiones a que ha dado lugar el modo cómo los Godos pronunciaban la *f*, problema que hasta la fecha no está resuelto. Wulfila lo representó con la *g* griega, consonante bilabial, como suena en chileno feo diferente de la *f* castellana que, como la latina, se articula según la Academia entre los dientes superiores y el labio inferior, siendo pues una consonante labiodental, como era la romana en tiempos de Wulfila.

En chileno falta la *f* castellana, poseyendo sólo la bilabial. En cambio, nuestro dialecto posee esa articulación doble especial que Echeverría ha descrito el primero, y que podría representarse en la escritura *ff*, ya que, virtualmente a lo menos, la fricación palatal precede a la labial.

El idioma *d* los Godos poseía varias de esas articulaciones complejas que Wulfila representó con grupos de consonantes del alfabeto griego, inventado algunos signos para articulaciones especiales.

¿Cómo pronunciarían los Godos la *f* de las palabras latinas que tomaron, siendo que ellos no tenían ninguna consonante labiodental? ¿Tenía el idioma gótico la articulación *ɸ*?

Hay otros hechos entre otros: durante los siglos XIV y XV empezó a perderse de algunas voces castellanas la *f* de las palabras latinas de que las castellanas provenían, y esa consonante labial aparece en la escritura reemplazada por una *h* que era pospalatal aspirada, semejante al sonido de la *j* del español moderno, letra esta última que no tenían ni el latín ni el español arcaico. Así, de *filius* salió «fijo», y después *hijo*; de *forinus*, «forno», escrito más tarde *horno*; de *fames*, primero «fame», luego «fambre» y por fin *hambre*, etc. En otras voces aparecen desde un principio, ya con la consonante labial, que ha persistido hasta la fecha, como «fácil» de *facilis*, «feroz» de *ferox*, o ya con la pospalatal, como «haya» de *fagus*, «heno» de *fenum*. Quedan aún en castellano muchas palabras en las que puede verse esta bifurcación de la *f* latina: «humo» y «fumo», del latín *fumus*; «hondo» y «fondo», de *fundus*; «hambre» y «famélico». ¿Se verificó, pues, en aquel tiempo una diferenciación, un desdoblamiento de la articulación que daban los creadores de romance a la *f* latina? ¿Es éste uno de los orígenes del sonido de la *j* en español moderno? ¿Cuál era la articulación gótica que Wulfila representó con la *phi* griega? Del Gótico «*falthan*» (*th* = *d* suave, como *th* con voz inglesa), nórdico «falda», derivan las españolas «halda» y «falda»; las voces castellanas «fato» y «hato» vienen de la gótica «*fatha*». Se verificó, por tanto, con la *f* gótica el mismo desdoblamiento que acaeció con la latina.

A propósito de la etimología de «hato», en que estoy en desacuerdo con autores graves, le diré que para comprender la idea que los Godos de España expresaban con la voz de «hato», ha de tenerse presente que los conquistadores no empleaban aquí esa palabra, sino el sustantivo *aparta*, que conserva la idea de la gótica. Ese chilenismo es pues, de origen idealógico gótico, aunque no formal.

El paso de una consonante de un grupo a otro, de una labial, *v. gr.*, a una palatal, como ha sucedido en el caso que hemos visto, es debido a la acción preponderante de una de esas consonantes sobre la otra, a la asimilación, como dicen los entendidos; pero en los casos estudiados no hay nada semejante; además, no se trata de palabras aisladas, de un fenómeno singular, sino de una serie, de una ley fonética especial.

Así ha quedado perdida en castellano una de las letras de mayor vitalidad del latín. La *f* latina era un sonido fricativo fuerte que transformaba o asimilaba las consonantes vecinas: en vez de *adfero* se decía *affero* = «aporto» cambiando la linguo-dental *d* en una *f* dental. Las *f* del latín, como las del gótico, que a causa de esa escisión particular fueron reemplazadas por la gutural *h* de los Godos, quedaron al fin perdidas, pues esa *h* fue suavizándose gradualmente hasta representar hoy sólo un rudimento sin valor fonético.

En el habla de los iletrados y en los dialectos romances quedan como en archivo muchas palabras y sonidos particulares a los hombres que los crearon, por lo que el estudio de los dialectos tiene mayor importancia que la que hasta hoy se le acuerda en la historia de la formación de los idiomas modernos. Según Unamuno, en varias regiones de España se oye en el pueblo iletrado palabras en las que la *f* castellana es reemplazada

por la *j*. Los andaluces dicen «jembra» = *hembra*, que se escribió antiguamente «fembra», del latín *femina*. Los andaluces no han inventado tal mudanza de consonantes. En chileno decimos «jeder» = *heder*, de *foetere*, y conjugamos con *j* todo el verbo: «jalar» = *halar*, de origen nórdico o tal vez de algún vocablo gótico que no ha quedado en documentos. Ese cambio de una *j* por una *h* hace que las voces chilenas sean muy diferentes de las castellanas, pues hoy la *h* no tiene valor; pero en lo antiguo no fue así; la voz escrita «halar» la pronunciaban los conquistadores «jalar», pues que nosotros tampoco hemos inventado ese cambio, que responde del todo a las transformaciones que hemos visto, y que es sólo arcaísmo fonético. La palabra castellana *hedor* es en chileno «jedor», y a veces «fetor», ambos arcaísmos traídos por los conquistadores. Esos eran seguramente los «dejos» del habla de los conquistadores a que se refiere el padre Ovalle. Entre esos dejos creo que está la pronunciación de la consonante Echeverría.

Tenemos en chileno muchas palabras en que esa consonante doble suena perfectamente distinta. Además de las nombradas: «jfuture», «jfumar», «dijfunto», y de «jfogata», «jfuente», «Aljfonso», etc., conjugamos con la misma consonante todo el verbo «jfyuir» = *huir*, y todas las formas de *ir* que principian por *f*: «jfui», «jfuihteh», «jfue», etc., «jfuese», «jfuera», etc., como asimismo las semejantes de *ser*. Se ve que en el primer verbo hemos sustituido una *h* castellana (la arcaica) con la *jf* y en los otros hemos reemplazado una *f* con la misma consonante doble.

El araucano no posee el sonido *f*. Ni Febrés, ni Hernández, ni Valdivia traen en sus obras palabras con dicha consonante. Lenz dice que el idioma indígena de Chile carece de dicha carece de dicha letra. Las raras que hoy aparecen en el chilidugu moderno parecen originarias de los idiomas de ultra cordillera, pues se oyen entre los Huilliches y los Pehuenches especialmente.

El problema del origen de la consonante Echeverría da materia para un capítulo, pero sería necesario discutir opiniones y llamar de nombres de autores y de obras este pequeño estudio, cosa que deseo evitar. Para nosotros tiene especial importancia porque esas modulaciones particulares son debidas a la acción simultánea de grupos de músculos de los órganos vocales, músculos que entran en actividad combinada porque los nervios que los animan tienen conexiones en los centros cerebrales volitivos, cuya estructura se transmite por la herencia.

Capítulo V

Continuación, generalidades

1. a) *Tendencias generales del lenguaje chileno en armonía con el pensamiento de la raza.* b) *Contracciones, apócope, etc.* c) *Origen de la nomenclatura en la métrica castellana, y del uso de la rima asonante en su versificación.* d) *Contracciones en inglés.* e) *Contracciones en chileno.* 2. a) *Influencia de la escritura en el desarrollo de las lenguas. Los académicos.* b) *La tendencia al pasado del castellano moderno tiene*

una causa biológica. c) Necesidad de saber un idioma germánico para estudiar las ciencias modernas. Germanos y latinos. d) Temor infundado. e) Una frase en chileno.

1.-

a) Tendencias generales del lenguaje chileno en armonía con el pensamiento de la raza:

Respecto a tendencias generales de nuestra lengua, pueden citarse dos, que tienen la misma causal psicológica. La que nos lleva a regularizar su morfología, como observa con acierto respecto de las conjugaciones Echeverría y Reyes, y la del acortamiento y simplificación de las palabras y de las frases, suprimiendo de las primeras letras o sílabas y de las segundas cuanta palabra pueda eliminarse sin oscurecer o dañar su sentido.

Como esas manifestaciones del genio de nuestra lengua son diametralmente opuestas a la del español moderno, han merecido de los críticos las más acerbas censuras. Nuestras frases: «p'ir pa'l puerto», «mir'ho», u otras despiertan el mal humor de los zoilos castellanos y le emprenden a denuestos con nosotros.

No es difícil la relación que existe entre el laconismo de nuestros dichos y ocurrencias que le hice notar en mi primera carta, y esta supresión de letras y palabras en nuestro discurso; ambos pertenecen al mismo orden de manifestaciones mentales: a la exteriorización del pensamiento por medio de la palabra, y en ambas se observa el mismo predominio de la idea sobre la forma, de lo esencial sobre secundario.

Este rasgo del funcionamiento de nuestro cerebro es también heredado por ambas sábanas, como es fácil probarlo, y sus manifestaciones no se limitan al lenguaje sino que imprimen su sello a todo nuestro ser moral y mental.

A los que no tienen la costumbre de meditar sobre la conexión estrecha que une la más variada manifestaciones del pensamiento de un mismo individuo o de una misma raza, cuando ambos poseen esa armonía en el conjunto de sus operaciones mentales que se llama equilibrio, no les será fácil hallar la relación entre lo que se ha llamado el ropaje del pensamiento y el ropaje material, el vestido del individuo; pero los psicólogos afirman que ambas exteriorizaciones del pensamiento derivan de idénticos procesos ideológicos. El despego pues del chileno a las frases rebuscadas y sonoras tiene la misma causa interior que su desdén por el atavío y el adorno de su persona. No hay ningún pueblo que use menos joyas que el chileno. Hasta hace pocos años ese hecho era general desde el roto infeliz al roto millonario, hoy empiezan a cargar anillos con brillantes, cadenas con chiches y corbatas llamativas algunos jóvenes de Santiago, costumbre sólo de tahures y petardistas en otros tiempos; pero el roto legítimo, el que ha permanecido indemne, o ha entrado por esa costumbre ni la aceptará mientras no cambie su ser moral; él deja las joyas y adornos para sus mujeres.

El solo instinto dice al chileno que el esmero cuidadoso en el atavío de la persona es signo de afeminamiento y la ciencia moderna ha llegado hoy a la misma conclusión. Se tiene a la fecha por seguro que, desde el brillo metálico del escarabajo macho, el plumaje coloreado y el dulce canto del macho de las aves, como los adornos naturales de los mamíferos del mismo sexo, hasta el atavío rebuscado y vistoso del varón, son

signos inequívocos del predominio de la femina en la selección de la especie. Las insignias vistosas o ricas de mando o de poder social tienen otro significado.

b) Contracciones, apócope, etc.:

Y volviendo a las contracciones, crasis, síncope, elisiones, etc., que usamos en nuestro lenguaje, ellas no son sino efectos de herencia psicológica europea. Ya se habrá notado que los Godos acertaron hasta hacer encontrar su etimología latina muchas de las palabras del romance que tomaron de la lengua romana. Además de las recordadas pueden citarse muchas otras voces en las que pueden verse hasta la reducción a una sola voz de frases latinas: «aqueste» de *atque + iste*; «aquel» de *atque + ille*; «otro», antiguamente «al», de *alter*; «algo» de *aliquid*; «tamaño» de *tantus + magnus*; «quizá» de *quis + sapit*; «después» de *de + ex post*; «cada uno», o «caduno», como se decía antiguamente y seguimos diciendo nosotros, de *cada + quisque + unus*. De *petrula* los Godos sacaron «perla» y los castellanos posteriores han obtenido «piedrezuela».

Desde fines del siglo XV o primeros años del siguiente cuando todavía no existía la Academia de la Lengua, la frase «vuestra señoría» se contrajo en «usía», y la frase «vuestra merced» pasó a «vuesa merced», y luego fue contrayéndose hasta quedar reducida a una sola palabra de tres letras: «vuesa», «cerced», «vuesarced», «usarced», «voadced», «vuced», «used», «oacé» y «océ» con algunas otras formas intermediarias. Hoy es tenido como elegante en la escritura la vuelta a la forma íntegra primitiva.

En los nombres propios de personas los Godos de España efectuaban la misma reducción en el lenguaje familiar y en la escritura: Per de «Peidro», Rui de «Roderik», del patronímico de este último, Rodríguez, obtuvieron «Roderiz» y «Ruiz» de su síncope. Nosotros empleamos «Roirih», y la forma íntegra es una de las palabras más difíciles de pronunciar para nosotros, diciendo «Roidrigueh» o «Roigrigueh». Del gótico «*Loudwin*» hicieron Luis, hoy Lucho, como por tendencia castellana se alargan ordinariamente los nombres propios en estilo familiar, contrariamente a las demás lenguas: Juancho de «Juan», Mañungo o Manongo de «Manuel», Perico de «Pedro», Marica de «María», etc.

En el habla debieron usar muchas contracciones y apócope los antiguos españoles, pues aún en sus escritos son muy frecuentes:

«Cada un día yo imagino
Como n'aque'l vos miré.
Y la hora determino
En qu'entonces vos hablé.
Y lo digo c'a mi ver
Me parece que dezía,
Y no es viendo rresponder
Antes mi muerte querría
Que tal pena padecer».

Don Juan Manuel, siglo XV.

En siglos anteriores ni siquiera se marcaba con una coma el lugar en que se omitía la letra sino que se hacía una sola voz de las dos contraídas, como en la pronunciación:

«La tristura e gran cuydado
Son conmigo todavía,
Pues placer alegría
Así man desamparado».

López de Ayala.

«Man»-*me han*.

En el poema *El Cid* son muy frecuentes, y ha sido ésa una de las dificultades para comprender algunos pasajes, dificultades que no existen para el que sabe chileno:

«Hyas espiden e piensan de cabalgar».

Verso 1448

«Hyas espiden»-*ya se despiden*.

«Tras nocharon de noch al alva de la man».

Verso 1100

«Noch»-*noche*, «man»-*mañana*.

«Aorient exe el sol e tornos aesa part».

Verso 1091

Ese «exe» es presente de indicativo, por lo debió escribirse «exa»-*deja*. La *e* final la puso el copista por lo que en la pronunciación sólo se oye la *e* del siguiente: «A orient' ej el sol» se pronuncia en chileno esa frase.

Eduardo de la Barra tuvo mucha razón al suprimir algunas sílabas que están de más en algunas palabras de este poema, pero son mucho más numerosas las que pueden y deben suprimirse para encontrar correcta la medida de algunos de sus versos, sílabas escritas por el pendolista, pero que no eran pronunciadas por los que lo cantaban o recitaban, porque estoy convencido de que los poetas de aquel tiempo empleaban en el lenguaje hablando tantas contracciones como nosotros, si no más. Hay en esa magnífica epopeya algunos versos de longitud desmesurada, pero que resultan perfectos pronunciados en chileno; por ejemplo, el verso 3725 está escrito en el código citado: «A todos alcanza ondra por el que en buen hora nació». Teniendo presente que en esa época el hiato era la regla, ese verso tiene dieciocho sílabas, cuando el poeta quiso hacerlo de sólo dieciséis, con dos hemistiquios de ocho sílabas cada uno. El primero resulta de ocho, pero el segundo tiene diez, según la nomenclatura castellana: «por-el-que-en buen-ora-na-ció». Pronunciado en chileno tiene sus ochos cabales: «por'l-qu'en-bue-no-ra-na-ció».

En este mismo poema es fácil notar que la sílaba o sílabas que siguen a la última acentuada de cada verso no se toman en cuenta para la rima, lo que indica que no se pronunciaban, y no deben por lo tanto ser contadas al apreciar su medida. Así se ve en una tirada monorrima en *a* acentuada: «consonar part», «adelante», «mande», «al», «fablastes», «caen». «Fanez», «calvagar», etc., en que adelante debe pronunciarse sólo «adelant»; «caen», sólo «can»; «fablastes», «fablast»; etc. En otras partes en que la rima es en *o* aguda, se ven «consonar cort», «Alfonso», «lidiador», «Yherónimo», en donde deben suprimirse la última sílaba en «Alfonso» y las dos últimas en «Yherónimo». Este procedimiento métrico es corriente en *El Cid* y muy usado en las otras poesías de los siglos XII y XIII, en las cuales se ve indistintamente escrita o suprimida en la escritura la última la sílaba, siendo sólo la rima la que indica si debe pronunciarse o no.

Todo el que haya oído cantar a las campesinas chilenas habrá notado el mismo procedimiento: cuando el nombre de la persona a quien se dirige la tonada es demasiado largo para que ajuste a la medida de la música, la cantora lo acorta sencillamente todo lo que sea necesario, sin que nadie se extrañe de ello. Lo mismo hacen con los versos mal medidos de algunas poesías populares.

c) Origen de la nomenclatura en la métrica castellana, y del uso de la rima asonante en su versificación:

Probablemente a esa supresión o contracción facultativa de las sílabas que siguen a la última acentuada de los versos del español primitivo es debida a la nomenclatura particular de la métrica castellana, que considera siempre como existente una sílaba después de la última acentuada de cada verso, y nunca más de una.

A ese mismo desdén en la pronunciación de los demás sonidos que seguían a la vocal o diptongos tónicos finales creo que debe atribuirse el empleo de la rima llamada asonante, que no emplearon ni el latín ni el griego; pero que era común en algunas

poesías antiguas del norte de Europa y que a la fecha emplean el castellano y el, alemán, novedad poética introducida en Provenza y en España por la fonética de los Godos.

A igual procedimiento económico deben referirse los cambios de vocales llenas por débiles que se notan en chileno, trayendo el acento a una sílaba anterior a la que lo lleva en castellano, pues de esa manera se facilita la diptongación y el acortamiento de la voz: «meih» por *maíz*, «léido» por *leído*, «Valparéiso» por *Valparaíso*, etc.

d) Contracciones en inglés:

Esa reducción que los Godos efectuaron en las palabras latinas y luego en las romances por ellos creadas, y que sigue verificándose en nuestro dialecto, no es un fenómeno aislado en la historia de las lenguas. El caso más interesante a este respecto es el que presenta el idioma inglés, que tiene por base el anglosajón, idioma, como he recordado, muy parecido al gótico.

El inglés tiene la tendencia a traer el acento a las primeras sílabas de las palabras suprimiendo las vocales de las sílabas postónicas y dejando esa cantidad de consonantes, impronunciables muchas de ellas para los mismos ingleses, que aparecen en la gráfica, como los órganos en vía de atrofia, sin función esencial, que se notan en algunos seres orgánicos. De la misma escritura han ido desapareciendo lentamente a pesar de la oposición de los etimologistas. Pero fue en la época anterior a la escritura de esas lenguas cuando sus poseedores de tal modo sus palabras que a la fecha es casi un idioma monosilábico, y simplificaron y regularizaron tanto su morfología y sus sintaxis, que es tenido como el más avanzado de los idiomas de flexión.

Un ejemplo: *lord* es una síncopa del anglosajón «hlaford», que a su vez es una contracción de «hlaf»-*pan*, y de «afford»-*dar*. En Londres ya no pronuncian la *r* de *lord*, quedando así reducidas a sólo tres las diez letras primitivas, y encerrando el mismo significado, esto es, «el que da pan», «el munífico», «el poderoso». Del anglosajón «hlaefdaeg» deriva el inglés *lady*.

En el diálogo familiar siguen los británicos acortando por medio de contracciones todavía más su lenguaje. Esta frase: «*you had better do it*», y «*will not forgive you if you do not*»-«hágalo usted mejor», «no le perdonaré si no lo hace»; la pronuncian y la escriben así: «*You'd better do it*», y «*won't forgive you if you dont*». O esta otra: «*I have been asked but shall not go because. I can not*»-«Yo he sido invitado, pero no iré porque no puedo ir»; la escriben así en los diálogos de sus novelas: «*I've been asked, but shan't go because, I cant*». En estas frases pueden verse contracciones verdaderamente sorprendentes, como «wan't» por «will not» en que la *o* de la segunda palabra ha pasado a la primera reemplazando a la *i*. Esa transposición de sonidos, pérdida por la eufonía, obliga a los escritores a poner la coma que indica la supresión en un lugar que no siempre corresponde al que debieran ocupar las letras suprimidas. Además esa coma, que como los últimos vestigios de los órganos que la evolución ha suprimido en los seres, vestigios llamados «rudimentos» por los biólogos, tiene en la gráfica, tendencia a desaparecer, y así se ve a menudo «shan't», contracción de *shall not*, escrito simplemente «shant», *don't*, de «do not», sólo «dont», etc., como los organismos en los que ya se han perdido hasta los rudimentos anatómicos y presentan la nueva forma correcta de su nueva faz evolutiva.

Puede notarse que el castellano sigue, al justo, el camino opuesto. En los primeros escritores vimos que las supresiones de sonidos no se marchaban en la escritura, después se señaló con una coma el lugar de la supresión, y más tarde se restituyó la letra o letras suprimidas, primero en la escritura y después en la pronunciación.

La reducción a voces monosilábicas del vocabulario inglés y las contracción tan frecuentes de que se valen en la conversación hacen tan rápida la sucesión de las ideas en el diálogo de esa lengua, que es ella una de las más graves dificultades para que una persona habituada al amplio lenguaje castellano pueda seguir la ilación del discurso familiar en lengua inglesa; y esa misma parvedad de sus palabras hace imposible a los británicos pronunciar sin ensayos previos las voces de muchas sílabas del castellano, como paralelepipedoidales, por ejemplo.

d) Contracciones en chileno:

Las contracciones y trasposiciones eufónicas de los ingleses dejan muy atrás a las que usamos los chilenos, sin que a ellos nadie se las tache. Verdad es que las nuestras reducen algo la forma castiza de los vocablos ampulosos de la lengua castellana. En la frase chilena: «tre'l catr'e fierr'ho»-«traed el catre de fierro, hombre», reducimos a quince letras, pronunciadas en cinco sílabas, las veinticinco del español pronunciadas en diez sílabas, ahorrando así la mitad del tiempo. Algo es algo.

Los norteamericanos han ido más lejos que los ingleses en la economía de sonidos en el habla y de su representación en la escritura, especialmente de las palabras modernas eruditas, acortándolas por donde les parece conveniente y dejando en la gráfica una coma de muestra: «*alligator*»-*caimán*, lo escriben «'gator»; *hippopotamus*-*hipopótamo*, lo recortan por el otro extremo y escriben «hipo». A nadie se le ocurre en Norte América censurar esas audaces mutilaciones sólo comparables a la de «man» por «mañana» del poeta de *El Cid*. La observación de que *hipo* significa «caballo» en griego, que pudiera hacerles algún etimologista de los nuestros, la mirarían con supremo desdén, pues ellos no tienen nada que ver con los griegos, ni escriben para griegos, ni piensan en el idioma de naciones que fueron; su vista está fija sólo en el porvenir.

En las antiguas posesiones españolas que hoy son de EE. UU. dejaron sus primeros poseedores algunos nombres geográficos entonados y sonoros como «San Francisco de California» por ejemplo, frase demasiado larga para nombre de un solo puerto, por lo que los norteamericanos la han reducido al malsonante «Frisco», como los Godos redujeron a «Santander» lo que los Ibéricos llamaban «*Portus Sancti Emeterii*». Son diferencias que están en la masa de la sangre o en la célula cerebral de las razas.

Nuestro lenguaje que, como todo lo genuinamente chileno, va quedando como patrimonio exclusivo del roto pobre, no es, pues, un objeto digno de menosprecio, sino al contrario, un fenómeno lingüístico lleno de interés para la ciencia y en especial para nosotros. Si es a la fecha tan inseguro en su estructura es porque no han tenido la suerte de encontrar hombres de talento que lo hayan empleado para expresarse por escrito en él.

El dialecto véneto, que guarda como el nuestro, transmitidas de viva voz, muchas reminiscencias del primer romance que nació en Italia, tuvo en Goldoni, el célebre

dramaturgo italiano del siglo XVIII, quien lo ilustrara y precisa sus formas con las creaciones de su inteligencia; el gallego moderno, que se encuentra en el mismo caso que el chileno y el véneto, ha sido ilustrado por el laureado poeta contemporáneo Curros Enríquez; el lenguaje del roto espera su hombre.

Sólo en este último año he tenido el gusto de leer en el decano de los diarios de Santiago una poesía en chileno dedicado a Rodolfo Lenz, lo que me induce a creer que por insinuaciones de ese estudioso e inteligente profesor del Instituto Pedagógico de Santiago, el poeta ha empleado nuestra lengua en sus versos. Gracias para el profesor y para el poeta.

2.-

a) Influencia de la escritura en el desarrollo de las lenguas. Los académicos:

Tengo un amigo que me hace el servicio de apurarse por mí, el cual me observó, muy alarmado, que en mi carta anterior, en vez de un Godo de España yo había puesto a un guaso colchagüino hablando con Colón, en lo cual había cometido, por lo menos, un anacronismo evidente. Espero que, por las sucintas pruebas que me ha sido posible aducir en la presente, haya cambiado de opinión.

No tenemos por qué avergonzarnos de usar un lenguaje más regular y más lacónico que el castellano moderno. Y aquí me ha de perdonar el que, en desquite de lo mucho que en lengua castellana se nos ha vituperado nuestro modo de expresarnos, le diga con sinceridad lo que pienso respecto de ese idioma, en el que usted ha obtenido tan envidiables triunfos.

Todas las lenguas al hacerse literarias sufren una detención en su desenvolvimiento hacia la regularización de su morfología y hacia la simplificación y lógica de su sintaxis, que es como se cumple en el habla humana la ley universal del menor esfuerzo. Esa detención llega a su más alto grado cuando la escritura documenta las formas y las relaciones de las palabras en el discurso. Desde que la gráfica empieza a ejercer su acción conservadora de los idiomas, el progreso de éstos se reduce casi a la adquisición de voces y de giros nuevos, pero encuadrados dentro de las leyes del desarrollo orgánico que alcanzó el idioma antes de ser cristalizado por la escritura. Desde esa etapa, el progreso de las lenguas es lentísimo, y las principales barreras que detienen su marcha son: la autoridad de los grandes escritores, en las razas progresivas, y además la tendencia al pasado que en esto como en todos los órdenes de su actividad psíquica se manifiesta en las razas que, habiendo en un tiempo sido progresivas por el mestizaje con razas superiores, purifican a la fecha su naturaleza primitiva por la eliminación de la sangre extranjera. Entre estos últimos están los romances, y entre ellos el castellano, el que ha sido más exhibido en su desarrollo por esa tendencia atávica.

Es, como le he recordado, por la escritura por donde han vuelto a la pronunciación las formas latinas de las voces del primitivo castellano. Ha sido tan grande la influencia

de la gráfica sobre la fonética en esta lengua, que es éste uno de los capítulos más curiosos de su historia. Poseo, señor, un lío de apuntes sobre esto y puede ser que algún día les desate el balduque.

A esa metamorfosis retrógrada se debe que ni el italiano, ni el gallego, ni el catalán de hoy se diferencian tanto del que aparece en los primitivos documentos que se poseen de esas lenguas, como se diferencian el español moderno del de los primeros escritores peninsulares. Cualquier italiano medianamente ilustrado puede leer sin ninguna dificultad al Dante y demás escritores de los siglos XIII y XIV, mientras que para entender las obras literarias y castellanas de esos mismos siglos un español necesita estudios especiales como si se tratara de otra lengua.

Ésa es la obra de los latinistas, de los etimologistas, cuyas sabiduría le he manifestado más atrás. Todo el empeño de los humanistas de habla castellana, con rarísimas excepciones, ha sido puesto en acercar su lengua a la que hablaron los romanos de ha veinte siglos, y en adornar la frase, redondear el período y dar sonoridad y demás cualidades externas a su idioma.

El lema de los humanistas organizados en legión: «Limpia, Fija y da Esplendor», ha de entenderse de una manera muy particular. Entienden por «limpiar» la lengua encerrarla dentro de una muralla china para que no penetre en ella ninguna voz nueva, ningún neologismo o barbarismo, a los que tienen horror, de lo que ha resultado, con el inmenso desarrollo de la vida moderna, que pocos libros prestan menos utilidad a un hombre de estudio que un *Diccionario de la Academia*. Los editores librerías han subsanado en parte esa deficiencia proporcionando al público de habla castellana diccionarios con «apéndice», dice va saliendo ya tan voluminoso como el diccionario mismo, cosa no vista ni oída de otro idioma.

No «Fija» sino que va hacia donde lo hemos visto, resucitando formas muertas por el uso del lenguaje hablado. En su tarea de restauración de fósiles han ido los latinistas hasta atreverse con la misma lengua madre, y con el acierto que es de suponer. Recuerdo que mi profesor de latín, Rodríguez Ojeda, el querido Lioncho, hacía retumbar la sala del Instituto con el *um* de «*templum*», cuando es hoy sabido que desde antes de la conquista de España los romanos ya casi no pronunciaban la *m* final, y que esa *u* no era tampoco la *u* castellana. Asimismo me enseñaron que los romanos llamaban «Cícero» a su gran orador, siendo que ese señor no respondía sino cuando lo llamaban «Quíquero», porque *K* sonaba la *c* latina.

«Esplendor» entendido como brillo externo, es lo único en que el lema es verdadero. Ha sido esa una antigua aspiración española: «Valdés: ... y usted que la gentileza de la lengua castellana, entre las otras cosas, consiste en que los vocablos sean llenos y enteros; y por esto siempre me veréis escribir los vocablos con las más letras que pueda», espíritu que, como se ve, es diametralmente opuesto al que creó esta lengua.

Pero los hablistas castellanos han tenido la felicidad de ver coronados sus tenaces esfuerzos. Su lenguaje es, con mucho, el más sonoro, el más ampuloso de los idiomas que conozco, aunque haya quedado pobre en voces, y use dos negaciones para negar y haya que usar a cada paso de rodeos para evitar las anfibologías del posesivo «su», estigma de infantilidad que no tenía el castellano antiguo.

He oído hablar en varios idiomas, por lo que mi opinión no es del todo empírica, como quisiera que fuese la de los que han de juzgar en esta materia, y puedo asegurarle que lo que más llama la atención del viajero que no ha tenido oportunidad de oír hablar castellano por algún tiempo, es la sonoridad particular de esta lengua. La abundancia de sus vocales, especialmente de la *a*, que hierde como campana el oído, da la idea de que los que la hablan abren demasiado la boca y elevan el tono, lo que, unido a la costumbre de gesticular y accionar mientras se habla, que parece nativa de los que en ella se expresan, le da cierta prosopopeya, cierta énfasis e hinchazón muy curiosas. Pero están de ello satisfechos; así, mientras que los ingleses se glorían de poseer el idioma más lacónico y preciso de los modernos, un eminente orador peninsular dice del suyo propio: «Nada hay comparable a la verba grandilocuente y abundosa de la rica y sonora habla castellana». Campana. ¿Oye?

La escritura también ha logrado algo de adorno externo, pues es de la única manera que puede considerarse la profusión de acentos ortográficos inútiles, no empleados en la escritura de ninguna otra lengua, que usa el castellano. Y también hay progreso en esto: Ruffino J. Cuervo pinta el acento a palabras que se le escaparon a la Academia, y ha encontrado razones para poner dos acentos ortográficos a algunas palabras compuestas.

b) La tendencia al pasado del castellano moderno tiene una causa biológica:

Pensando sobre esta tendencia al pasado de las familias latinas, tan elocuente para los biólogos, estaba en estos días cuando el cable nos anuncia que en Roma ha tenido gran suceso un «Congreso Latino». En sus sesiones, a las que concurrieron representantes de las naciones neolatinas de Europa y de algunas de América, se habló y deliberó sólo en latín, se leyeron poesías en esa lengua muerta para siempre, y se representó un drama de antiguo escritor latino auténtico por cómicos que declamaban en latín y que en latín oían los espectadores. No dicen los cablegramas de que nacionalidad eran los tales cómicos, cosa indispensable para formarse una idea de como sonaría el latín en sus bocas, puesto que cada una de las naciones modernas de Europa pronuncia la lengua de «Kikero» o «Chichero» como suena en boca de los italianos, a su manera particular, aunque ninguna como la pronunciaban sus antiguos dueños. Lo que es seguro, sin embargo de que no lo dice el cable, es que si el autor de ese drama resucita para asistir a ese homenaje tan póstumo, diré, no habría entendido una palabra, y habría creído que con toda esa gravedad postiza de antiguos romanos que adoptaban los concurrentes, estaban confabulados para jugarle una broma de mal gusto.

Conozco a uno de los chilenos que debe haber asistido a la representación, y sé que sus conocimientos del latín le habrán alcanzado cuando más para lucir un «*ego sum*» al pasar su tarjeta de entrada; lo que no le habrá impedido estar muy atento, asistiendo con la cabeza y hasta aplaudiendo algunos pasajes, para ir después a su cuarto del hotel a reírse a carcajadas de la farsa. ¡Cuánta falta me hace la fusta de Voltaire para mostrársela a todos esos comediantes!

c) Necesidad de saber un idioma germánico para estudiar las ciencias modernas. Germanos y latinos:

La poca simpatía que abrigo por la sonora verba de Castilla proviene en parte de que tengo la íntima convicción de que por el habla romance que usamos en Chile es por donde nos ha venido el error perjudicialísimo de creernos y de raza latina, y por consiguiente destinados a pasar por la servidumbre de razas superiores antes de desaparecer definitivamente de la faz del planeta. Estoy asimismo convencido de que mientras a los chilenos sólo se nos enseñe español, francés o italiano, iremos quedándonos irremediabilmente a la zaga del magnífico progreso de la ciencia moderna.

Es una ilusión tan manifiesta creer que París sigue siendo el cerebro del mundo, como la de imaginarse que Roma es aún su señora. La sede del saber y del mando en la Tierra ha cambiado de sitio y de raza.

En los últimos años la escuela darwiniana inglesa, encabezada por Herbert Spencer, ha sostenido con la alemana de los neodarwinianos, cuyo jefe es Weissmann, una larga y luminosa polémica sobre el mecanismo con que ambas escuelas explican la trasmisión de la vida de padres a hijos, el proceso hasta aquí misterioso que permite que de la fusión de dos células microscópicas resulte un ser único que reproduce los caracteres físicos, morales e intelectuales de los individuos generadores de quienes se desprendieron aquellas células.

Y como corolario de aquella polémica, la dilucidación del problema de grande importancia social práctica de si las condiciones adquiridas por los padres pueden o no ser transmitidas a la progenie; o en otros términos, si un hombre que ha logrado, v. g., fortalecer su vitalidad o desarrollar sus músculos por medio de prácticas o ejercicios apropiados, transmite o no a sus hijos esa robustez adquirida, con la cual no había nacido; o si otro, que por el estudio y el trabajo mental asiduo ha conseguido aumentar el poder funcional de su cerebro, puede dar vida a hijos de inteligencia superior a la que habrían tenido si él mismo no hubiera mejorado la suya por el ejercicio. Se trata por lo tanto de saber si la educación es capaz de mejorar la especie humana, tesis sostenida por los ingleses, o si sólo está limitado su poder al individuo, que es lo sostenido por los alemanes, los cuales afirman que la especie sólo es modificable por las leyes primitivas de Darwin, la variación y la selección, doctrina a la que se están hoy adhiriendo los mismos ingleses.

La discusión de este problema, el más profundo de cuantos han sido abordados por el hombre desde que la filosofía posee la base experimental que le suministran los laboratorios y el microscopio, que con su mirada poderosa sondea el mundo maravilloso de lo infinitamente pequeño, no ha sido traducida a ningún idioma romance. Los sabios que no han sabido alemán, inglés o ruso se han quedado a oscuras sobre ella.

Lo más grave es que los latinos parecen no interesarse por esta clase de investigaciones. Es de regla general que empiecen sus libros que llaman de sociología declarando que la biología no tiene nada que ver con ellos, y dicen la verdad, como aparece de manifiesto en sus lucubraciones. Han dejado de nombrar los silogismos, los sorites y los entimemas de los antiguos escolásticos, pero han permanecido en su misma metafísica, y se mantienen, naturalmente, a la misma altura filosófica que aquéllos.

Las obras fundamentales del saber moderno, la *Biología* y la *Psicología* de Spencer, no están siquiera traducidas al español ni al italiano, lo que no es un inconveniente para que los escritores de esos países se crean en el deber de refutar las doctrinas del Filósofo Excelso, para cuya comprensión están inhabilitados. Es aún

posible que encuentren inadecuado, sino absurdo, el título de psicología dado a una obra que emplea casi todo el primero de sus dos tomos en la descripción anatómica y en la fisiología del sistema nervioso humano, ni que crean que las experiencias hechas en plantas y en cuadrúpedos puedan tener aplicación al «bípedo implume».

No hay por lo tanto motivo para extrañarse de que en filología, ciencia alemana, los latinos estén sin conocer su propio idioma, y en espera de algún sabio alemán, como dice Menéndez y Pelayo, que venga a enseñarles en su propia casa.

Persistiendo en la senda latina por la que se nos arrastra, tendremos al fin los chilenos que contentarnos con ilusiones y palabras, creyéndonos todos unos portentos del saber como en Italia, donde hay una cantidad espantosa de sociólogos, pero en donde «sociología» ya no significa lo que Augusto Comte, su ilustre creador, quiso que significara, sino algo que lleva camino de ser precisamente lo contrario; o bien nos daremos por satisfechos llamándonos unos a otros «mi sabio amigo», «mi sapientísimo colega» como se saludan entre sí los de la Real.

d) Temor infundado:

Antes de terminar la presente, me ha de permitir calmar otra alarma del amigo recordado. Teme ese buen señor que si llegaran convencerse las gentes de que realmente los chilenos somos una plaza aparte en el continente, quedaríamos aislados, sin amigos, sin aliados. Se ha repetido tanto en estos últimos tiempos que debemos ser amigos con éste o con aquel pueblo porque tenemos el mismo origen, somos de una misma raza, nos regimos por el mismo sistema de gobierno, hablamos el mismo idioma, practicamos la misma religión, habitamos el mismo continente, es la misma nuestra historia y será el mismo nuestro provenir, que no es extraño que mi buen amigo crea que son necesarias todas esas similitudes entre las naciones para que puedan estimarse y respetarse mutuamente. Efecto del gran poder que las palabras están ejerciendo en algunos de nuestros compatriotas. Los hechos, aunque tengan la evidencia más palmaria, ejercen en sus juicios poca o ninguna influencia, por lo que no los buscan ni los ven. Y en esta cuestión de amistades entre pueblos los hay de tal evidencia que parecen puestos de propósito para desmentir esa afirmación: la única nación sudamericana que haya tenido diverso origen que la nuestra, que habla diverso idioma y que tuviera diverso sistema de gobierno en la época en que comenzó nuestra sincera amistad es la nación brasilera, y es precisamente la nación cuyo pueblo siente más sinceras simpatías por nosotros, y por la cual el pueblo entero de Chile manifiesta más honda amistad. En Europa no hay alianza más firme que la de la Rusia y la Francia, que tienen distinta raza, distinta religión, distinto idioma, distinto sistema de gobierno, distintas costumbres, y toda la naturaleza de aquellos pueblos, no es sólo distinta sino que opuesta en muchas de sus manifestaciones. estoy por creer que es más verdadero entre pueblos que entre individuos el proverbio que dice «no hay peor cuña que la del mismo palo», pero discurrendo sólo sobre palabras se puede probar que es de noche a las doce del día, como lo probaban los sofistas griegos.

Los pueblos no se aprecian y quieren por igualdades de raza ni de otras clases sino por motivos bien conocidos de todos. Las tales igualdades múltiples que se invocan a la fecha como razones necesarias son sólo lugares comunes de diplomacia enana.

Seamos serios y respetables, mantengamos viva en nuestros corazones la noble ambición de ser los mejores y no ahorremos sacrificios en conseguirlo, y entonces mereceremos tener amistades y sólo entonces las tendremos sinceras. Queda servido el amigo.

e) Una frase en chileno:

Y agora: «‘On Calro’ que le ay recordao el orige’ y sinificao psicológico de nuehtr’ abla, ehpero de que uhté’ no se abergonse en que se aiga tomao la franquesa d’ehcrebille l’última rason d’ehta letra en su dialeuto lijítimo».

Junio de 1903.

Un roto chileno.

Capítulo VI

Etnografía. Las razas progenitoras

1.- Godos. Caracteres físicos. 2.- Caracteres morales. 3.- Araucanos. Caracteres físicos.

1.- Godos. Caracteres físicos.

Toda esta parte es un extracto de un estudio hecho en años anteriores. He suprimido del antiguo muchos datos antropométricos referentes a nuestra raza, porque estudios posteriores me han convencido de que no corresponden al tipo medio chileno. Al tratar de la migración interna en la parte 5.^a de este libro se verán las razones en que fundo mi desconfianza.

Mis estudios sobre etnografía chilena los he hecho en la provincia de Tarapacá, en donde hay chilenos de todas las regiones del país; pero a esta provincia no viene el chileno que representa el tipo medio, sino el más germanizado físico y moralmente. Por este motivo en esta parte del presente libro me detendré de preferencia en el aspecto fisonómico, dejando los números para mejor ocasión. Añadiré también algunos rasgos generales de psicología.

Ya he dicho que el Godo era el tipo de la raza germana, cuyos principales caracteres he recordado. La escasa proporción de mestizos lo era de las familias íberas distinguidas, ricas, que eran las únicas con que contraían alianzas legítimas.

Como se trata de una raza desaparecida en estado de pureza, su descripción sólo puede hacerse por las descripciones literarias que de ellos hicieron los que los conocieron, por las esculturas que los representan y por los rasgos comunes a toda su raza, los cuales pueden verse hoy en las regiones de Europa en que la sangre germana está más pura.

Aunque creo que en el sur de Suecia y otras regiones vecinas quedan a la fecha algunos tipos fisonómicos genuinamente góticos, observando el aspecto de las esculturas que los representan, puede verse que en su conjunto la estirpe gótica presenta algunos caracteres particulares; Los más fácilmente apreciables eran: la inclinación de la ceja, cuya cola o extremidad externa es más baja que la parte interna o cercana a la nariz; tenían la ceja caída, como decimos vulgarmente. Este rasgo es muy notable en los prisioneros godos del relieve de un sarcófago romano del siglo III, reproducido en grabado en la obra de Bradley. De igual manera puede verse en la medalla del sarcófago de Estilicon y su esposa en San Ambrosio de Milán. Estilicon era de la familia de los Vándalos. El retrato de la esposa tiene la ceja muy caída. Los santos godos o con fisonomía gótica del pórtico de la catedral de León en España, presentan asimismo ese rasgo especial. Otro de los rasgos muy comunes en los Godos era el del cabello ondeado y aun rizado. Los dos signos anteriores se hallan en toda la raza germana, pero esporádicamente, mientras que en los Godos eran muy comunes.

El Godo era velludo y se dejaba crecer la patilla. En España fue también esa su costumbre hasta el siglo XV, en el cual algunos se dejaban los mostachos. Tenían, los de España por lo menos, la creencia de cierta relación entre el desarrollo del sistema piloso en el hombre y sus cualidades varoniles: «el hombre ha de ser peludo», decían los conquistadores de América. Lo contrario de lo que creían los Araucanos, que se arrancaban cuidadosamente los escasos pelos de su cara.

Su cabello era rubio, tal vez de todos los matices, como en el resto de la raza; pero sus mostachos y barbas eran de color más encendido, tirando a rojo. Recordé que los Araucanos llamaban barba roja a los conquistadores. Los pelos de la cara son en general más encendidos de color en toda la raza rubia de Europa.

Su talla sabemos que era alta, pero no se ha establecido aún en números precisos. La talla media escandinava es a la fecha de un metro sesenta y siete centímetros a uno setenta (1.67-1.70 mts.) según Ripley. Los conquistadores tenían como altura media del hombre dos varas castellanas, esto es un poco superior a un metro sesenta y siete centímetros (1.672). Probablemente en esa apreciación general tomaba en cuenta la raza íbera, que es baja.

Hay muchos recuerdos históricos de hombres muy altos entre los Godos, pero quedan también de la existencia de hombres bajos, como aquel Eberwulfo, asesino del rey Ataulfo en Barcelona, durante el período de mayores disensiones intestinas entre los Visigodos.

La fisonomía más general entre ellos, la que se ve en casi todas las estatuas y relieves que los representan, era la de óvalo ancho y corto. El esqueleto de su cara era desarrollado, sin prognatismo. Frente amplia, nariz poco desarrollada, ondulada, de

altura media o baja, sin ser chata, pómulos marcados sin ser prominentes. El tipo de Ercilla. La parte inferior de su faz la cubrían sus barbas. Ojos azules, cutis traslúcida, sin pigmento, como el resto de su raza.

Era, pues, el Godo lo que podríamos llamar en cuatro palabras y en términos corrientes, un rucio ñato, carantón, patilludo. Ése era, como digo, el tipo general. Existía también, especialmente en la nobleza, el tipo de cara ovalada, de facciones más finas, nariz recta algo corva, más prominente que en la generalidad, de la que puede dar una idea la nariz de don Diego Portales. He recordado que la nariz francamente corva era excepcional. Debe haber existido asimismo el tipo de nariz muy baja en el medio con el extremo libre redondeado y saliente; lo que los etnógrafos franceses llaman «nez cave», nariz hundida. Ese tipo de nariz se encuentra en Europa sólo en los pueblos germanos, y entre personas muy rubias o coloridas. En Chile, donde también existe ese tipo, lo llamamos «ñato petizo» o simplemente «petizo».

La forma de la cabeza del Godo era oblonga. Los esqueletos encontrados en las sepulturas góticas acusan un índice craneano inferior a 76. Los suecos actuales tienen 77 según Ripley. Los rubios de Chile son también los más dolicocefalos de nuestra raza. Una corta serie de 30 de los más rubios me dio 77,8 de índice cefálico, lo que significa poco más de 76 como índice craneano.

En cuanto a la mujer goda, debió parecer a las de las otras estirpes germanas. Las representaciones que de ellas quedan, especialmente en España, confirman la suposición. Como la única estirpe rubia que ha venido a Chile es la gótica, las chilenas rubias, aunque son mestizas, están caracterizadas, especialmente la de los campos, por su talla más elevada que la medida de la mujer chilena, que es de 1,54 m., ojos azules, cuello alargado, hombros caídos, carácter dulce y un feminismo muy acentuado.

Respecto a los caracteres germánicos de los conquistadores de Américas, y en especial a los de Chile, hay numerosas pruebas que los atestiguan.

Dos de sus rasgos físicos más característicos y fácilmente apreciables, su talla y el color de su cuello, aparecen constantemente en las descripciones literarias y en los retratos que a ellos se refieren.

González de Nájera, hombre observador, aunque bellaco, dice que los conquistadores de Chile eran mucho más altos que los Araucanos y más membrudos (ob. cit., pág. 39).

El que visita las galerías de pinturas de los países meridionales de Europa con el propósito de estudiar fisionomías étnicas, queda sorprendido ante el hecho curioso de que sean rubios de ojos azules la totalidad de los retratos de los personajes de la antigua nobleza de dichos países. Es raro el que tiene pelo castaño. Su fisionomía y las proporciones de su cuerpo son, asimismo, perfectamente germanas. Esto no sólo en los retratos de la nobleza titulada, sino en cuanto hombre notable ha sido retrato, de modo que, cuando después de permanecer algún tiempo estudiando fisionomías históricas, uno sale a la calle, se encuentra en presencia de individuos completamente diversos de los representados por los artistas, y se adquiere la convicción de que los retratos y los vivos pertenecen a dos razas completamente distintas. Esto es más notable en Italia y en España que en Francia.

Los conquistadores de Chile eran rubios en su casi totalidad, y los que no lo eran presentaban el signo germano de su elevada estatura. Recordé también más atrás lo que pienso de algunos de esos conquistadores de elevada talla y cabellos negros.

Los Araucanos, muy buenos observadores, confundieron en una ocasión a unos náufragos godos con los ingleses, que ellos conocían bien. Un buque con conquistadores que venía de la Península, según creo, se vio obligado a recalar en un puerto al sur del Bío-Bío, y para librarse del ataque de los indios, se fingieron ingleses, que no comprendían el castellano. Los indios lo creyeron, pero más tarde supieron que habían sido burlados, por lo que, habiendo llegado poco después unos piratas, ingleses de verdad, los Araucanos no les creyeron y les dieron una soberana batida. Esto sucedió a fines del siglo XVI (Mariño de Lovera, ob. cit., pág. 397).

No sólo a los Araucanos podía suceder tal cosa. A un inglés ilustrado le aconteció lo mismo. Existe en uno de los museos de Londres, el National Gallery, y bajo el número 1376, uno de los más grandes cuadros de Velázquez, «Un duelo en el Prado», en el cual hay una diez figuras, entre duelistas, testigos, frailes y médicos, etc. Cubrí con mi catálogo la firma del autor y pregunté a mi compañero de visita, inglés instruido y que había viajado mucho, por la nacionalidad de las personas representadas en el cuadro, ingleses, me contestó sin trepidar. Luego nombró varias otras nacionalidades germanas. Cuando le dije que eran retratos de españoles, no pudo creerlo hasta que le expliqué el caso.

Ya vimos que el abate Gómez dice que los mestizos sólo se diferenciaban de los españoles en que aquella tenían el cabello negro, liso y grueso, lo que indirectamente significa que éstos lo tenían rubio, ondeado y fino.

Las hijas de los conquistadores, las criollas, eran rubias. González de Nájera así lo afirma de las del siglo XVII (ob. cit., Pág. 70). En el siglo siguiente decía el abate Gómez:

«De las mujeres chilenas se debe decir que son generalmente bellas, de buen talle y proporcionado a su sexo, su color blanco rosado y su pelo largo, rubio y sutil».

(ob. cit., pág. 297)

Podrían citarse muchos otros testimonios confirmando lo aseverado por estos autores.

2.- Godos. Caracteres morales.

Los etnógrafos dan al presente grande importancia a los caracteres psíquicos como distintivos de las razas. En el caso nuestro esos caracteres tienen especial fuerza probatoria. El amor al combate bajo su forma más genuina, la guerra, es de aquellos que

no pueden fingirse, y bajo ese aspecto sirve tanto o más que los rasgos físicos para caracterizar la raza a que pertenecían los conquistadores.

Otro de esos rasgos, también muy elocuente, es el desprecio de los pueblos guerreros por los oficios manuales, por el comercio y por los letrados. Veremos dichos rasgos de nobleza muy acentuados en las siguientes páginas.

De la nobleza de los primeros conquistadores hablan todos los cronistas sin discrepancia. Entendían entonces por nobleza, no los títulos nobiliarios, sino la descendencia de hidalgos. La misma sangre corría por las venas de los que siguieron llegando. Sobre el contingente que trajo Monroy del Perú, dice Mariño de Lovera (ob. cit. Pág. 86) después de nombrar a varios por sus nombres: «Y otros muchos hijosdalgo hasta llegar al número de ciento y treinta», que fue el total de aquel contingente.

Igual cosa dicen a una los historiadores y cronistas, sin tratar especialmente de ello, sino que se ve intercalado en sus narraciones como una cosa natural y sabida por todos. El historiador Olivares, hablando sobre las cualidades que deben tener los misioneros extranjeros que se envíen a Chile en su tiempo. dice que deben ser «escogidos de ciencia y experiencia» ya que esta provincia (Chile) es «tan dilatada y llena de gente noble» («Historia de la Compañía de Jesús», *Colección*, tomo 7, pág. 12). En ese tiempo (siglo XVIII) no se decía noble, caballero, hidalgo sino al que lo era de estirpe; se guardaba en eso un cuidado escrupuloso. Tal vez atendiendo a eso el historiador tantas veces citado, Carvallo y Goyeneche, dice en la nota 104 al fin del primer tomo de su obra:

«No se extrañe la calidad de caballeros que al parecer con demasiada generalidad se da a los vecinos de la Serena y que deben entenderse también de las demás ciudades de Chile. El mismo soberano califica su nobleza, y da margen para esta expresión. En una Real cédula dada en Valladolid a 21 de abril de 1557, que se halla en el libro 3 de provisiones de la capital, a f. 182 vuelta, dice... ‘Los pueblos de Chile están poblados de noble gente’»...

Ya he indicado la causa de la selección que se operaba en la gente que venía entonces a Chile. Gracias al heroísmo araucano, aquí no venían otros hombres que los que pudieran medirse con ellos.

Las levas o reclutas de gente para la guerra de Arauco se hacían en la Península y en América a tambor batiente. Eran voluntarios; el soldado tenía que costear sus armas y arreos por lo común. De esos soldados puede decirse lo que del citado cronista Mariño de Lovera dice su albacea literario, fray Bartolomé de Escobar:

«Mas como don Pedro era tan aficionado a las armas, y supo que en el reino de Chile había no poco en que emplearse acerca desto por las continuas guerras que hay entre indios naturales de la tierra y los pocos españoles, púsose en camino para allá, adonde llegó el año de cincuenta y uno».

Agrega el albacea crítico:

«Y aunque su lenguaje y traza en el escribir, demás de ser el que ordinariamente usan los de Galicia, era de hombre ejercitado más en armas que en libros».

Esa casta española, guerrera de afición, era la que venía a nuestra lejana tierra.

Los artesanos, los comerciantes, los letrados, que componían la otra raza peninsular, no tenían a que venir. Los que se aventuraban durante algún período de tregua, o los que traían por fuerza algunas veces, se escapaban de aquí en cuanto se rompía la tregua, a la Argentina, al Perú o a su madre patria «unos en su hábito y otros en el de fraile», dice González de Nájera (ob. cit. pág. 162). También dice este autor, ponderando el buen clima de Chile, que en el hospital sólo están los que de miedo se fingen enfermos. En la página 157 refiere González que vecinos de Santiago y demás ciudades, salían todas las primaveras a la guerra; no era obligación, pero habría sido vergonzoso excusarse, por lo que se presentaban con sus hijos capaces de tomar las armas, los cuales eran proporcionados en su número a los «nativos» tiempos aquellos: El padre Ovalle (tomo 12, pág. 307) dice que en una primavera se presentó el general don Luis de las Cuevas con ocho hijos adultos «al real ejército, en el cual sirvieron a Su Majestad muchos años a su costa, porque en aquel tiempo no tenían otra paga los vecinos encomenderos y sus hijos que la lealtad y gloria de servir a su rey». Hasta los mismos sacerdotes se vieron en ocasiones precisados a tomar las armas.

Las condiciones duras sobre toda ponderación de la guerra que se jugaba en Chile en esos tiempos estableció la más rigurosa selección entre los que fueron nuestros abuelos. No eran sólo las continuas batallas de aquella guerra sin término, que ya excluía a la raza pacífica española, sino los sufrimientos, las hambres, las desnudeces, las pellejerías, como ellos las llamaban, las que ejercían una acción selectiva dentro de la misma casta guerrera. Son numerosos los hechos que refieren los cronistas, de desertión de soldados y hasta de oficiales por aquellas causas: «Los trabajos de la guerra invictísimo César, puedenlos pasar los hombres, porque loor es el soldado morir peleando, pero los del hambre concurriendo con ellos, para los sufrir, más que hombres han de ser», decía Valdivia a Carlos V en carta desde la serena.

Por muy animados que vinieron desde España, Italia o Flandes aquellos guerreros, la sola marcha a pie desde Buenos Aires a Santiago, desconsolaba a muchos. A Sotomayor se le desertaron doscientos hombres de los seiscientos escogidos que trajo de España.

Se hizo tan conocida esa primera prueba de resistencia antes de entrar a nuestro país, que en un informe elevado al rey en 1752, en el cual se le pedía quinientos soldados, se le advertía que los mandara por cabo de Hornos a Concepción, porque si venían por Buenos Aires no llegarían cincuenta.

Se sabe que fue en un tiempo manera de castigar a los revoltosos de las demás colonias, la de mandarlos a la guerra de Arauco.

Se comprenderá fácilmente que no vinieran sino guerreros.

Los comerciantes, los artesanos y los letrados son, por lo menos las dos primeras categorías, de tan utilidad en toda sociedad, por incipiente que sea; así era que su falta se hacía sentir gravemente en la colonia, por lo que sus gobernantes solicitaban a menudo, aunque infructuosamente, del rey de España el envío de algunos.

Don Francisco Lazo de la Vega, conocedor de la falta que hacían en Chile algunos hombres de la raza de España, quiso traer algunos a la fuerza, pero no lo consiguió, pues obtuvieron del conde de Chinchón, que venía de virrey al Perú, que este se los llevase a Lima. En carta al rey fechada en esta ciudad, en camino a Chile, a donde venía de gobernador (1629), le daba cuenta de su fracasado intento en estos términos:

«Acordado de la diligencia que por mandato de V. M. se puso en España para que no se embarcarse gente sin licencia, para que no se despoblase, teniendo noticia que venía (en los mismos galeones en que él y el Conde de Chinchón hacían el viaje desde Europa a tomar posesión de sus respectivos puestos) cantidad sin ella, que pues la derrota que traían era para pasar a este reino (el Perú), pedí al virrey que en Panamá se hiciese lista de ellos y se les sentase para Chile, pues de esto se seguían muchos efectos del servicio de V. M. como llevar gente donde tanta necesidad hay y donde de tan mala gana van, y que ésta estaba costada por su cuenta hasta allí, y que de esta manera se estorba que los años siguientes se embarcasen contra el orden de V. M., pues las nuevas de llevarlos a aquel reino los haría retroceder del intento a los que lo tuviesen.

Volvíle hacer este recuerdo en Panamá. Parecióle tiempo entonces, y pues no lo llevó a cabo, convino otra cosa. Yo sentí perder tan buena ocasión, y ahora más, pues ha salido cierta mi presunción de que aquí se hace mal la gente para Chile, porque como este (Lima) es pareja donde descansan los que escapan de su guerra y describen tan mal sus comodidades, se guardan otros de ir a padecellas».

Respecto de esa fama de Chile, dice don Diego Barros:

«Contábase de él en España y en España y en América que poseía un suelo fértil y un clima benigno, pero que sus minas rendían poco oro, y que sus indígenas eran salvajes obstinados y feroces con quienes era necesario sostener una lucha acompañada de las mayores penalidades, y a la cual no se le divisaba término».

Mariño de Lovera, refiriéndose a los oficios que tenían que desempeñar los hidalgos conquistadores, por la carencia de artesanos, dice que los heridos en los combates se curaban «sin otros cirujanos más que los mismos soldados por ser todos los de este reino tan diestro en ello como si no tuvieran otro oficio, teniendo por maestra a la necesidad, la cual les ha instruido en otras muchas semejantes facultades, y así apenas se hallará soldado que no sepa curar un caballo; aderezar una silla; herrar sin yerro como otros suelen; sangrar a un hombre y a un caballo; y aun algunos saben sembrar y arar; hacer una pared; cubrir un aposento; echar una vaina a su espada; y rellenar una cota; con muchos otros oficios semejantes que no los aprendieron en su vida» (tomo 6, pág. 322).

González de Nájera que escribió, como he recordado, a principios del siglo XVII, dice que el soldado tiene que hacer en su casa, antes de salir a campaña, el charqui, la harina, manteca, tienda, herraje, hoces, etc., todo lo necesario para sustentarse seis meses, «porque ninguna cosa destas se halla ni se vende en Chile sino que es menester hacerlo cada uno en su casa» (ob. cit., pág. 157).

En los primeros tiempos, cuando se creía que los Araucanos serían vencidos más o menos pronto, vinieron algunos artesanos, pero apenas se convencían de que estos indios no eran como los del resto del continente, se volvían por donde y como podían. Por los acápites de las Actas del cabildo de Santiago copiados a continuación, se verá lo que sucedía a este respecto. Las razones que aducen los cabildantes para retener a los artesanos eran justamente lo que más intimidaba a éstos:

Cabildo del 31 de enero de 1553:

«En este día se mandó que se notifique a Zamora, herrero, que por cuanto se tiene noticia que se quiere ir de esta ciudad, y si él se fuere quedará esta ciudad sin herrero, y no habría quien aderezase las herramientas para sacar oro y otras cosas en esta ciudad, etc.; que no se vaya de esta ciudad sin licencia de este Cabildo, so pena de quinientos pesos de oro para la cámara de S. M. y obras públicas y de la iglesia mayor de esta ciudad, y más que irán tras él y lo volverán a esta ciudad a su propia costa; y así lo mandaron».

En el Cabildo de 20 de julio de 1554, cuando empezaron a llegar noticias de la muerte de Valdivia, se da cuenta de que quisieron irse de Santiago varios artesanos, a quienes los cabildantes negaron el permiso. Dicen las Actas:

«En este día se pidieron licencias para irse al Perú en el navío que ahora se va, y se les respondió que por ahora no ha lugar hasta que venga navío del Perú, porque hoy ha venido nueva que la tierra de arriba está en gran necesidad, y aun se dice que son muertos los cristianos que allá hay; y si fuere verdad, habrá gran necesidad en la tierra, y por esto se respondió así, hasta ver lo que sucede; y especialmente se dio licencia a Juan Martín, carpintero, para que se fuese, porque presentó una provisión real en la que S. M. manda que se

vaya si quiere».

Se ve que maese Martín había previsto el caso.

Igual cosa pasó con los mercaderes, a quienes los Godos miraron siempre con desconfianza y menosprecio, rasgos típico de pueblo guerrero, y cuya justificación científica abordaré más adelante.

También vinieron comerciantes en los primeros años de la conquista. Villagra trajo unos veinte del Perú cuando fue enviado por Valdivia en busca de socorros. Comerciantes que huyeron de Chile apenas se convencieron de que éste no era país de negocios sino de batallas, que son cosas distintas. Góngoras Marmolejo refiere que dos de ellos se quedaron en Chile:

«Fue Dios servido -dice el cronista- que el uno de ellos muriese a manos de los indios muerte muy cruel, y el otro vivió pocos días pobre, pudiendo vivir en el Perú ricos».

Hasta un siglo después de la fundación de Santiago, puede decirse que el comerciante español no se avecindó en Chile sino en muy corto número. El padre Ovalle dice (tomo 12, pág. 281) que cuando él salió de Santiago, en 1641, había en la capital unas doce tiendas de mercaderes. Es muy posible que de esos doce, muchos no serían mestizos sino hidalgos puros, pues la necesidad de comerciantes se hizo sentir muy temprano, lo que hizo aparecer algunos de la clase noble, con grande escándalo por cierto de los demás hidalgos. En nota de la Real Audiencia al rey de España en 1611 se quejaba, entre otras graves irregularidades de este reino de Chile, de que «algunos capitanes y soldados se habían vuelto tratante y pulperos». Núñez de Pineda, algunos años más tarde, decía que la injusticia de algunos gobernadores de Chile había «reducido algunos soldados antiguos envejecidos en el servicio de S. M. a ser tratantes, pulperos y mercaderes» (ob. cit., pág. 369). Los comerciantes aumentaron paulatinamente durante todo ese siglo XVII y principios del siguiente, pero como las condiciones materiales y morales del país permanecieron las mismas, es de creer que dichos comerciantes eran chilenos, por lo menos en su mayoría.

Los hidalgos de Santiago miraron siempre con menosprecio a los comerciantes; tenían sus relaciones familiares separadas y hasta en las iglesias ocupaban sitios distintos. Había cofradía de caballeros y cofradía de mercaderes (Ovalle, tomo 13, pág. 217). Diego García Villalón, en un informe sobre derecho a ciertos indios, decía, con la mayor naturalidad, que había llegado en una ocasión a Valdivia «mucho proveimiento de armas y herrajes, pertrechos de guerra, gente y mercaderes» («Documentos», tomo 12, pág. 162).

Fue después de las paces de Negrete, en 1726, cuando empezaron a llegar inmigrantes íberos, que se dedicaron al comercio. «Los hombres españoles de la clase inferior son menos ocupados. Viven del comercio inferior de tiendas y tabernas», dice Carvallo y Goyeneche refiriéndose a la sociabilidad chilena de ese siglo (tomo 10, pág. 52).

Un siglo antes hicimos una buena escapada. Después de las paces de Quilín (1640), que se creyeron definitivas, pues los Araucanos consiguieron lo que quisieron, el gobernador, López de Zúñiga, pidió a España mil personas para distribuir las en las ciudades más necesitadas de gente que no fuera militar. La guerra de España con el Portugal, y Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, que armó una escuadra para saquear las colonias españolas, hicieron imposible el cumplimiento de los deseos de aquel gobernador. Antes de que cesaran esos inconvenientes, ya en Arauco había empezado de nuevo el estruendo que ahuyentaba de Chile la inmigración de gentes que pudieran bastardear nuestra raza.

Los hidalgos chilenos tuvieron en varias ocasiones muestras muy elocuentes de las facultades de gobernante que calzan los mercaderes. Según como andaban las cosas en la metrópoli, así era la calidad de los hombres que de allí venían a dirigir las colonias americanas. El más famoso de esos gobernadores mercaderes fue un señor Ustariz, comerciante fallido en España, que compró el puesto de gobernador de Chile, y lo «gobernó» a su modo desde 1709 hasta 1717. Hombre «de trato afable, nada vengativo, ni soberbio y muy distante de la inflada vanidad, compasivo y muy inclinado a favorecer al prójimo», dice de él Carvallo. Nombrado con el propósito especial de que pusiera atajo a los continuos contrabandos de los filibusteros franceses e ingleses, tomó Ustariz sus medidas con tanto acierto, que se hizo agradecer sus servicios en catorce cédulas reales. Cuando la corte creyó necesario la verdad de los numerosos denuncios que le llegaban sobre la hipocresía del gobernador, nombró al oído de Lima, don José de Santiago Concha, para que viniera a formar un proceso sobre el asunto. El oidor comprobó que lo que había sucedido era que Ustariz se entendía directamente con los contrabandistas, habiendo monopolizado el ramo. Además se estableció que el mercader gobernador vendía los puestos públicos, mandaba hasta Bolivia a vender el ganado real, y no dejó peculado ni fraude por cometer por cometer; trajo una cantidad de hijos, sobrinos y amigos, entre los que distribuyó los más importantes cargos; arrasó con cuanto pudo, lo desorganizó todo, pagó dinero a los Araucanos para que lo dejaran «gobernar» tranquilo, y es fama que, si no lo atajan, deja limpio el reino. Córdova y Figueroa, que se detiene algunas páginas en este período de nuestra historia, dice que los cargos fueron tantos y tan graves, «que son para verlos en proceso, que para referirlos en historia». Los tiempos se alcanzan.

Los letrados, en el sentido que le daban los Godos, esto es, de persona que tiene por único oficio las letras, entre los cuales contaban a los abogados, amanuenses, rúbulas, secretarios, redactores, etc., fueron asimismo mirados con menosprecio por la razón dicha más atrás.

Valdivia tenía dos secretarios: el bachiller Cardeña, su secretario privado, y un tal González, maestro de letras de Inés de Suárez. Se sabe que a Valdivia se le siguieron muchos cargos sobre la conducta del bachiller. En el proceso que se siguió, uno de los testigos, Castañeda, dice que tiene a Cardeña «por charlatán y hombre vano». Cardeña, como los demás íberos que se aventuraron a venir en los primeros años, las emplumó después de la muerte de su amo.

Entre los oidores, vinieron a menudo letrados íberos, pero también llegaban de origen hidalgo, de los que en la Península comenzaban a darse a los estudios. Entre éstos, el más famoso fue Merlo de la Fuente, gobernador interino en 1610, hombre ya entrado en años, dado a los estudios desde su juventud, aunque de sangre goda. Dejó momentáneamente la péñola por la espada, y supo esgrimir tan bien ésta como si

hubiese sido la ocupación de toda su vida. venció en varias batallas a los Araucanos, y obtuvo una victoria sobre los purenes en las mismas vegas de Lumaco, la Rocheta Araucana, como la llamaban los cronistas, consideradas hasta entonces como un baluarte inexpugnable de los indómitos conas de Purén. Pero al lado de odores de estirpe noble se sentaron muchas veces letrados de raza íbera. Las costumbres de esos letrados, tan opuestas a las de los hidalgos guerreros, sobre los que aquéllos tenían autoridad, estableció desde un principio cierto antagonismo muy marcado entre unos y otros, y fue una perenne fuente de discordias.

Núñez de Pineda, que alcanzó el más alto grado en el Ejército chileno, haciéndose eco de aquella rivalidad entre los que peleaban por su rey y los que reportaban las ventajas, dice:

«Tiene un oidor de los más pobres y ajustados de Chile, más caudal en alhajas y trastes de casa, que todos los capitanes juntos y generales del Ejército».

Se queja a la otra página (401) de que estuvieran llegando en su tiempo escribientes, letrados, abogados, etc., en mayor número del conveniente, y a los que dice «polilla y carcoma de nuestra monarquía cristiana». Nuestros católicos Reyes y señores al principio de esta conquista tuvieron previsto estos miserables tiempos, pues ordenaron, no una, sino repetidas veces, que no pasasen a estas partes letrados ni abogados de pleitos, «porque se originarían muchos con uno que pasase». Realmente que los soberanos españoles trataron de todos modos de evitar que vinieran a las Indias letrados de oficio. Carlos V, entre las instrucciones que dio a Alvar Núñez, le decía «que no tolerase la presencia de abogados ni procuradores en la provincia, por cuanto le había enseñado la experiencia que eran grandes rémoras para el progreso de las colonias». (Coroleu, *América*, tomo I, pág. 322).

Esta rivalidad entre letrados y militares, que en aquella época en Chile era rivalidad de razas, ha continuado en nuestro país hasta la emancipación, y después de una tregua de cerca de un siglo, vuelve hoy muy manifiesta, no, según creo, por antagonismos étnicos, sino por la evolución particular retrograda del criterio de la clase gobernante. A ese espíritu novísimo tan contrario al genio de nuestra raza, deben referirse muchos de los actos más extraños de nuestro Gobierno respecto a la atención que le merece nuestra fuerza armada y la suerte de los chilenos que la forman. A propósito de la ley de recompensa a los sobrevivientes de la guerra del Pacífico, se ha visto muy palpable ese antagonismo entre los letrados disfrutadores de las victorias de aquella guerra, y los mismos hombres que le dieron gloriosa cima. Siempre ha sido costumbre en todos los países asegurar una subsistencia tan holgada como lo permitan los recursos del Estado a los soldados de la nación y a sus descendientes, en lo cual se procede con sabia previsión, porque los gastos que origina no sólo son justos, sino que están destinados a favorecer la perpetuación de las familias que han suministrado sus hijos a la defensa del país, porque es utopía peligrosa, y falsa a ojos vista, la de creer que ya llegamos al tiempo en que las diferencias internacionales se zanjarán a golpes de pluma, y que por consiguiente sólo los plumarios deberán tener asegurada la perpetuación de su estirpe para la eficaz defensa de una nación.

3.- Araucanos. Caracteres físicos.

En cuanto a los Araucanos, son para todos nosotros bien conocidos los rasgos de su fisonomía. Netamente americana o mongoloide, como la llaman algunos, es bastante uniforme en su talla y en sus facciones.

Dos tipos, con todo, pueden distinguirse entre ellos: uno de nariz de dorso estrecho, recta, de labios más delgados que el otro, el cual tiene la nariz roma, ondulada y más baja que el tipo anterior. Es también este último de cara más corta que el otro. Los tipos intermediarios son muy numerosos.

Algunos cronistas del siglo XVIII adelante hablan de indios de color muy claro, blancos, los cuales eran de seguro mestizos, como lo afirma el historiador Olivares:

«Porque si vemos tan larga descendencia de los españoles cautivos entre los indios, que no será encarecimiento afirmar que hacen ya la cuarta parte del grueso de esa nación».

(Colección, tomo IV, pág. 252).

Hoy se ha uniformado el color latericio de su piel merced a la absorción de la sangre europea.

Los boroanos rubios y de los ojos azules son un caso aparte de mestizaje gótico.

De un modo general puede decirse que el Araucano tiene facciones más toscas que muchos de los otros, indígenas de América. El Quichua, el Aymarí, el Azteca y muchos otros poseen una cara más fina, nariz más saliente y aun encorvada.

Es bueno repetir que el Araucano de pura raza no ha existido en los tiempos históricos sino entre el Aconcagua y el Valdivia, y ya mezclado hasta el Bueno, y que jamás ha llegado a la cima de la Cordillera, ni menos a la pampa argentina. Durante el tiempo que estuvieron separados por el Bío-Bío de los invasores, el centro de su patria, de su admapu, fue la Cordillera de Nahuelbuta.

Cuerpo más bien grueso comparado a su talla; manos y pies cortos y gruesos, miembros proporcionados. Pelo negro, liso, tieso, abundante; barba escasa o nula. Sistema piloso del cuerpo poco desarrollado. Ojos negros, chicos, comparados con las razas europeas. Ceja poblada, recta, un sí es no es alzada de su extremidad externa en raros ejemplares. Boca, labios, dientes sin nota particular entre la gran subespecie americana.

Su frente es ancha, pero baja, especialmente, en los lados, en donde el cuero cabelludo principia un poco por encima de las cejas. Es una frente calzada, como dice Gómez. El esqueleto de su cara es bien desarrollado, pero sin prognatismo. El aspecto

general de su faz es severo sin ser duro. González de Nájera los compara a los dibujos de antiguas medallas romanas. Hay en su mirada, que es recta y franca, cierta fijeza, cierta calma que le dan un ligero tinte de tristeza. Sonríe poco, ríe rara vez.

El estudio de su psicología merece libro aparte.

Las principales cifras de su etnografía son:

Talla: hombre, 162 cent.

Talla: mujer, 146 cent.

Índice craneano (Retzius): hombre, 82.7 cent.

Índice craneano (Retzius): mujer, 83.0 cent.

Índice nasal: 47.2 cent.

Índice orbitario: 89.8 cent.

Índice facial (ofrión-mentón): 99.6 cent.

Capacidad craneana: hombre, 1.420 cent. cúb.

Capacidad craneana: mujer, 1.340 cent. cúb.

(Hovelacque y Hervé para capacidad craneana)

Capítulo VII

El mestizo

1.- Descripción. 2.- Algunos tipos especiales. 3.- Mestizos europeos y mestizos chilenos. 4.- Negros. Aclimatación. 5.- El chileno no es buen mozo.

1.- Descripción.

En esta descripción no se toman en cuenta los extranjeros, ni sus hijos nacidos en el país, ni los mestizos de la primera generación de esos extranjeros.

Raza mestiza de otras dos de aspecto tan desemejante como la gótica y la araucana, presenta los caracteres de ambas combinados en las más variadas proporciones. Desde el roto de fisonomía araucana, al parecer pura, hasta el roto rubio de aspecto germano bien marcado, las gradaciones son todo lo numerosas que puedan concebirse. Sin

embargo, existe un tipo intermediario muy numeroso con los signos combinados de sus dos progenitores, sin que sea fácil decir cual de los dos es el predominante.

En tres porciones o grupos puede por lo tanto considerarse dividida la raza chilena, para la felicidad de su descripción.

Como los caracteres más desemejantes entre Godoy y Araucanos eran el color de su piel, el de los ojos y el del cabello, es atendido a la coloración de los iris, del cutis y del sistema piloso que dividirá los tres grupos.

Para el color de los ojos seguiré al método de Beddoe, por ser el que mejor se presta a nuestro caso, abandonando la extensa gama ideada por Broca, y aun las simplificadas de Fowler y de Hovelacque. Beddoe divide el color de los ojos en tres categorías solamente: claros, negros, intermediarios. A la primera pertenecen los azules o azulados claros; a la segunda, los llamados negros, aunque su verdadero color es el del café tostado oscuro; a la tercera, todos aquéllos que no pertenecen decididamente a ninguno de los anteriores, y en los que los matices de ambos están combinados en cualquiera proporciones, formando colores verdes o verdosos, pardos y amarillentos de diversos tonos.

A estas tres divisiones del color de los ojos, corresponden en Chile sólo dos colores del cabello: los que tienen los ojos claros poseen el cabello rubio o castellano; las otras dos clases tienen el cabello negro, pero la intermediaria no tiene negros los mostachos.

El primer grupo, de iris azules en todos los tonos (series A, B, C, D de Bertillón), forma el 10,5% de la raza.

Su sistema piloso es bien desarrollado; cabello rubio o castaño, delgado, muchas veces ondeado y aun crespo; pastilla abundante, rubia, de color más encendido que el cabello, especialmente los mostachos, que tiran a rojo. Su cutis, aunque blanca, no tiene la transparencia de los rubios del norte de Europa, sino en muy contadas familias. Este grupo es más abundante en los campos de las provincias del centro y sur de Chile. Así, mientras en Santiago forma sólo 8%, en algunas subdelegaciones rurales del territorio comprendido entre el Rapel y el Itata, ese porcentaje es superior a 18%.

El origen de este grupo es debido al cruzamiento de europeos con mestizos en generaciones sucesivas hasta imprimir al retoño ese predominio de los signos germánicos.

El segundo grupo forma el 19% de la raza, y está compuesto de los individuos de pelo y ojos negros. El cabello es absolutamente negro, grueso, liso; los pelos de la cara son negros y escasos, y sus mostachos, de hebras tiesas como crin. Su cutis es completamente opaca y de color rojizo que recuerda el del Araucano, aunque más claro.

El tercer grupo es el intermediario de los anteriores; por su número y por sus rasgos, es el representante genuino de la raza chilena. Forma alrededor del 70% de la población chilena del país.

Su cabello es rubio o castaño en la infancia, pero se oscurece hasta convertirse en negro entre los siete y quince años; es liso, poco flexible, rara vez ondeado; sus patillas, de variables abundancia, son ordinariamente negras u oscuras; sus mostacho, que siempre se deja, nunca son negros sino amarillentos o rojizos, a veces oscuros, como sollamados, con hebras rojas. El color de sus iris es el intermediario de Beddoe; en

algunos ese color es amarillento o verdoso sombrío. Para apreciarlo es necesario mirarlo a plena luz y a un metro más o menos de distancia, como aconseja Broca. Por no seguir esa indicación y por la premura con que se hacen las filiaciones de los concriptos, o tal vez por falta de indicaciones al respecto, es que aparecen en ellas una proporción de ojos negros mayor que la verdadera. El color de cutis de los chilenos de este grupo recorre una extensa gama, yendo desde el blanco de leve transparencia de los rubios de ojos azules, hasta el matiz mongoloide propio del segundo grupo.

En general el color de la piel de la raza es más oscuro que el de las razas blancas de Europa. A cierta distancia tiene el tono de las familias trigüeñas del mediodía europeo, pero de cerca se advierten diferencias sustanciales: el europeo de color moreno es pálido, sus ojos y su bigote son perfectamente negros, mientras que en el chileno el pigmento latericio americano es siempre fácil de notar, pues da al color del chileno un viso rojizo más o menos acentuado, pero constante, que el meridional europeo no posee nunca. Sus iris y mostachos, que nunca son negros, establecen también la diferencia étnica.

Ya vimos que el naturalista Gómez de Vidaurre dice que el mestizo que él conoció, medianía del siglo XVIII, era «blanco por lo común como los españoles» y que su cabello era «liso, grueso y negro». Un siglo antes (1645 más o menos) Ovalle, hablando del color perfectamente negro del pelo de los araucanos, atribuye con razón a herencia indígena ese color en el cabello de los mestizos, sus contemporáneos, teniéndolo como distintivo único entre éstos y sus padres Godos. Dice, pág. 166, tomo 12 de la *Colección*:

«De manera que los mestizos, que son los hijos de español y de india, no hay otra señal para distinguirlos del puro español, hijo de español y española, sino en el pelo, que éste hasta la segunda o tercera generación no se modifica».

Ese color negro del cabello del mestizo era muy notable en los tiempos en que escribieron esos autores, pues los españoles residentes en Chile en esas fechas eran, como sabemos, rubios casi en su totalidad. Gómez dice que ese color del cabello del mestizo persiste «aun después de varias generaciones». Ovalle habla de dos o tres; mi experiencia personal y las conclusiones de la biología dan razón a Ovalle: creo que tres generaciones unilateralmente bastan para producir el mestizo perfectamente rubio y con los demás signos germánicos. Como se comprende, hay en esto muchos factores que tomar en cuenta, los que pueden hacer variar esa apreciación.

Puesto que es el color de los mostachos uno de los signos más característicos del amplio núcleo central de la raza, para su calificación debe estudiarse el hombre adulto. La mujer parece a menudo, por este hecho, más araucanas que el hombre.

Los ojos del chileno no son notables por su tamaño. Son horizontales, lo mismo que sus cejas, las cuales aparecen algo caídas, como la gótica, en algunas familias.

Su frente no es nunca fugaz, aunque no siempre alta. Las excepciones de frente inclinada hacia atrás son rarísimas y las creo de origen ibero, pues van siempre acompañadas de otros signos pertenecientes a esta raza.

Los chilenos no somos hombres narigudos. La altura de la nariz va, en la gran mayoría de los casos, de la pequeña a la media. Las narices altas son excepcionales, y las corvas, muy raras, cuando no van acompañadas de signos evidentes germanos, son de origen íbero. El dorso de la nariz es sinuoso, no forma una línea recta sino en una pequeña minoría. El aspecto de la nariz, algo cóncava, pequeña, de punta redondeada, que forma un buen porcentaje, es muy diferente de la que posee esa forma en algunos negros o zambos; pero es difícil precisar esos detalles con, la pluma. Si alguna vez puedo cumplir mis deseos de hacer de la actual, podrán apreciarse esos y otros detalles de su fisonomía en fotograbados y cromos, que tanto ilustran estos estudios. En los rubios grandes de ojos azules, la nariz es también pequeña o mediana, y muchas veces bilobida, esto es, presenta una pequeña hendidura en su punta. En estos mismos individuos el mentón o barba presenta asimismo una pequeña hendidura en su parte media, mentón con foseta de los etnógrafos.

Tampoco poseemos labios finos, sin que sea notable su grueso. La labio fino en Europa es meridional. Hay varias stirpes íberas de labios delgados. La familia humana de labios más finos es la etrusca, como puede verse en los numerosos dibujos y también estatuas que de esa raza nos quedan. Sus descendientes actuales, los italianos del centro de la península, son también los europeos que tienen más delgados, y aun creo que son los más delgados de toda la raza humana actual. La boca de los chilenos es mediana, inclinándose más a grande que a chica.

El aspecto general de la fisonomía no es la del hombre buen mozo. Sin ser verdaderamente prognato, su cara es algo grande relativamente a la cabeza; es megalognato. El esqueleto facial es sólido y bien marcado. El óvalo del rostro es mediano o corto. Los escasos individuos de faz alargada, cuando no está acompañada de signos germánicos bien definidos, lo que es raro que suceda, son de origen íbero u otros extraños a los generadores de nuestra raza.

«Sus cuerpos, por lo general, están bien hechos», dice Gómez de los mestizos del siglo antepasado. Seguimos así por lo general. Sin ser fina, la talla del chileno está bien distante de la araucana, acercándose más a la del Godo. Ya recordé que para que se tuviera por bien hecho a un hombre en ese tiempo, debía tener dos varas de talla. Las proporciones de los miembros, como las de las manos y pies, son también más góticas que araucanas.

Esta particularidad de heredar la estructura ósea paterna de preferencia a la materna, fue notada también por el padre Ovalle. La cita anterior de este autor sobre la persistencia del color del cabello en los mestizos como signos distintivo entre éstos y sus padres, la termina así: «En todo lo demás no hay diferencia alguna, ni en las facciones del rostro, ni en el talle y brío, ni en el modo de hablar». Tal vez más exacto Gómez, como naturalista que era, al decir «por lo general» tratando de este punto. Como presunción de que Ovalle generalizaba demasiado, puede verse que él decía «facciones» y asegura implícitamente que los mestizos decían así, cuando es seguro que muchos dirían fauciones. De todos modos, puede asegurarse que las diferencias entre padre e hijo no serían notables en ese respecto.

Las anteriores observaciones son generales para toda la raza, pero aplicables especialmente al grupo intermediario, al más genuinamente chileno.

Algunos datos antropométricos:

Talla, hombre: 1.666 milímetros

Talla, mujer: 1.540 milímetros

Índice cefálico: 79,5 craneano - 78

Índice orbitario: 86

Índice nasal: 47

Índice facial (ofrión-mentón): 98.5

Éstos son datos tomados sobre el vivo. La talla de los hombres es la de los conscriptos de veinte años de 1901. No es pues la del hombre en todo su desarrollo. Además, con motivo de los rumores de complicaciones internacionales en ese año, se inscribieron muchos individuos que no tendrían 19 ni aun 18 años, así es que esa cifra es menor que la real para la población chilena de esta provincia. De una manera general puede afirmarse que los rubios son más altos que los demás, y que los de ojos negros son los más bajos. No he encontrado aquí más que dos hombres con talla menor de 1,55 metro. Ambos chilotes, uno de ojos negros, y el otro de ojos intermediarios. Tampoco los hay muy elevados; la talla de 1,80 es muy rara; uno sólo he medido de 1,83.

2.- Algunos tipos especiales.

Además de los tres grupos descritos, existen en muy corto número antiguas familias chilenas de apellidos árabes, aunque por lo ya dicho al respecto en la parte anterior, dichos apellidos no son indicio seguro para tenerlas por de esa raza.

Uno de los compañeros de Valdivia se llamaba Juan de Almonacir, y consta que era hijodalgo a pesar de su apellido árabe.

Dicha constancia ha quedado en una información sobre servicios de ese capitán, el cual tenía ya hijos casados en 1575, tiempos en que las gentes no llevaban con exactitud el número de los hijos que tenían, según se puede colegir por la pregunta, 17.a de esa información, en la cual se pide al testigo que diga como es verdad que el capitán tenía «diez o doce hijos» («Documentos», tomo 12, pág.423).

Con todo, hay algunas, especialmente una muy conocida que ha dado jefes ilustres a nuestro ejército y profesionales en todas las carreras, que tienen fisonomía marcadamente semita, aunque unida a una talla elevada. No es pues difícil que hayan venido algunos guerreros de esa sangre acompañando a sus compatriotas germanos.

Existen asimismo familias en las que el tipo moreno y el tipo rubio se mezclan difícilmente, apareciendo hermanos rubios y morenos en la familia, comúnmente sin el tipo intermediario. Ambos, rubios y morenos, conservan latente el carácter contrario al que manifiestan, pudiendo un individuo moreno de dichas familias tener hijos rubios, como uno rubio tenerlos morenos. Hay en el país unas seis de estas estirpes bien caracterizadas, y que poseen gran poder trasmisor de su peculiaridad. He estudiado con detención a dichas familias y estoy convencido de que son de origen europeo. Tengo datos históricos sobre algunas que así lo confirman. Además, sus caracteres

antropométricos dicen lo mismo. El moreno de esas familias es dolicocefalo (77) mientras que el moreno de origen araucano es el de mayor índice cefálico en nuestra raza. El rubio de esas familias es a menudo muy encendido y aun rojo; sus iris son rara vez azules, lo común es que sean de un amarillo leonado o verdoso; su cutis está sembrado de pecas, y; cosa curiosa, los mismos individuos morenos suelen tenerlas. Hay muchos problemas alrededor del origen étnico de dichas familias, pero la presencia de esas pecas me trae el convencimiento de que en ellas existe algo de naturaleza céltica.

Los caracteres de los progenitores no aparecen siempre en el mestizo mezclados o combinados de la misma manera. Una raza rubia alta y una morena baja, como son las que nos han dado el ser, pueden producir en su cruce ya un vástago rubio y bajo ya uno moreno y alto. De la misma manera sucede con los demás signos, y esto no sólo en los físicos sino también en los morales e intelectuales.

La fisonomía y el esqueleto de nuestra raza, desde la forma del cráneo a la de los pies, tanto más semejante a la raza paterna que a la materna, pudiera hacer pensar que predomina en nosotros la naturaleza europea; sin embargo, por lo que he recordado del modo imprevisto con que se combinan los caracteres de los progenitores, no se puede asegurar el predominio en la chilena de ninguna de las razas generatrices. En la talla puede haber influido la selección guerrera a que ha estado sujeta nuestra raza desde que nació: siendo que en las luchas de aquel tiempo tenía grande importancia la fuerza muscular, que ya de ordinario unida a la talla, es natural que fueron los más altos, los más membrudos, como decían, los preferidos para la milicia, y para las especiales facilidades de reproducción de que gozaban los militares.

3.- Mestizos europeos y mestizos chilenos.

Las invasiones germanas al sur de Europa han producido allí mestizos que tienen alguna semejanza con nosotros en cuanto a la coloración del sistema piloso, pues fue aquella una cruce entre la raza rubia del norte con la de pelo negro del sur. Las diferencias entre aquellos mestizos y nosotros son difíciles de notar para el que no tenga algún hábito en estos estudios. Las dos diferencias más notables entre el elemento de cabello negro del sur de Europa y el de cabello de igual color araucano, son la forma de la cabeza y el color de la cutis. La raza Mediterránea tiene la cabeza oblonga, es dolicocefala, y la Araucana la tiene corta, es braquicefala. El Mediterráneo tiene la cutis blanca, a veces más blanca que el Germano, pues es blanca opaca, el tejido conjuntivo de la piel refleja la luz y da un colorido albo a la piel, siendo que el Germano tiene, como recordé, el corión de la piel traslucido, dejando transparentarse las venas y la red capilar sanguínea, lo que hace que su verdadero color sea el rosado. El mestizo de ambas razas es pues muy blanco, mucho más blanco que el término medio de nuestra raza. Es así fácil distinguir a un meridional por la blancura pálida de su cutis. El chileno blanco es siempre más rosado y con el tinte característico del pigmento araucano.

El meridional europeo de color trigueño tiene la cutis completamente opaca, lo que no sucede entre nosotros sino con los que son de ojos y mostachos negros, los del segundo grupo.

El pigmento oscuro de esos meridionales europeos es, según los etnólogos, de origen africano, de tono olivâtre, como dicen los franceses, esto es bruno aceitunado; de allí la diferencia con el tono moreno de nuestra raza, que proviene del pigmento indígena, que es latericio o rojo de ladrillo. Además, fuera de los del segundo grupo, en los restantes se puede notar siempre alguna transparencia de la piel, por trigueños que sean.

Las diferencias de formas de cabezas son más difíciles de establecer sin usar compás, sobre todo si se tiene en cuenta sólo el índice cefálico, pues nosotros heredamos en gran parte el cráneo oblongo de los Godos, pero es el oblongo frontal, no el occipital de los Mediterráneos. El cráneo íbero, como el etrusco, deben su largo al desarrollo de la parte posterior, al occipucio o nunca como la solemos llamar.

Hay además sobre este asunto de los rubios en España. Francia e Italia, otro problema que no puede resolverse sino teniendo conocimientos técnicos. Él es el siguiente: En España han existido algunas familias de pelo rubio desde antes de la invasión de los Godos. Estrabon habla de rubios en el ejército que en Iberia resistió la conquista romana. Esos rubios de España pueden tener dos orígenes: o son restos de la prehistórica invasión céltica de ese país, como creen muchos, o podrían ser de la raza rubia que habitó el norte del África en tiempos prehistóricos, de la que hoy quedan familias en el desierto de Sahara y en las islas Canarias. De todas maneras los rubios de ojos azules en la Península hacen hoy sólo el 5%. Entre ellos se cuentan los rubios de Galicia, de origen celta según Pérez Pujol, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo B., y varios autores extranjeros. Oloriz (índice cefálico en España) da a los Gallegos un índice cefálico entre 80 y más de 81, lo que es asimismo indicio de un origen celta. Con poco cuidado que se ponga, puede notarse perfectamente que la fisonomía del español rubio es muy diferente de la del chileno rubio. Sólo en Andalucía existen a la fecha, muy escasas es cierto, familias blondas de ojos azules que tienen fisonomía gótica.

Los ojos azules o azulados claros son bastante comunes en las ciudades españolas, alcanzando en Madrid al 20%; pero ese signo germano está allí aislado, pues coincide con una talla muy baja, con el cabello negro o muy oscuro y con una cabeza de occipucio muy abultado.

En Italia queda asimismo el 5% de rubios de ojos azules, los cuales están muy clareados en el centro y en el sur, y acumulados en el norte. El rubio del norte de Italia es de la raza Ligura, braquicéfalo, mezclada con la Germana. Quedan sin embargo, algunas familias blondas de talla mayor que la mediana entre la clase distinguida, las cuales tienen, en cuanto puede asegurarse, con la sola inspección ocular, la cabeza oblonga.

En Francia se encuentran las mismas dificultades, aunque en este país son más frecuentes las personas de un origen germano, indudable.

Como se ve, es más delicado de lo que pudiera parecer el asegurar la raza a que pertenecen los rubios que aún quedan en el sur de Europa. Lo único que puede afirmarse es que los rubios meridionales no son sino en muy corta proporción de origen germano, y que los de este último origen pertenecen a las familias acomodadas, a la clase dirigente, a la que no emigra.

4.- Negros. Aclimatación.

Es positivo que en los primeros años de la conquista hubo en Chile bastantes negros para formar en Santiago una cofradía especial. La causa de que no fueran más abundante y de que poco a poco fuera disminuyendo su número, fue el elevado precio de un esclavo de color, que fluctuaba alrededor de quinientos pesos, valor que no tenía su equitativo interés en este país sin las industrias agrícolas remunerativas de las colonias de las regiones tropicales. Luego que empezó a nacer el mestizo, este ejecutó los trabajos mineros y agrícolas, haciendo innecesaria la introducción de extranjeros.

El negro en aquellos tiempos venía directamente de las regiones calientes del África a nuestro clima templado o frío, por lo que se moría aquí, seguramente de tisis, como se muere en los climas fríos el negro no aclimatado. El zambo mismo es poco resistente al frío. Además los negros parecen perder gran parte de su facultad reproductiva fuera de las regiones cálidas.

Hoy se sabe que la aclimatación de una raza es un proceso selectivo natural, que cuesta la vida a los inadaptados. En EE. UU. viven a la fecha muchos negros bien aclimatados hasta en las regiones más frías de aquel país, pero no es porque todos los negros que han ido a establecerse en las partes frías se hayan habituado a ese clima, sino porque de los muchos que han ido sólo han sobrevivido los que tenían cualidades especiales de resistencia al frío, y sólo estos últimos han dejado prole con esas cualidades de resistencia; que no las poseían, murieron más o menos pronto. La Naturaleza ha escogido para que sobrevivan en ese clima tan opuesto al en que se ha desarrollado la raza negra, a los individuos que presentaban como propiedad individual esa resistencia al cambio de clima. Es, pues, una selección natural.

Así como es desfavorable nuestro clima para los negros, es muy adaptado para las razas del norte de Europa. El Godo prefirió en la misma España sus regiones más frescas. González de Nájera dice, refiriéndose al clima de Chile, que «no prueba a los españoles», esto es, no los somete a la prueba de la aclimatación, como los sometía en las demás colonias. Es seguro que la suavidad de nuestro clima favoreció en gran manera la multiplicación de la raza rubia de España en Chile. En las regiones altas y frescas de los países intertropicales de América, no es raro encontrar restos de la sangre germana de los conquistadores. Así se ven en las cordilleras de Bolivia, en las altiplanicies del Perú, del Ecuador, de Colombia, individuos rubios y de ojos claros haciendo porcentaje en su población.

Los negros en Chile quedaron como he dicho en las ciudades de alguna importancia. En los campos fue casi desconocida su existencia. Seguramente el clima ha hecho que el negro no pasara de Talca, a donde desgraciadamente llevaron consigo algunas esclavas de color los nobles que allí se acumularon en el siglo XVIII. En las provincias de Aconcagua al norte es aún fácil encontrar individuos con signos evidentes del antiguo africano traído al país. El clima más templado de esas regiones ha «probado» menos al negro. Además en las costas de esa parte de Chile vivía el Chango, que era de color cobrizo mucho más oscuro que el Araucano. Aconcagua ha estado siempre en inmediato contacto con Mendoza, en donde ha habido y hay mucha sangre de color.

Las tres familias negras que conocí en Santiago en 1901, compuestas de unas veinte personas en aquella facha, vivían en el barrio de la Recoleta y procedían de

negrillas traídas del norte por oficiales del ejército que hizo la guerra del Pacífico. Es difícil calcular cuánto mal puede hacer un solo negro introducido en un país.

Las familias chilenas que aún conservan alguna sangre negra deberían posponer toda otra consideración, al contraer matrimonios, a la de eliminar ese resto de naturaleza inferior, casándose con mujeres rubias chilenas o de los países del norte de Europa. El matrimonio de personas que manifiesten los más leves indicios de sangre africana produce hijos que acumulan en sí venas negras de sus padres.

La talla de nuestra raza es también otra prueba de que los conquistadores, nuestros padres, no eran Íberos. El Íbero tiene una talla media de 1,63 metro más o menos, según Lapouge, de 1,61 a 1,64 según Ripley, esto es alrededor de la del Araucano, observación que hizo ya González de Nájera. Este cronista, como recordé, dice que el conquistador era mucho más elevado que el Araucano, el cual no era más alto que la raza inferior de las que habitaban entonces la Península (ob. cit. página 39).

Por esos mismos tiempos, Cervantes caracterizaba la talla de las dos razas peninsulares en la figura del hidalgo caballero de la Mancha y en la de su rústico escudero.

Con un padre de un metro sesenta y tres centímetros y una madre de un metro cuarenta y seis, la raza chilena habría sido una de las más bajas del mundo, pues es seguro que no habríamos alcanzado siquiera la diminuta talla del español actual.

5.- El chileno no es buen mozo.

No somos una raza de facciones finas, con predominio de las líneas rectas o curvas suaves y de proporciones griegas. «El hombre para que sea hombre ha de ser feo» dice el pueblo en Chile. Estoy convencido de que esa sentencia la trajeron los Godos conquistadores, porque va unida a otras dos condiciones consideradas indispensables al carácter varonil, y las cuales son seguramente góticas: una de ellas ya la recordé, la de que ha de ser «peludo», y la otra es la de que de «tener mal olor». Es sabido que los Íberos encontraban que los Godos olían mal, y que éstos decían lo mismo de los primeros. Esa falta de armonía, de adaptación, entre el olor de las emanaciones fisiológicas de cada una de esas razas y las sensaciones olfativas de la raza opuesta, es para los biólogos de una grande importancia para establecer la completa semejanza de entre ambas.

Creo por tanto que lo de «feo fue aplicado a los Godos por ellos mismos, en oposición al aspecto del Íbero. El Godo plebeyo era, como dije, de cara grande y facciones toscas, que formaban marcado contraste con la fisonomía fina de muchas, estirpes íberas, y con la pequeñez de su cara relativamente al tamaño de su cabeza.. Tal vez implicaría asimismo el epíteto «feo» la idea del poco cuidado en adornar su persona y aun el descuido en su traje y limpieza, cualidades que los meridionales en general enrostraban a los Godos. Hasta la fecha los franceses dicen «*gothique*» por lo que es poco estético, sin gracia, rústico. Como esos físicos de la raza conquistadora eran opuestos a la de la conquistada, creo que se vanagloriarían de ellos, como se vanagloriaban de sus cualidades privativas morales. Así como es fácil explicarse el

origen de esa sentencia teniendo en cuenta lo recordado de España, así es difícil encontrar la razón de su existencia atendiendo a las cualidades de las razas de Chile.

Si por parte de padre no podemos esperar hermosura del rostro, por parte de madre tampoco tenemos grandes esperanzas de conseguirlo. La mujer araucana no es fea para india, no tiene ni con mucho la ordinaria tosquedad de la cara del hombre de su raza; pero de allí a la belleza, tal como se entiende al vocablo aplicado a los rasgos de la fisonomía, hay distancia. Nuestra estética al respecto es la europea, derivada de la griega clásica. Además se ve que esas araucanas de faz proporcionada y líneas suaves, son madres de hombres carantones, de mandíbulas recias y líneas duras.

Pero hay en cantidad apreciable hombres de facciones muy regulares, finas y armónicas, a quienes puede tenerse por buenos mozos, y esto sin salir de los rasgos característicos de la raza, chilenos de pura sangre. Tipo escaso en las estratos inferiores de la raza, va aumentando en número a medida que se asciende en la escala social. He dicho que entre los Godos nobles era más común el tipo de óvalo regular, de nariz más recta y fina, un tipo de fisonomía más distinguida, como decimos. La existencia de este tipo no se debe a mezcla con otras razas sino que se produce dentro de la misma por selección sexual dirigida por las ideas sociales sobre hermosura.

Cuando la perpetuación de una raza ha estado largo número de generaciones dirigida por la mujer, es decir, cuando ha sido ella la que ha decidido cual hombre se reproducirá y cual morirá sin descendencia, llega al fin dicha raza a reflejar en sus hombres el sentimiento que ha dirigido la elección femenina. Y cuando ha sido el hombre el que ha poseído la facultad de elegir consorte, cuando ha dependido de su decisión el que una mujer tenga prole o no, entonces se ve que es la mujer la que presenta los rasgos que indica la predilección del varón. Así pues en las razas matriarcales europeas, son los hombres los que presentan más comúnmente los rasgos de la belleza de la fisonomía, tal como el sentimiento estético europeo la entiende; y en las razas patriarcales del mismo continente, las mujeres son con mucho más hermosas que los hombres. La belleza de la mujer en las razas matriarcales se produce indirectamente, por la belleza de los padres, como la belleza de los hombres es así mismo de origen indirecto en las razas varoniles. Hay que tener presente para explicarse este hecho el de que es bastante frecuente cierto dimorfismo sexual en relación a los rasgos fisonómicos o a su mayor o menor belleza en muchas familias. Toda persona algo observadora habrá podido notar que hay familias en las cuales las mujeres son hermosas, mientras los hombres no lo son, o bien el caso opuesto, sin que ello excluya el parecido natural entre hermanos. Así, pues, en las razas en que la mujer elige, las familias que producen hombres buen mozos son los que perpetúan con más seguridad, sucediendo lo contrario en aquéllas en que es el hombre el arbitro.

Los capítulos 19 y 20 de la obra de Darwin *Descendencia del Hombre*, están dedicados a esclarecer con numerosos ejemplos y sabia doctrina la cuestión tocada en las líneas anteriores. De él es esta cita:

«Muchas personas están convencidas, y creo que acertadamente, de que nuestra aristocracia (incluyendo en este término todas las familias ricas, entre las que el derecho de primogenitura prevaleció largo tiempo), por haber podido elegir como esposas a las mujeres más hermosas de todas las clases durante muchas generaciones, se ha vuelto más

hermosa que la clase media».

La causa que según Darwin ha hecho más hermosa la clase superior inglesa, es la misma que produjo el tipo distinguido entre los Godos y el que ha hecho más frecuentes los hombres buen mozos de nuestra clase superior, y traído especialmente la belleza de sus mujeres.

Es por las mujeres hermosas de la clase inferior por donde más comúnmente se relaciona con ella la clase media, y por las mujeres de la clase media llega su sangre a la superior. Ese es el camino más frecuente. Las familias toleran más fácilmente la alianza de uno de sus hijos con una mujer de posición inferior, siempre que ésta posea las dotes que en todo los tiempos han nivelado las condiciones de la mujer: la virtud y la hermosura. La resistencia que opondría el consenso social al descenso en categoría de una mujer ha sido siempre muy fuerte, y sólo es vencida por las dotes probadamente superiores del hombre de sangre inferior que solicita su mano.

Para encontrar hombres feos en Europa hay que ir a los países germanos. Los hay en ellos, en la clase inferior sobre todo, de una fealdad completa. En el bajo pueblo de Inglaterra, de los países escandinavos, de Alemania, de Holanda, son relativamente comunes los tipos rechonchos, de cara grande huesuda, ojos chicos, nariz chata, boca grande y carnuda. No tienen en su abono más que el color; si se les tiñera de negro o siquiera de moreno, resultarían feísimos. Pero, como han sido y son ellos los que resuelven si se casan o no, la casta de los feos se ha perpetuado en esos pueblos, tal vez refinando su fealdad con la sustracción que de las mujeres que les puedan nacer hermosas, les hacen los que ocupan mejor situación que ellos. En España es muy raro encontrar un hombre verdaderamente feo, y aún esos nunca en tanto grado como los casos de mediana gravedad de los países del norte. Es más común en España encontrar mujeres de facciones toscas y poco agradables en la clase baja, que hombres. Lo que es en Italia, no he visto ni un solo hombre que pudiera llamarse verdaderamente feo; en cambio hay muchas mujeres que tienen facciones duras y pocas agradadas. En Francia el fenómeno es menor acentuado, pero siempre fácil de percibir. Esta particularidad de la raza latina debió producirse en los dilatados tiempos en que estuvo sometida al régimen matriarcal.

Capítulo VIII

Algunos rasgos de psicología chilena

1.- El chileno tiene fáciles las lágrimas. 2.- El hombre no gusta de las joyas. 3.- Nos bañamos separados los hombres de las mujeres. 4.- Castidad de la mujer araucana. 5.-

a) Rasgo de matriarcado de los Godos de España. b) Su arraigo en Chile, sus consecuencias. c) Algunos apellidos de conquistadores. 6.- a) Plebe europea y plebe chilena. b) Sancho y el roto. c) La estrella y los colores nacionales.

1.- El chileno tiene fáciles las lágrimas.

La psicología de la raza chilena está, en sus rasgos principales, repartida en todo este libro. En cuanto a su idea de la propiedad, la trataré especialmente cuando estudie el concepto político de nuestra raza y levante el cargo de socialista que se nos dirige.

Los psicólogos modernos tienen como verdad establecida la mala calidad de los mestizos de razas muy desemejantes. Los mestizos de que tratan, los únicos de que se han ocupado, son los de la raza conquistadora de Europa con los diversos indígenas de las partes del mundo conquistadas. Como las razas o familias de psicología patriarcal son tan raras en el mundo, esos mestizos lo han sido siempre de dos razas de psicología opuesta, matriarcal y patriarcal, lo cual explica la mala fama de los mestizos. Del mestizo chileno ningún cronista ni historiador antiguo se expresa mal; han sido los *Anales* universitarios los primeros en falsear la verdad histórica, y luego han venido muchos otros documentos oficiales, que veremos después, a continuar la misma tarea. Debo, pues, repetir que la uniformidad y la corrección de la psicología de nuestra raza se debe a que las dos que le dieron el ser poseían la misma psicología, ambas eran patriarcales, siéndolo más rígidamente la araucana. Así es que, aunque los rasgos físicos acusan un evidente mestizaje corporal de dos razas muy desemejantes, los rasgos morales e intelectuales no presentan signo alguno de mezcla de almas disconformes «por la buena liga que han hecho la sangre araucana y española», como dice el padre Ovalle tratando de las condiciones morales de los mestizos de su tiempo.

Sólo deseo aquí tratar de algunos rasgos generales de nuestro carácter, y de un signo de matriarcado de los Godos de España, y que llegó con ellos a Chile.

Los que han viajado saben que los chilenos tenemos fama de llorones, fama muy extendida en las naciones americanas del Pacífico, pero que alcanza también a las del Atlántico. Para apreciar esos rasgos generales del carácter de un pueblo se hace preciso haber estado en situación de poder hacer comparaciones, de haber conocido de cerca otros pueblos. Es después de viajar que me he convencido de que esa fama es merecida. Más también he llegado a convencerme de que no somos los únicos que tenemos fáciles las lágrimas. De entre los pueblos de Europa, los escandinavos y los alemanes son también prontos para enternecerse; pero los rusos no tienen compañero a la fecha en lo de llorones. No he conocido a un solo ruso que no fuera llorón. Tuve relaciones en París con una colonia de turistas rusos, y en las fiestas y comidas a que tuve el gusto de acompañarlos, los vi llorar como niños cuando se promovía el recuerdo de su patria. En una ocasión en que se trataba de un aniversario cívico, un médico anciano de barba de profeta no alcanzó a concluir de leer el discurso del caso, porque las lágrimas lo cegaban y la garganta se le acalabró.

Los chilenos tenemos a quien salir en esto del llanto. Ya recordé que los Araucanos eran llorones y lo son todavía.

En el poema *El Cid* aparece este héroe, tipo acabado físico y moralmente del varón, llorando desde las primeras líneas, así como los burgaleses y burgalesas «plorando» se quedaron al verlo pasar a injusto destierro. Pero es la ternura patriótica, diré así, la que

más a menudo arrancaba las lágrimas al Cid, como era la que enternecía al Araucano y enternece a los pueblos nombrados. Cuentan, los que lo han visto, que cuando el zar pasa revista a sus tropas, muchos soldados y oficiales derraman silenciosas lágrimas. Cuando en la mañana del 26 de mayo de 1880, en el Alto de la Alianza, las bandas del ejército chileno rompieron con la *Canción Nacional* como respuesta a los primeros cañonazos del enemigo, vi llorar a todo mi batallón; después supe que el ejército entero había llorado.

Esa manera de manifestar la ternura patriótica es menos común de lo que puede parecer a los chilenos, que la poseen de herencia. Ningún pueblo meridional europeo manifiesta de ese modo su amor a la patria, ni tampoco los demás pueblos de América. Los ingleses y los norteamericanos, en las ocasiones de emoción patriótica, permanecen con los ojos secos, pero se ponen algo pálidos y su semblante se demuda.

La ternura patriótica tiene algunos signos particulares que la distinguen de todas las demás. En general, la ternura es una emoción deprimente de la voluntad, como lo son la nostalgia, la melancolía y todos aquellos estados del ánimo a que se puede aplicar la palabra, que en este caso es gráfica, «pesar». Muy al contrario, el semblante compungido y lloroso de la emoción patriótica, cuando es fuerte, va siempre acompañada de los signos externos más evidentes de la sobreexcitación de la voluntad: la contracción sostenida, tónica, de los músculos. Y ha de notarse que los músculos que entran en acción son los del acometimiento, los del ataque: los de las piernas y del pecho se alistan, las mandíbulas se comprimen y los puños se aprietan. La mirada, por entre las lágrimas, adquiere un brillo más semejante al de la cólera que al de la ternura y aun no es inusitado en los casos graves un murmurar quedo de juramentos y amenazas.

¿Cómo explicar esa coexistencia del signo externo más elocuente de la depresión del ánimo, de su sufrimiento invencible, de su pesar, de su rendimiento al dolor moral, como son las lágrimas que no arranca una pena física, con el grupo de acciones asimismo elocuentes de la sobreactividad volitiva en su manifestación más enérgica: el ataque?

Son dos estados de ánimo que parecen excluirse. No recuerdo cuál de los cronistas de Chile dice que los Araucanos le traían miedo al miedo, y que, para arrojarlo de sí antes de entrar en pelea, herían el suelo a golpes redoblados de sus talones. ¿Cómo puede un mismo individuo tener miedo y deseos de pelear? ¿Por qué llora un hombre antes de entrar en batalla, siendo que está ansioso de batirse? ¿Qué significa esa dualidad de sentimientos? Cuentan de un general francés que, conociendo por el campanileo de sus espuelas el temblor de sus piernas en los momentos de empezar un combate, acostumbraba decir: «¿Tiemblas, villano? ¿Qué haría si supieras adonde pienso llevarte?». ¿A quién se dirigía el general? Sterne, y después Javier de Maistre, en su *Viaje alrededor de mi cuarto*, han puesto tan de relieve esa dualidad interior humana que no cabe duda de ello. El general recordado se dirigía a la parte sensible físicamente de su ser, a su cuerpo, a su bestia, como diría de Maistre, la cual temblaba de miedo, de miedo al dolor, de miedo a la muerte, mientras su alma pundonorosa y valiente iba al combate, burlándose de su tímida compañera.

Es admirable ese triunfo de los sentimientos relativamente modernos de solidaridad social, de defensa de la patria, de pundonor cívico, sobreponiéndose en el hombre a los instintos primordiales y arraigados en el fondo de todo ser vivo del miedo al dolor físico, del horror a la muerte. Ese triunfo es la más brillante victoria de la selección social. En la batalla de Tacna, a un subteniente Guerrero, un jovencito rubio, casi un

adolescente, quiso huírsele la bestia a la vista de la sangre humana, según cuentan, y temiendo que lo ejecutara a pesar de sus órdenes, mandó a un sargento que lo detuviera, y en brazos del sargento siguió dirigiendo a su gente por el camino de la victoria, hasta que una bala justificó los temores de aquella carne demasiado flaca para el alma que albergaba, separándola de ella para siempre. El soldado llora antes de entrar en batalla porque su bestia ha oído, allá en los antros misteriosos y secretos en que se elabora el pensamiento, que el hombre ha resuelto alcanzar la gloria ofrendando su vida en aras de la patria, y ella sabe que esa resolución es irrevocable. Esas lágrimas que corren silenciosas de sus ojos, son de la bestia que gime. ¡Respetemos su llanto: ella es mortal!

2.- El hombre no gusta de las joyas.

«No fundan su orgullo en el adorno de su persona: sólo sus escudos llevan pintados de variados y escogidos colores», dice Tácito de los Germanos. Recordé que los Godos no usaban joyas ni adornos, y que uno de los cargos que hacían los partidarios de Witiza a don Rodrigo era el de que éste se engalanaba como una mujer.

«Además de que en general todos los indios de Chile, hombres y mujeres, andan -según dije arriba- vestidos aunque descalzos, es con mucha más honestidad que indios de cualesquiera provincias, en las cuales no hacen diferencia de las partes secretas a las públicas. Asimismo no se pintan los rostros ni cuerpo, como los de Brasil y otras partes, ni se horadan los labios o besos como los del Paraguay y Charrúas, y otros muchos que traen huesos y piedras labradas en ellos, a que llaman los nuestros barbote, ni menos usan, salvo las mujeres, brazaletes ni gargantillas, ni de otro algún adorno femenino de que usan los indios en otras muchas partes».

(González de Nájera, obra citada, página 46)

En lo de no usar adorno personal de ninguna especie, el Araucano es una excepción en el mundo entero. El mismo autor, página 96, dice que los Araucanos se preocupan tanto de sus armas que «las traen de continuo tan bien tratadas, limpias y resplandecientes, que hacen en ello no sólo ventaja, pero hasta vergüenza a muchos de nuestros españoles». Ése es el origen de que la raza chilena sea la que hace menos uso de joyas a la fecha en todo el mundo.

Los Germanos como los Araucanos cuidaban con esmero de sus armas y las adornaban de varios modos. Los Araucanos se adornaban la cabeza con plumas rojas y se ponían su ropa más nueva y limpia para ir a campaña. Era la única ocasión en que se preocupaban de su persona.

Repetidas veces presencié en la campaña del Pacífico el hecho curioso de que todo el que podía, ya fuera soldado o jefe, guardaba cuidadosamente alguna camisa limpia o siquiera un cuello y un par de puños, lo más que se pudiera en esos tiempos de meses de

vida en el desierto, para ponérselos el día de la batalla, a la cual todos procuraban ir afeitados, limpios, lo más galanos posibles. Era ése un deseo general, una aspiración íntima; nadie se lo explicaba ni trataba de explicárselo. Era un deseo natural el de presentar lo más engalanada y hermosa que se pudiera la víctima ofrendada en el altar sagrado de la patria. Ése es un ejemplo de lo que se llama herencia psicológica.

3.- Nos bañamos separados los hombres de las mujeres.

A la fecha creo que sólo los chilenos tenemos la costumbre de bañarnos separados los hombres de las mujeres. Tácito, al tratar del baño entre los Germanos, no dice nada sobre esto. Tito Livio dice que los patricios romanos no sólo se bañaban separados los hombres de las mujeres, sino que aun los hombres adultos no se bañaban juntos con los niños. No poseo datos al respecto de los Godos de España.

Entre los Araucanos se guardaba en eso una separación absoluta entre hombres y mujeres:

«Las mujeres se bañan también diariamente, pero jamás se las ve en los ríos junto con los hombres, sino que buscan lugares apartados».

(«Compendio anónimo», *Colección*, tomo XI, página 258)

Dejo la palabra a Isidoro Errázuriz, que presencié un baño de muchachas araucanas:

«En un remanso que forma el río, a pocos pasos del vado, se bañan cuatro o cinco indias vestidas con sus chamales, se zambullen como patos, se asean y juegan en las aguas cristalinas, como en su elemento. La barranca, cubierta de árboles frondosos, forma como la decoración de fondo del singular espectáculo, y entre los rayos suaves y luminosos del sol de otoño, brillan los ojos, brillan las aguas y brillan los robustos brazos color de bronce oscuro y los cabellos negros chorreando agua cristalina.

Tenemos curiosidad de asistir al fin de ese baño al antiguo estilo araucano, para presenciar la confusión de las indias al verse obligadas a salir del agua y a cambiar de ropa a la vista de forasteros y de huincas.

Pero estamos equivocados si contamos con tener fiesta a costa de esta raza tranquila y majestuosa en su orgullo de dueña inmemorial de estas comarcas. Las abluciones, las zambullidas y la natación se prolongan indefinidamente; y cuando al fin, las indias van saliendo del agua, una en pos de

otra, no se les ocurre correr al bosque en busca de un escondite o prorrumpir en risas, en gritos infantiles y demás recursos del pudor alarmado.

Cada una de las bronceadas ninfas tiene de repuesto, extendida sobre un matorral, una camisa blanca y limpia. Al salir del baño, se la ponen sobre la ropa mojada, y ésta cae un instante después al suelo. Sobre la camisa se ajustan rápidamente un chamal seco, en que envuelven el pecho, el vientre y las piernas, lo prenden con un alfiler de plata, se cubren las espaldas con un segundo chamal seco, que les sirve como de capa, lo prenden sobre el pecho con otro gran alfiler, recogen la ropa mojada, y siguen su camino, con paso de gimnasta, y tan inmutables e indiferentes como si nadie hubiera pensado en profanar con sus miradas el casto baño de estas Dianas de la Araucanía».

(*Tres Razas*, página 40).

Hace muchos siglos que los profanadores de la castidad de las vírgenes araucanas han estado sometidos a la pena de ser lanceados, esto es, juegan con ellos lanzándolos en las puntas de sus lanzas hasta matarlos, tarea encomendada a los ofendidos, así es que la casta de tales ofensores no ha podido prosperar en esa raza.

Hacemos bien en seguir esa costumbre racial. Las familias santiaguinas que empiezan a imitar a los extranjeros de Valparaíso, bañándose en común hombres y mujeres, hacen muy mal. A los ingleses o alemanes o a los hijos de cualquiera otra nación no les hace daño ese baño en común; pero es altamente inmoral para el chileno, porque hierde un sentimiento étnico relacionado con el pudor, que debe ser sagrado, y porque, además, estamos nosotros en la razón en esta materia. He observado y conversado mucho sobre esto con gentes de todas partes. En los países que tienen la costumbre del baño en común, no faltan familias que no la sigan. En *Manhattan-beach*, baños cercanos a Nueva York, he visto familias cuyas mujeres tomaban sus baños a horas desacostumbradas, con la sola presencia de algún amigo o pariente que en las tribunas esperaba atento para socorrerlas en caso de necesidad.

En el sur de Europa es muy general la costumbre del baño en común; pero en los países del norte se ha introducido sólo desde algunos años, sin hacerse frecuente, y en muchas partes no es aceptada.

4.- Castidad de la mujer araucana.

Ya que he tocado el punto de la honestidad de la mujer araucana, voy a permitirme agregar algunas líneas más sobre lo mismo, en atención a que no es posible dejar que vayan sueltas por el mundo las aseveraciones falsas de los *Anales* sobre esas mujeres, que son de las más virtuosas, si no las más virtuosas de toda la humanidad. Para los

entendidos en psicología étnica, es suficiente saber que el Araucano es netamente patriarcal, para estar seguro de que la castidad de sus mujeres es un hecho lógico y necesario; pero como no todos se aplican a ese estudio, voy a citar un autor que conoció el fondo mismo del alma de esas mujeres, el cual se maravilla en varios pasajes de su obra de la pureza inmaculada del alma de algunas de ellas. Muchos cronistas hablan de esto, pero más de oídas que por conocimiento personal.

Entre las personas que las conocieron bien, ninguno está en mejores condiciones que los misioneros y los confesores de las indias católicas, como lo eran las que acompañaban al conquistador. Las indias que se entregaban al vencedor como esposas o concubinas no podían sentir mortificada su conciencia por ese acto, puesto que esa era la costumbre consagrada de su raza; pero fuera de esas relaciones, para ellas regulares, la virgen indígena presentaba a los piratas de amor una resistencia sólo vencible por la fuerza muscular. El padre Alonso de Ovalle dedica todo el capítulo que principia en la página 263 del segundo tomo de su *Histórica Relación*, a ensalzar la castidad de la india araucana. Refiere numerosos casos conocidos personalmente por él en las anécdotas de su tiempo y en las rejillas del confesonario, las cuales pone de ejemplo a los españoles con estas palabras:

«Verdaderamente es grande argumento de la fuerza de la divina gracia el ver que esta gente tan nueva en la fe tenga valor para resistir a la ocasión, que le dan tal vez los mismos que debían enseñarles más con su ejemplo que con sus palabras, y que viendo a los cristianos viejos doblar la rodilla al ídolo de la sensualidad, estos nuevos cristianos lo pisen y huellen con tanta constancia».

Refiere también muchos hechos que constan de las memorias anuales de los misioneros sobre este mismo asunto y dice:

«De otras muchas indias nos cuentan las mismas anuas grandes ejemplos de la fortaleza conque han resistido a los que pretendieron violar los fueros de su pureza, no pudiéndolas rendir ni con dádivas ni amenazas, antes expuéstose por esto a perder la vida del cuerpo por asegurar la del alma, saliendo tal vez de estos conflictos y batallas malheridas y bañadas en sangre, como se vio pocos años ha».

Luego se recrea el buen padre refiriendo casos de pureza tan acabada que no había de qué absorberlas en el confesonario, de esa castidad no sólo de obras sino también de deseos y de pensamientos, como la exige el confesor católico, una castidad que se ha hecho naturaleza, producto admirable de larguísima selección patriarcal:

«A este modo -dice, página 266- he tenido yo algunas penitentas que se daban tanto a la virtud y penitencia y tenían tan gran cuidado de sus almas, que no daban en sus

confesiones materia suficiente para absolución».

Entre los muchos casos que refiere, hay uno que merece algunas líneas especiales; es el siguiente (página 265):

«Otra india procedió con todo ejemplo de virtud, y saliendo un día de nuestra iglesia, un hombre en la calle hizo una acción con ella algo descompuesta, y con no haber sido ella sabidora, ni intervenido mínima insinuación ni consentimiento de su parte, se castigó, apartándose toda una noche a un rincón de casa a llorar y rezar con un rosario, y otra noche puso muchas espinas en la cama con que castigó e hirió toda la noche sus carnes».

Este ejemplo ilumina con gran claridad el fondo del alma de la mujer de las razas patriarcales. Tienen estas mujeres la íntima convicción de que son ellas, sus atractivos femeniles, los responsables de la excitación producida en el hombre y que lo lleva a faltar. Sabe que es ella la que produce la tentación, por eso se cubre, por eso se oculta, por eso se castiga y llega en casos de excesivo y extraviado rigorismo, a destruir lo que puede de sus encantos femeninos. Es el origen del recato voluntario en la mujer.

El padre Ovalle asegura que la india no fue «sabidora», es decir, no previó lo que podía suceder al pasar tranquilamente al lado de un hombre. Ella no se perdonó esa imprevisión; podía haber pasado alejada de él o tomar otra precaución que hubiera evitado a ese hombre el pecado de ser manilargo; esa falta de prudencia, de recato de su parte, fue lo que lloró la pobrecilla y castigó poniendo espinas en su cama. Si al precio de sus lágrimas y sangre que a la humanidad ha costado conseguir sus virtudes, se aquilatará el valor de éstas, después del patriotismo, debería ser el pudor el máspreciado tesoro de las razas superiores.

Todos los pueblos patriarcales han tenido la misma idea de que es la mujer la que incita, la que tienta al hombre. La relación bíblica de Adán y Eva es la expresión de esa creencia. A medida que avanza el desarrollo de la castidad en una raza, el sentimiento social exige más y más control al hombre sobre sus pasiones amorosas, disminuyendo a proporción la responsabilidad de la mujer.

Debo agregar que la mujer araucana era cobarde, humilde. Ni una sola heroína araucana aparece en la historia. Janequeo, esposa de Guepotaen, mandó tropas y combatió personalmente en contra del conquistador; pero Janequeo era de Villarrica, y por lo tanto huilliche. Don Alonso de Ercilla no tuvo tiempo sino de conocer las costumbres guerreras de los Araucanos; si hubiera conocido sus hábitos domésticos y sociales, no habría dicho que Lautaro llevaba a su esposa Guacolda en su compañía durante la atrevida campaña de aquel caudillo. Los Araucanos no llevaban mujeres en sus ejércitos; se lo prohibía su religión, de la que eran celosos observantes. Es casi seguro que el insigne poeta compuso en Chile toda la parte de su poema que se refiere a la guerra de Arauco, como afirma Mosquera; pero es también muy probable que lo retocara y añadiera algunas escenas en España, pues es sabido que los quince primeros

cantos sólo los dio a la prensa seis años después de haber arribado a ese país, en donde se dio al estudio de los poetas italianos de ese tiempo. Aunque el episodio de Guacolda es sólo un idilio dulcísimo y casto, sin que aparezca en ningún momento la mujer briosa y guerrera, él es sin embargo contrario a las costumbres araucanas, y sólo una fantasía poética de don Alonso. Algunos cronistas han seguido fielmente al poeta en todo lo que relata hasta en lo que a primera vista se comprende que son adornos poéticos del autor. Siento mucho estar en desacuerdo sobre esto con un ilustrado escritor y hombre público chileno, pero mi convencimiento al respecto es completo.

Es asimismo una suposición de algún cronista y adorno literario del autor de la Araucana la escena de Fresia, la esposa del héroe Caupolicán, que insulta en la prisión al caudillo araucano, idolatrado por sus compatriotas. Es tan contrario a la psicología araucana ese pasaje que debe tenerse por seguramente inventado en tiempos en que no se conocían las costumbres domésticas indígenas. Fue sólo a fines del siglo XVI o principios del siguiente cuando, por los misioneros o por los cautivos rescatados como Núñez de Pineda y Bascuñán, se tuvieron noticias más o menos exactas de las costumbres indígenas. Una mujer araucana, que, veía en su esposo poco menos que un dios, al verlo prisionero, cargado de cadenas y condenado a muerte, lo que habría hecho, de seguro, habría sido arrojarle a sus pies anegada en un mar de lágrimas; insultarlo y arrojarle a su hijo no le habría pasado por la mente, tal vez ni aunque hubiera sido mujer huilliche o pehuenche. Esa escena, como las demás en que aparecen mujeres varoniles, fueron sugeridas al poeta por la lectura de los romances italianos, llenos de heminas, y del gusto literario que empezaba a cundir en España, muy adaptado al espíritu ibero.

Es bueno dejar sentado que en cuerpo y en alma la raza araucana es tal vez aquélla en la que la diferenciación sexual ha llegado al mayor desarrollo. Haciendo contraste con el carácter de energía indomable de sus hombres, aparece el genio humilde y rendido de la mujer de esa raza. Mariño de Lovera, el padre Ovalle, Núñez y cuantos conocieron a tales mujeres, hablan de dicho contraste. E. Reuel Smith, en su libro *The Araucanians*, hace igual observación. Asimismo este autor atribuye a herencia araucana la humildad de la campesina chilena, poniendo como muestra de ese carácter la manera de dar un recado de las sirvientas de Chile:

-¡Muy buenos días, señor!, ¿cómo está su merced? Manda decir mi señorita doña Mariquita que cómo está la salud de su merced, que se alegra mucho que no tenga su merced novedad ninguna, etc.

Comentando ese rasgo dice:

-Viniendo, como viene, de la bondad de corazón e indicando una disposición amistosa, ella atrae nuestra indulgencia, sino nuestra admiración.

Este autor es norteamericano, a quienes agrada un poco de independencia y de energía en la mujer.

Una doncella adulta araucana tiene las proporciones y fisonomía de una niña impúber, siendo unos quince o dieciséis centímetros más baja que el hombre, lo que, dada la escasa talla de la raza, es la desproporción más notable en toda la especie humana. La diferenciación sexual es, como toda diferenciación, uno de los caracteres más constantes y seguros del progreso orgánico. Puede seguirse ese proceso paso a paso desde los seres celulares, que se reproducen dividiéndose en dos o más, sin órganos reproductores, hasta los hermafroditas y los insexuados. En estos últimos es también

más notable, dentro de la misma especie, la diferencia entre los individuos de sexo opuesto, concordante con otros signos de perfeccionamiento. En la especie humana, la diferencia corporales y mentales se acrecientan entre los dos sexos a medida que se asciende en la escala étnica y aun en la escala social, según Le Bon, opinión acatada por Darwin.

Me ha movido a escribir lo anterior la edición oficial de la *Historia de Chile* para la enseñanza primaria que acaba de salir a luz, libro que resume lo que dicen los *Anales* respecto de los Araucanos, añadiendo que éstos «andaban casi siempre desnudos» y que «cuando estaban en guerra, mataban a sus enemigos y los devoraban», cosas que no se atrevieron a decir los *Anales*. El gobierno dice en su libro que los indios del Perú enseñaron a los de Chile a vestirse con tejidos de lana de guanaco, quiso decir llama seguramente, y que llegaron en sus conquistas de Chile hasta el Bío-Bío, de donde se retiraron al norte. Garcilaso de la Vega, inca de sangre, es el único testimonio fidedigno de aquellas expediciones peruanas, y este autor dice que sus paisanos sólo llegaron al Maule, y que allí fueron derrotados por los purumaucaes después de tres días de pelear. Los purumaucaes o promaucaes vivían al sur del Maipo-Rapel, por lo que es posible que sólo a ese límite llegaran las tropas del Inca. Está escrito ese texto de enseñanza con el mismo espíritu de todos los documentos oficiales de apocar, de denigrar a nuestros antepasados araucanos. Pero no era esto lo que deseaba hacer notar, sino que el texto ese encomia el valor guerrero de una mujer que acompaña a los expedicionarios que vinieron con Valdivia, mujer «natural de Plasencia y casada en Málaga» según Mariño: «Se cuenta que ella, -dice ese texto de enseñanza- por su propia mano degolló a uno de los caciques prisioneros». ¡Hermoso ejemplo que imitar para las colegias del país!

Estas cosas tienen demasiada importancia en la dirección del criterio moral de la juventud chilena para que se me disculpe unas cuántas líneas sobre ellas, aunque sea en forma categórica, que no hay espacio para más.

Desde un polo al otro de la Tierra pueden repasarse una a una las distintas razas humanas y comprobar en todas ellas lo que ya he dicho respecto a la diferenciación entre el físico y el carácter de sus hombres y de sus mujeres como signo inequívoco de perfección. A hombres de caracteres varoniles desarrollados corresponden mujeres de feminismo también desarrollado, y al contrario, a mujeres varoniles, hombres que apenas lo son. Las mujeres varoniles inglesas y norteamericanas que tanto alaban los diarios y revistas de Santiago no son tales mujeres varoniles. En esa raza no hay heminas ni guerreras ni cosa que lo valga. Las inglesas y norteamericanas van solas por las calles porque saben que los hombres no las faltarán en lo más mínimo, y si algunas se descomiden con los hombres, como dicen que sucede, es sólo debido a que éstos las tienen demasiado regalonas y hasta consentidas; pero son tan femeninas como la que más. Las conozco personalmente.

Las mujeres de cualidades morales e intelectuales semejantes a las del hombre que suelen aparecer en las razas superiores, tienen también afinidades físicas con el varón: son poco agraciadas de semblante, suelen tener pelos en la cara, los hombros cuadrados, su voz carece de la dulzura que para el hombre tiene el acento femenino, etc., y no es raro que les guste vestirse de hombre; en cambio, esas mujeres de gran talento que han solido rivalizar con el hombre, esos fenómenos, no han tenido descendencia. ¿Qué será? Los médicos saben mucho de eso, pero a veces ni ellos mismos saben a que carta quedarse.

Es muy fácil en Chile refutar esas doctrinas fiscales, porque aquí van contra los sentimientos heredados de la población. Todo chileno de instintos correctos siente desvío por una mujer talentada y hombruna, en lo que no hace más que seguir las misteriosas, pero infalibles indicaciones de la naturaleza.

En contra del ejemplo fiscal para mis paisanas, yo les aseguraré, sin pruebas por hoy, que hay pocos signos más elocuentes de inferioridad de raza para una mujer que el de poseer carácter varonil, y que la inteligencia femenina no debe pasar de ciertos límites si no quiere despertar sospechas. Esto no es negar que haya mujeres de verdad que son más inteligentes que muchos hombres, es afirmar sólo que el término medio de la inteligencia femenina es inferior a la masculina, y que dicha diferencia se acentúa a medida que se asciende en la escala de las razas, porque así, diferenciando las aptitudes masculinas y femeninas, es precisamente como han llegado a ser superiores las razas que lo son.

La mujer germana tampoco fue guerrera. Si a veces acompañaba a los ejércitos, nunca entró en combate, su papel era el de preparar la comida y cuidar a los heridos. Las mujeres que en Chile han dado alguna muestra de energía varonil y guerrera no ha sido ni araucanas ni godas. Las heminas europeas han sido meridionales. Juana de Arco era íbera del sur de Francia.

Los *Anales* dicen con acierto que entre los Araucanos había meretrices; pero no aciertan en la dañada intención con que en dicha costumbre se detienen. No es difícil explicarse la existencia de esas mujeres en los pueblos de costumbres domésticas severas, sobre todo en los pueblos polígamos como el araucano, en los cuales han de quedarse muchos hombres sin esposa. El órgano social que representa la institución de las meretrices debe su existencia a una necesidad fisiológica, cuya satisfacción asegura la corrección de las costumbres domésticas en dichas sociedades. Así es que toda medida que tienda a suprimir o perturbar las funciones de dicho órgano, va directamente en contra de las buenas costumbres, de lo que hay ejemplos tan elocuentes como tristes en Europa y América.

¿Qué necesidad habría de tales mujeres en los pueblos en que las costumbres establecidas, generales, fueran disolutas? O en aquellos en que la mujer domina y dispone del hombre? Los antiguos Germanos tenían meretrices, por las cuales sin embargo su sociedad sentía profundo desprecio, como es natural:

«En cuanto a la que prostituye públicamente su honor, no ha esperar perdón: ni belleza, ni edad, ni riquezas le harán encontrar un esposo».

(Tácito)

El padre Ovalle (obra citada, tomo 2, página 284) refiere que unos indios jóvenes pretendían una vez matar a una de esas mujeres araucanas «porque decían que vivía sueltamente». Eran, pues, en Arauco tan mal miradas como en el norte de Europa.

5.-

a) Rasgo de matriarcado de los godos de España:

La costumbre matriarcal que los Godos de España trajeron a Chile es la de la persistencia del apellido de la mujer después de casada, y como consecuencia, la de que muchos chilenos tengan la costumbre íbera de firmarse con dos apellidos, el del padre y el de la madre.

Todo lo que sabemos de los habitantes de la antigua Iberia nos confirma plenamente que el matriarcado o dominio de la mujer fue perfecto en tiempos pasados. En tiempos de la conquista romana de ese país persistían aún muchas costumbres que lo atestiguaban. Hoy mismo quedan numerosas supervivencias de aquel régimen. Los escritores españoles que se han ocupado de esto traen muchas pruebas. La región del norte de España, especialmente la vecina a los Pirineos, es la que ha guardado más elocuentes signos matriarcales, entre los cuales la cubada es el más decidor. Esta costumbre, como se sabe, consiste en que el esposo se echa a la cama aparentando enfermedad en cuanto la esposa da a luz. En la cama es colmado de atenciones y cuidados, guardando dieta por algunos días, y recibiendo las felicitaciones por el arribo del nuevo vástago. Es el modo de afirmar su paternidad respecto del recién nacido. Hay en la lógica de esa prueba una petición de principios, o prueba de lo mismo con lo mismo, como decimos vulgarmente, modo frecuente de razonar de los pueblos primitivos, pero no por eso es menos tenida como prueba indudable de paternidad. Existía esa costumbre en tiempos de Estrabon, y Sales y Ferré dice que aún subsiste. Ella prueba que en tiempos anteriores la filiación de la familia se hacía sólo por la mujer, que era sólo a su madre a la que conocía con seguridad las personas y que la mujer no era poseída por un solo hombre en sus relaciones maritales. De allí que el apellido o distintivo de la familia o tribu de la mujer fuera el único seguro para los descendientes, y el único que usaban.

La mujer íbera ha sido tan tenaz en transmitir su apellido a sus hijos, que puede seguírsele a través de la historia por ese rasgo de su mente. Sabido es que la raza íbera ocupó en tiempos prehistóricos y aun protohistóricos un área muy extensa del continente europeo. Sus esqueletos se han hallado, además de la Península Ibérica, en todo el sur de Francia, en el suroeste de Inglaterra y en Irlanda. Cuando los Pictos, de origen celta, preparaban en Irlanda su expedición conquistadora sobre Escocia, las mujeres irlandesas se ofrecieron a acompañarlos, con la condición de que sus hijos llevaran el apellido de sus madres. Entre los vascos españoles persistió hasta el siglo XVIII la costumbre, sancionada en la ley, de que el hombre que se casaba con una heredera perdiera el apellido propio y tomara el de su esposa, y por lo tanto los hijos tenían el apellido de sus madres. El capitán don Melchor Jufre, autor del Compendio Historial, no era Jufre sino Aguila; Jufre era el apellido de su madre, el cual puso de don Melchor en primer lugar, porque era frecuente poner el de la madre antes que el del padre. Sin embargo, ese capitán nombra a su primogénito con el apellido real de su padre, Águila, a principios del siglo XVI. Muchos de los emigrantes españoles cambian su apellido paterno por el de sus madres al abandonar su patria. Es la madre española la que insiste tenazmente en conservar su apellido, lo cual es sólo una de las muchas manifestaciones evidentes de la independencia individual que siente dentro del matrimonio.

Sólo en la Península Ibérica y en las partes que fueron o son sus colonias, la esposa conserva su apellido. En Francia e Italia sólo queda el nombre, tomando el apellido de su esposo. En Inglaterra pierde aún el nombre, el cual sólo subsiste en la intimidad del hogar. Así, María Pérez, casada con Juan Díaz, se firma en español María Pérez de D. o María P. de Díaz. Al uso italiano y francés, se firmaría María Díaz, y en Inglaterra, fuera de su casa, nadie la llamaría sino señora Juan Díaz, como ella se firma. Es común encontrar ingleses que no saben el apellido de su madre, cosa inconcebible para una española.

De allí la costumbre de firmar con dos o más apellidos en España, Portugal y demás países que de ellos han recibido esa costumbre. El empleo de más de un apellido trae al fin como resultado, en muchas familias, el que se pierda definitivamente el apellido paterno, quedando sólo el último que se pone. Este fenómeno es debido a la mayor persistencia en la memoria auditiva del último sonido que se percibe.

A Vicuña Mackenna muchos lo conocían sólo por Mackenna; al novelista Pérez Galdós nadie lo reconocería si sólo se le llamara Pérez, pero no habría dudas si se dijera Galdós.

b) Su arraigo en Chile, sus consecuencias:

Hay muchos ejemplos de esa pérdida del primer apellido por dicha causa. Sólo entre los cronistas e historiadores de Chile y otros que he recordado, puede citarse, entre otros, a Mariño de Lovera, cuyo nombre era Pedro Rodríguez; el padre Ovalle, a quien he puesto de testigo tan a menudo, era también Rodríguez por su padre, pues era hijo de don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle. El nombre de la calle de Santiago que recuerda al primer historiador de Chile, como lo llamó Vicuña Mackenna, es pues el apellido de la abuela paterna de dicho historiador. Al padre Gómez, Molina lo llama Vidaurre y Figueroa era Gutiérrez por su línea paterna. Altamirano era Grez, Rodrigo de Quiroga era Camba, Hurtado de Mendoza era López por su línea paterna, el pintor Velázquez se llamaba Diego de Silva, y el nombre del ínclito conquistador Valdivia era don Pedro Oncas y Gutiérrez, siendo Valdivia apellido de su abuela materna.

Se comprenderá cuán difícil es seguir las genealogías de algunas familias con ese cambio de apellidos, pues debe tenerse presente que dichos cambios han venido sucediéndose desde mucho antes de la época en que los he recordado; así el padre Ovalle no era tampoco Rodríguez, pues figura en su antepasado paterno con el apellido Nieto; como Hurtado de Mendoza tiene un antecesor Ñíguez; Córdoba y Figueroa, antes que Gutiérrez, tiene una serie de abuelos cada uno con un apellido distinto.

En Chile hay muchas familias que llevan apellido materno como algunos Aldunate, que son Martínez; Ballesteros, que son Rodríguez; Valenzuela, que son Pérez; Bascuñán, que son Núñez, etc.

Se ve por esto de que manera tan particular esa insistencia de la mujer íbera en hacer que figure su apellido, aunque sea después del esposo, ha traído como consecuencia que sea el suyo el único que persista al fin. Este resultado ha sido imprevisto seguramente por ella, pues es sólo la consecuencia del fenómeno acústico recordado, como puede comprobarse fácilmente. En Inglaterra, especialmente en Irlanda, es y ha sido muy

común el apellido O'Neill, por lo que una de las familias de ese apellido agregó, para diferenciarse de las demás, la palabra «rcux», escrita después «roe», que se pronuncian más o menos lo mismo; pues bien, los descendientes actuales de aquella familia O'Neill Roe, miembros de la cual existen hoy en Chile, se firman sólo Roe.

Hay todavía otro hecho curioso sobre esto: cuando una familia desea recuperar el antiguo apellido paterno olvidado, no puede ponerlo en el primer lugar de la firma porque el apellido materno, que ha sido el usado en los últimos tiempos, está ligado a contratos y forma parte del nombre con el que es conocido en la sociedad, por lo que se acostumbra colocarlo después del usado, del materno. Por esa causa se establece una inversión en el orden de los apellidos primitivos, de lo que hay también numerosos ejemplos en España y Portugal, y que no faltan en Chile; así los Irarrázabal y Andía, como he visto nombrar a esa familia, son Andía Irarrázabal, los Cortés Monroy son Monroy Cortés, los Solís de Obando son Obando de Solís, etc.

Ha logrado, pues, la mujer que ha heredado esa costumbre íbera ligar el nombre de su linaje a los hombres que han pasado a la historia por sus hechos, dejando en el olvido el del padre de esos hombres; pero no ha sido sin beneficio de inventario que en algunos casos ha quedado el apellido materno ligado a una fama poco envidiable: el tirano Rosas de la Argentina, por ejemplo, se llamaba Manuel Ortiz.

Esas mutaciones y pérdidas de apellidos en una sociedad, no sólo traen el inconveniente de dificultar las investigaciones genealógicas, sino también el de encubrir las relaciones de sangre que inevitable aunque lentamente se establecen entre todas las capas sociales, pues acontece que son las familias que descuellan en una estirpe las que acostumbran dos apellidos, y por lo mismo las que al fin pierden el verdadero. Además, en nuestro país, como en muchos otros, los hijos naturales toman de ordinario el apellido materno, y cuando toman el del padre, rarísima vez acontece que lo tomen íntegro, cuando este es compuesto; si al fin se pierde el primero de esos apellidos dobles, en algunas familias, quedarán por esa causa como perteneciendo a estirpes distintas dos ramas del mismo tronco. ¿Cuántos Pérez no tendrán el mismo abuelo que algunos Valenzuela? ¿Cuántos plebeyos Núñez no serán del mismo linaje que algunas nobles Bascañán? Los gañanes Andía, de los que hay muchos, tienen, de seguro, un antepasado común no muy remoto con los marqueses de la Pica, puesto que una sola familia de aquel nobilísimo apellido ha formado parte de nuestra raza. Hoy más que nunca es necesario recordar estas cosas entre nosotros, hoy que un alejamiento insensato de las clases gobernantes respecto del pueblo amenaza destruir nuestra sociabilidad.

En nuestra corta historia, puede verse cómo se han sucedido en el escenario social unas a otras distintas familias. Eso es lo natural, lo lógico en toda sociedad correctamente organizada, porque es sabido que la facultad de producir hombres superiores se agota, tarde o temprano, en toda estirpe, por varias causas. Esta rotación de las familias en nuestra sociedad está hoy dificultada hasta la obstrucción por causas morales más que mentales, causas que estudiaremos más adelante.

c) Algunos apellidos de conquistadores:

Aquí, ya que se trata de apellidos chilenos, voy a recordar, algunos de los más frecuentes en el pueblo y que son asimismo de los más nobles, no en pergaminos, sino

en sangre, en naturaleza, los cuales hoy no figuran o figuran poco en la dirección del país, pero que podrán hacerlo mañana.

Estos 124 apellidos fueron traídos a Chile por aquellos guerreros godos que Valdivia calificaba de «más que hombres» y por los que los siguieron poco después, acendrados en la criba de apretadas mallas que hemos visto. Sólo pongo un máximo de seis en cada letra, para no ocupar muchas líneas:

Aguayo, Alfaro, Agurto o Aburto, Alegría, Atenas, Ayala, Barrera, Barrial, Balboa, Basualto, Bobadilla, Burgos; Camino, Canales, Castañeda, Cabello, Cereceda, Collasos; Delgadillo, Delgado, Devia, Dinamarca, Donaire, Durán; Elgueta, Erizar, Escalante, Escalona, Escobedo, Estay, Gálvez, Galán, Gamboa, Ganga, Garay o Garey, Góngora; Hermosilla, Hernández, Herrero, Hidalgo, Hinojosa, Honorato; Ibacache, Ibarra, Illanes, Inóstroza, Iriarte, Iturra; Jaña, Jarpa, Jerez, Jeria, Jirón, Jorquera, Lagos, Lara, Lepe, Linares, Lorca, Loyola; Machuca, Maldonado, Mejía, Meléndez, Mella, Montecinos; Navia, Navarro, Neira, Nieto, Niño, Núñez; Olano, Olea, Olmos, Ordenes, Ortiz, Osorio; Pacheco, Pantoja, Pedrero, Peña, Peñalosa, Pulgar, Quevedo, Quezada, Quijada, Quintanilla, Quintero, Quiroga, Retamal, Reinoso, Robles, Roco, Rocha, Rojo; Sagredo, Sanabria, Sande, Segovia, Sierpe, Soto; Tapia, Téllez, Tejeda, Toledo, Torrejón, Trujillo; Ubilla, Ulloa, Urra; Valiente, Valladar, Vallejo, Veas, Vives, Vizcarra; Zárate, Zepeda, Zorrilla, Zuluaga, Zúñiga.

Muchos de esos nombres tienen la honra altísima de que hayan sido cantados por la epopeya nacional.

Esas estirpes, como tantas otras, han permanecido en Chile perfectamente libres de mezcla con sangre extraña a nuestra raza por el espacio de dos y medio a tres siglos o más. Las ramas que de dichas familias quedaron en Europa, o se han extinguido o se han mezclado allí con sangre íbera. Hay aquí algunas estirpes góticas muy numerosas, como los Valenzuela, por ejemplo, extendidas en todo el país y en todas las capas sociales, que son casi exclusivamente chilenas. De una manera general puede decirse que los apellidos chilenos antiguos no se conocen en España, y sea que, por haber pertenecido a hijosdalgo, adoptaron éstos la costumbre, nacida en la Península en los siglos XV y XVI, de agregar el apellido materno, y de allí que se perdiera el del padre; o por que se hayan agotado esas familias en Europa. Fuera de los patronímicos como Pérez, González, etc., los demás apellidos de los españoles actuales son extraños a los nuestros. La sangre más genuinamente chilena está por tanto en los campos, aldeas y pequeñas ciudades de las provincias agrícolas, puntos adonde no ha llegado en ningún tiempo en cantidad apreciable sangre meridional europea ni africana.

6.-

a) Plebe europea y plebe chilena:

Uno de los más graves males causados por la cultura latina introducida en Santiago en los últimos años es, sin duda, la de pervertir el criterio con que ha de ser juzgado el pueblo de Chile.

La literatura de molde meridional europeo, profusamente circulada por los diarios políticos y por el número creciente de revistas literarias llenas de recortes de autores latinos y de imitaciones de esos autores, está afirmando en el juicio público una idea completamente falsa respecto de las cualidades de la inteligencia y del carácter de nuestra base étnica. Las representaciones teatrales, poniendo a la vista las costumbres de aquellos pueblos, distintas sustancialmente de las nuestras, tienen el mismo efecto perturbador.

Están los santiaguinos llegando a creer que el pueblo debe ser compuesto de toreros, de majos, de chulos y de manolas. El descoco natural de la plebe meridional europea, exagerado por los cómicos al uso, hace un contraste completo con el roto callado y tranquilo, y con la mujer del pueblo, modesta que se desliza atemorizada por las calles de la capital. Para un habitué a tandas, esto es, para la gran mayoría de los literatos, periodistas y gente de posibles santiaguinos, la plebe chilena aparece demasiado pobremente vestida, opaca, desgarrada, insustancial, tonta, despreciable.

La pintura que de los hábitos y pasiones del bajo pueblo de Francia, Italia, España hacen los novelistas de esos países, creen los santiaguinos que corresponde a los del pueblo chileno. El respeto del roto por su superior lo tienen por poquedad de ánimo, y alaban el desplante con que el peón europeo llega dándonos la mano y hasta palmeándonos el hombro a poco que uno se descuide. Hay en ese juicio tanto desconocimiento de nuestro modo de ser como de lo que significan el comedimiento del roto y el desparpajo del peón europeo, y del valor que una y otra modalidad mental tienen en la organización de la sociedad. Hombres respetuosos no los hay en las bajas capas sociales sino en los países del norte de Europa. Hombres humildes los hay en el sur, pero no en el norte de ese continente.

En las naciones latinas el concepto moral en general es mucho más elevado en las clases superiores de la sociedad; igualmente el concepto político, religioso, etc.; las clases dirigentes están en una etapa más adelantada de su evolución psíquica que las clases dirigidas, inferiores, lo que es natural. Las costumbres morales no siempre guardan relación directa con el concepto, pues ésa es cuestión diversa.

Así, refiriéndome sólo al sentimiento de la honestidad, en Italia y España es bastante desenvuelto en la clase superior, pero rudimentario en la plebe. El año antepasado se mandó construir una fuente monumental en la plaza del Terme en Roma, y cuando estuvo concluida los ediles la visitaron para contemplarla y acordar la fecha de su inauguración. El arquitecto se había tomado la libertad de agregar como adorno algunas mujeres desnudas en actitudes que se consideraron indecorosas por algunos ediles, por lo que la fecha para descubrir el monumento no pudo acordarse. El pueblo, sin autorización de nadie, la descubrió un buen día y la encontró de su gusto, y allí quedó luciendo esa muestra del sentimiento atávico de aquel pueblo. En Chile, una comprensión errada de la belleza, contraria al sentimiento nacional de la honestidad, está poniendo de moda en Santiago el desnudo en la escultura, lo que produce el escándalo del pueblo, el cual no ha torcido sus instintos con discursos matriarcales sobre la belleza. Son los diarios obreros del país los que más enérgicamente protestan de los bailes de máscaras, de los carnavales y demás espectáculos en que la nota indecorosa lleva el sostenido de la fiesta. Los operarios de Tarapacá han protestado en

repetidas ocasiones del lenguaje indecoroso que los pulperos de las oficinas salitreras emplean con las mujeres de aquéllos cuando van a hacer sus compras. Nadie ha atendido esas quejas, tal vez por creerlas sin importancia para el roto, cuyos sentimientos al respecto juzgan por los de la plebe de las tandas, paisanos de esos pulperos, y por la que aparece en las novelas de las naciones latinas.

Las novelas de Zola, fotografías artísticas de las costumbres del pueblo francés, son para cualquier observador y conocedor de nuestras costumbres, una prueba palmaria de la completa diferencia entre la plebe francesa y la chilena. Nada es en ellas aplicable a nuestro pueblo, ni menos sus costumbres domésticas. Zola tocó muy hondo en ocasiones el corazón humano, alcanzando entonces a todas las razas con su talento; pero fuera de allí, en lo demás, es completamente francés, o cuando más, meridional. Ni siquiera los crímenes que describe se conocen entre nosotros; aquel matrimonio de dos viejos que se envenenan lentamente uno a otro poniendo arsénico en el salero de su cónyuge, que pinta en *La Bestia Humana*, es absolutamente incomprensible a un chileno del pueblo. La bestia ésa no es humana, en el sentido general que le dio su autor, porque a nosotros no nos toca. El área geográfica de esa bestia es más restringida de lo que creyó Zola.

El lenguaje mismo que empleó el autor es completamente inaceptable para el pueblo de Chile. A esas novelas, como a las demás que describen costumbres bajas, en lenguaje indecoroso, tipo latino de literatura, no sería suficiente entre nosotros ponerles en las tapas «sólo para hombres» sino «sólo para ciertos hombres de la clase acomodada», porque el pueblo en Chile conserva intacto sus instintos hereditarios en esto como en lo demás. La perversión moral que con tan justa razón alarma a los chilenos patriotas y que a la fecha está introduciéndose en nuestro país con el disfraz de cultura, está muy lejos del roto.

En uno de los diarios santiaguinos encargados de denigrarnos, y que me trajo el último vapor, leo: «La corrupción del bajo pueblo», refiriéndose al chileno y a propósito de un desorden de borrachos. Ése es el modo corriente de expresarse del pueblo en los diarios y libros del sur de Europa, y allí podrá ser natural esa corrupción del bajo pueblo; pero en Chile, sépalo ese diarista, el roto no conoce ni de nombre los cien vicios que corroen el alma y los huesos de algunos de sus compatriotas de las ciudades. Cuando el peón de los campos, aldeas o villas del país llega a la capital, oye allí, por primera vez en su vida, ciertas palabras que sobresaltan su alma de niño, y aunque viviera cien años en esa ciudad, siempre quedaría ignorando muchas de esas cosas, porque no caben en su espíritu.

b) Sancho y el roto:

«Pensando hacer un libro de circunstancias, su genio colosal creó un libro para todos los tiempos y para todos los hombres», dice don Diego Barros respecto de Cervantes y su obra maestra. Seguramente que este autor no se propuso escribir sobre psicología étnica diferencial de las dos razas que en su tiempo habitaban la Península, pero su maravilloso poder de observación, al pintar el contraste entre los sentimientos elevados, caballerescos del hidalgo don Quijote, y los instintos groseros, materiales,

egoístas, del rústico Sancho, hizo el retrato, aunque exagerado, del pensamiento de aquellas dos razas.

Cervantes tomó un tipo del caballero de la raza hidalga, que él sabía muy bien que era gótica de origen, como lo dice expresamente. Entre las composiciones poéticas que agregó Cervantes al principio de su libro, hay un soneto titulado «El Caballero del Febo a Don Quijote de la Mancha», cuyos dos tercetos dicen:

«Amela por milagro único y raro.

Y ausente en su desgracia, el propio infierno

Temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas voz, godo Quijote, ilustre y claro.

Por Dulcinea sois al mundo entero.

Y ella por vos famosa, honesta y sabia».

Los labradores y campesinos pertenecen en todos los países a la raza autóctona.

El tipo físico de los dos principales personajes de esa creación genial, es muy digno de llamar la atención. Don Quijote es «un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos». La nariz, y sobre todo el color de los bigotes hacen de don Quijote un tipo mestizo. Cervantes no podía ignorar que los hidalgos de su tiempo eran rubios, como nos lo muestran los centenares de retratos que de ellos nos quedan, como era rubio él mismo, hidalgo de linaje. La nariz de don Quijote me hace desechar la idea de que perteneciera a los escasos nobles de origen ostrogodo-tártaro, sin embargo, que la dirección de los pelos de los mostachos, de alto abajo o caídos, parece mongólica o tártara. Es, pues, la figura de don Quijote la de un mestizo ibero-gótico. ¿Por qué escogió Cervantes un mestizo en vez de un Godo de estirpe pura? Hidalgo de estirpe, y rubio y alto eran ideas asociadas en ese tiempo en España. Creo que es en el Louvre en donde existe un antiguo cuadro representando a don Quijote y a su escudero, y en el cual la figura del hidalgo es rubia y de ojos azules. El pintor creyó corregir la plana en esto a Cervantes, pero estoy seguro de que se equivocó. Cervantes hizo el retrato físico y moral de un mestizo, de un desequilibrado de cuerpo y alma, tipo moral que su genio de observador le hizo preferir como más apropiado a su héroe. Es muy digno de notarse que los dos locos que de mano maestra, como pudiera hacerlo un profesor de enfermedades mentales, nos pinta Cervantes en su obra, tuvieran las patillas negras. Aquel loco de amor que encontró don Quijote en Sierra Morena, «el Roto de la Mala Figura», como lo llama Cervantes, era asimismo de barbas negras, según el autor, y su calidad de hidalgo la declara el mismo loco:

«Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje».

Estoy convencido de que Cervantes, en esta obra que aparece tanto más admirable cuanto con mayores conocimientos se la estudia, eligió deliberadamente a un mestizo moral, en el cual los ideales nobilísimos que lo impulsan tocan el extremo de la fantasía insana del desequilibrado, y prestó a su personaje la envoltura corporal que su experiencia le sugirió como más apropiada.

El retrato de Sancho Panza es el perfecto, física y moralmente, del tipo equilibrado del rústico íbero. Cervantes hubo de escogerlo, sin embargo, tan simple como era necesario para que no estuviera seguro de la locura de su amo, y pudiera creer en sus promesas y acompañarlo en sus andanzas.

Unánimes están los críticos españoles en considerar a Sancho como el tipo del hombre del pueblo, algo más simple que la generalidad, pero con su grosería, su gula, su egoísmo, su pereza, su pusilanimidad características. Representa la prosa de la vida, lo positivo, lo que se pega al riñón, lo sensato, en oposición al caballero, que encarna la pura poesía, lo ideal, lo que alimenta, pero no engorda, lo fantástico, lo insensato.

Sancho, en compensación de su simpleza, es hablador sempiterno, a veces elocuente y hasta espiritual. Lleno de refranes que ya vienen al pelo o ya se van por los cerros de Úbeda, como le decía don Quijote, pero siempre graciosos. La malicia, la socarronería, las jugadas que le hacía a su señor, las mentirillas del buen escudero, propias del rústico de aquel país, hacen de Sanchico un personaje gracioso, simpático, para los lectores hispanos. Ven en él, retratada por la mano genial de Cervantes, a la plebe de la Península. Están en lo cierto, pero yerran de medio a medio cuando afirman que Cervantes pintó en Sancho a la plebe de todos los países, que es el retrato del hombre vulgar de todas las razas.

Pocos caracteres hay más absolutamente opuestos que el de Sancho y el del roto, y es admirable cómo algunos escritores nacionales, copiando a los españoles, hallan que Sancho puede representar el tipo inferior de toda sociedad. Es más que probable que la estampa moral de aquel escudero, tan conocida por los intelectuales chilenos, haya contribuido en gran manera a formar el juicio falsísimo que tienen del roto. En mis mocedades, herido de esa semejanza, glosé algunas escenas del Quijote poniendo de escudero del ilustre manchego a un roto chileno. Hube de cambiar por completo el desarrollo de la aventura y su conclusión. Haga esa prueba, aunque sea mentalmente, cualquiera que conozca algo el carácter de nuestro pueblo y verá que le sucede lo que a mí. Tómese a un roto tan simple como sea necesario para tener por cuerdo a don Quijote, y désele a éste por su escudero, ya solo o bien acompañado con Sancho, como he hecho, y se palpará la antítesis moral existente entre esas dos plebes.

Para refrescar la memoria, voy a copiar del Quijote algunas líneas que pintan a Sancho y que no hay roto alguno al que le vengan:

«-Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos

agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin ecetar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo le respondió:

-Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte a entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, etc.».

En la aventura de los batanes, después de hacer notar a Sancho los ruidos espantables, la obscuridad de la noche y demás circunstancias temerosas que los acompañaban, don Quijote empieza así esta plática:

«-Pues todo eso que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por más dificultosa que se muestre: Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

-Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebemos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro hogar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar a Dios acometiendo tan desafortunado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y hasta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fue, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima a quien quiera llevarla».

Más adelante, en una de las aventuras de Sierra Morena, don Quijote dice a Sancho que busque por un lado mientras él va por otro, a lo que arguye el gracioso Sancho:

«-No podré hacer eso porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones, y sírvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia».

Si el roto no aparece ni por asomos en esos pasajes, menos se divisa en aquella falta tan particular de respeto de Sancho por su señor: tercia en cuanta conversación éste entabla con otra persona, lo contradice, lo aconseja y hasta lo amenaza. Habla tanto que su amo le suplica que calle, le cita ejemplos de escuderos mudos, y por fin llega a prohibirle que hable, de lo que Sancho no hace caso. Y por fin el Sanchico, en un altercado con su natural señor, se le fue a las manos «y arremetiendo a su amo se abrazó con él a brazo partido, y echándole un zancadilla dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos de modo que no le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía:

«-¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas?, ¿con quién te da su pan te atreves?

-Ni quito rey ni pongo rey -respondió Sancho- sino ayúdome a mí, que soy mi señor».

Es verdad que don Quijote quería dar a su escudero algunos azotes a cuenta de la partida que, según receta de Merlín, debía propinarse el escudero para que se desencantara la dama del caballero; pero así y todo esa escena de lucha, esa zancadilla, y el ponerle la rodilla al pecho a su amo, después de lo cual Sancho sigue tan campante ensartando refranes y acompañando a don Quijote, es tan absurda para un chileno como no puede ser más. Un roto que por un motivo cualquiera, el más justificado posible, hubiera faltado de esa suerte a su patrón, habría huido de su lado para siempre. De la misma manera, un roto cobarde siente tanta vergüenza de su cobardía que ni por la expectativa de todas las ínsulas del mundo habría esta exhibiendo a cada paso su ruindad de ánimo ante su patrón, ni ante nadie. La actitud del roto ante un patrón que lo trata bien, que le prueba de mil modos que lo aprecia, es la del protector, la del defensor de su patrón en todas las ocasiones. Él será siempre el primero que arrostre el peligro que lo amenace, el que marchará adelante en los pasos desconocidos y en que se presuman peligros, esto es, adoptará más bien la actitud de don Quijote que la de Sancho. Este desgraciado escudero, cobarde, hablador, mentiroso y falto de respeto en absoluto con su superior, sería un monstruo incomprensible para un roto chileno. Ésa es la verdad. Será Sancho muy gracioso y donairoso, y confirmado por discreto para los literatos españoles hispanoamericanos, pero para el roto queda siendo un fenómeno moral extraordinariamente raro y en demasía vergonzoso. Ni la aventura de los molinos de viento, ni la de los leones, ni ninguna otra habría sido para un roto signo más claro de la locura del pobre caballero que la de hacerse acompañar en sus expediciones belicosas con un hombre tan inútil como Sancho.

Si los alemanes y Sismondi han encontrado que el Quijote es el libro más triste que se haya escrito jamás, por cuanto en él las intenciones más generosas sólo reciben palos y burlas, para los ingleses dicho libro es el más inmoral de cuantos se han publicado. Ese libro, dicen, cuya lectura es obligada en las escuelas y colegios de España, y que es el tema constante de estudio y meditación de sus hombres ilustrados, ha llegado a destruir en los españoles sus antiguos ideales alzados y caballerescos por temor de incurrir en la tacha de quijotes, y el significado de quijotería ha ido extendiéndose poco a poco hasta aplicarse a la fecha a acciones simplemente generosas, mientras que del buen Sancho, del gracioso Sancho, del práctico Sancho, del hombre de yantar sólido y dormir largo, parece que quisiera hacerse un ejemplo digno de ser imitado por los hombres de seso, de meollo sano, que no desean caer en las quijoterías de aquel manchego a quien «se le secó el cerebro» pensando en establecer el reinado de la justicia, en deshacer entuertos, socorrer oprimidos, amparar doncellas y viudas, ayudar a los menesterosos y otras locuras declaradas. En justificación de Cervantes es bueno recordar que jamás censura a don Quijote por sus locuras generosas, como en ninguna parte aplaude la ruindad de Sancho. Cide Hamete se concreta a referir.

El roto no es, pues, la plebe latina, el roto es una raza particular en cuerpo y alma. Los males de imitar servilmente las instituciones de los pueblos latinos, sus ideales sociales y estéticos, sus costumbres morales pueden ser de tal modo funestos a un pueblo de psicología patriarcal tan determinada como el chileno, que no sólo perturben su desarrollo orgánico sino que lo detengan, anulen y destruyan.

Lo dicho de la plebe de Francia y de España es aplicable a la de Italia. El que desee conocer las costumbres del bajo pueblo de esta nación, puede leer el hermoso libro de H. Taine *Un Viaje en Italia*, o las obras de los mismos escritores italianos como Sergi, Ferri, Garófalo, etc. Ni los vicios ni las virtudes de aquel pueblo son los nuestros: tienen otra alma. Artistas por naturaleza, sus ideales estéticos les son privativos. Es error muy común en los críticos meridionales europeos el de creer que lo que es bello para una raza debe serlo para todas. Ni aun la belleza simplemente plástica, material, despierta los mismos sentimientos, mueve las mismas pasiones en pueblos desemejantes, cuanto más las obras de artes especialmente destinadas a conmover los sentimientos fundamentales de la moral o los sociales. La obra maestra de la literatura italiana, *La Divina Comedia*, está muy lejos de ser considerada como una obra verdaderamente poética por los críticos de otros países. Para Mommsen la obra del Dante es sólo una obra de retórico, acabada, de hermosas cinceladuras, de descripciones maravillosas, de pinturas vivísimas, pero sin la inspiración elevada y profunda del verdadero poeta:

«Las más elevadas y felices producciones de su genio, las divinas efusiones de la Comedia del Dante, las obras maestras del Salustio y de Maquiavelo, de Tácito y de Colletta, son obras de retóricos más bien que de pasión».

(*Historia de Roma*, tomo I, página 322, edición Góngora)

El fondo social y moral de la Divina Comedia hiere los ideales de otros pueblos. La venganza privada, que se mueve en el fondo de toda esa obra, es considerada como profundamente disociadora en el estado actual de la civilización. Ya Ascham en

Inglaterra se quejaba de la funesta influencia que su lectura producía en las costumbres inglesas. A Taine la moral de la *Divina Comedia* le merece expresiones durísimas, como puede verse en su obra *Literatura Inglesa*, «Los Orígenes», página 222, «España Moderna».

Los críticos santiaguinos que han aprendido la costumbre de tener por universales sus observaciones, por limitadas que sean, deben recordar que esa facilidad de generalizar no significa, en la inmensa mayoría de los casos, sino una falta de espíritu analítico, un limitado poder de observación: lo que creen universal sólo lo es en su mente, que no ha sido impresionada por las diferencias reales de las cosas. No pueden juzgar del roto chileno sus hermanos que huyen su trato, y el creerlo igual a la plebe europea meridional, que es la que conocen de cerca, es caer en un craso error. El mirarlo como inferior porque no le alcanza su jornal para vestirse de casimir y ponerse sombrero de paño, indica desconocimiento de la responsabilidad que afecta a los que dirigen sus destinos. Confundir la palabrería fácil con la inteligencia, y la petulancia con la aptitud, es sólo propio de la miopía mental.

Si en la obra de Cervantes hay alguien que pueda compararse al roto, ese es más bien el loco manchego que el «sensato» escudero. Aparte de las exageraciones insanas de aquel desequilibrado mestizo de godo y de ibero, el alma de don Quijote es para el roto el alma natural del hombre de bien. Ya veremos más adelante algunos chilenos quijotescos. Algunos santiaguinos suelen burlarse de sus compatriotas de Talca diciendo de ellos que se jactan de poseer en la Catedral una canilla auténtica del hidalgo manchego. ¡Que Dios se la conserve!

c) La estrella y los colores nacionales:

Mientras los hombres prácticos de Santiago están atareados «radicando» a los Araucanos, esto es, quitándoles las escasas tierras que les hemos dejado para regalárselas, no al chileno, su vencedor, sino a razas inferiores traídas con nuestro dinero desde lejanos países, con el pretexto de poblar una región que está repleta de pobladores, como veremos más adelante, y con el fin práctico de dividirse esas tierras entre los forasteros y ellos, voy a terminar esta parte recordando que los colores de nuestra bandera patria y su simbólica y adorada estrella las debemos a esa majestuosa raza, como la llamó Isidoro Errázuriz.

Los Araucanos llevaban a la cabeza de sus escuadrones un pequeño pabellón rojo con una estrella blanca de cinco picos. Esa estrella es la de nuestra bandera y la de nuestro escudo. Los jefes y oficiales que mandaban las tropas indígenas usaban como distintivo una faja tricolor terciada al pecho, como la que sirve de insignia a nuestros presidentes, y de los mismos colores, faja que en ocasiones llevaban también los soldados cuando se trataba de tropa escogida.

El decreto supremo de 1832 que fijó definitivamente la forma y valores de nuestro escudo decía a este respecto:

«En él observará el Congreso un campo de dos esmaltes cuyos bien conocidos atributos cuadran perfectamente con la naturaleza del país y el carácter de sus habitantes. La estrella

de plata es el blasón que nuestros aborígenes ostentaron siempre en sus pendones y el mismo que representa ese caro pabellón a cuya sombra se ha ceñido la patria de tantos y tan gloriosos laureles».

Respecto de los colores nacionales tenemos el testimonio de un testigo presencial:

«Pasó tras este luego Talcahuano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tiempo junco le blanda,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por lo pechos al sesgo atravesadas,
Bandas azules, blancas y encarnadas».

(Estrofa 40, canto XX de *La Araucana*, edición Köing)

Capítulo IX

Criminalidad. Moralidad. Estadística criminal

1.- Falta de estudios serios sobre criminalidad en Chile. 2.- Base de toda estadística criminal. 3.- Criminalidad de las colonias extranjeras en Chile y comparación con la nacional. 4.- Influencia de la embriaguez en la delincuencia de las distintas colonias. 5.- Causas de la excesiva criminalidad de las colonias extranjeras. 6.- Criminalidad de la mujer. 7.- Datos falsos oficiales sobre la criminalidad chilena y su rectificación. 8.- Comentarios y cálculos oficiales sobre criminalidad nacional. Reparos necesarios. 9.- «Igualdad ante la ley». Crímenes civiles y crímenes bárbaros. Significado de estos últimos. 10.- Famosos criminales chilenos que no son de raza chilena. Influencia del despertar político del pueblo chileno sobre su conducta.

1.- Falta de estudios serios sobre criminalidad en Chile.

Señor: Sobre la criminalidad en Chile han escrito los jóvenes cronistas de casi todos los diarios del país, pero ningún estudio serio sobre tan importante materia ha llegado a mis manos.

Las continuas declamaciones de la prensa sobre la criminalidad han establecido en la conciencia pública y aun en la extranjera la certidumbre dolorosa y desconsoladora de que nuestra raza es compuesta de criminales natos, de presidiarios, una parte de los cuales aloja en sus celdas respectivas y la otra permanece en libertad provisoria, y de que Chile es una nueva Calabria.

Es cierto, desgraciadamente, que en nuestro país son muy frecuentes los atentados contra las personas, los delitos de sangre; pero ¿lo son en tanto número que justifiquen las alarmas de la prensa? No, señor; esas alarmas son completamente injustificadas, ellas son solamente una de las manifestaciones de esa campaña de desprestigio de nosotros mismos en que desde pocos años a esta fecha está empeñada una parte de la prensa de Santiago y Valparaíso, apoyada en los documentos oficiales falseados que les proporciona nuestro gobierno. Triste es decirlo, pero es así, y los tiempos urgen el esclarecimiento de estos hechos.

Son tantas las faltas en que he visto incurrir a los que nos juzgan, que siempre me alisto a comprobar las aseveraciones de los documentos oficiales y de los escritores que han emprendido la tarea de desprestigiar a nuestro país, desprestigiando a su base étnica, al roto chileno, declinando en él la responsabilidad de todos los males que hoy afligen a Chile.

Hace muchos años que he perdido la fe en los discursos, y hasta me he convencido de que son un signo de inferioridad racial, por lo que en esta materia de nuestra criminalidad no me he dejado llevar por lo que dicen los diarios ni las memorias oficiales, sino que, teniendo presente que «los números vencen en elocuencia a Demóstenes», he ido a consultar las estadísticas sobre la materia, en donde he hallado lo que usted verá.

2.- Base de toda estadística criminal.

Para computar la frecuencia relativa de los actos de las personas, se precisa establecer previamente el número de éstas con la mayor exactitud posible.

El último censo de la República fue el de 1895, el cual dio como población empadronada el número de 2.712.145 individuos, de los cuales 72.812 extranjeros y 2.639.333 chilenos.

El jefe de aquella operación dice, en la página IX de su «Noticia preliminar» del *Censo General*, que en vista de las razones que aduce, debe agregarse a ese número total el diez por ciento para obtener lo más aproximadamente posible la verdadera población de Chile, pues en esa cantidad estima la porción de habitantes que quedó sin

ser empadronada en los distritos rurales de la República. Así da, página x, como cifra muy cercana de la verdadera, la de 2.983.359 como población total.

Como los extranjeros viven en las ciudades o pueblos de alguna importancia, la cifra dada para ellos se considera exacta, de modo que ese diez por ciento del total empadronado debe agregarse a la cifra correspondiente a los chilenos, lo que da como población chilena en noviembre de 1895 el número de 2.910.547.

Desgraciadamente no hay datos respecto a la criminalidad por colonias en ese año, por lo que hay que recurrir al siguiente, en el cual se encuentran los números requeridos.

En 1896 llegaron a Chile 1.114 inmigrantes contratados y unos 400 por su cuenta, lo que da un total de 1.514, que sumados a los que había en el país, hace 74.326 extranjeros. Es sabido que de los inmigrantes contratados quedaron muy pocos en Chile, pero como no hay datos exactos, los consideramos como existentes.

La «Sinopsis Estadística» de 1896 da como población de Chile 3.008.569, al que quitando la población extranjera en ese año, da como correspondiente a los chilenos la cifra de 2.934.243.

En los cálculos siguientes me refiero sólo a los hombres, nacionales y extranjeros, que han delinquido porque el número de mujeres de algunas colonias es relativamente menor que el de mujeres chilenas comparado con la población también chilena. Además, la mujer de nuestro país ha de llenar aquí el triste rol social que más a menudo la pone en relaciones con la justicia.

3.- Criminalidad de las colonias extranjeras en Chile y comparación con la nacional

En 1896 hubo en Chile un total de 29.345 reos, de los cuales 27.229 fueron nacionales y 2.114 extranjeros.

Dividiendo el número de habitantes chilenos por el de reos también chilenos, encontramos el cociente de 107 y fracción, lo que indica que por cada 107 chilenos uno pasó por lo menos una noche en la policía o lo evitó por medio de fianza.

Efectuando la misma operación con el número de habitantes extranjeros y de reos extranjeros, hallamos que entre ellos ha delinquido uno por cada 35 personas.

Hay, por lo tanto, entre los extranjeros, proporcionalmente, más de tres veces mayor número de delincuentes que entre nosotros.

(«Sinopsis Estadísticas de 1901», página 292, para la población y criminalidad general, y «Sinopsis de 1897», página 133, para los reos por nacionalidades durante el año 1896).

En 1895 había en Chile:

8.296 españoles.

7.809 franceses.

7.587 italianos.

7.049 alemanes.

6.241 ingleses.

Para calcular el número de personas de cada colonia de las anteriores en el año 1896, he agregado a cada una 250, número excesivo, seguramente, dado el total de extranjeros llegados ese año, pero que añado para no quedarme corto en ningún caso respecto a las cinco colonias más importantes del país.

Ahora bien, en ese año hubo 187 reos españoles, número que sirviendo de divisor al de la población española en ese mismo año, esto es a $8.296 + 250 = 8.546$, nos da un reo español por cada 45 personas de esa nacionalidad.

Efectuando la misma operación con las otras colonias nombradas, se hallan los números siguientes: reos franceses 140, uno por cada 57 personas; reos italianos, 179, uno por cada 43; reos alemanes, 119, uno por cada 61; reos ingleses, 231, uno por cada 28.

Con idéntico cálculo se obtienen las cifras que van enseguida por orden creciente de criminalidad.

En 1896 hubo un reo por cada:

196 suizos

107 chilenos

61 alemanes

57 franceses

45 españoles

44 argentinos

43 italianos

33 austríacos

28 bolivianos

27 ingleses

27 peruanos

27 belgas

16 chinos

13 escandinavos

10 uruguayos

6 griegos

Los datos de la criminalidad por colonias para 1896 se hallan en la «Sinopsis de 1897», página 133. Los relativos al número de personas de cada colonia en 1895, en la «Sinopsis de 1900», páginas 127 y siguientes.

Ve usted que lugar tan prominente ocupamos en esa columna.

Hay todavía algunas consideraciones que tomar en cuenta, las que son en nuestro abono.

4.- Influencia de la embriaguez en la delincuencia de las distintas colonias

No todos los códigos consideran como circunstancia atenuante la embriaguez, pero todos los criminalistas tienen muy en cuenta la perturbación cerebral pasajera que causa el envenenamiento alcohólico, para juzgar de la delictuosidad de las acciones cometidas en ese estado.

De los 29.345 reos del año 1896, delinquieron 13.227 en estado de embriaguez.

Entre esos reos ebrios están mis paisanos, estoy seguro, porque el chileno tiene susceptible y belicoso el vino. El alemán tiene su cerveza sentimental o apática, condiciones que no dan que hacer a la policía. El francés sólo se achispa, pasando rara vez de los cincuenta puntos y teniendo siempre presente que el hombre ha de ser culto ante todo, por lo que tampoco comete disparates en ese estado. El español se cura poco y en raras ocasiones, y no pasando de los sesenta o sesenta y cinco puntos, su vino es expansivo y amistoso, desfogando en hablar la sobreexcitación pasajera del alcohol. El italiano no se embriaga casi nunca, y su cura es desconfiada y cautelosa, evitando los alborotos.

Naturalmente, esas condiciones sufren excepción. Hay chilenos que la agarran reída o llorada, alemanes que dan en turbulentos, franceses que se ponen insoportables y bochincheros, italianos que se vuelven rencorosos y sanguinarios, y españoles que dan en fantásticos y camorristas. Ni tampoco es siempre necesario que lleguen a los puntos dichos para que cada cual descubra su característica, pues en algunos se revela desde que empieza a apuntarse.

En esa cifra fatal de trece mil y tantos están también comprendidos los marineros ingleses y escandinavos de los buques mercantes que llegan a nuestras costas, los cuales tienen, asimismo, engallado y frecuente el whisky. Los capitanes de esas naves se van derecho a las policías de los puertos a buscar a su gente que ha bajado a tierra con permiso, con la seguridad de encontrarlos durmiéndola en sus calabozos, sin que falte uno.

Por lo que respecta a los escandinavos, la anterior aserción se comprueba con el hecho de que todos sus reos han caído a las policías de los puertos. Como esta colonia es muy reducida en Chile (467 individuos), con la tripulación de dos buques que en el año baje a tierra, o la policía que es lo mismo, ya tiene proporción criminal para quedar en la columna por debajo de los sobrios chinos.

Las policías anotan la nacionalidad de los reos sin expresar si son domiciliados en el país o simples transeúntes, observación que debieran hacer en sus libros para que no se cargue a los paisanos residentes, que son los únicos que forman la colonia, las cuentas con la justicia de esos desgraciados que llegan aquí con una sed atrasada de largos meses de navegación y abstinencia forzosa, de la cual se desquitan manteniendo enarbolado el codo hasta que se les cae el brazo al completar los cien puntos.

5.- Causas de la excesiva criminalidad de las colonias extranjeras.

La comparación entre la criminalidad de los nacionales y la de los extranjeros en los años siguientes no es posible establecerla porque falta el dato indispensable del número de extranjeros establecidos en el país. La criminalidad de éstos ha aumentado mucho en los últimos años, pero será debida a que el número de extranjeros ha aumentado también excesivamente.

Las *Sinopsis* sólo calculan la población total de cada año por los datos que arroja al Registro Civil y el aumento gradual de habitantes anotado de censo a censo; pero aun así, sin descontar la criminalidad tanto mayor de los extranjeros, puede verse que no hay motivo para alarmarse de nuestra criminalidad, como se manifiesta en el cuadro siguiente:

años	población	reos	uno por
1897	3.049.352	30.622	99
1898	3.082.178	27.020	114
1899	3.110.085	27.848	111
1900	3.128.095	27.844	112
1901	3.146.577	27.820	113

(Datos de la *Sinopsis* publicada en 1902, página 292).

Usted ve que, salvo el pequeño aumento del 97, la proporción fluctúa insensiblemente, siendo siempre inferior a la de 1895, que fue de uno por cada 107, como vimos, y con tendencia a mejorar en los últimos años.

Se habrá extrañado tal vez de la excesiva y alarmante criminalidad de los extranjeros de Chile, comparada con la de los nacionales, siendo que hay naciones europeas cuyo índice de criminalidad es inferior al nuestro.

En Europa se nota en todos los países lo que Joly comprobó para la Francia, esto es, que la criminalidad de los extranjeros, especialmente de los países vecinos, es siempre superior a la de los naturales. La razón es clara: los bellacos ponen cuando pueden una línea fronteriza de por medio con la justicia de su tierra. La lejanía de nuestra patria ha sido siempre una causa natural de selección para los inmigrantes que nos llegan del viejo mundo; pero si no sólo acortamos artificialmente esa distancia, sino que la anulamos pagándoles pasaje y ofreciéndoles sueldo y tierras en este apartado rincón del continente, tan alejado de las policías de sus países, se vendrán gustosos a ejercitar entre nosotros sus instintos perversos. Y aquí los tiene usted.

Puede asegurarse que los extranjeros que vienen a Chile por su propia cuenta no darán un índice de criminalidad superior al de sus respectivos países; pero los inmigrantes traídos a granel, reclutados por agentes a quienes nuestra agencia en París paga hasta diez pesos por cabeza, o reunidos por empresarios sin ninguna vigilancia de nuestro gobierno, para que vengán a tomar posesión de nuestro patrimonio territorial, realizando pingües negocios en relación directa con el número de individuos que traigan, serán de seguro vagos, criminales y cretinos de los países europeos.

Por lo que respecta a lo que está sucediendo hoy en Chile, lo anterior no es una suposición. Entre los datos que poseo al respecto, le copio un acápite del libro Chiloé, recién publicado por A. Wéber, S., inspector de colonización de nuestro gobierno y persona muy enterada de estos asuntos. Dice así, página 170:

«Un caballero chileno que en aquella época viajaba en Europa, al pasar por primera vez por cierto pueblecito, fue muy visitado y agasajado por las autoridades. Sorprendido, les preguntó cual era el motivo:

-Es el caso, señor -le respondió el alcalde-, que hace un par de meses pasó por acá un individuo que nos llevó a buen número de pillos y truhanes del pueblo, en calidad de colonos, para una isla que llaman Chiloé, y como todavía nos quedan algunos y usted es chileno, creemos que...».

Se refiere el señor Wéber a 1895, en que empezó la colonización de aquella isla, arrojando con la policía a los chilenos que allí cultivaban algunos pequeños retazos del suelo de su país, los cuales fueron entregados, amén del suelo, animales, enseres de labranza y casa hecha por los mismos chilotes, a esos criminales, algunos de los cuales se entregaron desde luego a asesinar chilotes, hasta que se les dio pasaje para que se trasladaran al norte.

Esos mismos agentes han seguido reclutando los demás inmigrantes para el resto del país. Hay subagentes en Europa que son criminales a quienes las policías no pierden de vista, y empresarios de colonización en Chile que son presidiarios indultados o periodistas aventureros. Pero este tema de la colonización nacional me va a dar materia para una próxima.

Queda explicada la criminalidad aterradora de nuestras colonias extranjeras.

Es, pues, seguro que el número de reos chilenos en estos últimos años debe ser muy inferior, proporcionalmente, al de extranjeros, y así nuestra criminalidad debe haber disminuido en mayor escala de la que arroja el cómputo general hecho más arriba. Es lo mismo que asevera el superintendente de la Penitenciaría de Santiago en su último informe.

En estos días se ha publicado en uno de los diarios de la capital una protesta del comandante de los Gendarmes de la Frontera a las aseveraciones de la prensa, que asegura que aquellas regiones están infestadas de partidas de bandidos armados que roban y asesinan a su antojo. Dice el comandante Trizano que no hay tales bandidos en cuadrillas ni de ninguna suerte, y agrega que los delitos son escasos, muchos menos frecuentes que en el norte del país. Yo, que estoy aquí en el norte, también protesto de lo dicho por el comandante. Vivo en plena pampa del Tamarugal, y puedo asegurar que en un radio de seis leguas, con más de diez mil hombres distribuidos en las oficinas salitreras, y con la facilidad de huir y ocultarse en las calicheras, no habiendo más que cuatro policías en el pueblo de Dolores, sin embargo, fuera de algunas riñas de ebrios, no existen tales criminales.

¿Qué significa, entonces, la grito unánime y diaria de la prensa santiaguina respecto al aumento terrible de los bribones en el pueblo chileno? Alharacas, señor.

Tal vez con el propósito de comunicar a sus lectores noticias sensacionales, recortan de sus canjes de toda la República los crímenes que encuentran y los anuncian en caracteres gordos y con frases espeluznantes, vengan o no al caso. Es común leer en esos diarios la relación de algún «espantoso suicidio» de un aburrido que mordió un cartucho de dinamita, o el «salvaje asesinato» de uno que mató a otro en alguna pelea a puñal, o el «horrendo crimen de una madre desnaturalizada» por el infanticidio cometido por alguna mujer infeliz abandonada por un cobarde. Alharacas; y como se imaginan que eso desprestigia al roto pobre, que no tiene quien saque la cara por él, continúan alegres la campaña sin sospechar lo que hacen.

6.- Criminalidad de la mujer.

En cuanto a la criminalidad de la mujer chilena, le decía que no era justo compararla con la de las colonias extranjeras, por cuanto éstas no tienen entre ellas la proporción de personas de sexo femenino que corresponde a la natural, esto es, tantas como hombres, con cortas diferencias. Las cinco colonias europeas más importantes no tienen el 75% de las mujeres que debieran tener. Este dato debe tenerse presente para disminuir algo la criminalidad de los extranjeros, ya que el hombre es en todas partes seis u ocho veces más criminal que la mujer. Recuérdese que el rol social, necesario aunque desgraciado, de la meretriz, fuente de delitos, recarga la cuenta de las chilenas.

A pesar de esos dos factores en contra de nuestras paisanas, la comparación del número de sus delitos con la población total chilena, y la de las mujeres delincuentes extranjeras comparada con la población total extranjera, es favorable a mis paisanas.

En 1896 hubo 3.993 reos de sexo femenino, 3.827 fueron chilenas y 166 extranjeras. Con esos números se obtiene, por el procedimiento conocido, que hubo en ese año una mujer chilena reo por cada 766 habitantes chilenos, y una reo extranjera por

cada 447 extranjeros («Sinopsis del 97», página 133, para la criminalidad, y «Sinopsis de 1901», página 292, para la población).

Los reos femeninos son suministrados en su gran mayoría por las casas de tolerancia, como se desprende de que de 6.319 reos mujeres, nacionales y extranjeras, que hubo en 1900, correspondieron a Santiago y Valparaíso solamente más de la mitad, o sea 3.736.

7.- Datos falsos oficiales sobre la criminalidad chilena y su rectificación.

La grito de alarma sobre el aumento de nuestra criminalidad data de unos tres o cuatro años a esta parte, y ella ha tomado pie en los datos falseados que le suministran los documentos oficiales, como he dicho, de los cuales han tomado asimismo sus datos las estadísticas extranjeras. Tengo que entrar a probarle la verdad de esa triste afirmación.

Entre todos los documentos oficiales en que sistemáticamente se viene denigrando al pueblo de nuestra patria ninguno me ha producido más amarga impresión que las adulteraciones de las estadísticas criminales del país, porque sus cifras las apuntan las estadísticas extranjeras sin comprobar las operaciones que las han producido, pues no imaginarán jamás que se hayan falseado por nosotros mismos en contra nuestra. Muchas noches de insomnio me deben esas estadísticas y a pesar de eso, lo aseguro, no habría emprendido la ingrata tarea de debelarlas ante el pueblo si no fuera que sus datos mentirosos se invocan para arrebatarle a mi raza el suelo de su patria, empapado aún con la sangre de sus progenitores, para entregarlo a la ínfimo estrato de razas extrañas e inferiores a la nuestra. Hay que hacerlo, y la tarea es urgente en vista de la prisa que se dan nuestros gobernantes en distribuir nuestra escasa herencia entre gentes de las cinco partes del mundo.

En 1900 ordenó el gobierno de Chile la formación y publicación de una estadística carcelaria de la República lo más completa y detallada posible, que comprendiera desde el año 1894 adelante. Se formó y publicó en un volumen en cuarto mayor con el título de *Estadística de las Penitenciarias y Presidios correspondiente a los años 1894-1899* y se repartió profusamente dentro del país y en el extranjero.

Ese libro funesto, que lleva en la carátula el nombre de nuestra patria y un escudo mutilado y absurdo, fue el que difundió en todas partes la falsa alarma de nuestra gran criminalidad.

En las páginas XX y XXI del prólogo de dicho libro, en que vienen los resúmenes generales de los datos suministrados por el texto, trae este cuadro de los reos de homicidio de todas clases, homicidios, parricidios, patricidios, infanticidios.

PARA LAS PENITENCIARIAS

Años	Hombres	Mujeres
1894	109	0

1895	154	0
1896	161	0
1897	127	0
1898	130	0
1899	<u>155</u>	<u>0</u>
Total:	836	0

PARA LOS PRESIDIOS

Años	Hombres	Mujeres
1895	32	5
1896	38	11
1897	27	5
1898	32	6
1899	32	7
Total:	161	34

Sumando los tres totales se obtiene la cifra de 1.031, y así lo anota la Estadística:

«La totalidad de los crímenes de sangre, para el quinquenio que nos ocupa, ha sido de 1.031 casos».

Como usted ve, llama quinquenio para las penitenciarias un período de seis años.

Preparando enseguida los datos para el cuadro que ha horrorizado al mundo con nuestra criminalidad en su manifestación más grave, el asesinato, añade, refiriéndose a esa cifra 1.031:

«A esto debemos agregar 1.163 heridas inferidas con el intento de matar».

Todos los jueces de Chile saben que la intención de matar en tales casos sólo puede establecerse en rarísimas ocasiones, constituyendo lo que se llama homicidio frustrado, para lo cual es necesario la prueba más completa de que la intención deliberada y positiva fue la de quitar la vida, y de que, si la lesión no produjo ese resultado, fue por causas independientes de la voluntad del reo y de la eficacia del medio empleado al efecto. Por esto las sentencias condenatorias por homicidio frustrado son rarísimas, y

aquello de las lesiones «inferidas con el intento de matar», es pura suposición de la Estadística oficial.

De esas heridas, 696 fueron declaradas graves, sin que causaran la muerte, y 467 fueron declaradas leves.

Suma la Estadística las cifras de los reos de homicidios con las de los de heridas graves y las heridas leves y encuentra el total de 2.194, el que, dividido por cinco, pues está convencido de que computa un quinquenio, le da: «Número de crímenes de sangre anuales, 439».

Dividiendo por cinco el número 2.194 sólo da 438 y fracción, pero el libro ese añade otra fracción para completar el entero. Luego agrega:

«Con relación al número de reos entrados y a la población del país, esas cifras nos dan las proporciones siguientes:

Número de crímenes de sangre anuales, 439.

Proporción por cien reos entrados, 17.7.

Proporción por 100.000 habitantes, 32.3».

El número 32.3 lo completa más adelante añadiendo otra decimal: 32.36.

Esta proporción de más de 32 reos de homicidio por cada cien mil habitantes es enorme en un país, pero debo declararlo, desde luego, ella, en cuanto se refiere a Chile, es falsa.

Averiguando la procedencia de dicha cifra he hecho muchos cálculos, todos sin resultado, porque todos arrojan un número mucho menor. He sacado el promedio de la población del país durante el quinquenio de 1895-1899 y he calculado sobre él comprendiendo los reos de homicidio de ese periodo; he agregado los reos de heridas graves y leves; he tomado un periodo de seis años de reos considerándolo como quinquenio, y todo ha sido inútil: el resultado es siempre inferior a la mitad del apuntado en la estadística.

Siendo 32.36 los homicidas por cada cien mil habitantes, y 439 el número de homicidios en un año, la población del país se obtendría multiplicando 439 por cien mil, y dividiendo el producto por 32.36, operación que da 1.356.613, es decir, poco mayor que los habitantes que tenía el país en el censo de 1843. ¿Cómo ha podido el autor de ese libro computar los reos de homicidio del noventa y tantos con la población que tenía Chile medio siglo antes para establecer la criminalidad del país?

Pero ni la cifra que arrojó el censo de 1843 ni la del de 1854 dan como resultado 32.36. No hay, señor, operación alguna que de ese resultado. La que más se acerca es la que se obtiene tomando el total de reos de homicidio en los seis años de las penitenciarias y los cinco de los presidios, esto es 1.031, y considerando que todos fueron cometidos en un solo año, y que la población fuera la empadronada en 1895. Ese cálculo da 38.0 por cada cien mil habitantes.

Teniendo en cuenta que el censo de 1895 dio como población registrada el número de 2.712.145, y notando que en otros cálculos nuestras estadísticas se refieren a dicho número como si fuera la población invariable de Chile, he calculado sobre él, y el resultado es el siguiente:

Multiplicado por cien mil el número 439 de reos de homicidio anuales, y dividiendo el producto por el número recordado de la población, encontramos la proporción de reos de homicidio por cada cien mil habitantes: pues bien, el cociente es 16.18. Multiplicado ese número por dos, nos da 32.36, que como se ve, es la cifra justa dada por la estadística oficial.

De modo que para encontrar esa proporción de homicidas en el pueblo chileno se ha procedido así: se han contado los reos de homicidio entrados a las penitenciarías del país durante seis años y se les ha imputado a sólo cinco años; se ha agregado a los reos de homicidio los que lo fueron por simples heridas, leves o graves; se ha añadido algo para calcular sobre números enteros; se ha tomado como base de la población sólo la empadronada en el primer año de ese quinquenio, sin agregar el diez por ciento que el mismo encargado de aquel censo estima necesario, diez por ciento que agregan todas las Sinopsis oficiales para las otras operaciones; y por fin, ese resultado, ya por tantos motivos exagerado, se ha multiplicado sencillamente por dos. Dejo sin calificar ese procedimiento.

Todavía no es eso lo más grave. Ese número, que es de reos de homicidio y de heridas, lo da en un cuadro comparativo que ha recorrido el mundo, como la cifra de los asesinatos cometidos en Chile por cada cien mil habitantes en cada año.

En la página 21 inserta este cuadro de los homicidios anuales por cada cien mil habitantes en algunos países europeos:

Italia	25.29
España	11.91
Austria	4.01
Bélgica	3.02
Francia	2.73
EE. UU.	2.33
Alemania	1.61
Inglaterra	1.60

Y pone, naturalmente, la cifra 32.36, de gestación tan extraña encontrada para Chile, a la cabeza de la lista, con este acápite explicativo:

«Suponiendo que esta proporción de 32.3 que corresponde a los reos de homicidio, representa también la proporción de los asesinatos por cada 100.000 habitantes, cosa que no debe distar mucho de la verdad, la comparación con las cifras que arrojan las estadísticas de otros países daría

a Chile el lugar más prominente en esta desgraciada competencia».

Nuestro Código Penal no habla de asesinatos sino de homicidios, pero los criminalistas llaman asesinato a los homicidios consumados con alguna circunstancia agravante, como el incendio intencional, el veneno, el descarrilamiento, el cometido sobre seguro, etc., pero siempre al homicidio consumado, no al intento de homicidio, ni a las heridas por más graves que sean si no produjeron la muerte. No puede haber un asesinato sin que haya un cadáver.

Si siquiera los estadísticos europeos leyeran ese curioso párrafo que empieza «suponiendo»..., y en el que da como asesinos a los reos de homicidio y de heridas; pero sólo se fijan en los cuadros resúmenes y en sus cifras, por lo que sólo reproducen ese cuadro que ha llevado el espanto a Europa respecto a nuestra criminalidad.

He de decirle que para conseguir la publicación de lo anterior hube de llevar las Estadísticas referidas al editor, y él por su mano ratificó mis cálculos.

Los números que indican los homicidios en los países extranjeros de la tabla apuntada, los doy como están, aunque no sean iguales a los que dan los libros que poseo sobre esa materia. Así, refiriéndose a la Italia, no se de dónde ha sacado el número que apunta, ni a que año se refiera, pues en un estudio sobre esto y para el trienio 1896-1898, que inserta N. Colajanni en la *Revista Popolare* de 15 de febrero de 1902, páginas 61 y siguientes, se ve que los homicidios consumados dan cifras muy variables según las regiones de aquel país, siendo en extremo numerosas en el sur y sus islas hasta llegar a la enorme cifra de 47,76 por cada cien mil habitantes en Girguenti, mientras que en el norte son relativamente insignificantes, haciendo bajar el promedio anuo para ese trienio a sólo 12,38 de homicidios consumados de todas clases por cada cien mil habitantes.

Las lesiones corporales anuas para ese mismo período fueron de 277.20 por cien mil, número que Colajanni se guarda muy bien de agregarlo al de homicidios y mucho menos de darlo como proporción de asesinatos.

Ese número mentiroso 32.36 no puede ser error del tipógrafo porque está repetido varios veces en el libro, ni es error de cálculo, pues responde hasta con la segunda cifra de decimales a la operación que he mostrado.

Errores de cálculos los más sencillos son frecuentísimos en esa publicación. Sin salir de la página 20 pueden verse estos cuadros y sus cálculos, precedidos de este acápite:

«Todos los delincuentes que acabamos de analizar, tanto nacionales como extranjeros, originaron a la sociedad numerosas pérdidas de vidas, y cuantiosos perjuicios a sus intereses tanto privados como generales; es lo que demuestra el cuadro siguiente:

PENITENCIARIAS

Años Muertos Heridos

1894	101	17
1895	126	27
1896	132	10
1897	111	27
1898	116	19
1899	135	21
Total:	721	121

PRESIDIOS

Años	Muertos	Heridos
1895	36	155
1896	52	235
1897	38	216
1898	35	268
1899	43	168
Total:	204	1.042

O sea, 925 individuos muertos y 1.163 heridos, de los cuales 696 lo fueron gravemente, siendo leves las demás lesiones.

Termino medio anual:

161 muertos;

135 heridos graves;

93 heridos leves.

Copiado al pie de la letra con las solas variaciones de poner sobre las columnas las palabras «muertos», etc., para la facilidad de su publicación en las estrechas columnas de la prensa, palabras que en el libro están enseguida de los números.

Siendo el total de los heridos 1.163, y el de los graves 696, quedan 467 como cifra de los leves. Con estos números divididos por cinco, pues persiste en tener como quinquenio los seis años de las penitenciarías, y que suma al pie de las columnas, ha obtenido los promedios anuales que apunta.

Siendo el total de los muertos 925 para el quinquenio, el promedio anual es 185 y no 161. De igual modo el promedio anual para los heridos graves no es tampoco 135

sino 139. En el único que acierta es en el de los heridos leves, que es 93 realmente. De tres cortas divisiones por cinco, yerra dos; y así está todo ese libro al que debemos la funesta reputación de criminales.

La verdadera proporción de los reos de homicidio por cien mil habitantes en Chile, y por cada año del quinquenio (de cinco años) 1895-1899 se obtiene con los datos que trae el mismo libro de esta manera:

Reos en las penitenciarías:	727
Reos en los presidios:	195
Total:	922

Que dividido por cinco da: 184,4.

El promedio de la población en ese período, según los datos de la Sinopsis de 1901, publicada en 1902, página 292, es de 3.046.708, lo que da como proporción de reos de homicidios 6,05 por cada 100.000 habitantes, quedando así cerca de dos veces en menor proporción que España, y más de cuatro veces inferior a Italia.

8.- Comentario y cálculos oficiales sobre criminalidad nacional. Reparos necesarios.

Los comentarios con que ese libro de nuestro gobierno acompaña los resultados de sus cómputos son tan cándidos que serían risibles si no se tratara de un asunto tan grave.

Al notar la excesiva criminalidad de los extranjeros domiciliados en Chile, se pregunta si la causa no será que «desmejoran más entre nosotros», tal vez con el contagio de «nuestras clases populares».

En la misma página XX, después de sus cuadros por quinquenios de seis años para los reos de homicidios, o asesinatos como los llama, se extraña mucho de la gran proporción que suministran algunas profesiones especiales, y marca entre éstas a los talabarteros con uno un décimo por ciento del total de reos, y los zapateros con el cuatro un décimo por ciento. Parecería que el oficio de hacer zapatos inclinara al hombre a los delitos de sangre, problema que debe haber sugerido profundas meditaciones a nuestro criminalista. ¿Cuál podrá ser la causa oculta de tal inclinación perversa? ¿No será que esos hombres, por razón de su oficio, se pasan todo el día con un cuchillo en la mano, y que en sus riñas, en vez de atizar un bofetón, dan un tajo? Bien pudiera ser, porque, en apoyo de esa suposición, existe el hecho comprobado en todas partes de que las lesiones inferidas con muleta son particulares al gremio de los cojos. A no ser que en esos lisiados se desarrolle una inclinación especial a servirse como arma contundente de ese instrumento tan poco usado por el resto de los criminales.

Después de la publicación del funesto libro recordado, nuestro Gobierno manda imprimir todos los años un grueso volumen, lujosamente impreso, con planos fotográficos, diagramas en colores, que repiten los mismos números de los libros anteriores y agregan los del año que analizan.

En todos esos tomos se hacen las mismas pueriles observaciones, y se hacen notar resultados a veces absurdos, a veces malévolos.

El último gran tomo de esas llamadas «Estadística Criminal» que se ha publicado es la de 1902, con los datos del año anterior. Este libro funda sus cálculos como lo hace en este párrafo de su página 13:

«Siendo la población total de Chile de 2.712.145 habitantes, y la totalidad de reos entrados a las cárceles de 34.265 individuos, resulta que la densidad de la criminalidad para la República, viene a ser de 12,6 reos por 1.000 habitantes».

Como se ve, la población que le sirve de base es la empadronada en 1895, y la cifra de los reos es la de 1901, año en el cual la población del país era de más de 3.140.000 habitantes, según la Sinopsis oficial, de modo que lo que «resulta» de comparar datos de tan distintas fechas no es lo que dice la estadística, ni resulta cosa alguna a no ser vellones, como dicen los alegres australianos, que resulta de sumar tijeras con carneros sin esquilas.

Sobre esa base de población están fundados todos los demás cálculos del promedio de ese libro, por lo que resultan naturalmente falsos desde sus cimientos.

Es ésa una de las causas de la creencia en el aumento de nuestra criminalidad: ven que la cifra total de reos crece paulatinamente de año en año, y aseguran que la criminalidad es la que crece, pues no toman en cuenta el aumento de la población. Confunden el hecho, el crimen, con la criminalidad, que es relación numérica.

El mismo criterio informa las demás conclusiones de esto que se llama estadística entre nosotros. Repitiendo lo dicho en todos los libros, desde el quinquenio de nueva invención, después de dejar constancia de que los gañanes han arrojado más de seis veces el número de reos dados por los sirvientes domésticos y por los empleados a sueldo de todas categorías, trae este acápite alarmante en su página 10:

«Los gañanes figuran, pues, en primera línea por la frecuencia de los delitos. Vienen enseguida los obreros a jornal, los agricultores, los oficios mecánicos...».

No dice en ninguna parte, ni parece que lo cree necesario, cuál es la proporción que existe entre los empleados y los gañanes en Chile. Nota que éstos dan mayor número de reos que aquéllos, y sin más, asienta la criminalidad «en primera línea» de los gañanes. El número de gañanes es en Chile, como en todas partes, de quince a veinte veces superior al de los empleados, de modo que lo que resulta es precisamente lo contrario de lo que pretende hacer creer ese libro oficial. Lo mismo puede decirse respecto a los sirvientes domésticos y las demás profesiones que nombra.

En la página 19 repite la misma observación, por si al lector se le hubiera escapado la de la página 10: «Los gañanes, los agricultores, los obreros a jornal, son los que dan

la proporción más alta en la escala de la criminalidad». Donde se ve más claro que este libro toma «porción» por «proporción», y «crimen» por «criminalidad».

Llama agricultores a los jornaleros de las faenas agrícolas, cuyo número es crecidísimo en el país, aunque esto del número de individuos de cada profesión para establecer la criminalidad por profesiones, no le preocupa, como hemos visto Estadística.

Puede consolarse el señor estadígrafo oficial, pues le daré la noticia de que esos gañanes y agricultores tan delincuentes deben estar por acabarse. Mire usted: en 1896 murieron de esos criminales 9.092, y empleados de todas categorías y clases sólo murieron 876. Como en los demás años la proporción ha sido más o menos la misma; el país se verá pronto limpio de facinerosos sin necesidad de estar arrojándolos con el ejército, y nos quedaremos sólo con los virtuosos empleados fiscales.

En la página 18 trae una tabla en que anota los reos según su estado civil, y al ver que los solteros acusan un número mayor de delincuentes que el que dan los casados, se pone a filosofar sobre el tema y concluye diciendo que el estado de casado, parece «una garantía para la moralidad de la persona humana». Copia en esto lo que repiten constantemente las estadísticas de Francia, en donde los pensadores no desperdician ocasión de alentar a sus compatriotas al matrimonio y a la paternidad, para evitar la disminución de los habitantes de su país; pero los franceses, al probar con números la menor delincuencia de los casados, lo hacen a la vista de la cifra de casados y de la de solteros en edad de delinquir. Nuestros estadísticos han simplificado mucho el procedimiento, bastándoles, por simpatía, la cifra de reos así en bruto. Con ese sistema se prueba que la mayor «garantía para la moralidad de la persona humana» no es precisamente el estado de casado, sino el de viudo, según puede verse en todas las estadísticas criminales. Nuestro criminólogo no apunta esa observación, tal vez porque no la traen las estadísticas francesas.

Por lo demás, este documento oficial de 1902, continúa la tarea de difamación emprendida en este terreno por la Estadística de 1900. No analiza periodos, por lo que no sabe cuántos años asigna a un quinquenio, pero sigue el mismo sistema de contar como reos de homicidio a los de heridas de cualquiera gravedad. En la página 16 trae un cuadro en el que la suma total de reos de homicidios de todas clases en 1901, fue de 1.002 (el número exacto es 1.001), y añade:

«Debemos agregar a esto 3.257 lesiones corporales, en las cuales cupo la siguiente proporción a los dos sexos:

Hombres: 3.078;

Mujeres: 179».

Algunas líneas más abajo ya toma por homicidios el número de reos, por lo que dice:

«El mes que suministra mayores casos de homicidios, en el año 1901 es enero, con 101 casos; y aquel en que se anotan menos es marzo, con 67».

Consta por los datos que el mismo libro da en la página 21, que el total de personas muertas por los homicidios de todas clases en todo Chile en ese año, fue de 205, lo que da una proporción de 6,05 por cien mil, tomando en cuenta la población de ese año.

El número de los reos de homicidios indica a menudo sólo la diligencia de los jueces en sus pesquisas; muchas veces para esclarecer un infanticidio van a la cárcel provisoriamente como reos, varias de las personas de la casa en que se cometió el delito, y en los libros de esa cárcel quedan figurando como reos de infanticidio. Ése es el motivo por el que, al lado de la tabla de reos de homicidio, colocan las estadísticas, las cifras que dan el número de condenados por ese delito, y el de las víctimas que han producido. Sólo a nuestras estadísticas se les ha ocurrido tomar como número de asesinatos perpetrados en el país, el número de reos de homicidios de todas clases.

Son esos cálculos y esas reflexiones de nuestros documentos oficiales los que hacen decir a los ingleses y franceses que en Chile no hay estadística sobre nada, a pesar de los gruesos tomos que con ese nombre mandamos imprimir todos los años.

Son tales libros un producto típico del espíritu superficial, de apariencia, latino, que está privando a la fecha en los hombres que nos gobiernan: de impresión esmerada y hasta lujosa, con discursos elocuentes y citas de filósofos de todas las épocas, desde la antigüedad clásica hasta los modernos criminalistas; pero les falta por completo lo que ninguna ilustración, por más extensa que sea, puede dar, les falta el sentido común. Su autor o autores pertenecen al número de aquellos ilustrados peligrosos de que le hablaba en mi anterior.

Esa falta de criterio, tan manifiesta, no me habría quitado el sueño, pero en cada una de sus páginas se trasparenta otra falta, la más grave que pueden tener los directores de una nación, les falta por completo el amor a su pueblo. «Los ricos tienen ahora mal corazón con nosotros», me decía un roto calichero en días pasados, comentando la solicitud ante un gobierno extranjero de algunos miles de chilenos laboriosos, que prefieren abandonar su patria antes de ser arrojados de sus casas por las bayonetas de aquéllos de sus hermanos que la nación arma precisamente con el fin de proteger a los demás ciudadanos.

9.- «Igualdad ante la ley». Crímenes civiles y crímenes bárbaros. Significado de estos últimos.

En la puerta de nuestras cárceles podría ponerse por lo menos la primera parte del letrero que dicen tenía un manicomio: «No están todos los que son», porque nuestro lema «Igualdad ante la ley», que tan bien expresa el sentimiento jurídico chileno, no resulta tampoco en la práctica.

Tenía unos apuntes, que se me han traspapelado, sobre el número de cajeros y tesoreros que en los últimos cinco años han huido con el dinero del pueblo puesto bajo la custodia de su honorabilidad. No recuerdo exactamente su número, pero puedo asegurarle que eran más de sesenta. Con el fin de encontrar algunos datos al respecto,

me puse a hojear la última Sinopsis, publicada el año pasado. En sus páginas 298-299 trae un gran cuadro que abarca las dos llanas, en el cual están clasificados los huéspedes de los presidios y penitenciarías de la República por sus respectivas profesiones u oficios, y en él un renglón que dice «Cometidos por empleados públicos en el desempeño de sus cargos». Corrí la vista hasta la columna de los presidios, esperando encontrar allí bien acompañados a mis hombres. ¿Sabe cuántos condenados hay en presidio, señor?: ¡4! Cuatro por todo. Seguí a las columnas de las penitenciarías con una vaga esperanza... en blanco, ¡ni uno solo!

¿En dónde están entonces mis cajeros, los vendedores de descansos de bronce y de resortes sin usar como fierro viejo, los ladrones de miles de toneladas de carbón de los ferrocarriles, los de estampillas de correos y de impuestos y tantos otros chicos y grandes de que da cuenta la prensa diaria? Pero ni siquiera están allí los contratistas e inspectores de las obras de los ferrocarriles del Estado, quienes por haberse robado algunos miles de pesos dejan, a sabiendas, mal cimentado un puente que cuesta millones, para que se hunda con un tren de pasajeros, llenando de luto y de dolor a familias inocentes. Deberán estar en sus casas; quién sabe si en sus mismos empleos esos sujetos: porque, la verdad, no recuerdo que se haya fusilado a ninguno. Lo dicho: no están todos los que son.

Estos libros se canjean con las estadísticas de todos los países que la tienen, y en ellos verán confirmado por los números, que no engañan, cuánta razón tenía el gobierno de este país al asegurar oficialmente que la raza chilena había heredado, precisamente, todos los vicios de las razas de que proviene.

Esas estadísticas son una prueba incontestable de que en Chile hay dos razas, como lo aseguran, cada vez que se presenta la ocasión, los documentos oficiales; una raza gobernante, que sólo ha suministrado cuatro miembros a los presidios, y otra gobernada, los rotos, que llenan las cárceles. Hacen, pues, muy bien los gobernantes en su tarea de suprimir esta casta estúpida, inepta y criminal armando a una parte de ella para que fusile o arroje de sus tierras a la otra parte, y en pagar con las propias contribuciones de este pueblo despreciable el pasaje de gañanes de cualquier otro país para que vengan a sustituirnos.

Y pasando a otra cosa, me voy a permitir referirle una anécdota que me contaron en Santiago: En una de las calles centrales de la capital y mediodía, vieron los transeúntes, correr como una exhalación a un joven «decentemente vestido» en actitud de quien persigue y gritando a toda boca: «¡Al ladrón!, ¡al ladrón, atájenlo!»; mientras señalaba con el índice allá adelante. Los circunstantes quedaron creyendo que se trataba de algún caballero a quien algún roto bellaco habría arrebatado el reloj o la cartera. Luego llegó trotando y enredándose en el sable un policía, que preguntó a la pasada:

-¿Por qué no lo atajaron patroncitos?

-Pero si no lo hemos visto.

-Si er el jfutre q'iba gritando.

Confieso que la anécdota es vieja, del tiempo en que los policías de a pie cargaban sable de caballería. La he referido sólo por cambiar de tema.

Si es cierto que en número absolutos, no así con relación a la población, la criminalidad aumenta en nuestro país, el hecho que más llama la atención es la

sustitución de los delitos bárbaros por civiles, como dicen los criminalistas italianos. Los delincuentes que han hecho subir el número total de reos, a pesar de la disminución de la delincuencia en el pueblo iletrado, son los estafadores, los monederos falsos, los contrabandistas, los incendiarios, los falsificadores, etc.

Este fenómeno, notado por la última estadística, no puede cargarse a la cuenta del roto pobre, por lo que dice aquel libro (página 16): «La industria práctica de alguna raza europea va haciendo escuela entre nosotros». Y con aventajados discípulos.

Son esas «industrias» las que nos están trayendo las razas de Europa que a la fecha están prefiriendo nuestros estadistas como inmigrantes. La «industria práctica» de los incendios, por ejemplo, pertenece, en más del cincuenta por ciento a una sola de las colonias latinas del país.

Añade más abajo:

«Esta transformación del crimen feroz en crimen interesado; esta sustitución de la satisfacción de pasiones violentas por el apetito egoísta de goces, se opera gradual y paulatinamente. Se diría que el progreso de la inmoralidad es la nota dominante del periodo que nos ocupa; a todos lados, el fantasma de una especulación fácil es la palanca que mueve el brazo y sojuzga al cerebro».

Es observación que apuntan muchos criminalistas, y que el autor toma hecha de E. Ferri.

Sí, es la inmoralidad la nota dominante y sostenida de los tiempos que alcanzamos, y es ella la que ha hecho subir el número de delitos, a pesar de la disminución evidente de la criminalidad del roto. No hay en Chile, sino aparentemente, la «transformación del crimen feroz en crimen interesado»; es que el primero, que es más común en el pueblo, ha disminuido, y el segundo, que no es propio del pueblo, ha aumentado.

Los crímenes bárbaros no han aumentado, a pesar de los inmigrantes que nos está mandando la agencia de París.

Los homicidios entre nosotros nos indican, en el 50% de ellos, maldad innata de corazón. Son riñas por rivalidades, verdaderos desafíos muchas veces, que no terminan en champañazos, porque en sus contiendas, ni en nada de su vida, el chileno admite farsas. De allí el espanto que causan a los santiaguinos esos homicidios, que allí llaman asesinatos.

Numerosos son los casos en que las luchas a muerte entre dos rotos no tienen más objeto que la de dejar establecido a firme quien es más hombre: reminiscencias raciales, atavismos despertados por el tósigo alcohólico y que al 80% de los chilenos, ricos o pobres, nos lleva a guapear en pasando de los 60 puntos. De los condenados a penitenciaría en 1901, el 43,6% delinquieron en estado de embriaguez.

Es de esta clase de crímenes de los que más fácilmente puede curarse el hombre. Cuando tales delitos de sangre son cometidos, como entre nosotros, en lucha abierta y de hombre a hombre, no por el veneno u otros medios cobardes, son sólo una

manifestación de la energía del carácter; será todo lo bárbaro que se quiera, pero ese es su significado.

Precisamente la raza que hoy marcha a la cabeza de la civilización se distinguió por esa clase de delitos. Los descendientes de aquellos hombres de quienes decía Tácito que «tenían por pereza y cobardía el procurarse por el sudor lo que podía obtenerse por la sangre», forman a la fecha las naciones en que aquellos delitos son menos frecuentes. Los más genuinos vástagos de esos bárbaros, de los que el mismo autor dice «beber días y noches enteras no es una vergüenza para nadie. La embriaguez produce entre ellos frecuentes querellas, que rara vez se limitan a injurias, pues casi siempre terminan en heridas y muertes», aunque no parecen dispuestos a dejar tan pronto su afición al whisky, abandonan a la justicia incorruptible y severa de su patria la sanción de las más graves ofensas personales.

Pero no hay necesidad de remontarse a los tiempos del autor de las *Costumbres de los Germanos* para encontrar el mismo espíritu de lucha y de violencia en los pueblos de aquella raza.

Voy a permitirle copiarle un largo acápite sobre esta materia, porque es muy instructivo respecto a ese espíritu de acometividad y del procedimiento infalible para dominarlo cuando se dirige al mal. El autor es Sir John Fortescue, canciller de Inglaterra en tiempo de Enrique VI, en la medianía del siglo en que se descubrió la América, quince siglos después de Tácito. Dice así:

«Lo que impide a los franceses levantarse es la cobardía, la falta de corazón y de valor, no la pobreza. Ningún francés tiene ese valor como un inglés. En Inglaterra se ha visto muchas veces a tres o cuatro bandidos, agujados por la pobreza, precipitarse sobre siete y ocho hombres honrados; y robarles a todos, mientras que en Francia no se ha visto siete u ocho bandidos bastantes resueltos para robar a tres o cuatro hombres honrados. Por eso es sumamente raro que en ese país se ahorque por robo a mano armada, porque los franceses no tienen pecho para cometer una acción tan terrible. Así en Inglaterra se ahorcan en un año más hombres que en Francia en siete, por robo a mano armada y por asesinato... Si un inglés pobre ve a otro con riquezas que puede quitarle por la fuerza, no dejará de hacerlo, a menos de ser completamente honrado».

Esta cita la tomo de uno de los más grandes pensadores franceses modernos, de H. Taine (*Literatura inglesa*, «Los Orígenes», página 163), el cual lejos de espantarse de aquel estado de barbarie de la nación rival de su patria, ve en ese mismo espíritu violento y atrevido el origen de la grandeza de aquel pueblo. Aunadas aquellas férreas voluntades por una organización política sabia, y dirigido su impulso común al engrandecimiento de su patria, ha llegado la raza anglosajona a posesionarse de la mitad del mundo dando al mismo tiempo el ejemplo más elocuente del grado de moralidad a que puede llegar un pueblo que aplica ese mismo espíritu enérgico a la supresión de los criminales.

Según Moreau de Jones, hasta 1843 había en Inglaterra cuatro veces más crímenes de sangre que en Francia. Sólo a mediados del siglo que acaba de pasar se suprimió en Inglaterra la pena de la horca por el robo de una oveja. Hoy sólo se ahorca en ese país a los asesinos; pero la ley se cumple, cualquiera que sea la categoría del criminal, por lo que nadie se queja, y la selección radical que se obtiene con dicha pena alcanza a todas las esferas sociales.

¡Qué lejos del estadista inglés que no se asusta del número de bandidos de su tierra y del filósofo francés que lo comenta están los cronistas alharaquientos de Santiago!

Nuestras estadísticas criminales podrían haber economizado con doble fruto algún espacio del perdido en discursos pueriles o absurdos y haberlo dedicado a investigar los móviles de las acciones criminosas del pueblo chileno. En ellos habríamos visto que ese 43,6 por ciento de presidiarios que delinquieron en estado de embriaguez pertenece por entero a los que dan en guapear, y del otro cincuenta y tantos por ciento restante habría que rebajar asimismo una buena parte por los que guapean y se desafían estando en sus cinco sentidos. Podría así saberse cuál es la verdadera proporción de criminales natos, sanguinarios, envenenadores y cobardes que hay entre nosotros.

No poseo datos sobre criminalidad de estados sudamericanos sino los de la ciudad de Buenos Aires para 1901, que pueden compararse con los datos para Chile en ese mismo año.

Reos de homicidio 27,10 por cien mil habitantes, homicidios consumados 11,78 por cien mil. Suicidios 1,56 por cien mil habitantes. En los homicidios consumados no se cuentan los parricidios ni los uxoricidios.

Heridas de todas clases 319,08 por cien mil. En Chile 103,50 por cien mil.

En ese año 1901 hubo en la ciudad de Buenos Aires 852 estafas, y en Chile entero en ese mismo año 489, comprendiendo para Chile los delitos de engaño.

Ese gran número de estafas en aquella ciudad se explica por lo que los moralistas llaman «urbanismo», que allí está muy desarrollado.

En 1900 y 1902 no asienta la estadística criminal de Buenos Aires ningún delito contra las buenas costumbres. Ni un solo adulterio en dos años en aquel Edén, a pesar de su grande urbanismo.

El criminalista italiano que firma Sículo, y del cual tomo estos datos de la *Revista Popolare* del 15 de noviembre de 1902, páginas 582 y siguientes, parece creer que aquella moralidad es sólo aparente y que la estadística de Buenos Aires oculta la verdad y así exclama: «*Nessuno nel 1900 e 1901! Tanto rápido miglioramento nei costumi e nei reati sessuali lascia incrédulo chi conosce i costumi di una grande città, e particolarmente di Buenos Ayres*».

Creo infundada la imputación que ese criminalista italiano hace a la estadística bonaerense. Esa clase de delitos es de los que persigue la justicia sólo a petición de la parte ofendida; es cuestión de susceptibilidad; si nadie reclama, los jueces no pueden encargar reos por aquella causa, y la estadística tiene que dejar en blanco ese renglón.

Me confirma esta opinión otro fenómeno social que ofrece aquella metrópoli: el de la disminución creciente del número de meretrices anotadas en el registro de su policía.

En 1889 existían allí 2.007, número que ha ido en rápida disminución hasta llegar sólo a 317 en 1901, cifra de exigüidad alarmante tratándose de una ciudad con 850 mil habitantes, y con el exceso de hombres adultos solteros que es de suponer dada su grande corriente inmigratoria. Entre esos dos fenómenos sociales apuntados los moralistas saben que existe una relación directa y constante.

He creído necesaria esta comparación de algunos de nuestros delitos con los de la capital argentina porque en la Sinopsis publicada el año pasado, página 68, se da cuenta de que está estudiándose un procedimiento rápido y barato para desplazar al jornalero y al artesano chileno, sin perjuicio de otros medios tendentes a ese fin, el cual consiste en «procurar que se dirija a nuestro país el excedente de la corriente inmigratoria de la República Argentina, para lo cual se necesitaría establecer una oficina de propaganda e informaciones en Buenos Aires y reducir el precio de los pasajes a Chile por tierra, mediante un auxilio del Estado».

Ahora que en Buenos Aires están persiguiendo y aun reembarcando para Europa a costa del tesoro público argentino a la cáfila de ociosos y criminales, socialistas y anarquistas que infestan la ciudad, la propaganda chilena y el ahorro de dinero que ella traerá al país vecino, encontrará allá la más amplia protección y aplausos por la sabiduría de nuestro gobierno, aplausos tanto más sinceros cuanto que con aquellos bellacos desalojaremos a nuestros agricultores honrados, que tendrán que emigrar a la Argentina, obteniendo así ellos doble provecho. Como nosotros.

10.- Famosos criminales chilenos que no son de raza chilena. Influencia del despertar político del pueblo chileno sobre su conducta.

Ya se habrá fijado que cuando hablo de chilenos me refiero a los que lo son por raza, no a los de nacimiento, porque es sólo por mi raza por quien abogo, porque es mi raza la calumniada, y porque sólo a mi raza me debo.

La inmigración natural de extranjeros de cualquier país en Chile nos ha ido dejando individuos de varias razas, pero todos participan más o menos de nuestro modo de ser moral, y entre ellos los hay que son tan chilenos de alma como nosotros mismos. ¡Bienvenidos sean!

Los que no simpatizan con nosotros emigran más o menos pronto buscando otros pueblos, otros hombres de espíritu semejante al suyo. ¡Buen viaje!

Asimismo cuando reflexiono sobre la criminalidad de mi raza, no confundo aquellos dos términos, no cargo a la cuenta de mi raza los crímenes cometidos por chilenos sólo de nacimiento.

Algunos de los más conocidos criminales de Chile, como Cambiaso, el cruelísimo asesino de la guarnición de la colonia penal de Magallanes; Demeo, que se cebó apuñaleando e injuriando el cadáver de su víctima; Pancho Falcato, el asesino que durante veinte años fue el terror de las provincias centrales del país; Dottone, el periodista santiaguino que el público besaba el mango del puñal con que se proponía asesinar a Bianchi, otro periodista de Santiago, que fue, justamente, el que asesinó a

Dottone, ambos sociólogos de las últimas remesas europeas; Camerati, el envenenador de Linares, que estando procesado por el envenenamiento de su esposa, aprovecha su libertad bajo fianza para envenenar a su hijo; Camma, Sacco y tantos otros bribones de apellidos extranjeros de los últimos tiempos, no son chilenos, aunque hayan nacido en nuestro suelo.

Lo mismo en política, en administración y en todo lo que se refiera a Chile, estoy atento a los nombres para saber a que atenerme a este respecto, y hay hechos muy elocuentes que están a la vista de todos.

Cuando se publiquen las estadísticas criminales correspondientes a 1902 y 1903 veremos mucho más acentuada la disminución de la criminalidad del roto, si es que se dan en cifras separadas la nuestra y la extranjera, y no cuenta entre los criminales natos a los reos por ebriedad que en cumplimiento de la ley última sobre penalidad de la embriaguez caerán por miles.

Estoy plenamente convencido de esa disminución, no por lo que arrojan las cifras oficiales, sino por mi observación personal en la parte de esta provincia en que vivo. Estoy en inmediata y diaria comunicación con el roto calichero, el artesano, el cargador, etc., y ese fenómeno del esfuerzo voluntario y consciente de refrenar su agresividad, de moderar sus pasiones, que he venido notando en ellos desde algún tiempo a esta parte, lo he visto acrecentado y patente en las fiestas patrias que acaban de pasar. El pueblo de esta provincia ha sentido como una necesidad íntima y viva de celebrar con entusiasmo nuestra fiesta cívica. Y así la hemos celebrado. Verdadero entusiasmo, recuerdos sinceros y agradecidos del fondo del alma por héroes de la patria han embargado nuestro pensamiento en esos días. Pero ha sido un entusiasmo contenido en sus expansiones externas, ha habido menos embriaguez, menos gritos, menos riñas, los buenos componedores de las disputas y querellas han estado más listos y han sido más numerosos que de ordinario. En cambio he observado a rotos viejos, de rostro serio, empeñados en entonar el himno patrio y haciéndose presente en todos los números del programa.

En Santiago son muchos, y entre ellos todos nuestros gobernantes, los que no ven ni creen, aunque los que lo creen y lo ven se lo digan, que en el pueblo de Chile se opera a la fecha con grande energía y premura un despertar de su conciencia política y social que es uno de los fenómenos psicológicos más interesantes de nuestra época y que la historia anotará con cuidado porque tendrá, de seguro, una importancia grandísima en el desarrollo de los acontecimientos por venir.

El pueblo chileno, este Gran Huérfano, está dolorosamente penetrado de su aislamiento, de su abandono, de su orfandad con madrastra; por eso se asocia; por eso roba algunas horas a su trabajo para dedicarlas a organizarse, a educarse en política, a buscar jefes leales y patriotas, a leer, a oír leer, atento, grave, silencioso; por eso concentra sus fuerzas, modera sus pasiones, economiza sus energías; presiente con su instinto maravilloso de pueblo de raza uniforme que ha de llegar el día en que pesarán sobre su conciencia grandes responsabilidades, y se prepara para afrontarlas y merecerlas.

Lo que llaman psicología de las multitudes, como todo fenómeno muy complejo y extenso, ha de estudiarse en sus detalles para poder darse cuenta exacta de sus resultados generales, de su síntesis. Ésa es mi opinión y mi método de estudio. Conversando, conversando con simples jornaleros, con mayordomos, con artesanos, es

como me he impuesto de la uniformidad de su pensamiento, y observando sus acciones, sus actitudes, me he convencido una vez más de que el roto dice lo que piensa y obra como dice.

¡ Con qué satisfacción he oído en las pasadas fiestas cívicas reprocharse unos a otros su falta de moderación o su intemperancia! Fue muy manifiesta la rivalidad que se estableció entre las distintas sociedades en que aquí están organizados los trabajadores en portarse con la mayor cordura y corrección. Aficionado como soy a estas observaciones, la comprobación de un hecho de esta naturaleza tiene para mí una hermosura intrínseca muy particular, y cuando lo he visto producirse espontáneamente en el roto, en mi raza, sin que él mismo se imagine la gran trascendencia que encierra, he sentido que se me refrescaba el alma.

Capítulo X

Algunas ideas sobre moral, concepto jurídico y social étnicos

1.- Concepto jurídico penal chileno; id. científico. 2.- Beneficencia exagerada y sus consecuencias. 3.- Beneficencia exagerada, su causa biológica. Concepto biológico de «raza latina». Ley de la civilización de Gumplowicz. 4.- Una causa biológica de la decadencia de las sociedades. 5.- Criterio varonil y criterio femenino de la justicia. Fundamento biológico de la necesidad de las virtudes domésticas, especialmente en la mujer. Trascendencia social. 6.- Crisis moral en los países latinos. Su causa biológica. 7.- La inmoralidad de una parte de nuestra aristocracia es reciente. Fecha de la aparición de algunos estigmas de decadencia moral. La ciencia experimental justifica las virtudes domésticas. 8.- Selección regresiva por falta de sanción penal. A quienes y como corrompen las riquezas. 9.- Desprestigio en el extranjero de nuestra clase gobernante. 10.- Procedimiento para combatir la criminalidad. ¡Demos escuelas!

1.- Concepto jurídico penal chileno, id. científico.

Pero aparte de los guapos, ebrios o no, tenemos desgraciadamente entre nosotros y de nuestra propia raza, una proporción excesiva de verdaderos criminales, si la comparamos con la de los países de origen germano de Europa, y el deber de nuestros estadistas es aspirar, en esto como en todo, a que el pueblo chileno esté a la altura de los mejores.

Hay en el mundo muy pocos pueblos que estén en tan buenas condiciones morales innatas como nosotros para formar con él un ser súper orgánico o social de organización fortísima, tal como lo comprende y describe Spencer, esto es, un agregado orgánico en el que se cumplen, además de las leyes generales biológicas, las particulares sociales; organismo en el cual los elementos constitutivos tienen vida propia independiente, por

lo que el sabio los ha llamado «discretos», en oposición a los seres singulares que llama «concretos». La fuerza vital de uno de esos seres superiores depende de dos fuentes de energía: una biológica, la vitalidad de cada uno de los individuos que lo constituyen, y otra psicológica, la concurrencia armónica y voluntaria a la cooperación social. La robustez de cuerpo y de espíritu del roto chileno es generalmente reconocida por todos, mas no así su gran disposición súper orgánica.

Ninguna ley es demasiado dura para nosotros siempre que comprendemos que ha sido inspirada en el bien común y que se cumpla por parejo, que comprenda a todos los chilenos sin excepciones hirientes, que no pretenda ser la expresión de la voluntad de una casta superior impuesta a esclavos. Nuestra raza no puede ser gobernada de esta manera; persistir en ese doble y errado criterio de aplicación de las leyes tendrá sólo como fruto lógico el perturbar nuestro desenvolvimiento social, atrasar o pervertir la evolución histórica de nuestro pueblo.

Hay quien cree que el roto es demasiado soberbio para que pueda ser un individuo socialmente organizable. No saben lo que dicen. La adaptación espontánea y rapidísima a la severa ordenanza militar es el mejor desmentido práctico de esa creencia. Si el roto, con su faz alzada, mira las pupilas de su interlocutor, no es que provoque a nadie, sino que abre las suyas para mostrar el fondo de su alma trasparente, sin que en su espíritu sereno exista sospecha de que hay castas enteras de hombres que se sienten humillados y que se dan por ofendidos al conocer su incapacidad de hacer lo mismo. Si no se sonríe al hablar es porque sus padres no se vieron nunca forzados a solicitar gracia de amos displicentes. Si el roto no se inclina con gracia cortesana al saludar, es porque heredó una columna vertebral enhiesta de dos razas que jamás fueron esclavas.

Otros, por el contrario, afirman que el roto es humilde. No poseemos en grado notable esa virtud evangélica. Lo que hay es que esas personas confunden el apocamiento y la humildad con la obediencia, la subordinación, facultad súper orgánica. Darwin, en su famoso viaje con Fitzroy a bordo de la *Beagle*, notó ese hecho. Refiere el ilustre biólogo que los campesinos chilenos que le sirvieron una merienda esperaron de pie a respetuosa distancia mientras él comía, cosa que le sorprendió vivamente, pues en las demás regiones, los que le habían proporcionado alimento se sentaban familiarmente a su lado ayudándolo a despachar. El sabio no tomó por humildad semejante actitud, sino al contrario por subordinación social. No es por humildad sino por respeto que el inquilino se quita el sombrero para dirigir la palabra a su patrón. No es la humildad sino el instinto de subordinación lo que hace de un roto montaraz un soldado veterano en seis meses. Es esa subordinación instintiva, heredada, lo que hace que este pueblo sea uno de los más fáciles de gobernar, pero de gobernar bien, y es su falta de humildad lo que hace que sea uno de los más difíciles de gobernar mal.

Noto que me he desviado del tema que me proponía tratar en este número. La causa de ese desvío es que los paquetes de diarios del sur que me trajo el último vapor han puesto mi lápiz más inseguro que de costumbre.

Acabo de leer en esos diarios una nota que el «Comité de Emigración» de los pequeños agricultores chilenos de las provincias del sur dirige al Congreso Obrero de Santiago, en la cual se despiden de sus paisanos y explican las causas que lo obligan a abandonar con sus familias a su querida patria: no quieren esperar que se les arroje por la fuerza, ni se resuelvan a quedar de inquilinos de los nuevos señores de su heredad; quieren dejar constancia de que no abandonan el país por eludir obligaciones para con su patria; no se dirigen esta vez al Congreso Nacional ni al Poder Ejecutivo, porque no

han tenido la honra de que se les haya contestado a notas anteriores que les han elevado respetuosamente sobre ese particular.

En los mismos diarios leo que ya ha empezado con éxito lisonjero la propaganda en el Japón para traer peones *coolies* a quienes dar las tierras de esos agricultores. Se anuncia que hay listos cincuenta mil japoneses esperando que se les pague pasaje para venir a hacernos el favor de tomar posesión de nuestras tierras. Nuestro gobierno, en uso de la facultad que le acuerda un proyecto sobre esta materia con aquella nación oriental, proyecto de tratado que conozco, y en el cual se estipula que el gobierno de Chile acordará la fecha en que ha de iniciarse la colonización japonesa, ha declarado que no es tiempo aún. Esa espada de Damocles seguirá pendiente de su hilo sobre la cabeza de los agricultores hasta mejor ocasión.

Dan también cuenta esos diarios de que ya se embarcó en Tenerife la primera remesa de canarios (guanches mestizos de negros), compuesta de más de trescientos individuos de ambos sexos que vienen a reemplazar a los chilenos desposeídos.

Leo asimismo que el gobierno de Honduras ha dado orden a su representante en Santiago de que vea manera de dirigir hacia aquel país la emigración chilena.

Cinco mil (5.000) son las familias de agricultores chilenos que están en lista para emigrar. Como la familia chilena consta de más de seis personas como promedio, los rotos que serán arrojados directa o indirectamente de su patria en esta ocasión suman más de treinta mil (30.000) personas. Es, pues, un triunfo nada despreciable de la propaganda en ese sentido de algunos diarios chilenos de Santiago y Valparaíso y del extranjero latino de ese puerto. Deben participar con legítimo derecho del contento con que nuestros gobernantes (?) habrán recibido la noticia de que principian a verse coronados con el éxito sus planes tan pacientemente elaborados.

Yo no he podido participar de ese contento, no tengo para que negarlo, y esa ha sido la causa de esta digresión. Había principiado este número recordando que tenemos realmente una proporción excesiva de verdaderos criminales, y quería decirle que esa desgracia de nuestra raza no se ha corregido porque nuestros gobernantes no han sabido interpretar nuestro espíritu en esta materia. Me acordaba en ese momento del aforismo popular chileno, que expresa nuestros sentimientos en cuanto a sanción criminal: «El que la hace la paga», y por asociación de ideas me acordé del otro «La ley pareja no es dura», y de allí que, dada la intranquilidad que me ha producido las noticias del sur, me apartara por esa senda del asunto principal. Vuelvo a él.

Realmente no somos los chilenos hombres para andar asustándonos de las penas impuestas a los criminales. Ese miedo exagerado a la muerte que manifiestan los pueblos latinos está perfectamente comprendido dentro de su idiosincrasia y explica muchos capítulos de su historia. Hay algunos de esos países que fundan su orgullo en haber abolido la pena de muerte para los criminales, aunque estén plagados de ellos, y miran como atrasadas y se complacen en llamar aún bárbaras a las naciones germanas porque todavía la aplican, a pesar de estar ya casi purgadas de bribones.

Los criminales modernos, que han hecho de su ciencia una rama de la filosofía darwiniana y evolucionista, no invocan como razón de las penas ni la vindicta social, ni la enmienda de los criminales, ni el saludable terror y escarmiento en cabeza ajena del resto de los hombres. Su razón es biológica, selectiva: al criminal nato, a aquel cuya estructura física indeleble lo impulsará seguramente al crimen en cuanto se le presente

la ocasión, se le elimina de la sociedad de cualquier modo; a los demás se les impedirá de alguna manera perturben la tranquilidad y seguridad sociales, aislándolos por el tiempo que se juzgue necesario, consiguiéndose con ese aislamiento una de las ventajas más positivas: la de que durante ese tiempo no se reproduzcan, pues está probado que las cualidades atávicas, como pertenecientes al fondo milenario de la especie, tienen una gran tendencia a transmitirse a la progenie del individuo en quien aparecen.

Si los tontos y los bribones no se reprodujeran, el mal que causarían a la sociedad sería pequeño, porque sería pasajero; en su perpetuación indefinida lo que constituye la carga social más onerosa, y por eso la escuela criminalista científica atiende de preferencia a ese aspecto de la cuestión, porque es el que conducirá al hombre a su perfeccionamiento definitivo, hereditario; el que hará de este descendiente de antiguos antropófagos un ser naturalmente bueno, con el cual sea posible el nacimiento de sociedades que no tengan que soportar la carga material de cárceles y policías, ni la moral de la represión necesaria de sus miembros malvados, que afligen a las sociedades presentes. El escarmiento, el «saludable terror» detienen seguramente en muchos casos la mano natural: disminuyen el número de los delitos; pueden reprimir la tentación a cometer el primer acto delictuoso, que podría haberse hecho al fin un hábito; prestan por lo tanto positivos servicios a la sociedad; pero su acción es sólo actual, nada tiene que ver con el futuro del hombre delincuente. El ladrón que no roba por temor a los azotes o por la vigilancia del policía, lo hará en cuanto desaparezcan esos inconvenientes; si por la permanencia de esos obstáculos el ejercicio de sus instintos no logró en toda su vida cometer un robo, su hijo continuará acechando el instante en que la sociedad se descuide, y así no será posible el advenimiento del organismo superior, perfecto del ser social.

Es pues la defensa del ser social que tiene en vista la nueva escuela; la defensa inmediata con la eliminación o la reclusión del criminal, y la defensa futura con la supresión o limitación de su descendencia o selección moral que aquellos medios procuran. La gravedad de las acciones criminosas se aprecia por el mal causado, como la perversidad del criminal se mide por el mayor peligro que su existencia o su libertad pueden acarrear a la sociedad, esto es, por su temibilidad, palabra creada por Garófalo y aceptada definitivamente por la ciencia. Lo del arbitrio más o menos libre con que gradúa la escuela antigua la responsabilidad moral de las acciones criminosas, suelen citarla hoy los autores a título de curiosidad arqueológica.

Es verdad que este criterio moderno en criminología se abre paso lentamente, y hasta la fecha creo que sólo el último código penal escandinavo contiene algunas disposiciones inspiradas en esos puntos de referencia científicos; pero he creído pertinente recordarlos aquí, porque los pensadores de todos los países, empezando por los de Italia, no descansan en su tarea de allegar nuevas pruebas y de ordenar sus razonamientos para consolidar esa rama del saber y difundirla por todos los medios a su alcance, de tal modo que a la fecha es motivo de serias meditaciones por los legisladores de todos los países, especialmente de los germanos.

En Chile el gran Portales tuvo la visión clara del estadista de genio en esta materia como en las demás, adelantándose en la práctica a las conclusiones de la ciencia actual. Es una de las características de esos genios particulares que llaman hombres de estado, la de poseer instintos de organización social. Las razas progresivas producen esos elementos conscientes de selección que cooperan con tanta eficacia a la lenta selección inconsciente. Entre los signos distintivos de esos hombres está el concepto elevadísimo

de la justicia y como consecuencia el amor y protección al bueno, al ordenado, al sociable, y su tremenda severidad para con el perturbador de la cooperación tranquila social o de la paz política. Esta faz de su actividad organizadora les concita enemistades y odios que perturban a menudo el criterio con que los juzgan sus contemporáneos; pero de quienes, pasados los días de pasión, la historia anota los hombres en sus páginas de honor y sus conciudadanos les erigen estatuas.

A raíz de la muerte de Portales comenzó la reacción y ha llegado en los buenos tiempos que alcanzamos a un extremo que es una verdadera curiosidad científica, y a este título quiero dejar constancia de ella.

Los cerrillos de Teno y la cuesta de Prado se vieron por un tiempo expeditas para el tránsito obligado de los viajeros de la capital al sur y al puerto durante el gobierno de Portales, quien encerró en los célebres carros a los salteadores de aquellos parajes y los empleó en trabajos de utilidad pública. Después del asesinato cobarde de aquel grande hombre, llevado a cabo por un bribón que no tiene apellido chileno, se abolieron los carros con reja de fierro, y los presidiarios se salían de las cárceles como los vecinos de sus casas, volviendo a sus antiguos puntos estratégicos. Dominados un tanto durante el gobierno de Montt, llegaron a ser después de él casi tan funestos como antes, hasta que, multiplicadas las vías de comunicación, hubieron de dispersarse en pequeñas partidas que recorrían el país ejerciendo la profesión de aquellos sus paisanos de que habla Fortescue.

Pero hasta allí no más llega la paridad de las situaciones entre Inglaterra y nuestro país. Ya vimos que el estadista inglés se vanagloriaba de que en su patria se ahorcaban en un año más facinerosos que en siete años en Francia.

Con ese procedimiento, ahorcando hasta por el robo de un cordero, han concluido con la casta de los malhechores en Inglaterra.

En Chile llegó después de Montt la era de las «lágrimas femeninas» en favor de los criminales, como llama Lombroso la extraña generosidad y compasión que despiertan los malhechores en algunos hombres.

Se habló de que las cárceles eran incómodas, de que los presidiarios podían corromperse viviendo muchos en la misma celda, de que su alimentación no era suficientemente nutritiva, que su ropa era poco abrigadora, y comenzó una campaña por la prensa en favor de los pobrecitos encarcelados. Se dieron bailes pagados, funciones teatrales, etc., para allegar fondos con que socorrerlos, hasta que los tales bellacos se vieron colmados de regalos y golosinas de todas clases.

El superintendente de la Penitenciaría de Santiago, senador de la República y caballero a las derechas, habilitó un cuarto del establecimiento en el cual los presidiarios casados pudieran conversar a solas con sus esposas, cuarto a que los presos llamaban «confesionarios». No estaba aún en boga la escuela darwiniana.

Respecto a ese mismo fenómeno en Italia, donde es crónico dice Ferri en su libro estudios de *Antropología Criminal*, página 33:

«En su humanitaria preocupación en beneficio de los condenados, han prescindido de una serie de hechos tan inseparables del hecho criminal, como la parte superior e

inferior de una superficie (...) no se han fijado en que detrás del delincuente están sus víctimas, sus familias y las personas honradas ofendidas directamente por el delito. Han olvidado que el mismo hombre que en la cárcel se manifiesta sumiso y casi siempre hipócrita ante el empleado o el director, tiene en su vida asesinatos, homicidios, robos, etc. Todo esto lo olvidamos, principalmente los pueblos latinos, que, impulsados por el sentimiento, mientras vemos al vulgar homicida en flagrante delito, nos sentimos inclinados a darle muerte, y pasado algún tiempo le concedemos toda nuestra irreflexiva compasión, lo cuidamos exageradamente en la cárcel, como a un desventurado inocente, y no pensamos ni un momento que en un sotabanco, acaso reducidos a la mayor miseria, lloran y sufren los hijos, la mujer o la madre del muerto».

El sentimentalismo de la raza, como lo llama este autor, significa en este caso que esos cerebros entran en función sólo por la impresión actual inmediata que le suministran los sentidos, sin que en ellos existan ideas almacenadas recogidas en impresiones anteriores. Este autor es latino y en un juicio tan grave sobre su raza parece que hubiera alguna exageración.

Entonces debe ser latino ese lagrimero universal, que después de permanecer enjugado algunos años, ha reaparecido nuevamente en Santiago en favor de los criminales y su casta.

Vuelven hoy a estar de moda las mismas quejas por la desgraciada suerte de los presidiarios, y se renuevan los mismos medios para socorrerlos que se vieron ahora treinta años; pero hoy el mal arrecia.

Al mismo tiempo que se expulsa del país a los agricultores y se desplaza a los artesanos con la inmigración contratada que he recordado, se han establecido en la capital varios asilos para criar con todas las comodidades del confort y de la higiene más rigurosa a los muchachos abandonados por sus propios padres, es decir a los retoños de hombres destituidos del más rudimentario de los sentimientos animales de beneficencia, el de la paternidad, y que habrán transmitido a esos hijos sus instintos de egoísmo brutal.

Educar a esos niños, sacarlos del abandono y de la miseria, enseñarles a leer, escribir y contar, adiestrarlos en algún oficio útil con el que puedan ganarse más tarde honradamente su vida y la de su familia, y demás declamaciones corrientes de los cronistas santiaguinos, son nada más que pretexto con los que se engañan sólo ellos mismos.

No son los hijos del gañán honrado ni del artesano laborioso y honorable que hubieran quedado sin amparo por alguna fatalidad los que allí remueven la sensiblería de las gentes. A éstos hay que ir a buscarlos a las miserables chozas de los arrabales o a los tugurios humildísimos en que, agrupados alrededor de una madre escuálida que no tiene entrañas para tirar por el torno del Patronato de la Infancia a sus criaturas,

prefieren sufrir en silencio sus angustias; son los frutos del vicio, de la cobardía, de la miseria moral y física los que consumirán el dinero del pueblo trabajador y virtuoso.

Si se interesaran por el porvenir de los hijos del pueblo, como pregonan, habrían oído el clamor de los tres mil artesanos sin trabajo, sin pan ni abrigo para sus hijos, que en una nota en que con documentos incontestables probaban la mejor calidad de la obra del operario nacional pedían respetuosamente al Supremo Gobierno que se construyeran en el país los materiales de los ferrocarriles del Estado. En vez de atenderlos, se pedía por la prensa y por notas oficiales que se activara en Europa la contratación de artesanos, y cada vapor que llega de aquel continente deja en Talcahuano y en Valparaíso, a la vista de los artesanos chilenos sin trabajo, a los extraños que llegan a sustituir a los que todavía pueden procurarse el pan para sus familias.

Las limosnas públicas distribuidas con grande aparato, así como los banquetes a los pobres que están introduciendo las damas santiaguinas mientras sus maridos, por ganarse una propina, hacen venir del extranjero lo que construido en el país habría hecho innecesario la humillante limosna, es un procedimiento doblemente desmoralizador y que mereció al maestro Lastarria, refiriéndose a lo sucedido en Francia, las más severas censuras. Es la organización de la caridad «para reemplazar el derecho por la holganza, y la verdad por el pan», proceder que el sabio Lastarria califica de «embustero e hipócrita», y agrega:

«De allí nos viene la moda, y los retrógrados de América se apresuran a seguir la senda de los de Francia, para producir también en nuestras nacientes sociedades el caos alrededor del progreso moral, y extraviar en su provecho las conquistas de la verdad».

Si quisieran educar en las artes manuales a los hijos del pueblo, como pretenden hacernos creer, se admitirían en la única Escuela de Artes que han fundado en la extensión de cerca de 800 leguas de longitud que tiene Chile, a los niños pobres que llegan allí solicitando que se les enseñe a manejar alguna herramienta. La Escuela de Artes tiene capacidad para 300 alumnos; al principiar los cursos de 1902, sólo había en ese establecimiento 156 alumnos; a la matrícula se presentaron 213 niños de pueblo, de los que sólo se aceptaron 121, rechazándose a los demás porque poseían escasos conocimientos literarios, según la Sinopsis oficial de 1902, página 235. Lo absurdo del motivo alegado por el gobierno para no completar el número de alumnos de esa única escuela de artes del país, que está servida por cuarenta y cinco empleados, sin contar cocineros, mozos, etc., ni la junta de vigilancia, lo hace inaceptable.

Si se interesaran por el hijo del pueblo, no dormirían sueño interminable los numerosos proyectos sobre construcción de casas para obreros; no seguirán cobijados en ranchos, cuya miseria es capaz de quebrar el corazón, los hijos de los inquilinos; y los cinco mil padres de familias que serán expulsados de su patria habrían levantado una tempestad de indignación, de clamores y de protestas en aquellas almas santiaguinas que nos exhiben su ternura y su generosidad arrullando a los hijuelos de sus propios desórdenes. Luego veremos cuál es la causa verdadera de esa filantropía miope y de la hora undécima de aquellas gentes.

2.- Beneficencia exagerada y sus consecuencias.

La selección regresiva, antinatural y por lo mismo de funestos resultados que origina la protección a los descendientes de los degenerados morales de toda especie, hecha con el dinero de los virtuosos y sociales, han producido ya en algunos países que se han adelantado al nuestro en esa tarea insensata, males gravísimos, que han sido estudiados en sus detalles y conjunto por sabios europeos.

Este punto de filosofía tiene estrecha relación con la criminalidad de los países, por lo que me voy a permitir dedicarle algunas líneas más.

Ya Darwin, tratando de las consecuencias inevitables del espíritu exagerado de beneficencia, decía:

«Los miembros débiles de las sociedades civilizadas pueden así reproducirse indefinidamente. Sin embargo cualquiera que se haya ocupado de la reproducción de los animales domésticos sabe, sin duda alguna, cuan perjudicial ha de ser para la raza humana esa perpetuación de los individuos débiles».

Spencer ha escrito muchas páginas sobre el mismo tópico. De él es la cita siguiente:

«Alimentar a los incapaces a expensas de los capaces es una gran crueldad. Es un acervo de miseria reunido a conciencia para las generaciones futuras. No puede hacerse un regalo más triste a la posteridad que el de llenarla de un número siempre creciente de imbéciles, de perezosos y de criminales. Ayudar a los bribones a que se multipliquen equivale, en el fondo, a preparar maliciosamente a nuestros descendientes una multitud de enemigos. Hay derecho para preguntarse si la necia filantropía, que no piensa sino en dulcificar los males del momento y persiste en no ver los males indirectos, no produce, como resultado final, un mayor cúmulo de miseria que el que produciría un completo egoísmo».

La siguiente cita es del sabio contemporáneo G.V. de Lapouge:

«No basta, bajo el punto de vista social, que el criminal sea castigado. Eso importa muy poco. Las antiguas ideas sobre castigo y enmienda de los criminales hacen sonreír. Por

lo que al presente se refiere, lo que se precisa es ponerlos fuera de la posibilidad de dañar, y en cuanto al porvenir, suprimir su reproducción. Todo descendiente de un malhechor, aunque sea el hombre más honrado del mundo, lleva en sí el germen de la criminalidad. Un golpe de atavismo, un cruzamiento incoherente pueden hacerlo estallar en cualquiera generación. El disfavor y la discordancia son legítimos con los descendientes en el momento de la infracción, y también con toda su familia. Para la posteridad futura es indispensable que, si la pena de muerte no pudiera ser aplicada, el criminal sea colocado fuera de la posibilidad de manchar con su descendencia el cuerpo social de que forma parte».

Para comprender todo el mal que a una sociedad produce a la larga esa incubación artificial de los hijos de los tunantes y bellacos, no hay que olvidar que el dinero que en ellos se gasta no viene de Jauja, sino que pertenece a la sociedad toda, y que muchas veces, por faltarle un centavo, una familia honorable y pobre no alcanza a comprarse el alimento suficiente para el día. Además, hay la tendencia natural a preferir para las ocupaciones a los que se han criado en dichos invernáculos, por los ricos sus favorecedores y padrinos, desplazando a los hijos del pobre de antecedentes familiares honorables. Por otra parte, los niños pobres que quedan desamparados por la muerte de sus padres o por otra circunstancia fortuita tienen una proporción regular en todas partes, mientras que los abandonados por sus progenitores aumentan rápidamente con la protección artificial. Cuántas más casas se funden en una ciudad con ese objeto, mayor es el número de expósitos que llenan los tornos o se abandonan en las puertas de las iglesias u otras partes. Nada prospera con mayor facilidad que el mal cuando se le favorece; sólo la sanción ineludible y severa de la naturaleza es capaz de enfrenarlo.

Spencer se queja de lo que sucede en Inglaterra, en donde, más que la *poor tax*, son las solteras ricas las que contribuyen con su dinero y personalmente al fomento inconsiderado de la filantropía con los niños abandonados y los adultos viciosos y haraganes. El 80% de los *hooligans* de Londres han salido de esos criadores de bribones.

La campaña en este sentido que se lleva a cabo en Santiago reviste caracteres verdaderamente alarmantes. Si hasta aquí no se ha hecho sentir su influencia dañosa, es porque ella es novísima, como todo lo extraño, malo y desgraciado que hoy aqueja al país; pero a seguir así, sus consecuencias naturales serán inevitables: por una parte la actividad que se despliega en hostilizar al elemento sano y trabajador, y por otra la inmigración de criminales extranjeros y la protección a los criminales de casa harán que llegue el día en que Chile sea en realidad una nueva Calabria o algo peor.

Se les han hecho poco a los santiaguinos los numerosos recursos antiguos de bailes, bazares, fiestas teatrales, subvenciones particulares y fiscales, leyes especiales del Congreso, etc. Han apelado aún a recursos vedados; han influido para que se permitan ciertas apuestas llamadas honestamente mutuas, declaradas inmorales por los jueces de Santiago, a condición de que de las coimas de ese juego ilícito se les participe un tanto

por ciento. El año pasado se repartió entre ocho instituciones santiaguinas dedicadas a ese fin esa contribución al vicio del juego de azar, que es su autorización.

Pero lo que colma la medida es que el 1.º de junio de este año se inauguró con gran pompa en la capital, apadrinado por las primeras autoridades políticas, un establecimiento puesto bajo la protección de San Estanislao de Koska para «recoger y educar a los hijos de los presidiarios».

Entre los numerosos padrinos de esa institución figuraba el hombre que más ha contribuido a que sigan enviándose desde Europa inmigrantes criminales, en lugar de hacer venir escogidos o de no hacer venir ninguno, como es lo natural, y esperar que vengan de su cuenta.

Una de las notas curiosas de las Estadísticas Criminales recordadas es la admiración que le causa el número de reincidentes entre los criminales de Chile; y como en todo, se explaya filosofando a su manera; pero no dice una palabra de la obra particular de un alto cuerpo gubernativo chileno, que tiene como más frecuente labor la de perturbar la sanción legal de los delitos.

En 1901 salieron de las penitenciarías 53 individuos por haber cumplido su condena, y 100 por indulto del Consejo de Estado. Si a éstos se agregan 6 que fueron relegados a distintas provincias, que vale tanto como indultarlos, tendremos el doble justo de criminales perdonados.

A estar a lo que anuncia la prensa sobre los múltiples indultos que se conceden en cada reunión de aquel alto cuerpo, no parece excesiva esa proporción de dos a uno en ese año. La razón es que el año anterior había sido bastante laborioso en ese menester, y había quedado poco trabajo para éste, como se ve por estas cifras: salidos de las penitenciarías en 1900 por haber cumplido su condena, 32 reos; por haber sido relegados a provincias, 4, salidos por indulto, 128. Cumplieron por lo tanto la pena impuesta por los jueces menos de la cuarta parte de los presidiarios salidos. Pero su bueno le cuesta: en un informe que se ha publicado en los diarios de Santiago a principio de este mes, se deja constancia de que los huéspedes de la penitenciaría que por algún motivo han dejado la casa hasta la próxima reincidencia, salen a la calle sin un centavo de las economías que se han procurado con su trabajo en los talleres del establecimiento, porque las han gastado en conseguirse el indulto.

Lo que es este año de 1903 parece que también dejará muy poco que hacer al próximo en esta rama de la administración, porque a la tarea del Consejo de Estado se ha unido la de la comisión nombrada para averiguar ciertas irregularidades que se habían cometido en la Penitenciaría de Santiago. Dicha comisión, para regularizar la marcha del plantel, ha informado que deben licenciarse juntos 58 de los alojados en la casa. No sé cuál sería el criterio que dirigió esa conmutación en masa, pero estoy seguro de que ella no ha sido el poco tiempo que les haya faltado a esos reos para cumplir su condena, pues el único indultado que conozco por la lista publicada, un señor, Celedón, fue condenado a muerte por haber asesinado a balazos a su madrastra, hace unos ocho años; el Consejo de Estado le conmutó esa pena por la de veinte años de penitenciaría, así es que le faltaban doce para enterar la cuenta. No es tan importante saber si este indultado salió con economías o no, como el tener presente que cuando cometió su crimen tendría a lo sumo unos veintiocho años, de modo que a la fecha está en plenas aptitudes para volver al establecimiento a economizar para un nuevo indulto.

Como la criminología es sólo una rama de la antropología, entra en mis aficiones, y con ese motivo me he procurado muchos libros sobre este asunto, por lo que estoy en aptitudes para asegurarle que la serie de hechos que le he enumerado en las carillas anteriores son una verdadera curiosidad en la ciencia de los delitos. Así seguiremos adquiriendo una envidiable fama en Europa, ya bastante adelantada con la publicación de los *Anales* y de la *Estadística criminal*.

De acuerdo están los más entendidos criminalistas en considerar el dinero que se gasta en cárceles (sin confesionario ni asilos de San Koska) como el único que a la fecha emplean los gobiernos directamente en la selección del pueblo que dirigen, y a ese título lo miran como uno de los invertidos con mayor provecho social. La razón alegada por la comisión que pide los indultos a granel de los presidiarios, porque no hay bastantes celdas para hospedarlos aisladamente, si no es interesada, tampoco es científica. Ella puede ser dictada por la depresión del nivel del concepto de justicia que dirige nuestros destinos de nación a la fecha.

En materia de penalidad de la delincuencia el pueblo chileno no encuentra ninguna demasiado severa, nunca se ha quejado del rigor de los códigos. Lo que rechazamos con toda energía porque está en pugna directa con lo más íntimo de nuestro ser, es que se pretenda dictar leyes de carácter general, pero cuya sanción sólo la sintamos nosotros, que se pretenda aplicar las leyes del país con distinto criterio según las castas en que dicen está dividida la población, y que se deje para nosotros lo angosto del embudo en nuestra calidad de inferiores, de esclavos. Es conveniente desengañarse, una vez por todas, de que a este pueblo no se le podrá gobernar así jamás. El país, el territorio podrá admitir esa desigualdad de derechos cuando nuestros gobernantes hayan conseguido reemplazarnos a todos por razas inferiores. Pero hay que abandonar esa ilusión, porque eso no ha sucedido en la historia desde que el mundo es menudo.

Le repito que la pena de muerte para los crímenes graves no nos ha asustado nunca; «el que la hace la paga» y «para morir nacimos» y «al que se muere se le entierra». Repetidos son los casos en que un condenado a muerte ha pedido que se le fusile. Conociendo el desgraciado roto que será incapaz de dominar sus instintos sanguinarios, en frente del trance terrible de la muerte, sus sentimientos sociales de justicia logran ese triunfo magnífico sobre instintos de propia conservación. Pronto está el pueblo chileno a respetar las leyes de Dracón o cualquiera otras siempre que se dicten en bien de la patria y de la raza, y que se apliquen sin excepciones que envuelvan una ofensa; pero estamos cansados de esperar en vano que se fusile a algún criminal de la clase gobernante; al contrario, vemos con verdadera indignación que quedan impunes los crímenes más horrorosos cometidos por algunos de sus miembros, como el envenenamiento de una pobre mujer llevado a cabo con cálculo frío y tenaz que revela entrañas de fiera y la más ruin cobardía, clase de crímenes que jamás comete el hombre del pueblo en Chile, porque repugna a su ser, y que es privativo de la mujer en los países de sicología varonil, siendo estigma inequívoca de psicología matriarcal de un país el que los hombres apelen a ese medio cobarde de asesinato. Todo discurso es inútil enfrente de los hechos, porque imaginarse que nos pagamos de palabras es doblar la ofensa.

Dos generaciones van corridas en las cuales la impunidad de los criminales de la estrada superior de nuestra raza ha debido ejercer, seguramente, su acción funesta en su selección moral.

La campaña santiaguina en favor de los criminales tiene además el grave inconveniente de perturbar el criterio del pueblo, tan correcto en esto como en todo, y en ese sentido es profundamente disociadora e inmoral.

Las consecuencias lejanas de los actos no son vistas con precisión sino por los cerebros superiores; el pueblo ignorante y atrasado en su desarrollo mental en Chile se adapta por instinto al rigor de las leyes dictadas por sus compatriotas ilustrados e inteligentes; pero si ve que esos mismos hombres se empeñan en atenuar ese rigor, sus sentimientos de benevolencia para con sus hermanos primarán sobre los de equidad, y todo lo que tienda a debilitar el severo sentimiento de justicia seca que adorna a nuestra raza es un crimen, un sacrilegio.

Seguramente que entre los sinsabores que experimentan los hombres que guían a sus semejantes no será el menor el de tener que velar sin contemplaciones porque se cumpla la sanción de la ley. «No tienes el corazón bastante duro para gobernar al superhombre», decía Zarathustra. Duras son las leyes de la Naturaleza. «*Dura lex, sed lex*», decían los romanos. La selección orgánica marcha sobre los cadáveres de los vencidos. Si la especie humana ha llegado a ser la reina de la Creación, es porque en ella la lucha selectiva ha revestido caracteres de especial dureza; sólo en nuestra especie sus individuos han hecho sistemáticamente pasto de sus semejantes: «*homo homini lupus*». Las razas superiores de la humanidad son el premio alcanzado a costa de millones incontables de sus propios hermanos. Si el hombre desea coadyuvar a la acción de la Providencia, de la naturaleza, en su obra más portentosa, el perfeccionamiento de su criatura predilecta, debe tratar de imitarla. La lucha y el premio al vencedor son la esencia misma del progreso de todos los seres organizados. Duras son las leyes de la naturaleza; pero tienen los méritos inestimables de que se cumplan sin excepciones; de que no pueden burlarse sin sanción y de han sido, son y verán un guía infalible de perfeccionamiento. El porvenir es de las razas que presentan mayor docilidad a la adaptación de leyes sociales que estén en armonía con la de Dios.

3.- Beneficencia exagerada, su causa biológica. Concepto biológico de «raza latina». Ley de civilización de Gumpowicz.

Es un fenómeno psicológico muy interesante por su significado y por la constancia con que se produce, el de la simpatía que despiertan los criminales en las sociedades en decadencia moral. No faltó en Grecia ni en Roma en su período de disolución, y es hoy tan marcado en el mediodía de Europa, que Ferri lo tiene como uno de los caracteres de la raza latina. ¿Es el grito de la conciencia, como creen algunos? ¿Es simpatía por el hombre cuya debilidad moral sienten ellos mismos en su ser, como piensan otros?

Me inclino a creer que no, señor. Hay un rasgo general en todas esas manifestaciones de compasión, de ternura por el hombre desgraciado o que creemos tal, que abarca todas las modalidades de ese fenómeno psicológico. Ese rasgo es la característica del alma femenina: la protección al chico, al débil, al incapaz. Son las mujeres en todos los países las más entusiastas y abnegadas servidoras de esa campaña, que se extiende pronto y con ardor a los niños desvalidos, a los huérfanos, a los desamparados. Es el reinado de la beneficencia y el triunfo de su reina, la mujer.

La selección ha desarrollado necesariamente en la hembra de todos los animales ese instinto poderoso que la obliga a dedicar todos sus afanes, sus ternuras y su vida misma al ser que en los primeros momentos de su existencia ha de deberlo todo al esfuerzo extraño. Es la existencia misma de la especie la que está ligada a ese instinto materno, instinto tanto más desenvuelto y enérgico cuanto mayor es la incapacidad en que viene al mundo el retoño de la especie respectiva, y es el vástago humano uno de los más desvalidos en su primera infancia. De allí que en la mujer ese instinto sea tan poderoso. Nada tiene que hacer en esto la reflexión, no es en ella un acto cerebral de los que llaman voluntarios, es sólo producto de órganos, de vísceras particulares a su organismo femenino. La frase «amor entrañable» que para el hombre es simple figura de retórica, expresa una realidad fisiológica para ella. No necesita de reflexiones de ninguna especie una niñita de cinco años para arrullar amorosamente en sus brazos una botella envuelta en un pañuelo.

Los sentimientos de beneficencia, que en el hombre nacen sólo de la representación en nuestro espíritu del sentimiento ajeno, según Spencer, tienen además en la mujer raíces muy hondas, por lo que la exageración de tales sentimientos en una sociedad cualquiera son prueba inequívoca de la influencia femenina en la dirección social. Esa influencia más o menos ostensible del control de la mujer en todas las sociedades en descenso moral, ha sido notada por todos los filósofos de todos los tiempos, y vienen siempre acompañada de lo que se ha llamado afeminamiento de los caracteres en los hombres.

La concomitancia constante entre ese feminismo general y la depravación de las costumbres familiares y en consecuencia sociales, hizo pensar a los antiguos filósofos en la existencia de alguna relación causal entre ambos fenómenos. Para los sociólogos modernos han cesado las dudas, las relación existe y es inmediata. Es la obra del alma de la mujer.

Es una carta sobre criminalidad, como la presente, no creo que esté del todo fuera de lugar ahondar un poco en esta cuestión de la moralidad doméstica y sus relaciones con la psicología femenina. Esta investigación nos hará conocer el fundamento de algunos rasgos de la psicología chilena que con ella se relacionan, y me servirá para manifestar lo que significa la expresión «raza latina» psicológicamente considerada, asunto de actual interés en este tiempo en que el país está amenazado por la invasión de las costumbres y personas de esa raza. Creo además necesario el esclarecimiento de este tema a la luz de los conocimientos modernos, porque es de trascendental importancia ética, y anda muy embrollado y hasta desconocido del todo en Chile. Le dedicaré algunas carillas con las reservas que se hacen necesarias a un escrito por la prensa sobre esta delicada cuestión, confiando en que el buen sentido y la corrección de los instintos de los chilenos en esta ayudarán a los lectores que no posean conocimientos especiales sobre ella, a comprender esta somera exposición de un tema que necesitaría muchas páginas para ser dilucidado convenientemente.

Para recordar sólo dos de las más conocidas y extremas, tenemos como atenuada la psicología latina de hoy día, que he bosquejado en algunos pasajes anteriores y que seguiremos viendo más adelante. En los comienzos de la historia escrita de estos pueblos, los signos matriarcales eran muy acentuados. Las mujeres íberas las pinta Estrabón como muy varoniles y peleando en sus ejércitos al lado de los hombres. La cubada, signo matriarcal típico, era practicada por los íberos. La trasmisión de la herencia por la línea femenina y la del nombre de los descendientes parece que fue la

regla, quedando reducida en tiempos posteriores ese derecho sólo a la descendencia de la primogénita, como recordé. La tenacidad con que la íbera ha perseguido en todo la imposición de su nombre a sus hijos es curiosísima y la he seguido hasta Irlanda y Escocia con los Pictos. A esa tenacidad es debida la costumbre actual en España y otros países que la han heredado de poner el apellido materno al lado del paterno en sus nombres y firmas, como vimos más atrás. Sales y Ferré trae en sus *Estudios de Sociología* muchos otros signos del matriarcado íbero. Los Etruscos, que han denominado en tiempos protohistóricos tal vez toda la Italia, se firmaban o nombraban a sí mismo sólo con el apellido o nombre materno. En los sepulcros que de ellos se han descubierto, el nombre del muerto aparece con la frase «hijos de fulana». Se sabe que eran en gran parte comunistas, y sus fiestas religiosas tenían la marca típica del matriarcado: la falta del recato. Las fiestas de las Lupercales eran «verdadero carnaval de pastores; veíase allí los luperos (*luperci*, los que alejan el lobo) correr y balar, con el cuerpo desnudo y con una piel de chivo rodeando la cintura, y aporreaban a los transeúntes a zalcazos». (Mommsen, *Historia de Roma*, tomo I, «Los Sacerdotes»).

Describiendo las Mascaradas el mismo autor (capítulo 15), dice que llegaban «muchas veces hasta la licencia más desenfrenada». Algo atenuados, esos espectáculos son los que hoy mismo se llaman carnaval y mascaradas, que se pretende introducir en nuestras costumbres, a pesar de las protestas del «bajo pueblo». Mommsen dice que la palabra obsceno viene de obsco, nombre de un pueblo del centro de Italia, y que significa «trabajadores de los campos». Lascivo, según el mismo, viene de Lases, nombre de los Buenos Genios etruscos, y que ciertas canciones de las mascaradas se llamaban fescenninas. Son muchos los signos de matriarcado etrusco que acompañaban a los anteriores. De la misma manera eran matriarcales perfectos los Pelasgos, pobladores de la Grecia y comarcas vecinas, los cuales, psicológicamente considerados, son también latinos, en la acepción que aquí doy a esa palabra.

Como extremo a que puede llegar la falta de celo varonil y dominio completo de la mujer, pueden citarse muchos ejemplos históricos y también contemporáneos de razas inferiores. Un ejemplo. Los Nairs, de la costa de Malabar, en Indostán:

«Hállase agrupada la sociedad nair en clanes, compuesto cada uno de ochenta a cien personas, y dividido en familias. Consta la familia de la madre, de los hijos y del tío materno. El marido es como un huésped, que sólo entre en la casa en ciertos y determinados días, y aun entonces no pueden sentarse a la mesa con su mujer y sus hijos.

La madre goza de la más alta consideración, y después de ella la hija primogénita.

A la madre exclusivamente pertenecen los bienes, que no se transmiten sino por las mujeres».

Después de relatar las ceremonias nupciales, Sales (ob. cit., pág. 91) agrega:

«Desde este instante el matrimonio está concluido y se consuma, pero esta ceremonia no tiene por objeto dar marido

a la joven; lejos de esto, el que ha oficiado de tal, sea pariente, amigo o desconocido, no puede serlo, debiendo, a los cuatro o cinco días abandonar para siempre la casa de la novia. Todo el objeto de este casamiento se reduce a despojar a la doncella de la castidad, y autorizarla, mediante esto, a tener amantes, que la madre le ayuda a buscar; porque es artículo de fe, entre los Nairs, 'que la doncella que muere virgen no entra en el paraíso'. Se ve que son preceptos religiosos inventados por la mujer.

Si la novia es hermosa, pronto se asocian tres o cuatro Nairs para mantenerla en común, y al paso que crece el número de los asociados, así sube la fama y la gloria de la joven. Esta puede tener a un tiempo cuantos maridos le plazca; pero suele contenerse, por lo general, con diez o doce, que mira como otros tantos esclavos subyugados por sus encantos».

No hay para qué decir que los tales Nairs son una de las castas humanas más miserables y adyacentes de la humanidad. Hay en etnografía muchos ejemplos semejantes.

Sabido es por todos que la familia es la piedra fundamental de la sociedad. El mismo espíritu que preside a la formación del grupo simple familiar rige el grupo complejo social. El mismo concepto moral, jurídico, religioso, etc., dirige ambos grupos con las solas diferencias externas de su aplicación a entidades más o menos compuestas.

Los estudios de psicología étnica tienen hoy comprobado que en las razas de psicología patriarcal o varonil la organización de la familia descansa en el celo sexual o egoísmo de reproducción del hombre, y que el pudor, el recato, virtudes fundamentales del grupo familiar en estas razas, deben su existencia a ese mismo celo varonil.

En las razas matriarcales no siempre existe un grupo familiar bien determinado y concreto; esa célula social es a menudo de contornos indefinidos, porque las relaciones sexuales en esas razas no tienen ese núcleo vital de un solo hombre y su progenie, que poseen las patriarcales. Pero lo que establece su más marcada diferencia bajo el punto de vista moral, es que su organismo doméstico no tiene por base el celo del hombre, careciendo, en consecuencia, del sentimiento del pudor. Es tan conocido ese rasgo del matriarcado, que a la vista de figuras o de descripciones de cualquiera raza o estirpe humana en que aparezca de manifiesto por el traje o costumbres de ella su falta de pudor, los psicólogos están seguros de que en esa raza domina la psicología matriarcal con todos sus demás caracteres.

La limitación de las relaciones sexuales, que en la familia varonil está regida por el egoísmo genésico del hombre auxiliada por el recato, en la familia matriarcal obedece a reglas extrañas, como el tabú, relaciones de tribus, prescripciones religiosas, intereses materiales, etc. El hombre carece en ellas de celo y aun de iniciativa amorosa, siendo la mujer la que tiene bajo su control todo lo que a la perpetuación de la estirpe se refiere. Hay, naturalmente, muchas graduaciones en esta materia.

Todas las grandes civilizaciones que registra la historia han florecido en pueblos matriarcales gobernados por castas indígenas o razas extranjeras patriarcales, con excepción de las civilizaciones contemporáneas de las naciones teutónicas. Ése es el fundamento bio-psicológico de la ley de la civilización de Gumplowicz:

«Todo elemento étnico esencial potente busca para hacer servir a sus fines al elemento débil que se encuentra en su radio de potencia o que penetra en él. Esta tesis sobre la relación que presentan entre sí los elementos étnicos y sociales heterogéneos, esta tesis con las consecuencias que de ellas derivan, sin que se pueda exceptuar una sola, encierra la solución completa del enigma del proceso natural de la historia humana».

Hay pruebas sobradas de que el elemento «potente» y el elemento «débil» corresponden al patriarcal y al matriarcal respectivamente.

La raza dominante dicta las leyes e impone sus costumbres a la dominada, tras resistencia de variable intensidad según los casos concretos. La imposición del régimen patriarcal en la constitución de la familia y la del pudor como virtud doméstica a las razas débiles por las potentes, es la nota más característica de la lucha moral que se entabla en las sociedades compuestas de esos dos elementos. El criterio de moral es el de la clase superior, y los escritores y los filósofos han tenido como base de la correcta administración de los estados la severidad de las costumbres domésticas de sus mandatarios.

Todas las civilizaciones que han nacido bajo ese régimen han decaído y muerto, después de un período más o menos largo de esplendor. En las últimas etapas de su evolución es cuando se ha visto decaer el celo sexual varonil, amortiguarse el pudor, aflojarse los vínculos de la familia y asomar de mil maneras la influencia femenina en la dirección de la sociedad.

¿Cómo se ha operado esa evolución? Los pensadores antiguos se aplicaban esa rotación creyéndola una ley particular a toda sociedad, que de la niñez a la muerte eran llevadas por una fuerza fatal de origen desconocido. La evolución política, que marcha paralela a la moral de esas naciones, llevándola de la monarquía a la democracia y a la anarquía para volver a la monarquía nuevamente, la llamó *ritornelli* Vico, *circoli* Maquiavelo y ritmos otros filósofos. Hoy los biólogos conocen la causa de ese proceso y sus etapas. Es sencilla y no tiene nada de extraño ni particular: la raza conquistadora es siempre mucho menos numerosa que la que puebla el país conquistado por aquélla, y además nacida y desenvuelta en clima a menudo muy diferente del de sus nuevos dominios. La conjunción de ambas razas, que viene tarde o temprano, trae como consecuencia necesaria la absorción de la menos numerosa por la que lo es más, absorción favorecida por los inconvenientes que a los forasteros acarrea la aclimatación. A estas causas biológicas de agotamiento de la clase de los señores, se unen las sociológicas de que son esos señores los que proporcionan mayor contingente de guerreros, siendo a veces ellos solos los que forman el ejército, y de que emigran en gran número en busca de nuevas conquistas, de nuevos servidores.

Todos los agricultores que se han preocupado de mejorar sus castas de animales conocen perfectamente como se consume al cabo de algunas generaciones la sangre fina importada, cuando a los mestizos se les deja reproducirse libremente entre ellos y con los animales criollos, hasta que llega a reaparecer la casta ordinaria primitiva. El caso es el mismo, agravado en el hombre por las causas sociales apuntadas.

Las fases de los ritmos o círculos de que hablan esos autores están caracterizadas así:

1.^a: Amos conquistadores, patriarcales, de moralidad doméstica severa, régimen monárquico;

2.^a: Período de mestizaje, ordinariamente el más brillante en cultura y civilización, atenuación de los signos patriarcales, debilitamiento del pudor, régimen político menos sólido, menos exclusivo de una casta;

3.^a: Período de absorción o agotamiento de la sangre noble, decadencia moral en todos sentidos, el gobierno pasa a manos de la raza inferior y se establece la democracia matriarcal socialista igualitaria, seguida rápidamente por la disolución moral, social y política: anarquía. El país queda preparado para una nueva invasión y comenzar un nuevo ritmo.

Las pacientes investigaciones a que se han entregado en este último tiempo algunos sabios alemanes y franceses respecto de los signos físicos de los pobladores de los países en que esas estampas de civilización son mejor conocidas, confirman por completo las deducciones suministradas por la psicología. Como la raza conquistadora ha sido la germana en los pueblos en que se han hecho esos estudios, los tres períodos están caracterizados:

1.º: Por la existencia de dos razas, una rubia y otra de pelo negro y baja;

2.º: Por individuos con caracteres étnicos, mezclados; y,

3.º: Por gran mayoría de personas de pelo negro y talla pequeña.

El régimen familiar y político patriarcal de los países del sur de Europa, ha sido impuesto por varias invasiones germanas de esas regiones. La psicología indígena del mediodía de ese continente es matriarcal perfectamente caracterizada. Es sabido que los primitivos griegos, los Pelasgos, no conocían el matrimonio. A los patricios romanos, de origen germánico, les parecieron tan extrañas las costumbres familiares indígenas de Italia, que las llamaron mores ferarum; nadie conocía allí a su padre. Los vascos españoles practican todavía la cubada, y hasta hace poco más de una centuria los hijos y el esposo de una heredera debían llevar el apellido de ésta, perdiendo el esposo el suyo propio.

El fenómeno de la decadencia de la raza latina, como lo llama el profesor italiano Sergi y tantos otros, es pues sólo un proceso de depuración de esa raza; no hay degeneración sino purificación, vuelta a su naturaleza primitiva por la eliminación de la de la sangre extraña. El Pelasgo ha reaparecido en Grecia y sur de Italia, el Etrusco en el centro y el Liguro en el norte de esta península, como el íbero en España y parte de Francia. Los etnólogos estiman en cinco o seis por ciento la sangre germana que aún resta en esas comarcas.

La vuelta por lo tanto de ese espíritu en el sur de Europa, una de cuyas numerosas y elocuentes manifestaciones es esa ternura por los presidiarios, es uno de los signos psíquicos, que al par de los físicos, comprueban la absorción de la sangre patriarcal que allí aportó la última invasión teutónica. Nada tiene, pues, de impropio que el sociólogo criminalista italiano antes citado tenga como latino ese fenómeno.

En los pueblos de psicología matriarcal, ya sea que siempre lo hayan sido o que vuelvan lentamente a su primitivo estado después de un período impuesto de psicología patriarcal, ese movimiento feminista no causa tan graves perturbaciones domésticas ni sociales como las que produce en los pueblos en que una larga selección ha desenvuelto instintos profundos de psicología opuesta.

En las razas matriarcales los sentimientos y raciocinios, y por lo tanto la conducta privada y pública, son armónicos, orgánicos en sus tendencias. Ni el celo varonil ni el concepto riguroso de justicia han dirigido en esas razas la formación de la familia tal como en ellos está constituida, ni tampoco el agregado social, por lo que la pérdida del primero y el debilitamiento del segundo no perjudican la evolución de la sociedad, dentro del marco en que se desenvuelve en dichos pueblos.

Cuando, por el contrario, una causa cualquiera hace aparecer en una raza o capa social de instintos patriarcales primitivos alguna manifestación de la influencia del espíritu femenino, es porque el control varonil, su celo y el recato, que marchan juntos, están en quiebra, y como en estos pueblos esos sentimientos son la base de la correcta organización de la familia, su pérdida o su debilitamiento indican que se ha operado o está muy avanzada la disolución del grupo orgánico fundamental de la sociedad, que los cimientos del orden social están socavados, que el peligro de derrumbe es inminente.

Es con razón que el consenso social en los pueblos patriarcales consideran vinculados al celo varonil todas las demás virtudes domésticas y sociales, y hace consistir en ese celo el honor mismo del hombre. El individuo que no siente unidos inseparablemente a su delicadeza la castidad y el pudor de las mujeres de su familia es tenido, con justicia, como un ser degradado, villano, corrompido, en el cual la sociedad debe ser un enemigo.

La influencia del control de la mujer en las naciones latinas tanto en las costumbres domésticas como en la dirección del Estado, es grandísima a la fecha, aunque generalmente oculta, porque sabe por tradición lo que disgustaba a los bárbaros el que ellas se metieran en lo que no les incumbía, y aunque esos hombres han dejado de ser amos directos, han formado en sus tierras primitivas naciones poderosas que miran de reojo a la meridionales.

Los latinos se glorían de la influencia mujeril en la cosa pública. Adolfo Posada (*Feminismo*, página 225) rechaza con energía la creencia de algunos que niegan esa influencia en España. Dice:

«Pero no hay tal: porque ahondando un poco en nuestra misma vida real se advierte que por costumbre, fuera o contra la ley, la mujer ejerce un influjo personalismo en las esferas de la vida política militante, y la opinión se da de ello cabal cuenta. ¿Es un secreto para nadie que en las intrigas políticas juegan gran papel las mujeres? ¿Lo es quizá como influye por medio de la mujer siempre la Iglesia en todas las

situaciones? La opinión sabe que mil veces los títulos de Presidenta del Consejo o de Ministra, no son meramente honorarios».

No trae Posada, como comprobante de la excelencia del feminismo, que tanto alaba, ningún dato demostrativo del floreciente progreso de aquella nación en donde las mujeres juegan las intrigas políticas, y que tiene Presidenta y Ministra de verdad.

Es un hecho que las mujeres de las razas matriarcales tienen más carácter, más iniciativa, son más mandonas y voluntariosas que sus hermanas de las razas patriarcales menos femeninas.

Las mujeres de los pueblos de psicología varonil deben, como he dicho, sus virtudes domésticas al control del hombre, el cual, impulsado por su egoísmo reproductivo, ha ido eliminando violentamente durante largo número de generaciones a las mujeres que no le daban una seguridad completa en sus aspiraciones de ser él sólo su varón. De allí que sólo hayan sobrevivido esas mujeres sumisas, devotas y fieles, que son el encanto del corazón del hombre de esas mismas razas.

La transformación, por lo tanto, que todos los observadores notan en la raza del sur de Europa, obedece a una ley fatal biológica, cuyo cumplimiento no detendrán la educación germana de su juventud, ni las declamaciones infantiles de algunos de sus publicistas. La energía de sus mujeres y la débil acentuación del carácter de sus hombres, son una prueba de que la diferenciación moral entre los dos sexos en esa raza está atrasada en su evolución respecto de la germánica, y que la labor de la cooperación social está menos especializada, menos dividida, es más rudimentaria en las razas matriarcales, o «débiles», como las llama Gumplowicz, que en las patriarcales o «fuertes». Ese enfermo está desahuciado por los técnicos porque tiene horror al único remedio que podría curarlo, y lo rechaza bajo todas las formas que se lo presenten, se siente incapaz de someterse al tratamiento salvador de la lucha selectiva, tomada a fuerte dosis, como lo necesita.

La gran participación que la mujer tiene en la perpetuación de la especie ha hecho que la selección subordine a esas funciones todas las demás de su economía; por cuyo motivo ha quedado atrasada respecto del hombre en su desarrollo físico, moral y mental. Desenvueltas además sus virtudes domésticas por influencia del hombre en el último período de la evolución de la humanidad, en el período social, las virtudes femeninas se resienten de la falta de fijeza que poseen sus instintos primordiales. De allí que la mujer de las razas patriarcales siente a menudo la necesidad del auxilio moral masculino para vencer sus inclinaciones al mal; de allí que reclame como un derecho ese auxilio y experimente un dulce alivio al sentir sobre su flaca humanidad la mano severa del esposo. No es raro que ellas mismas suspendan sus lamentos para defender ese derecho y el de su marido, y protestar de la intromisión de algún extraño que se retira creyendo estúpida a esa mujer.

La castidad sólo será una gran virtud cuando sea un instinto poderoso, dice Nietzsche. Zarathustra recibió en una ocasión consejos de una mujer. Era una anciana que sabía analizar su propio pensamiento y que poseía un gran tesoro de experiencia, en el cual lo más preciado era una pequeña verdad:

«-¡Dame, mujer, tu pequeña verdad! -le dije.

Y la viejecita habló así:

-¿Tú vas donde las mujeres? No olvides la huasca».

Antes era una costumbre en Rusia, y hoy sólo existe en algunas regiones, la de que el padre de la novia regalará a su futuro yerno, al tiempo de verificarse el matrimonio, una pequeña huasca simbólica. Es sabido que los rusos son muy amantes de sus esposas.

«La verdad de que una mujer quiere a menudo más a un hombre fuerte que la maltrata, que a uno débil que la trata bien, muestra cuán grande es la equivocación del marido que acepta la posición de subordinado»

(H. Spencer)

Los Godos, amantísimos de sus familias, tenían ligera la mano con sus esposas; en cambio cuando faltaban carros en alguna marcha de la tribu, los hombres cargaban a la espalda a sus mujeres.

Entre los nombres que la esposa araucana daba a su marido de uno era epunamum, esto es, el que me lleva en sus brazos, o «en peso», como traduce Gómez.

Sabido es que el hombre ha tenido amplios derechos sobre su esposa en todos los pueblos patriarcales, derechos que han ido disminuyendo al paso que las costumbres han ido dulcificándose. El derecho de vida y muerte que tenía el esposo romano sobre su mujer, no era seguramente sino la justificación de antigua costumbre, derecho consuetudinario convertido en derecho positivo, en la ley escrita, y que concluyó en época prehistórica en las familias germanas, con la mujer de instintos poliándricos, hecho al cual se debió aquella dulcificación de las costumbres del hogar patriarcal y su expresión en las leyes escritas.

En las razas matriarcales es la mujer la que manda en la familia, y también en el Estado en gran parte, por la línea femenina se transmiten hereditariamente los derechos civiles y políticos, de la madre heredan su nombre los hijos, puesto que el nombre del padre no puede saberse de seguro cuando son varios los esposos de una misma mujer. El estado de perfecto matriarcado sólo se encuentra a la fecha en tribus que permanecen en estado de salvajismo o de barbarie. En las razas matriarcales que han llegado a la civilización, especialmente en aquellas que han estado largos siglos sometidos a conquistadores patriarcales y que han mezclado su sangre con ellos, los signos de matriarcado aparecen hoy muy atenuados y sobre todo encubiertos; sin embargo son siempre muy visibles para los psicólogos.

La esposa de raza patriarcal o varonil se siente subordinada a su marido, encuentra un íntimo placer en someter su voluntad hasta en los detalles nimios de la vida

doméstica a la voluntad del padre de sus hijos. Con el matrimonio esa casta de mujeres pierde gran parte de su propia personalidad y aun de su inteligencia, como afirma Spencer; y sus hijos pasan a ser sólo una parte del hombre.

La mujer de las razas matriarcales, aun de las más civilizadas, como las latinas, conserva supervivencias pasionales de la época de su antiguo dominio. Se casa esta mujer teniendo la íntima convicción de que le corresponde de derecho y por deber la dirección de su esposo, no sólo en lo de desviarlo de algún hábito pernicioso, sino de imprimir en él su modo de entender las cosas, su espíritu femenino, y de dirigir su actividad mental, de gobernarlo, en una palabra, de «amansarlo», como suelen decir algunas, y se glorían como de un gran triunfo, como de la obra más provechosa, cuando lo consiguen. La dirección moral y religiosa de sus hijos la disputa hasta conseguirla; en el gobierno de la casa no admite la menor intervención, puesto que ella es la que entiende de esas cosas y es la reina del hogar, como se proclama. Rara vez o nunca dice «tus» hijos hablando con su esposo, sino «mis» hijos. Esa situación de cada instante y de por vida en el hogar doméstico, sostenida con la tenacidad de una función orgánica necesaria, puesto que es sólo la esterilización del funcionamiento de estructuras cerebrales heredadas, es uno de los más graves inconvenientes a la paz y felicidad del matrimonio de un hombre de psicología patriarcal con una mujer de instintos opuestos. Él es asimismo la más pesada rémora de la evolución al patriarcado de la raza latina, muchos de cuyos hombres sienten la tendencia hacia esa evolución natural. Ya recordé que la mujer presenta mayor resistencia que el hombre a la evolución orgánica.

El celo feroz y sanguinario, producto en el hombre prehistórico de su egoísmo reproductivo, terminó una vez llenada la misión para que fue creado, y en su lugar nació el celo vigilante de cada momento, pero sin impetuosidades violentas, que ya no eran necesarias, y así se establecieron las relaciones sexuales ordenadas del matrimonio patriarcal con sus derechos hereditarios a la vida de la esposa.

Esa armonía psíquica de los matrimonios patriarcales ha concluido por transformar el instinto genésico animal del hombre primitivo en el amor del esposo, que no es la pasión sensual, ni el amor apasionado del novio, sino un sentimiento tranquilo, natural, como el que se siente por una parte del propio ser, por la mejor parte del propio ser; sentimiento que no encuentra amplia base para desarrollar en los esposos matriarcales en estado de transición, como es el que atraviesan los pueblos meridionales europeos. De esto proviene el hecho curioso de que sea precisamente en las razas cuyos antepasados han derramado a raudales la sangre de sus esposas, en las que a la fecha sea más raro, casi inusitado, el uxoricidio. El esposo ofendido en su honor conyugal descarga de preferencia su cólera sobre el hombre ofensor. Matar a su esposa sería para un Germano de sentimientos correctos como apuñalar su propio corazón. Por el contrario, el matriarcal, a pesar de su débil o nulo egoísmo reproductivo, la ofensa a su derecho legal de propiedad, que es el más fuerte en él, o a su delicadeza de esposo, la vengas de preferencia en su eterna rival de cada instante. No creo necesario repetir que lo anterior es lo general. Las excepciones, aquí como siempre, confirman la regla.

Las consecuencias sociales que se desprenden de la diversa psicología conyugal entre patriarcales y matriarcales son numerosísimas y transcendentales. Sin hablar de la importancia de la intromisión de la mujer en la dirección de la sociedad, ni de las leyes que rigen la constitución de la familia entre unos y otros, quiero decir aquí dos palabras sobre la diferencia capital que existe entre lo que se llama feminismo en las naciones matriarcales y lo que se nombra con la misma palabra en las naciones germanas.

En las naciones latinas lo que se entiende por feminismo es realmente la reversión atávica al dominio real de la mujer, a la imposición de la psicología femenina en la dirección del Estado. Por eso se aúnan en las doctrinas sociales feministas de aquellos países las tres marcas más características del matriarcado: el sentimiento comunista de la propiedad, la sustitución de la justicia por la beneficencia en la distribución de los beneficios sociales, y la depresión de las virtudes que en los pueblos patriarcales son el fundamento de la moralidad de la familia y de la moralidad general. El feminismo político de Inglaterra es un sentimiento completamente diverso: se inicia allí el mismo fenómeno interesantísimo que apareció en Australia y Nueva Zelanda: una reacción natural hacia un régimen más democrático. Como la mujer inglesa, de Europa o de Oceanía, no se permite opinar de diverso modo que su marido, el derecho de sufragio concedido a las mujeres casadas en la Australia inglesa fue sólo el establecimiento espontáneo de lo que los políticos llaman voto proporcional: el hombre casado tuvo así a su disposición dos sufragios. De ese modo en aquellas colonias inglesas se impusieron en su dirección política las doctrinas democráticas, que las conducen rápidamente a una prosperidad maravillosa. Obtenida la reacción democrática, ha cesado ya casi del todo la importancia del voto femenino, y hoy las damas australianas con pocas excepciones se queda en sus casas el día de las votaciones, y los australianos se ríen de buena gana recordando los tiempos de sus hermosísima campaña política con el sufragio de sus mujeres.

El feminismo de EE. UU es sólo un problema moral transitorio desarrollado en algunas de sus grandes ciudades, problema que resolverán satisfactoriamente el día en que pongan manos a la obra, tarea que ya empiezan sus grandes diarios.

Por eso no se ven ni en Inglaterra, ni en Australia, ni en Norteamérica los demás signos de matriarcado. El individualismo que domina EE. UU. es único en el mundo por su severidad, como lo veremos más adelante. Las virtudes varoniles domésticas inglesas son ejemplares bajo todas las latitudes. El feminismo latino y el feminismo germano son dos fenómenos distintos con el mismo nombre. Analizaré más adelante esta materia con mayor detención cuando trate del concepto político del pueblo chileno.

Y volviendo a la condición de la esposa en las razas patriarcales, recordé que la mujer adúltera entre los Araucanos perdía su derecho a la existencia, quedando su vida a la voluntad de su marido, sin embargo, el esposo indígena, que era celosísimo e inexorable con el hombre que había atentado a su honor, se limitaba de ordinario a vender como esclava a la esposa infiel o a devolverla a sus padres, el cual estaba obligado a restituir al yerno ofendido lo que de él hubiera recibido al tiempo del matrimonio.

Mientras los antiguos romanos tuvieron derecho de vida y muerte sobre sus esposas, la historia no registra ningún caso en que se hubiera ejercitado ese derecho; fue después que se suprimió, en honor y beneficio de la mujer, cuando se vieron los uxoricidios cobardes de todas clases haciendo número en la insensata criminalidad de los males tiempos del Imperio.

Pero no hay manera de convencer a los latinos con los hechos. La enseñanza que encierran los hechos deriva del acervo de ideas almacenado en la cabeza, y ya sabemos que el cerebro de esta raza, según Feri, sólo entra en funciones por la excitación del momento, ya sea producida por un hecho actual o por palabras. Que sigan creyendo que son ellos los que mejor saben amar a sus mujeres porque piden para ellas todas las libertades, todos los derechos; pero que no pretenden hacernos creer a nosotros en esas

palabras los mismos que las dejan perecer en los incendios o ahogarse en los naufragios sin prestarles ayuda.

4.- Una causa biológica de la decadencia de las sociedades.

El último de los tres períodos en que, para facilitar la descripción, supuse dividido el ciclo de las civilizaciones, es le más corto. El auge y el brillo alcanzados durante el período del mestizaje prolonga a veces la vida de esas sociedades por la inercia de las cosas, cuando no se presenta la ocasión de poner a prueba su resistencia; pero bajo esa capa brillantes se esconde en sus postrimerías un esqueleto roído por la carcoma moral. Desde entonces la pendiente se torna en precipicio.

¿De qué manera la corrupción de las costumbres trae lo que llaman degeneración de las razas? No toda la simultaneidad constante de esos dos hechos, los pensadores lo han relacionado, pero sin dar con su verdadera causa. No es la corrupción de las costumbres lo que trae la degeneración de una raza o más bien de una sociedad de las que trato, es, al contrario, el agotamiento o extinción de la raza superior, cuyo espíritu había sido la fuerza creadora de esa civilización, lo que produce su ruina moral y política. Pero es verdad que el efecto se convierte a su vez en causa aceleradora de la decadencia: desenfrenadas las costumbres domésticas, desaparecen rápidamente los últimos vástagos de la raza dominante.

Cuando los hombres de una casta o capa social superior en una raza patriarcal pierde, ya sea por impureza de su sangre o por otra causa, el celo sexual, el fenómeno de su degeneración lo explican los sociólogos modernos sin apelar a castigos providenciales por la corrupción que la pérdida de aquella virtud trae consigo, ni se contentan con suponer una causa oculta. Proceden como los biólogos cuando desean explicarse un caso de variaciones extensa en una especie: comienza por averiguar las condiciones bajo las que se verifica la función de su perpetuación, antes de pasar a otras indagaciones, y allí la han encontrado patente.

La degeneración en este caso es sólo cuantitativa, no hay un cambio radical psicológica sino únicamente descenso en su manifestaciones: el carácter se amortigua, la inteligencia se obscurece, los ideales se apocan, las ambiciones se reducen. Se han perdido pues precisamente los distintivos de superioridad social. Es que el ojo avizor del celo es, sino el único, el más eficaz guardián de que la filiación real humana corresponda a la que aparece en los libros del Registro Civil o parroquiales. En las clases en que el hombre ha perdido esa virtud generadora de la moralidad de su hogar, se nota muy pronto, a veces desde la primera generación, que los retoños de estirpes que han dado ciudadanos honorables y de alzados anhelos patrióticos, aparecen mostrando, sin que se sepa de quién los han heredado y en ocasiones con una precocidad pasmosa, el genio trapalón de cocheros, instintos de pinche de cocina o ambiciones de hortera. No hay en eso degeneración; así no degeneran las especies ni las razas; eso se llama sustitución. Y son desgraciadamente los hombres de valer por sus otras cualidades, aquéllos cuya actividad cerebral consume en provecho de la sociedad misma la mayor parte de sus energías, las primeras víctimas de ese proceso bastardo.

En esos tiempos de decadencia, los buenos, los previsores se casan tarde, los malos, aunados, los excluyen de los negocios públicos y el malestar social aumenta y se extrema hasta provocar la reacción:

«La superioridad individual -dice Lapouge- es una causa no solamente de inferioridad positiva de la natalidad, sino también de eliminación directa en los estados sociales imperfectos, y el mecanismo de la decadencia es una selección regresiva eliminadora de los elementos superiores. Los economistas dicen que la moneda débil destierra a la fuerte; en el conflicto de clases y de razas, la inferior derrota a la superior».

Esto sucede cuando las razas superiores se dejan embaucar por las declamaciones interesadas de las inferiores respecto al absurdo de la igualdad de todas las razas humanas.

5.- Criterio varonil y criterio femenino de la justicia. Fundamento biológico de la necesidad de las virtudes domésticas, especialmente en la mujer.

La locura filantrópica santiaguina tiene, como puede verse por lo anterior, un significado mucho más grave del que puede colegirse de un examen superficial. Ella es una manifestación visible del influjo perturbador de la mujer en la administración del Estado.

«Sólo la justicia hace grandes y felices a los pueblos», es aforismo repetido por todos los pensadores. La mujer habla a menudo de justicia; pero es necesario no pagarse de palabras sino observar lo que ella llama con ese término, y como procede.

Justicia, dice Spencer, implica «que cada individuo recoja los resultados favorables o desfavorables de su propia naturaleza y de la conducta consiguiente», o como decimos nosotros «a cada cual lo suyo y por su bueno»:

«Pero es nota especialísima de la naturaleza de la mujer -añade el mismo filósofo- consecuencia de sus funciones maternas, distribuir los beneficios no en proporción del mérito, sino en proporción de la falta de mérito, dando más donde la capacidad es menor».

El que no lo ha visto comprende sin embargo perfectamente el caso de una madre virtuosa y sensata que espera, disimulando su impaciencia, a que se duerma, rendido por el trabajo del día el hijo que sostiene penosamente a su familia, para entrar en puntillas a su cuarto registrarle los bolsillos y sustraerle su escaso dinero de reserva, saliendo

triunfante con su presa y murmurando con aire de quien proclama una verdad inconclusa:

-No es justo que éste tenga plata de más cuando al otro le faltará muchas veces un peso para comer.

«El otro» es el hijo mayor, el tunante de la familia, un bribón egoísta que ha encontrado razones para convencerse de que sólo los tontos trabajan en este mundo.

Cuando desde esta pampa salitrera contemplo con la imaginación a nuestros más encumbrados hombres dirigentes acercarse con una sonrisa maternal a la cuna de un rorro de bandido, de los patrocinados por San Koska, y hacerle cariñitos en los carrillos con la punta del dedo, mientras le dice «agú» con voz meliflua, veo como si lo estuviera mirando con los ojos de la cara, que son las mujeres de las familias de esos mandatarios, esposas, madres, hermanas o hijas, las que los han arrastrado a exhibirse tan tristemente ante el pueblo viril que gobiernan, pueblo que se impone con el espanto en el alma de esa extraña metamorfosis de sus hombres superiores, y que se pregunta angustiado: «¿adónde nos conducirá?».

¿Ignora alguno que esté medianamente impuesto de nuestra historia actual cuáles fueron los dos misterios de que hablaba Isidora Errázuriz como causantes de los luctuosos sucesos del 91?

Chile ha estado ya en una ocasión gobernado por faldas. Hace ya de esto muchos años. Fue a mediados del siglo XVII cuando llegó de gobernador a Chile el anciano Acuña, casado con una italiana joven, la Pallavicini, la cual tomó el mando de la colonia mientras su esposo se curaba de antiguos reumas. Vestida de hombre y montada en brioso corcel dirigió una campeada en contra de los Araucanos para hacer prisioneros y venderlos como esclavos. El resultado se adivina. El desastre fue espantoso y estuvo a punto de perderse la colonia.

Copio del historiador Carvallo y Goyenechea (*Historiadores de Chile*, tomo 9, pág. 74 y siguientes) las líneas en que puede verse lo que significa «un alzamiento de indios» en aquellos tiempos. El admirable espionaje que mantenían los Araucanos les hizo saber con mucha anticipación las intenciones de la Presidenta y sus hermanos, por lo que corrieron la flecha ordenando el levantamiento y fijando día y hora. Estos movimientos eran organizados con tanto sigilo y con arte tan consumado que sus efectos eran siempre terribles. Estos vándalos americanos eran tan destructores y temibles en sus expediciones guerreras como los europeos.

Al mando del toqui Leubu-Pillán se levantó en masa la Araucanía:

«En un mismo momento se echaron sobre todos los establecimientos y las estancias del territorio comprendido entre los ríos Maule y Bío-Bío, y atacaron las plazas situadas en su país interior. Cautivaron más de mil trescientas personas españolas. Saquearon trescientas noventa y seis estancias. Quitaron cuatrocientas mil cabezas de ganado vacuno, caballar, cabrío y de lana; y ascendió la pérdida de los vecinos y del rey a ocho millones de pesos, de que se hizo jurídica información. Se abandonaron las plazas y fuertes sin que quedasen otras que Arauco, Boroa y un fortín en el cerro

de Chepe. Arruinaron todas las casas de conversión. Cautivaron a sus conversores y se llevaron y profanaron los vasos sagrados, y con sacrilego desacato destrozaron y ultrajaron las santas imágenes, y entregaron los templos al fuego».

Sigue el historiador Carvallo enumerando los estragos hechos por los indios, y concluye:

«Estos horribles males causaron el interés y la adulación fomentados por una mujer».

El pueblo de Concepción se amotinó, y Acuña habría sido linchado si no se mete en el convento de los jesuitas. Fue al fin destituido, a pesar de una información con testigos falsos comprados con su hermosura, que mandó al rey la italiana.

En descargo de los «cobardes» Araucanos por su irreverencia con las imágenes, debo recordar que nuestros antepasados indígenas nunca tuvieron una imagen de su Dios, por lo que creían que los conquistadores adoraban como a dioses las imágenes de los santos, lo que hería vivamente sus ideas religiosas, por cuya razón fueron siempre furiosos iconoclastas, como lo habían sido los conquistadores en otro tiempo. Con las cabezas de las imágenes de madera jugaban los Araucanos grandes partidas de chueca. Eran bárbaros.

La presencia de una mujer en el Ejército extranjero hizo alimentar tales esperanzas de reconquista a los indios que en realidad estuvieron a punto de conseguirlo. Hubo aún algunos que opinaron que se abandonara definitivamente la conquista de Arauco, y aun la de todo el sur.

Refiere el historiador Carvallo, varios actos de los «valentones» indígenas que tenían verdaderamente aterrorizada a la metrópoli militar de la colonia, a Concepción, de esos hechos de audacia araucana de los huentrun, que los llevaban a cabo sonriendo, más como quien hace una broma que como quien realiza una hazaña, y termina Carvallo:

«Y para decirlo de una vez, llegó a tanto su osadía, que a las tres de la tarde cautivaron dentro de la población a un sacristán de la Catedral».

(tomo IX, pág. 90)

Y después de esta digresión sobre historia, que siempre enseña algo, vuelvo al tema.

Probablemente los santiaguinos no se imaginan las deducciones que los que están al tanto de lo que significan esas muestras de la intervención de la mujer en los negocios de afuera, puedan sacar respecto de los que se ventilan dentro de sus hogares.

Ya he recordado que en este punto de moral la pendiente es rapidísima. No hay en él manifestación alguna, por insignificante que parezca, que no entrañe graves consecuencias. Como en todas las religiones de filiación patriarcal, la ciencia darwiniana considera que, en todo lo que atañe a la corrección de las funciones que perpetúan las especies, no hay parvedad de materia. Como no hay tampoco insignificancia de tiempo: un minuto fatal puede destruir para siempre la obra selectiva de largos siglos. Los beneficios sociales que reporta el cumplimiento de la ley de supervivencia del más apto, están íntimamente ligados a la perpetuación de la naturaleza de los más capaces, no a la de sus apellidos. Es, pues, la moralidad femenina en esta materia la que tiene capital importancia, y es sólo en ella que la selección ha querido que esa virtud, posea un signo físico que acredite su existencia.

Siento no poder dar mayor desarrollo a esta tesis, que es una de las fundamentales de la ética evolucionista y la de mayor trascendencia, pero que no puede ser tratada por la prensa. Y lo siento porque siendo ella, por su propia naturaleza, la que más genuinamente caracteriza la diferencia moral sexual, su análisis más detenido habría hecho comprender más claramente el abismo que separa una de otra ambas psicologías.

Los que sólo leen las obras de los países latinos o las pocas de los países germanos traducidas a los romances porque en algo concuerdan con aquellas, no se imaginarán la gran diferencia de criterios sobre esta cuestión que dirige las literaturas de esos pueblos. Menos podrán figurar, si no han vivido en la intimidad de las familias de una y otra raza, la disparidad completa de enseñanza y de conducta en unas y otras.

El pueblo ignorante germano no razona, pero posee sobre estos instintos arraigados que lo dirigen; los más ilustres se dan de ello cuenta muy cabal y le acuerdan toda la importancia que merece. Durante la última exposición universal de París, visitaba yo un día los palacios de las bellas artes en compañía de un médico ruso, el cual me llamó la atención a la gran diferencia que se notaba desde la primera mirada en el número de desnudos que se exhibían en las secciones de los países latinos comparados con los países germanos. Sólo dos en la inglesa, el conocido de Lady Godiva y otro de intención asimismo honesta; poquísimo en la alemana, y ninguno en la rusa. En todos los desnudos de los países matriarcales eran muy manifiesta la intención de excitar la pasión sexual y en muchos la impudicia que manchaba las obras de facturas más exquisitas, especialmente en la escultura, causaba profundo disgusto. La serena y castísima desnudez de la estatua del arte griego clásico no tenía allí ningún representante. Aunque era observación que yo había hecho, el doctor sacaba de ella consecuencias particulares. La completa ausencia de desnudos en los cinco o seis grandes salones de su patria parecía llenarlo de orgullo, y me la señaló como prueba concluyente de la superioridad de su raza, fundó en esa superioridad la justicia del panslavismo o dominio del mundo por los eslavos, y me dijo, con la convicción de un bárbaro del siglo V, que Dios tenía destinada a su raza para restablecer la virtud en el mundo.

Me consta asimismo que las familias inglesas no visitaron aquella exposición, más que por otra causa, porque la prensa de Inglaterra dio a conocer ese aspecto particular del arte que allí se exhibía en salas, frontispicios, jardines, avenidas, etc.: en todas partes y con cualquier pretexto.

Desde que Spencer publicó su *Data of ethie*, a ningún hombre de ciencia le es permitido creer en una moral absoluta y universal. Cada pueblo, cada raza tiene la suya propia, amoldada a sus costumbres particulares. Por lo tanto, en la presente cuestión, lo que es inmoral para los pueblos patriarcales, no lo es para los demás. El distintivo característico de las religiones de los pueblos de psicología matriarcal es precisamente la existencia de divinidades femeninas en su Empírico coexistiendo con ritos y prácticas que se llaman impúblicas por juzgarlas con criterio moral varonil; pero que son tan puras y sagradas para aquellos como son las nuestras para nosotros. Las naciones latinas no exhibirían a la vista del mundo esa marca de su espíritu si la creyeran inmoral. Lejos de ocultarlo, como notan que ese signo de reversión psíquica se acentúa cada día más en ellos, lo miran como signo seguro de progreso, de civilización, y si sus manifestaciones públicas no son todavía más aparentes, es sólo porque saben por tradición, por el control que a la distancia ejercen sobre ellas las naciones germanas y por la enseñanza del cristianismo, que el pudor y la castidad son la base de la moral de la familia.

Lo anterior es dicho, naturalmente, en tesis general. Es el resultado evidente de la comparación de esas dos razas, sin que por ello olvide las numerosas excepciones que aparecen en una y otra. Las costumbres primitivas pelasgas, etruscas o íberas no volverán ya a dominar en toda su antigua crudeza en el sur de Europa: la evolución natural del matriarcado al patriarcado es una faz conocida del progreso moral.

6.- Crisis moral en los países latinos. Su causa biológica.

Por lo anterior podrá apreciarse la gran verdad del mal que las doctrinas de los pueblos latinos introducidas en Chile podrán causar a nuestra raza, de psicología tan netamente patriarcal.

Lo que han dado en llamar «crisis moral» los escritores europeos, y que hoy aflige a los pensadores de aquel continente, encierra en el fondo el conflicto sustancial de la psicología étnica que he diseñado entre unos y otros de aquellos pueblos. A una gran parte del público ilustrado no le bastan las afirmaciones dogmáticas religiosas en materia de moral, y como los escritores generalmente no conocen la base biológica de la étnica, se encuentran impotentes para dirigir por rumbo determinado las contradictorias opiniones que allí se emiten y que han producido por fin una verdadera anarquía en los espíritus. Ese conflicto es pues hondo, como lo son los orígenes raciales de que provienen. En los pueblos latinos, que es donde cunde la anarquía moral, los sentimientos íntimos heredados pertenecen, con mayor pureza cada día, a las razas originales de esos países, y el criterio con que se sigue apreciando las manifestaciones visibles de aquellos instintos, esto es sus costumbres, es el que en las tradiciones, literatura, legislación, etc., han dejado en esas comarcas los pueblos de psicología patriarcal que los han poseído. El conflicto es, pues, entre el concepto y el precepto; el primero pertenece a una raza y el segundo a otra. La legislación romana y el criterio moral de los patricios, que hasta la fecha acatan de buen grado, con ligeras variaciones, los países germanos de Europa, son resistidos instintivamente por los pueblos latinos.

Esa anarquía moral empieza a dejarse sentir en los escritores de nuestro país con su cortejo obligado de males sin cuento. Con mucha frecuencia leo en algunos diarios del sur especialmente de Santiago, las más enérgicas censuras por la inmoralidad política, la

falta de honradez administrativa, la venalidad de los funcionarios públicos, etc., que desde poco tiempo a esta parte viene generalizándose en Chile. Pues bien, esos mismos diarios se han declarado adalides entusiastas y convencidos del feminismo, doctrina, o «movimiento» como lo llaman, destinada a salvar a la humanidad de todos sus males, y por ende a nuestro país. Y repiten todos los argumentos y razones de los escritores de los pueblos matriarcales de Europa y América.

El más furibundo fustigador de las torpezas o de las maldades que nota en nuestros gobernantes es también el más feminista, y como es el portavoz de un partido político, tendríamos aquí antes que en los países latinos incorporado ese «movimiento» en la política militante. No trepida ese diario en admitir todas las consecuencias lógicas del feminismo en artículos de fondo llamando «mojigatería» al pudor e hipocresía al recato, y la panmixia es su idea de relaciones sexuales. No tiene, pues, la más remota idea de la verdadera doctrina científica en este asunto. Se queja de los males que ve con criterio chileno y aconseja los remedios con las ideas latinas en boga en la capital. Esa incongruencia mental está haciendo escuela; los diarios de ese partido en provincia siguen al de Santiago y el absurdo está tomando carta de naturaleza en Chile, sin que nadie trate de combatirlo. Es conveniente empezar.

Naturalmente que es nuestro maternal gobierno el que da la nota por la que se afina toda la orquesta. No me refiero a despojo del hijo trabajador en beneficio del tunante, sino a un capítulo completamente original y sin precedentes en la redondez de la tierra que trae la Sinopsis Estadística, etc., oficial de este país en que habitamos los descendientes de Caupolicán. Dicho capítulo se titula en letras gordas: «Feminismo»; y en él comienza el redactor oficial por lamentarse de que en Chile no se haya emprendido todavía «una campaña en pro del feminismo, como en algunos países de Europa»; pero se consuela y disculpa ante el país y el extranjero enumerando lo que se hace en ese pro y lo señala como promesa del porvenir halagador que aquí le aguarda en no lejanos días. En ninguno de los países matriarcales, en donde el feminismo es innato en la población, los gobernantes lo han aceptado como programa ni como aspiración del Estado. La sonrisa burlona y desdeñosa que el solo nombre del feminismo provoca en los países de raza fuerte, y también el propio sentido común, los ha dejado atrasados respecto de nuestro progresista gobierno en ese movimiento. La frase entre comilla es tomada de la Sinopsis publicada el primer año de este siglo, página 292.

De modo que parece que tenemos ya el feminismo como programa político de un partido, y, de seguro, como programa de gobierno desde el comienzo del siglo XX. Pero ya sabemos que la intervención de la mujer en asuntos de la vida indica descuido de los deberes de las casas. Flojedad del control varonil, atrofia del celo y de las virtudes que de él se derivan. Hay manifestaciones públicas de que el cuadro es complejo, como era lógico suponerlo.

Como estas cartas serán recopiladas en un pequeño volumen, para lo que tengo su autorización, y como los libros tienen larga vida, quiero, señor, dejar constancia de esos hechos y de la fecha de su aparición en nuestra sociedad, pues cada día que pasa los pensadores de la escuela evolucionista dan mayor importancia a las cuestiones morales, cuya base biológica se presenta hoy clara, en la explicación de la marcha de las sociedades.

Es con el alma apenada que, en obediencia al mandato de intereses superiores de raza, voy a escribir las siguientes páginas.

Quiero previamente afirmar, porque lo sé, que es falso que toda nuestra clase superior, la flor de nuestra raza, haya sido arrastrada por la vorágine maldita de inmoralidad y de cobardía que hoy aflige al país. Las estirpes más nobles se han retirado casi por entero de los negocios públicos. Si uno se fija, no en los chilenos, sino en los individuos de raza chilena, ve muy claro cuales ramas de nuestra aristocracia se han maleado, siendo fácil constatar los apellidos latinos de moderna data que aparecen en la dirección del Estado, aliados a ramas de antiguas y nobilísimas familias chilenas, imprimiendo a todo negocio que cae bajo su manos el sello de su alma particular. Más difícil, sino imposible, es para que los que no hayan practicado investigaciones especiales conocer las estirpes chilenas bastardeadas por la primera invasión latina de que habla el abate Gómez de Vidaurre, y que tan patrióticamente deplora.

Hay que acostumbrarse a hacer esa distinción entre chilenos de nacimiento y chilenos de raza si se quiere apreciar nuestros caracteres étnicos, porque si bien es verdad que algunas alianzas desventajosas no han producido los males que eran de temer, lo común es que en esas almas mestizas aparezcan desvirtuadas nuestras cualidades raciales, cuando no pervertidas, desequilibradas o anuladas del todo.

El chileno es intelectualmente modesto, lo que unido a la falta más o menos acentuada de brillo imaginativo, lo coloca en condiciones desventajosas frente a las razas meridionales europeas, cuando se juzga superficialmente de cualidades inferiores. El hombre honrado y patriota desconfía de sus aptitudes de gobernante, teme la responsabilidad que pesaría sobre su conciencia si los servicios públicos por él desempeñados, si su patria, resultaran perjudicados por su incompetencia y su presunción. Esas condiciones de su carácter han ido eliminando del escenario público a muchos hombres verdaderamente superiores, los que han sido reemplazados por otros de condiciones opuestas, venidos de la variedad inferior de nuestra propia raza o de mestizos de razas matriarcales.

Ese desvío de los mejores ha arrastrado después a los buenos y luego a los mediocres. Hoy se cuentan en los dedos de las manos los que aún bregan en contra del torrente devastador. Las mujeres, que en procesión interminable trafican a la fecha por las escaleras del palacio de gobierno y llenan las salas de espera, concluirán por alejar de la Moneda a los pocos hombres que todavía luchan, porque nada molesta más a los hombres serios que la intervención de las faldas en los negocios graves de Estado.

7.- La inmoralidad de una parte de nuestra aristocracia es recientemente. Fecha de la aparición de algunos estigmas de decadencia moral. La ciencia experimental justifica las virtudes domésticas.

«Diríase que el progresos de la inmoralidad es la nota dominante del período que nos ocupa».

Confesión de parte.

Se refiere el redactor de esa revista oficial a la expectativa, o fantasma como él la llama, de procurarse dinero sin trabajar, apelando a todas las variedades del fraude. El cuadro de desmoralización y desgobierno que nos describen los diarios de todos los partidos políticos es bien conocido para que tenga necesidad de ser repetido en estas páginas; pero es conveniente recordar que esos reproches no tocan a las capas cardinales, al tronco y raíces de nuestra raza.

Voy, pues, a dejar constancia de algunos hechos públicos tristísimos que revelan claramente que el mal ha llegado a la médula y que su curación es sólo obra de cirujano. Lo que he recordado como base de la moralidad privada y pública, las virtudes domésticas, que han colocado siempre a nuestras familias superiores a la altura de las más nobles de los países varoniles de Europa, muestra hoy estigmas inequívocos de degeneración. Quiero apuntar la fecha en que han aparecido en nuestra sociedad porque ella prueba que el mal es reciente y que su extensión debe ser todavía muy limitada.

1. En el otoño de 1902 asistieron por primera vez en Chile señoras y señoritas de nuestra aristocracia a presenciar la representación de piezas teatrales de carácter inmoral.

Esa clase de espectáculos es propiedad exclusiva de las naciones latinas europeas, latinos son sus actores y empresarios, latinos sus temas y su enseñanza. El empresario santiaguino comenzó la serie de tandas destinadas a la familias aristocráticas de la capital con la destreza del corruptor de oficio: escogió de su repertorio las piezas cuya bajeza no fuera tan evidente ni sostenida, que dejaran a las damas oportunidad de disimular, tras de su abanico o entablando una conversación repentina, su falta de sonrojo en los pasajes crudos. Explorando el terreno con ojo experto, comprendió que podía llegar pronto al fin. Los diarios de Santiago han estado dando cuenta de las tandas que han presenciado aquellas familias. Entre esas tandas las hay que son indecorosas desde el título, en las cuales no sólo el argumento es profundamente inmoral, sino que sus escenas, sus palabras, sus llamados chistes son de una licencia impúdica tan desvergonzada que no me atrevo a calificarla con las palabras que le conviene. La deshonestidad de tales piezas es tan sostenida que parece calculada para que, por muy hábil que sea el arte de disimular en la mujer que la presencie, no puedan quedar dudas de su falta completa de decoro. ¡Pobrecillas! Desde lo más íntimo de mi corazón las compadezco. Ellas no tienen la culpa.

En esa escuela de enseñanza objetiva habrán aprendido que el matrimonio sólo es necesario para la uniformidad del apellido de los hijos; que la fidelidad es una simpleza; que el esposo es el ser más ridículo de la sociedad; que pudor, recato, castidad y demás pamplinas que andan en boca de algunas viejas son antiguallas y expresiones de su despecho y envidia; que el mundo marcha y va derecho al triunfo definitivo y completo de la mujer, de la mujer libre.

Pero ellos estarán satisfechos. Ellas saben de memoria la lección y están listas para ir a la Moneda conseguirles un empleo, un contrato, un viaje a Europa, y llegarán a «Palacio» con la sonrisa alentadora y la actitud rendida de la mujer que solicita, mientras ellos esperan tranquilos en el club o en los paseos, filosofando sobre las ventajas de tener mujer hermosa y la vista gorda, y dándose esa importancia exagerada propia del marido consciente de su desgracia.

Esos hombres, que son los que han adulterado nuestra estadística criminal, deben estar ahora más convencidos que nunca de la tenaz e incurable ineptitud de este pueblo para marchar adelante con la civilización, porque no habrán dejado de notar que a las tandas educadoras, la clase de «medio pelo» ni las populares han llevado a las mujeres ni siquiera a los hombres jóvenes de sus familias, siguiendo en eso el ejemplo estúpido de la aristocracia que, según ellos, permanece hipócrita y atrasada. Habrán notado con disimulado encono que las únicas mujeres que asistían a esas tandas eran las suyas, que ocupaban los asientos de primera clase, y allá en el, paraíso otras mujeres, las más desgraciadas de la sociedad. De ese cuadro tomará nota la historia.

Algunos diarios de Santiago, especialmente el decano de la prensa de la capital, en un tremendo artículo de fondo titulado «El triunfo del Cancán», condenaron en los términos más enérgicos esa novedad en las costumbres santiaguinas; pero su argumentación estaba fundada sólo en el sentimiento instintivo correctísimo de sus redactores en esa materia, o en los preceptos de la moral cristiana. Existe, pues, en Chile, como en los literatos latinos que se titulan a sí mismos sociólogos, desconocimiento de la base biológica de la moral sexual, fundamento de la moralidad general en los pueblos de psicología varonil. Por ese motivo me he detenido en esta cuestión de tan capital importancia.

No es nombre de ninguna doctrina filosófica especulativa, ni en nombre de ninguna religión, sino en nombre de la ciencia moderna experimental que es hoy posible afirmar que las virtudes domésticas, cantadas por los más grandes poetas de todos los países y tiempos, son el Arca Santa, intocable, que encierra el secreto de la felicidad y del perfeccionamiento del hombre.

Pero, formando contraste con aquellos diarios, el órgano feminista de Santiago aplaudió calurosamente esa conducta de una parte de la aristocracia chilena, llamándola «quitarse la careta», y daba en lugar preferente de sus columnas la lista nominal de las damas asistentes a cada tanda. Allí quedarán sus nombres archivados a perpetuidad para el que más tarde desee averiguar las causas íntimas de los sucesos que continuarán nuestra historia.

2. La invasión de novelas inmorales sin más mérito que su impudicia descarada, que continúan la obra del «género chico» de los teatros, novelas generalmente «ilustradas» con figuras de la misma escuela, y que se sirven a domicilio o pregonan en las calles y paseos. Juntos con éstas han aparecido en cáfila vendedores de estampas y fotografías indecentes, que pululan con toda libertad en las ciudades y van extendiendo su parroquia a las aldeas y a los campos.

A esta pampa ha llegado una verdadera plaga de tales comerciantes. Con un gran canasta a las espaldas recorren las oficinas salitreras ofreciendo libros, oleografías y estampas obscenas a los calicheros.

Una anécdota personal a este propósito, y dispense.

Hará un mes que vi al primero de estos faltos en una estación de ferrocarril. En cuando me vio, el hombre se dirigió a mí y me alargó un cuaderno abierto de esos grabados. Lo registré un poco sin decir palabra, miré al sujeto y le devolví el cuaderno.

Creyó tal vez que yo encontraba poco expresivas las figuras por lo que me guiño un ojo y con una sonrisa cínica de rufián deslió un paquete de fotografías y se me allegó

para mostrármelas de cerca y en confianza. Era tan repugnante la indecencia de las fotografías que alcancé a ver, que no puede reprimir el impulso de apartarlo de mí con un moderado empujón.

El hombre se enojó y exigió que le explicara mi actitud, lo que hice con este apóstrofe, más o menos: retírese el sinvergüenza. A eso has venido a América, a fomentar la corrupción en vez de venir a trabajar. Tus mismos paisanos deberían impedirte que vinieses aquí a desacreditar a tu patria.

Me retiraba cuando percibí que el tipo me seguía, y con ademán provocativo, con la insolencia que les es particular, me tomó de un brazo para que me detuviera. Me vi obligado, señor, para que me soltara, a darle unas cuantas bofetadas, y ya con la sangre caliente le volqué el canasto y le rompí además algunos cuadernos.

Sé que me ha demandado, y presumo que el juez me mandará pagar esa mercancía, que goza de franquicias en nuestras aduanas. Lo que es los golpes, creí habérselos dado en justicia.

Y me aparté pensando en lo que dirá un roto que llegue triste a su casa por no haber encontrado trabajo, ocupado su puesto por un extraño traído de lejanas tierras con ese objeto, y que al entrar sorprenda a sus hijitos hojeando uno de esos cuadernos, introducidos en su hogar por otro de esos extraños.

La idea de si le había dado los golpes al falte con razón o sin ella no estaba clara en mi cabeza, y me venía rumiando el caso de conciencia, cuando de repente resolví el problema: las bofetadas eran necesarias, justas; pero el que las había recibido no las merecía. ¿Qué culpa tenía el desgraciado de que hubieran ido a buscarlo a sus tierra desde este mismo país que rechazaba la única industria que él conocía, la de vender fotografías de las costumbres de aquellos lejanos pueblos? El culpable era otro. La sonrisa de infeliz, que me pareció de alcahuete, tal vez sería sólo la del mercachifle, que son muy parecidas. De modo que la fórmula matemática que resolvió el problema fue: « $x = \text{le tiré los bofetones al moro y los recibió el cristiano}$ ». Me servirá de experiencia.

3. Este año que corre el diario feminista de Santiago nos regaló a sus suscriptores un almanaque ilustrado, en el cual el programa y artículos de propaganda del partido político a que sirve de portavoz alternan con grabados y textos pornográficos.

4. Al Museo de Copias de esculturas de Santiago se ha traído el año pasado algunas estatuas de sátiros y faunos.

Las esculturas de esos semidioses de la antigüedad latina no faltan en ningún museo de algunos países de esa raza. Las gentes, especialmente las mujeres, las contemplan con cierto respeto religioso. Esas efigies reaniman en ellas estructuras nerviosas no del todo atrofiadas, herencia orgánica de sus remotos antepasados, y les despiertan reminiscencias pasionales no extinguidas aún de sus lejanos abuelos de «*moras ferarum*». Se las ve permanecer largo espacio entre ellas, embelesadas, estáticas, retenidas por halago inexplicable y suavísimo como la última emanación de un aroma que se esfuma, como la dulce melancolía de los recuerdos nebulosos de la remota infancia, quedándose atenta como si a través de largas generaciones oyeran en su interior la música lejana y misteriosa de los silvanos del bosque sagrado que las llama al cumplimiento de sus cálidos ritos; y allí demoran, embriagadas por la emoción estética

que conmueve el fondo de su alma racial. Esas estatuas son pues para ellas profundamente artísticas.

¿Pero a los chilenos qué nos pueden decir esos injertos de hombre en chivo, esos seres extraños de cara humana lasciva y patadas de cabro? A la generalidad sólo parecerán una fantasía de estatuario loco. Los que sólo saben por los libros que hubo en un tiempo hombres de carne y huesos que adoraban seres de esa forma, todavía no salen de su estupor. Ellas permanecen pues mudas para los chilenos, y una escultura para que sea obra de arte tiene que hablar al alma. Para los chilenos que sabemos lo que aquellas figuras híbridas simbolizan, ellas representan sencillamente una monstruosidad moral, que no podemos contemplar sin cierta repugnancia.

Ya habrán llevado los santiaguinos a sus esposas, a sus hijas, o sus hermanas a admirar las nuevas adquisiciones del Museo de Copias, y donde ellos nada han comprendido, ellas habrán hecho muchos cálculos, porque la mujer tiene en esas materias intuiciones maravillosas, y adivina lo que no sabe.

5. Los diarios de la capital han dado en la costumbre, desde uno o dos años a esta parte, de anunciar los matrimonios aristocráticos diciendo la señorita fulana de tal se casará con don zutano de cual. Antes se casaban allí los hombres con las mujeres. Esa alteración en el orden en que nombran a los novios podrá parecer a algunos de nimio significado; pero, teniendo presentes los demás hechos, ese orden en las palabras indica la jerarquía de las ideas en la mente de esos diaristas, y aunque sea detalle, es detalle del mismo cuadro.

6. Ha aparecido en la bella literatura nacional, también de dos o tres años a esta parte, un rango mental que es asimismo muy decidor.

Es él la profusión de poesías del género erótico y de la especie cultivada por la poetisa Safo, esto es, de aquellas en que al fuego de la pasión amorosa va unido el deseo de abatirse, de humillarse, de sacrificarse por la persona amada, sentimiento muy propio en aquella mujer poeta aunque desequilibrada y que la llevó por fin al suicidio; pero en Santiago ha aparecido en los hombres, aunque no se suicidan.

Aquilatan ellos la belleza de tales «poesías» por el grado de humillación ante la mujer adorada que ha logrado expresar el autor. Y los hay eximios en el arte. Es de ver el entusiasmo con que se declaran esclavos rendidos, anonadados a los pies de su reina, de su diosa, y el ingenio que muestran en encontrar y darse ellos mismos los títulos más humillantes. El ideal del perfecto enamorado es, según ellos, permanecer la vida entera, la eternidad misma agachados ante su ídolo, tan sumisos, humildes, obedientes y fieles como un perro.

Los diarios llaman a esos escritos «poetas tropicales», ellos se llaman entre sí «vates», con el aditamento de uno o más adjetivos sonoros.

El canto de esos vates me hace temer que haya germinado ya en el país la casta de los gurruminos, porque cuando el hombre se postra de esa suerte, la mujer empuña la huasca. Y con razón.

De que es el control femenino en la selección humana, y por consiguiente signo matriarcal, la existencia de hombres que sientan de esa manera la pasión amorosa, no puede ponerse en duda.

Entresaco del libro *L'Europa Giovane*, del inteligente autor latino G. Ferrero, las citas que van enseguida sobre este mismo tópic:

«La primera y más grande diferencia en el modo de sentir la emoción amorosa entre los pueblos del sur y los pueblos germánicos, consiste en el diferente grado de idealización».

«Esta diferencia fundamental y orgánica determina en los países germánicos toda una moral sexual especialísima, que puede estudiarse en Inglaterra mejor que en cualquier otro país. El hombre del sur se burla, en su ingenua ignorancia, de esta moral; sin embargo, cosa que ellos no podrán siquiera imaginarse, esta moral es uno de los más grandiosos fenómenos morales de toda la historia humana; y bien lejos de ser una comedia hipócrita es, por el contrario, una de las más serias y profundas creaciones de aquella raza».

Sin conocimientos de biología este autor no puede fundar científicamente sus opiniones, aunque son excepcionalmente correctas entre los escritos de su raza.

El germano, el patriarcal, lejos de sentir ese anonadamiento de la voluntad cuando está enamorado, experimenta, por el contrario, un incremento de su energía; no sueña en humillaciones ante nadie, ni es el placer material el fin que ambiciona principalmente, por más que sea su aliciente natural que entra en sus cálculos. Su objetivo es la paternidad, fundar un hogar, tener seres de su propia sangre a quienes dedicar el fruto de su actividad y la ternura de su corazón, hijos que perpetúen su nombre y hereden su energía. Su esposa es, antes que todo, la madre de sus hijos, y luego carne de su carne, hueso de sus huesos y alma de su alma; una ampliación de su propio ser; pero carne, huesos y alma que necesitarán de ajeno esfuerzo porque son débiles; él lo sabe, y su naturaleza varonil está de tal modo desenvuelta por la selección que su energía se duplica, su ambición se ensancha y se siente con las fuerzas necesarias para hacer con ella en sus brazos el camino de la vida.

Es muy común en los pueblos germanos (lo era más en la antigüedad) el que un hombre que desea casarse encargue a su madre el cuidado de buscarle una esposa. Es proverbial la felicidad de tales matrimonios, y se comprende fácilmente. Un matriarcal cree absurdo, estúpido, el que un hombre se case sin estar enamorado «hasta los huesos», es decir, hasta ser víctima de la fascinación que es sólo sensual, obra de la femina, y que anonada o absorbe todas sus demás energías, provocando un amor que concluirá con la hartura.

Dice Ferrero:

«L'amore nell' uomo del Sud é soprattutto l'ammirazione per la bellezza fisica della donna, e il desiderio de goderne.

L uno e l'altro de questi sentimenti hauno la loro

origine nel bisogno fisico, ma l'amore dell' uomo del Sur é più vicino che l'amore, dell' inglese alla funzione organica».

Ecco, más vecino a la función simplemente animal o instintiva; la del germano es más «idealizada», como dice el mismo autor, lo que para los biólogos significa que el hombre del sur va a la zaga del hombre del norte en su evolución cerebral, puesto que la marcha del progreso sensitivo va de la acción refleja al instinto y a la idea. Las actividades cerebrales conscientes sustituyen más y más a las instintivas inconscientes, someténdolas a su control e imprimiéndoles el sello distintivo de las funciones superiores del encéfalo.

Los «vates», ésos que jamás nombran siquiera la palabra hijo, que concretan y resumen todas sus aspiraciones en la posesión de la «cosa amada», son pues matriarcales de la peor casta.

7. Hace menos de un mes, el jefe del servicio de correos de la República ha notificado por los diarios al público que en las oficinas de ese servicio no se dará curso a las tarjetas postales con figuras indecentes. Y a la puerta de todas las estafetas ha debido pegarse ese aviso bochornoso. Ninguna de esas tarjetas viene de los países germanos, absolutamente ninguna.

8.- Selección regresiva por falta de sanción penal. A quiénes y cómo corrompen las riquezas.

Sólo aquellas razas en que el sentimiento de igualdad ante la ley ha sido muy poderoso han logrado hacer prácticos ese sentimiento. Y es esa misma práctica uno de los más eficaces factores de su propio progreso, porque con ella ha sido posible el que la selección, que llevan aparejadas la eliminación o la secuestación de los inadaptados al régimen social, alcance a los ricos y a los poderosos, esto es a las familias de esa misma raza que por las superiores cualidades de su espíritu han descollado de las demás y dirigen sus destinos.

Una de las causas de la degeneración moral de las clases dirigentes ha sido en todas partes la impunidad que su posición o su dinero han procurado a los aristócratas corrompidos o criminales, impunidad que les ha permitido multiplicar libremente su estirpe insana. Esa falta de selección en los estratos superiores de una raza inutiliza los esfuerzos y sacrificios, inherentes a todo proceso selectivo, sufridos por esa raza en la producción de hombres superiores, de eugénicos, agotando sin provecho su vitalidad étnica.

Cuando el roto ignorante desea que se fusile al criminal aristocrático que lo merece, no lo mueve ningún espíritu de crueldad ni de venganza, ni tampoco el sentimiento razonado de selección: muévelo sólo su instinto heredero de la necesidad del sometimiento común a la majestad de la ley. Es el mismo sentimiento innato que al roto ilustrado lo lleva a mirar como uno de los más elocuentes signos de la perfección política de Inglaterra el que un juez de esa nación haga comparecer a sus estratos a los

nobles y a los príncipes de sangre real y los mida con la misma vara que al último de sus súbditos.

El espectáculo permanente a la vista del pueblo de la violación de la igualdad con que se aplica la ley penal en Chile, es lo que lo lleva a menudo a solicitar el indulto de la pena de muerte impuesta a un criminal de sus filas. Ésa es la sola razón. Que se castigue a todos con las mismas penas. O se fusile a todo criminal que lo merezca, sea cualquiera su posición, o no se fusila a ninguno.

Siempre fue elástica la aplicación de la ley en Chile, pero en los últimos cuarenta o cincuenta años la impunidad de los miembros de la clase superior ha sido casi completa. Este mal, como todos, ha recrudecido en estos últimos años, en lo que seguramente ha tenido gran parte la distribución llevada a cabo con cualquier pretexto de la riqueza fiscal entre las familias gobernantes del país.

Dos son los principales caminos por donde la riqueza adquirida sin el esfuerzo personal lleva al hombre a su perversión. Los bienes de fortuna no los adquiere en buena lid, en los países bien organizados, sino el que posee excepcionales aptitudes superiores; pero cuando la riqueza llega por otros medios a poder de hombres que no la merecen, las leyes económicas que gobiernan la acumulación y la dispersión de los capitales arrebatan, tarde o temprano, a los indignos las riquezas mal habidas. Uno de los modos más comunes de verificarse ese rescate es el empleo que del dinero hacen estos hombres, pues los dispersan en una ostentación exagerada que disimule su falta de méritos, o en realidad sus ideales inferiores de vida, procurándose sin tasa los placeres de los sentidos. En busca de placeres llega pronto el hombre al ara en que sacrifica su dignidad de varón, presentado el cuadro de miseria moral que he bosquejado más atrás.

El otro camino es el recordado de la falta de «selección penal» como la llama Lapouge. Sus efectos inmediatos son la de mantener en libertad a los bribones poderosos, y la de herir el sentimiento popular de respecto a la ley, y sus efectos alejados el de hacer a las generaciones futuras el presente de que habla Spencer, el legado de criminales hereditarios y de cretinos de alma y cuerpo, hijos legítimos de la embriaguez, de la orgía o de la lúes.

Los efectos perniciosos de la riqueza se dejan sentir con toda su desastrosa intensidad en los países de sentimientos menguados de justicia, en aquéllos en que dicho sentimiento, el más elevado de los sociales, es reemplazado por el de beneficencia, o lo que significa lo mismo, en los que el criterio femenino de distribución de los beneficios sociales prima sobre el varonil. Y así ha podido decir G. Le Bon de esos pueblos:

«Cuando se quiere hacer fortuna a toda costa y su capacidad no les permite satisfacer ese deseo, se para poco en los medios, la honradez se rebaja y la desmoralización se hace pronto general. Es lo que ha sucedido en la mayor parte de los países latinos. Puede hacerse en ellos, cada día con mayor razón, esta observación inquietante, que la moralidad de las clases dirigentes está de ordinario muy por debajo de la de las clases populares».

Yo he subrayado la última frase.

A la inveterada impunidad de los crímenes de sangre en nuestra clase gobernante, ha venido a sumarse en estos últimos tiempos la de los delitos contra la propiedad, especialmente de los cometidos contra la propiedad de la Nación. A la copiosa nomenclatura española de esta clase de delitos, cometidos por miembros de las familias pudientes, hay que agregar el chantaje de que ha denunciado algunos casos la prensa de Santiago hace unos quince días. Pero ha surgido últimamente una clase particular de delitos contra la propiedad, de que es menester dejar constancia por su gravedad temible.

Es la formación de compañías por acciones con propósitos ilícitos. La voz pública llama a estas cuadrillas con el nombre de «sindicatos». Sus acciones son numerosas y se reparten entre muchos para interesar en el lucro y en el silencio al mayor número posible de personas. El dinero aportado se emplea en obtener la complicidad de funcionarios públicos o en «conseguir influencias» como dicen los socios.

Hay varias de estas extrañas compañías; todos hablan de ellas, todos conocen a sus organizadores, todos saben el filón que será explotado y los millones en expectativas; pero todos los comentarios se hacen en voz muy baja, a medias palabras, porque los comprometidos son muchos y los principales accionistas son poderosos.

Algunos de estos sindicatos han escollado con la decisión de los tribunales de justicia, por lo que a la fecha la primera diligencia de sus gestores es hacer del objeto perseguido un negocio «administrativo».

Estos fracasos judiciales y ese empeño en huir de los tribunales probarán, a los que no tengan más datos que estas asociaciones para delinquir son también de aparición reciente en nuestro país: los ministros de las Cortes, con ser hombres jóvenes muchos de ellos, pertenecen a la generación anterior.

Otro expediente usado por los «ladrones de levita», como los llama la prensa, para eludir la acción judicial, es nombrar de entre ellos una «comisión investigadora», injerto del Poder Judicial no creado por la Constitución, para que pesquise el delito. Y, como los tiempos lo han requerido, hanse nombrados varias de esas comisiones, que hasta la fecha estarán pesquisando.

Estos procedimientos han producido cierta tirantez en las relaciones del Poder Judicial y los demás del Estado, creando una situación llena de peligros, y que ya ha dado ocasión a un hecho grave: un mes hará más o menos que el jefe del Poder Judicial de la República, hombre de probidad sin tacha y que goza de la absoluta confianza de sus conciudadanos, tuvo que retirarse de la Moneda, adonde había sido invitado, para frustrar un intento preconcebido de desaire a su alta magistratura.

9. Desprestigio en el extranjero de nuestra clase gobernante.

Poderosos y muchos son los hombres que han emprendido la tarea de desacreditar al roto chileno. Su trabajo ha sido llevado con método y constancia. Yo empiezo sólo hoy a levantar cargos y alzar un extremo del manto con que se cubren sus detractores,

pero a pesar de esa enorme desigualdad en el poder de los abogados de esta contienda, tengo la íntima convicción de que les gano la partida, porque mi causa es justa y porque apelaré a un tribunal que no podrán eludir con comisiones investigadoras.

Conozco los países que nos han querido y a los hombres de esos países que deberán oír mi alegato. Su fallo inapelable me dará la razón. Con costas, daños y perjuicios.

He de ver lo que dirán del ejemplo de honestidad que nos están dando nuestros gobernantes, los hombres de aquel gran país que al grito de: «¡justicia!», se alzaron un día airados en contra de sus príncipes conculcadores de la moral y profanadores del templo de las leyes; de aquel gran país donde los descendientes de aquellos mismos gobernantes extraviados acaban de inmortalizar en bronce al puritano regicida.

Ni en Europa ni en ningún país civilizado creen que de un día para otro se corrompa un pueblo entero que ha mostrado desde que nació a la vida, no con palabras sino en el crisol incorruptible de los campos de batalla, que posee en altísimo grado la virtud cardinal del valor.

Saben en Europa lo que aquí pasa mejor que nosotros mismos. En 1900, en la oficina de redacción de uno de los principales diarios de Londres, uno de sus redactores, después de expresarse en términos encomiásticos del pueblo de Chile, como para dorar una píldora de acíbar, me citó hechos concretos y nombres propios de mi lejana patria que me dejaron mudo de vergüenza. En Londres, en Liverpool, en Hamburgo y en todos los grandes centros comerciales que tienen relaciones con nuestro país, existen ciertas cuentas y ciertos recibos firmados por chilenos como comprobantes de gastos particulares hechos por los agentes en Chile de las casas de comercio europeas, gastos que sólo desde muy pocos años a esta parte les ocasionan sus relaciones mercantiles con esta nación.

¿Ignoran nuestros gobernantes esos hechos? Cualquiera podría creer que sí, que no tienen noticias ni sospechas de tal cosa, pues se muestran muy sorprendidos del descrédito en que va cayendo el nombre de Chile en el extranjero, y para contrarrestarlo invierten alrededor de cien mil pesos del tesoro público al año en mantener en Europa a sobrinos y ahijados que escriban en los diarios artículos laudatorios sobre Chile y sus gobernantes.

Sólo fingirán creer en la degeneración moral del pueblo chileno y en la virtud de sus clases dirigentes, fenómenos contrario a lo asentado por el sabio francés Le Bon, las naciones que están interesadas en que nuestros virtuosos mandatarios les obsequien nuestro sagrado patrimonio territorial para instalar en él a la plebe matriarcal de sus países.

Juntos han venido a nuestra patria la depresión de la idea de justicia, el descenso de su nivel moral, el apocamiento de los caracteres, la desorganización administrativa y la novísima preferencia por los países latinos del viejo mundo.

No hemos sido los chilenos sino viajeros observadores los que han encontrado siempre una semejanza muy visible entre nosotros y algunas de las naciones de origen germánico de Europa.

«Los ingleses del Pacífico», «los prusianos del Pacífico» han sido nombres que nos han dado en repetidas ocasiones. Por otra parte el pueblo chileno no ha ocultado sus preferencias por las naciones del norte de aquel continente. A ellos mandó a su juventud

a educarse, de ellos trajo sus maestros; sus costumbres y sus instituciones nos sirven siempre de modelo. Especial condición fue siempre impuesta a los agentes de colonización de que las familias que introdujeron al país fueron de esas mismas naciones.

Sólo en el contrato Colson de colonización se vio por primera vez una concesión para que se agregara a las familias germanas algunas francesas del norte de ese país, y esa concesión no fue sin protestas. Ahora sólo los pueblos los pueblos latinos nos sirven de modelos y de ellos y de africanos estamos poblando nuestro escasísimo terreno vacante, y aun el habitado por chilenos. No es difícil explicarse la concomitancia de esos hechos. Sólo deseo dejar constancia de que no es el pueblo chileno el que ha cambiado de pensamiento ni de simpatías y de que el cambio radical, operado en nuestros gobernantes no podrá ser impuesto a nosotros sin graves resistencias y sin gravísimo daño, si es que alguna vez lo consiguen, lo que no creo.

Una anécdota a propósito de esa transferencia de simpatías en la Moneda: El decano de una de las colonias germanas de Santiago, hombre de negocios que habita en nuestro país cerca de medio siglo y en donde ha formado su hogar, teniendo a orgullo el que sus hijos sean chilenos, no pudo contener las lágrimas la primera vez que los empleados de la Moneda le exigieron propina para dar curso a una solicitud ante el Gobierno, llorando bajó las escaleras y llorando salió a la calle, en donde encontró el atribulado y noble anciano, el que me ha referido el caso. En cambio, el primer trasgresor en grande de la última ley sobre fabricación de alcoholes, un latino que ha quedado sin castigo, sube y baja la escalera de Palacio canturreando «*La donna e mobile*», todas las puertas se abren a su paso y sólo encuentra caras sonrientes y accesibles. El caso es uno, pero indica la serie, y es sugestivo. El primer hecho tuvo lugar en 1892, y el segundo en los primeros meses del año en curso.

10. Procedimientos para combatir la criminalidad. ¡Dennos escuelas!

Para concluir esta carta sobre criminalidad, voy a agregar algunas líneas a lo dicho sobre la manera de combatirla.

En medio eficaz queda ya apuntado: la eliminación y la secuestación.

Las colonias penales han sido un fracaso en todas partes, con excepción de las rusas en la Siberia. Esta excepción se explica porque los penados con los cuales se han formado esas colonias se componen de presos políticos, y porque están siempre al alcance de rifles de sus guardianes. Los desterrados por crímenes vulgares no gozan en Siberia de libertad sino a la hora del trabajo, en los ferrocarriles, caminos, canales, ciudades, etc., que con ellos construye aquel gobierno para sus súbditos honrados, en la noche vuelven a sus celdas. Procedimiento Portales.

He creído necesario recordar la falta completa de éxito de todas las colonias formadas con criminales, porque conozco un proyecto de nuestro gobierno para establecer una de esas colonias en una de las más hermosas islas australes. A dicha isla serían trasladados sólo bandidos casados o se les obligaría a elegir esposas en las casas de corrección para mujeres criminales, si los pícaros solteros fueran necesarios para enterar la población de la colonia. Un invernáculo de criminales por ambas sábanas.

No tengo para qué recordar cómo concluyó la colonia penal de Magallanes. En dos ocasiones se ha establecido una colonia penal en Juan Fernández, y en ambas los colonos se han trasladado en botes y balsas al continente.

Una de las Sinopsis oficiales dice que la colonización penal dio muy buenos resultados en Australia. Esa aserción es falsa.

Fue un fracaso completo.

La razón eficiente de ese proyecto es un presupuesto preliminar de \$400.000 para habilitar la isla que recibirá a dichos colonos.

Creo también necesario desvanecer la ilusión, muy corriente en los países latinos, respecto a la eficacia de la instrucción para combatir la criminalidad. Esa idea errónea tiene el grave inconveniente que se deje sin remedio un mal que lo tiene y del cual debemos curarnos.

«Donde se abre una escuela se cierra una cárcel» es una de esas frases típicas que tanto agradan a los que creen en las palabras. No sólo nuestras estadísticas sino las de todas partes comprueban con cifras que lo que sucede es precisamente lo contrario.

Acaba de fracasar en nuestro Congreso el proyecto de ley de instrucción obligatoria, que habría traído el gran bien de aumentar el número de escuelas, y fracasó porque sus sostenedores se apoyaron de preferencia en la decantada virtud de la instrucción para combatir la criminalidad. Facilísimo les fue a los impugnadores del proyecto probar con números tomados de las estadísticas de todos los países que la criminalidad aumenta con la difusión de la enseñanza.

La recordada Estadística que nos multiplicó nuestra criminalidad, la misma del quinquenio de seis años, al notar la menor criminalidad proporcional de los analfabetos en Chile, y recordar el mismo fenómeno en todas partes, dice, página XI:

«Parecería, pues, que la instrucción constituyese, en el hombre, una fuerza auxiliadora en la perpetración de los crímenes».

Algunos datos a este respecto. La instrucción escolar nos mantiene desde 1895 hasta el presente en la cifra vergonzante de un 72% de analfabetos, sólo inferior a la de 82% de iletrados que arroja el sur de Italia. Pues bien, en 1895 el 56,9% de los reos eran analfabetos, y en 1900 sólo fue el 50,2%. Esos números prueban una gran disminución, cercana al 12%, en la delincuencia del roto pobre e iletrado, y un aumento consiguiente de la criminalidad de los letrados, puesto que la proporción general de reos ha disminuido en muy corta cantidad en ese período, como hemos visto.

Convencidos como deben haber quedado nuestros mandatarios por la discusión de este asunto en las Cámaras de que la criminalidad aumenta con la instrucción, y en vista del hecho, único en la historia, del miedo que los gobernantes tienen a los gobernados en este desgraciado país, me asalta el temor de que principien a cerrar escuelas. Cosas más extrañas estamos viendo. Hay por lo tanto que aclarar el punto.

Hacer moral e inteligente al hombre es mucho más difícil que enseñarle a leer, escribir y contar. Aquellas cualidades son el fruto de selección milenaria; la ilustración no cambia la estructura cerebral, pero es un medio poderoso, el más poderoso de todos los inventados por el hombre, de ejercitar con provecho, de emplear con un fin dado, en mayor extensión y superior intensidad, las cualidades naturales, heredadas, tanto las buenas como las malas; aumenta la esfera de acción de la actividad humana y el valor real y útil del hombre en la sociedad, y por esas causas es la palanca más poderosa del progreso.

Si sólo el aumento de la actividad criminal se comprueba en las estadísticas es por la sencilla razón de que sólo los actos delictuosos se anotan en ella. La sobreactividad que la ilustración proporciona a los buenos, y por tanto el aumento de acciones benéficas, no se apunta en ninguna estadística, pero no por eso es menos efectiva ni escapa a los que saben verla. Si hubiera necesidad de abrir nuevas cárceles porque multiplicando las escuelas los bribones se aprovecharían de su enseñanza para aumentar el número de sus delitos, se abren, ¡qué se le va hacer! No hemos de suprimir los ferrocarriles porque los bellacos los aprovechan para huir de los jueces.

La escuela es una fábrica de fuerza viva social, y la ilustración una arma tan poderosa de triunfo en la lucha por la vida que no debemos omitir esfuerzo alguno hasta obtener que ningún chileno quede por esa causa en condiciones inferiores de lucha. Auméntense las escuelas, aunque no sean obligatorias, ni laicas, ni conventuales, que sean como las que tenemos. Todo roto conoce las ventajas de la ilustración; si muchos se quedan ignorantes, no es porque se les haya obligado sino porque no han tenido una escuela en cuatro leguas a la redonda a donde asistir o mandar a sus hijos. Subordinar la ilustración del pueblo a banderías estrechas de política militantes es dar prueba de incapacidad para gobernarlo.

Nuestro gobierno propone muchos medios para combatir y aun destruir en germen la criminalidad del roto chileno, del roto pobre e ignorante, que es en la única en que cree; pero en ninguna de ellas asoma el hombre de estado ni siquiera el hombre estudioso que esté al corriente de lo que a fecha se sabe en estos asuntos.

Como ejemplo de los medios preconizados con dicho fin, recordaré que el gobierno cree en el gran poder de la música para convertir a un criminal en honrado. Largamente desarrolla el tema, y cita autores. Parece que supiera que algunos cazadores de culebras las adormecen tocándoles flauta. Así a lo menos puede colegirse por el acápite que le copio más abajo, escrito en el estilo poético que corresponde al tema. Dice:

«La música es el lenguaje del alma, de la que sabe traducir las impresiones más íntimas; tiene el poder de apaciguar los idiotas y los insanos. La armonía de los sonidos hace nacer en el espíritu más sencillo emociones a la vez sutiles y complejas, que apartan los malos instintos y tranquilizan los deseos inquietos»

(Estadística Criminal de 1901, pág. VII)

Con que «tiene el poder de apaciguar los idiotas» nos viene, pues, de molde.

En Italia muchos publicistas y hasta Congresos de criminólogos han aconsejado las diversiones y entretenimientos honestos proporcionados a los criminales como medios adecuados para regenerarlos, y es posible que de ellos haya copiado nuestra Estadística la receta del «lenguaje del alma». Pero en la misma Italia los hombres entendidos han clamado en todos los tonos en contra de semejantes ilusiones. Ferri concluye el capítulo de su *Antropología Criminal* en que trata esta materia con la siguiente observación:

«Un consejo sobre este punto, y es que no se enteren de estas doctrinas los obreros o campesinos que viven en la miseria más dolorosa, mientras permanecen honrados, y a los que ninguna sociedad de patronato les procura el domingo conferencias científicas, dibujo, música»...

En conclusión, puedo afirmar que la criminalidad general no ha aumentado en Chile desde 1895, año desde que se tiene datos estadísticos; que la criminalidad del pueblo chileno ha disminuido grandemente, equilibrando el aumento que se nota en las clases superiores y en los inmigrantes contratados.

La ignorancia y el criterio pueril y afeminado que se nota en la redacción de las estadísticas criminales de nuestro país podría el pueblo disculparlas, porque el roto sabe perdonar mucho; pero las imputaciones falsas con el propósito de desacreditarlo y el espíritu de malevolencia en su contra que esas estadísticas revelan, deben despertar en él la obligación de velar por su honor y de permanecer alerta.

Octubre de 1903